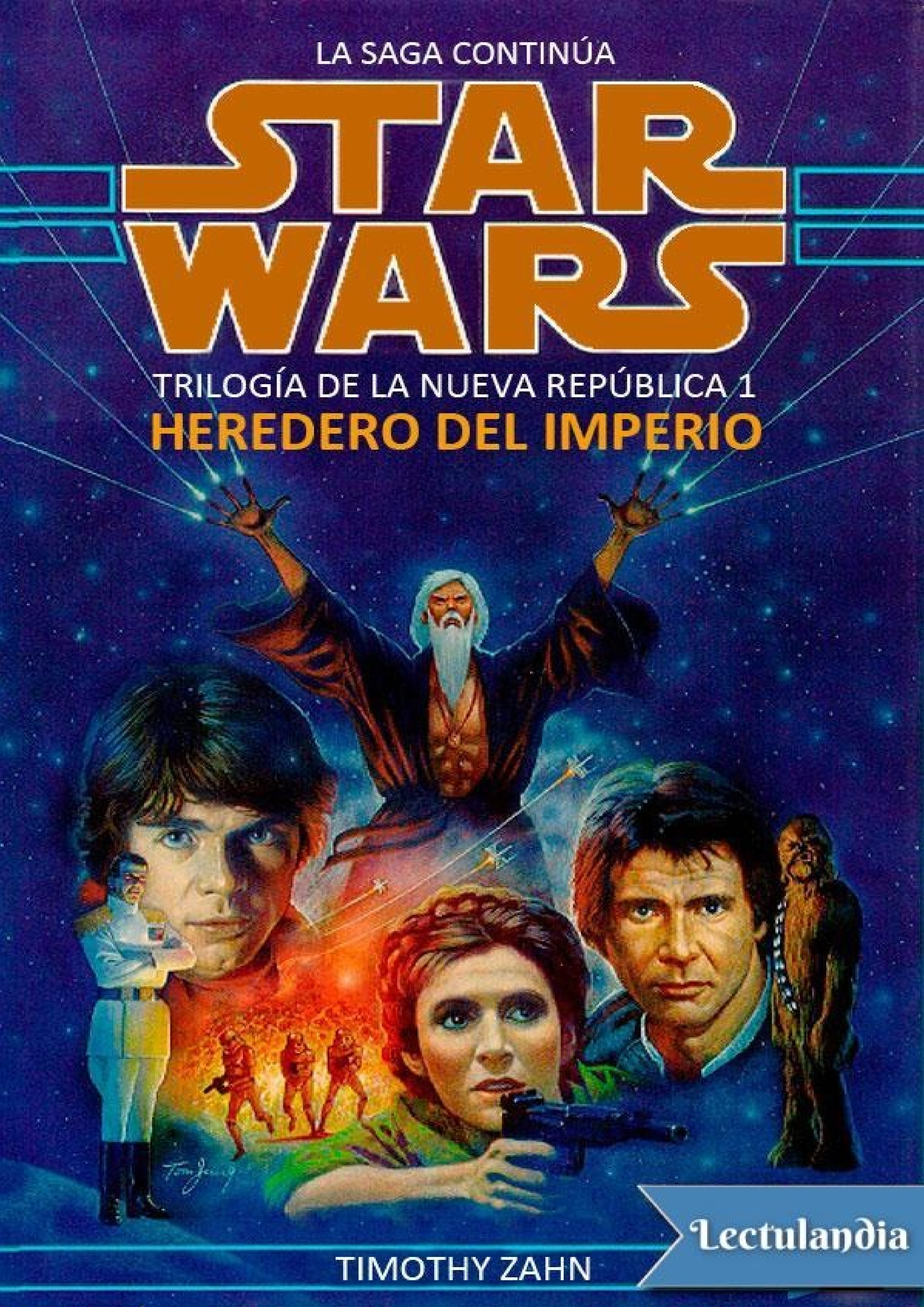

LA SAGA CONTINÚA
STAR WARS
TRILOGÍA DE LA NUEVA REPÚBLICA 1
HEREDERO DEL IMPERIO
Lectulandia
TIMOTHY ZAHN

Heredero del Imperio comienza cinco años después del fin de *El Retorno del Jedi*. La Alianza Rebelde ha destruido la Estrella de la Muerte, derrotando a Darth Vader y al emperador, y reducido el territorio controlado por la antigua flota imperial a una cuarta parte. Leia y Han se han casado y aceptado el peso de tremendas responsabilidades en el gobierno de la Nueva República, y Luke Skywalker es el primero de una nueva estirpe de Caballeros Jedi.

Sin embargo, a miles de años luz de distancia, donde aún se producen escaramuzas aisladas, el último señor de la guerra del emperador ha tomado el mando de los restos de la flota imperial. Ha efectuado dos descubrimientos de vital importancia, capaces de destruir a la frágil República, levantada con gran esfuerzo por la Alianza Rebelde.

El relato resultante es una epopeya épica que combina acción, fantasía, misterio y espectáculo a escala galáctica; en definitiva, una historia digna de *La Guerra de las Galaxias*.

Timothy Zahn



Heredero del Imperio

Trilogía de la Nueva República 1

ePUB v1.2
Perseo 27.06.12

Título original: *Heir to the Empire*
Timothy Zahn, 1991
Traducción: Eduardo G. Murillo
Diseño/retoque portada: Perseo, basada en la original

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.2)
Corrección de erratas: bondo-san
Gracias a Lecram por aportar el libro casi listo.
ePub base v2.0

CAPÍTULO 1

—¿Capitán Pellaeon? —gritó una voz desde la cubierta de la tripulación, haciéndose oír por encima de la conversación—. Mensaje desde la línea de vigilancia: las naves de exploración acaban de abandonar la velocidad de la luz.

Pellaeon, inclinado sobre el hombro del hombre que se encontraba en el puente de comunicaciones del Quimera, hizo caso omiso de los gritos.

—Siga el rastro de esta línea —ordenó, dando un golpecito con el lápiz lumínico sobre el esquema que aparecía en pantalla.

El ingeniero le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Señor?

—No soy sordo —dijo Pellaeon—. Le he dado una orden, teniente.

—Sí, señor —respondió el otro con cautela, y deslizó sus dedos sobre el teclado.

—¿Capitán Pellaeon? —repitió la voz, más cerca.

Pellaeon, sin apartar los ojos de la pantalla, aguardó a que los pasos se aproximaran. Entonces, con el aire de autoridad que daban a un hombre cincuenta años de servicios en la flota imperial, se irguió y dio media vuelta.

El joven oficial se detuvo como fulminado por un rayo.

—Oh, señor…

Miró a los ojos de Pellaeon y su voz enmudeció.

Pellaeon dejó que el silencio flotara en el aire durante unos cuantos segundos, los necesarios para que los presentes se dieran cuenta.

—Esto no es un mercado de ganado de Shaum Hii, teniente Tschel —dijo por fin, con voz serena pero gélida—. Esto es el puente de un Destructor Estelar imperial. No se debe, repito, no se debe vocear la información rutinaria en la dirección general de su presunto destinatario. ¿Está claro?

Tschel tragó saliva.

—Sí, señor.

Pellaeon le miró a los ojos unos segundos más, y después bajó la cabeza.

—Bien. Infórmeme.

—Sí, señor. —Tschel volvió a tragar saliva—. Hemos recibido noticias de las naves vigía, señor: los exploradores han regresado de su misión en el sistema de Obroa-skai.

—Muy bien —cabeceó Pellaeon—. ¿Tuvieron algún problema?

—Algunos, señor… Por lo visto, a los nativos les molestó que se llevaran parte de

su sistema informático central. El comandante de la escuadrilla dijo que se produjo algún conato de persecución, pero los burló.

—Eso espero —replicó Pellaeon con aire sombrío.

Obroa-skai ocupaba un lugar estratégico en las regiones fronterizas, y los informes de la inteligencia indicaban que la Nueva República intentaba conseguir su apoyo. Si hubieran tenido naves emisarias armadas en el momento de la incursión…

Bien, no tardaría en averiguarlo.

—Que el comandante de la escuadrilla se presente en el puente con su informe en cuanto las naves se hallen a bordo —dijo a Tschel—. Y que la línea de vigilancia se ponga en alerta amarilla. Retírese.

—Sí, señor.

El teniente giró sobre sus talones, en una imitación bastante aceptable de los movimientos militares, y regresó a la consola de comunicaciones.

El joven teniente… Ése era el problema, pensó Pellaeon con cierta amargura. En los viejos tiempos, cuando el Imperio detentaba su máximo poder, habría sido inconcebible que un hombre tan joven como Tschel fuera oficial de puente de una nave como el Quimera. Ahora…

Observó a los hombres, igualmente jóvenes, que se ocupaban de los controles. Ahora, en contraste, la tripulación del Quimera se componía, casi en exclusiva, de hombres y mujeres jóvenes.

Pellaeon paseó su mirada por el puente y notó que los ecos de viejos resentimientos le agitaban el estómago. Sabía que muchos comandantes de la Flota consideraban la anterior Estrella de la Muerte del emperador un intento descarado de colocar bajo su control directo al inmenso poderío militar del Imperio, como ya había hecho con su poderío político. El que hubiera hecho caso omiso de la demostrada vulnerabilidad de la estación bélica y hubiera seguido adelante con una segunda Estrella de la Muerte había reforzado esta sospecha. Pocos altos mandos de la flota habrían deplorado su pérdida…, de no ser porque, herida de muerte, se había llevado por delante al Destructor Estelar Ejecutor.

Aun después de cinco años, Pellaeon se encogía al recordar aquella imagen: el Ejecutor, fuera de control, se había estrellado contra la Estrella de la Muerte, desintegrándose por completo tras la violenta explosión que destruyó la estación bélica. La pérdida de la nave en sí ya constituía un acontecimiento grave, pero el hecho de que se tratara del Ejecutor lo empeoraba. Aquel Superdestructor Estelar era la nave personal de Darth Vader, y a pesar de los legendarios (y a menudo mortíferos) caprichos del Señor Oscuro, todo el mundo sabía que servir a bordo de dicha nave era el método más rápido de ascender.

Lo cual significaba que cuando el Ejecutor se desintegró, ocurrió lo mismo con un tanto por ciento muy elevado de los mejores mandos medios y soldados jóvenes.

La flota nunca se había recuperado de aquel desastre. Desaparecido el liderazgo del Ejecutor, la batalla no tardó en adquirir las dimensiones de una derrota total; varios Destructores Estelares más se perdieron antes de que se diera la orden de retirada. Pellaeon, que había tomado el mando del Quimera cuando su capitán murió, hizo lo que pudo por resistir, pero a pesar de sus tenaces esfuerzos, nunca recobraron la iniciativa contra los rebeldes, sino que fueron repelidos una y otra vez…, hasta llegar aquí.

Lo que en otros tiempos había sido la retaguardia del Imperio, y que sólo controlaba, nominalmente, una cuarta parte de sus anteriores sistemas. A bordo de un Destructor Estelar, tripulado casi en su totalidad por jóvenes entrenados a costa de grandes sacrificios, pero muy inexpertos, la mayoría reclutados en sus planetas natales por la fuerza o la amenaza de fuerza.

Bajo el mando de la más brillante mente militar que el Imperio había conocido.

Pellaeon sonrió como un lobo, mientras volvía a pasear la vista por el puente. No, el fin del Imperio aún no estaba próximo. Como no tardaría en descubrir la arrogante Nueva República autoproclamada.

Consultó su crono. Las dos y quince minutos. El gran almirante Thrawn estaría meditando en su sala de mando…, y si el procedimiento imperial veía con malos ojos que se gritara en el puente, aún veía peor que se interrumpieran las meditaciones de un gran almirante mediante el intercomunicador. Se hablaba con él en persona, o no se hablaba.

—Continúe rastreando esas líneas —ordenó Pellaeon al teniente—. Vuelvo en seguida.

La nueva sala de mando del gran almirante se encontraba dos niveles por debajo del puente, en el espacio que había alojado los lujosos aposentos de esparcimiento del anterior comandante. Cuando Pellaeon había conocido a Thrawn, o mejor dicho, cuando el gran almirante le había conocido a él, una de sus primeras órdenes fue reconvertir los aposentos en lo que era, fundamentalmente, un puente secundario.

Puente secundario, sala de meditaciones… y tal vez más. No era un secreto para ningún tripulante del Quimera que, desde la reciente transformación, el gran almirante pasaba mucho tiempo allí. Sí era un secreto lo que ocurría durante aquellas largas horas.

Pellaeon se detuvo ante la puerta, alisó la túnica y se armó de valor. Tal vez estaba a punto de averiguarlo.

—El capitán Pellaeon solicita ver al gran almirante Thrawn —anunció—. Poseo informa…

La puerta se abrió antes de que terminara de hablar. Pellaeon se preparó mentalmente y entró en el vestíbulo, apenas iluminado. Paseó la vista en torno suyo, no vio nada de interés y continuó hacia la puerta de la cámara principal, que se

encontraba a cinco pasos de distancia.

La única advertencia fue un levísimo soplo de aire en su nuca.

—Capitán Pellaeon —maulló junto a su oído una voz grave, profunda, gatuna.

Pellaeon dio un brinco y se volvió en redondo, irritado consigo mismo y con el ser menudo y nervudo que se erguía a menos de metro y medio.

—Maldita sea, Rukh —rugió—. ¿Qué pretendes?

Rukh le miró durante un largo momento, y Pellaeon sintió que una gota de sudor resbalaba por su cuello. Rukh, de grandes ojos oscuros, mandíbula proyectada hacia adelante y brillantes dientes afilados, resultaba más pesadillesco todavía en la oscuridad que con la luz normal.

Sobre todo para Pellaeon, enterado del uso al que Thrawn destinaba a Rukh y a su compinche noghri.

—Hacer mi trabajo —dijo por fin Rukh.

Extendió su delgado brazo como sin querer hacia la puerta interior, y Pellaeon distinguió fugazmente el cuchillo de asesino, antes de que desapareciera en la manga del noghri. Su mano se cerró y volvió a abrirse; músculos fuertes como el acero se movieron bajo su piel gris oscuro.

—Puede entrar.

—Gracias —gruñó Pellaeon.

Alisó su túnica de nuevo y se volvió hacia la puerta. Se abrió cuando estuvo cerca y entró… en un museo de arte, bañado por una suave iluminación.

Se paró en seco, ya dentro de la sala, y miró a su alrededor, estupefacto. Las paredes y el techo abovedado estaban cubiertos de pinturas y plánicos, algunos de aspecto vagamente humano, pero la mayoría de origen alienígena. Había varias esculturas, algunas sin sustentación, otras sobre pedestales. En el centro de la sala se veía un doble círculo de pantallas, el exterior algo más elevado que el interior. A juzgar por lo poco que Pellaeon podía ver, ambos estaban dedicados también a reproducciones artísticas.

Y en el centro del doble círculo, sentado en un duplicado de la butaca reservada al almirante en el puente, estaba el gran almirante Thrawn.

No se movía en absoluto. Su cabello negroazulado brillaba bajo la escasa luz, su pálida piel azul tenía un aspecto frío, apagado y alienígena en su marco humano. Se reclinó contra el reposacabezas con los ojos casi cerrados; entre los párpados sólo asomaba un destello rojizo.

Pellaeon se humedeció los labios, dudando ya de que hubiera sido una buena idea invadir el sanctasanctórum de Thrawn. Si el gran almirante decidía que era una molestia…

—Entre, capitán —dijo Thrawn. Su serena voz modulada interrumpió los pensamientos de Pellaeon. Ejecutó un ademán breve y preciso, sin abrir todavía los

ojos—. ¿Qué opina?

—Es… muy interesante, señor —fue todo lo que pudo decir Pellaeon, mientras se acercaba al círculo exterior.

—Todo holográfico, por supuesto —explicó Thrawn, y Pellaeon creyó distinguir una nota de pesar en su voz—. Tanto las esculturas como los cuadros. Algunos se han perdido; muchos de los otros se hallan en planetas ocupados ahora por la Rebelión.

—Sí, señor —asintió Pellaeon—. He pensado, almirante, que le complacería saber que los exploradores han regresado del sistema Obroa-skai. El comandante de la escuadrilla estará en condiciones de informarle dentro de unos breves minutos.

Thrawn cabeceó.

—¿Pudieron introducirse en el sistema informático central?

—Al menos, se llevaron algo. Ignoro si pudieron completar la misión. Por lo visto, hubo un intento de persecución. El comandante de la escuadrilla cree que los despistó.

Thrawn permaneció unos instantes en silencio.

—No —dijo—. No, no lo creo. Sobre todo si los perseguidores eran miembros de la Rebelión.

Respiró hondo, se enderezó en su butaca y, por primera vez desde que Pellaeon había entrado, abrió sus brillantes ojos rojos.

Pellaeon le devolvió la mirada sin parpadear, y experimentó una punzada de orgullo. Muchos comandantes y altos dignatarios del emperador no habían conseguido acostumbrarse a aquellos ojos. Ni al propio Thrawn, a ese respecto. Ése debía de ser el motivo de que el almirante hubiera pasado tanto tiempo en las Regiones Desconocidas, trabajando para someter al poder imperial a aquellas secciones de la galaxia todavía bárbaras. Sus brillantes éxitos le habían conseguido el título de Señor de la Guerra y el derecho a ceñirse el blanco uniforme de gran almirante. Era el único no humano a quien el emperador había recompensado con aquel honor.

Por esas ironías de la vida, también le había convertido en un elemento indispensable para las campañas fronterizas. Pellaeon se había preguntado a menudo cómo habría terminado la batalla de Endor si, en lugar de Vader, Thrawn hubiera mandado el Ejecutor.

—Sí, señor —dijo—. He ordenado que la línea de vigilancia se ponga en alerta amarilla. ¿Pasamos a roja?

—Aún no. Aún tenemos unos cuantos minutos. Dígame, capitán, ¿sabe algo de arte?

—Er… No mucho —consiguió articular Pellaeon, desconcertado por el brusco cambio de tema—. Nunca he podido dedicarle mucho tiempo.

—Pues debería encontrarlo. —Thrawn señaló la parte derecha del círculo interior

—. Pinturas Saffa. Hacia 1550 a 2200, antes del Imperio. Observe el cambio de estilo, aquí, cuando se produce el primer contacto con los thennqora. Allí —indicó la pared izquierda—, ejemplos del arte Paonnid. Observe las similitudes con las primeras obras Saffa, y con las esculturas planas Vaathkree de mediados del siglo dieciocho, antes del Imperio.

—Sí, ya veo —mintió Pellaeon—. Almirante, ¿no deberíamos…?

Se interrumpió cuando un agudo silbido vibró en el aire.

—Puente a gran almirante Thrawn —dijo la voz tensa del teniente Tschel—. ¡Nos están atacando, señor!

Thrawn conectó el intercomunicador.

—Aquí Thrawn —dijo—. Pasen a alerta roja y ténganme al corriente. Con calma, si es posible.

—Sí, señor. —Las luces de alerta empezaron a parpadear. Pellaeon oyó el sonido de las sirenas que aullaban a lo lejos, fuera de la sala—. Los sensores captan cuatro fragatas de asalto de la Nueva República —continuó Tschel, con voz más controlada —. Más tres escuadrillas, como mínimo, de cazas. Una formación simétrica que se acerca por el vector de nuestras naves de exploración.

Pellaeon maldijo por lo bajo. Un solo Destructor Estelar, con una tripulación falta de experiencia, contra cuatro fragatas de asalto y sus cazas acompañantes…

—Motores a toda potencia —ordenó por el intercomunicador—. Preparados para saltar a la velocidad de la luz.

Dio un paso hacia la puerta…

—Olvide esa última orden, teniente —dijo Thrawn con calma glacial—. Que la tripulación de los cazas TIE vaya a sus puestos. Activen las pantallas protectoras.

Pellaeon se volvió hacia él.

—Almirante…

Thrawn levantó la mano para interrumpirle.

—Acérquese, capitán —ordenó el gran almirante—. Echemos una ojeada.

Tocó el interruptor. De repente, la exposición de arte desapareció. La sala se convirtió en un monitor de puente en miniatura, con lectores de timón, motor y armas en las paredes, y un círculo doble de pantallas. El espacio abierto se transformó en una exhibición de tácticas holográficas; una esfera parpadeante señalaba en un rincón a los invasores. La pantalla de la pared más cercana señalaba que el momento estimado del ataque se produciría dentro de doce minutos.

—Por fortuna, las naves de exploración les llevan suficiente ventaja para no encontrarse en peligro —comentó Thrawn—. Bien, veamos a qué nos enfrentamos. Puente, ordene a las tres naves de vigilancia más próximas que ataquen.

—Sí, señor.

Al otro lado de la sala, tres puntos azules se alejaron de la línea de vigilancia

hacia los vectores de interceptación. Pellaeon vio por el rabillo del ojo que Thrawn se inclinaba hacia adelante en su butaca cuando las fragatas de asalto y los cazas que las acompañaban se movieron en respuesta. Uno de los puntos azules se apagó…

—Excelente —dijo Thrawn, y se reclinó en su asiento—. Ordene a las otras dos naves de vigilancia que retrocedan, y a la línea del Sector Cuatro que se aparte del vector de los invasores.

—Sí, señor —respondió Tschel, en un tono que expresaba algo más que confusión.

Una confusión que Pellaeon comprendió muy bien.

—¿No deberíamos avisar al resto de la flota? —sugirió, y notó la tirantez de su voz—. El Cabeza del Muerto podría estar aquí dentro de veinte minutos, y la mayor parte de los demás en menos de una hora.

—Lo último que necesitamos en este momento, capitán, es que acudan más naves de nuestras fuerzas —dijo Thrawn. Miró a Pellaeon y una leve sonrisa curvó sus labios—. Al fin y al cabo, es posible que haya supervivientes, y no es deseable que la Rebelión se entere de nuestra existencia, ¿verdad?

Se volvió hacia las pantallas.

—Puente, quiero una rotación a babor de veinte grados. Directos al vector de los invasores, con la superestructura apuntándoles. En cuanto se encuentren dentro de nuestro perímetro, la línea de vigilancia del Sector Cuatro se situará detrás de ellos y bloqueará todas las transmisiones.

—S-sí, señor. ¿Señor…?

—No hace falta que lo comprenda, teniente —dijo Thrawn, con voz fría—. Limítese a obedecer.

—Sí, señor.

Pellaeon contuvo el aliento mientras los displays mostraban la rotación del Quimera.

—Temo que yo tampoco lo comprendo, almirante —dijo—. Apuntar nuestra superestructura hacia ellos…

Thrawn volvió a interrumpirle con un gesto de la mano.

—Mire y aprenda, capitán. Muy bien, puente: detenga la rotación y manténgase quieto en ese punto. Bajen las pantallas protectoras de las bodegas de carga y aumenten la potencia de las demás. Que los escuadrones de cazas despeguen cuando estén preparados. Aléjense del Quimera dos kilómetros, y luego rodeen la zona en formación abierta. Velocidad de retaguardia, pauta de ataque zonal.

Recibió los datos y miró a Pellaeon.

—¿Comprende ahora, capitán?

Pellaeon se humedeció los labios.

—Temo que no —admitió—. Entiendo que ordenó desviar la nave para

proporcionar a los cazas una salida de escape, pero el resto es una típica maniobra de cierre Marg Sabl. No van a caer en una trampa tan sencilla.

—Al contrario —le corrigió Thrawn con frialdad—. No sólo caerán en ella, sino que el resultado será su destrucción total. Mire, capitán. Y aprenda.

Los cazas despegaron, se alejaron del Quimera, y luego se desplegaron en abanico, como el chorro de una fuente exótica. Las naves atacantes localizaron al enemigo y cambiaron de vector…

Pellaeon parpadeó.

—¿Qué están haciendo, en nombre del Imperio?

—Intentan la única defensa que conocen contra una maniobra Marg Sabl —dijo Thrawn, con inequívoca satisfacción—. O, para ser más precisos, la única defensa que son psicológicamente capaces de adoptar. —Señaló la esfera parpadeante—. Como ve, capitán, un elomin manda esa fuerza…, y los elomin son incapaces de asimilar el perfil de ataque desestructurado de una maniobra Marg Sabl bien ejecutada.

Pellaeon observó a los invasores, mientras adoptaban su inútil estrategia defensiva, y poco a poco comprendió lo que Thrawn había hecho.

—¿Ha adivinado que se trataba de naves elomin, a partir del ataque desencadenado contra las naves de vigilancia hace escasos minutos?

—Estudie arte, capitán —dijo Thrawn, con voz casi soñadora—. Cuando entienda el arte de una especie, entenderá a esa especie.

Se enderezó en su butaca.

—Puente, a velocidad de flanco. Prepárense a intervenir en la batalla.

Una hora después, todo había terminado.

La puerta de la sala se cerró detrás del comandante de escuadrilla, y Pellaeon contempló el mapa.

—Da la impresión de que Obroa-skai es un callejón sin salida —dijo con pesar—. No podemos desprendernos de las fuerzas necesarias para una pacificación tan ingente.

—Por ahora —reconoció Thrawn—. Pero sólo por ahora.

Pellaeon le miró con el ceño fruncido. Thrawn jugueteaba con una tarjeta de datos, que manoseaba entre el índice y el pulgar, mientras observaba las estrellas por la ventana. Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Almirante? —preguntó Pellaeon con cautela.

Thrawn volvió la cabeza y sus ojos centelleantes se clavaron en el capitán.

—Es la segunda pieza del rompecabezas —dijo, levantando la tarjeta—. La pieza que he buscado durante un año.

De pronto, extendió la mano hacia el intercomunicador y lo conectó.

—Puente, aquí el gran almirante Thrawn. Pónganse en contacto con el Cabeza del Muerto e informen al capitán Harbid de que abandonamos temporalmente la flota. Que continúe efectuando exploraciones tácticas de los sistemas locales y apoderándose de depósitos de datos siempre que sea posible. Después, que ponga rumbo a un planeta llamado Myrkr. Encontrará las coordenadas en el ordenador de la nave.

Thrawn se volvió hacia Pellaeon.

—Parece confuso, capitán —insinuó—. Creó que jamás ha oído hablar de Myrkr.

Pellaeon sacudió la cabeza e intentó sin éxito descifrar la expresión del gran almirante.

—¿Debería?

—Probablemente no. Sólo lo conocen los contrabandistas, descontentos y demás escoria de la galaxia.

Hizo una pausa y bebió de la jarra que tenía al lado, una potente cerveza de Forvish, a juzgar por el olor. Pellaeon se obligó a guardar silencio. Estaba claro que el gran almirante iba a relatarle lo que fuera a su estilo, sin apresurarse.

—Hace siete años me topé por casualidad con una referencia —continuó Thrawn, y dejó la jarra sobre la mesa—. Lo que llamó mi atención fue que, si bien el planeta llevaba habitado trescientos años, como mínimo, tanto la Antigua República como los Jedi de aquel tiempo lo habían dejado en paz. —Arqueó levemente una ceja negroazulada—. ¿Qué deduce de ese dato, capitán?

Pellaeon se encogió de hombros.

—Que es un planeta fronterizo, demasiado alejado para que nadie se preocupe por él.

—Muy bien, capitán. Ésa fue también mi primera conclusión…, sólo que no es cierta. De hecho, Myrkr se halla a unos ciento cincuenta años luz de aquí, cerca de nuestra frontera con la Rebelión y dentro de los límites de la Antigua República. —Thrawn bajó la vista hacia la tarjeta de datos que aún sostenía en la mano—. No, la auténtica explicación es mucho más interesante. Y muchísimo más útil.

Pellaeon también fijó la mirada en la tarjeta.

—¿Y esa explicación se convirtió en la primera pieza del rompecabezas que ha mencionado?

Thrawn sonrió.

—Una vez más, capitán, muy bien. Sí. Myrkr, o para ser más preciso, uno de sus animales nativos, fue la primera pieza. La segunda se encuentra en un mundo llamado Wayland. —Agitó la tarjeta—. Un mundo que por fin he localizado, gracias a los obroanos.

—Le felicito —dijo Pellaeon, hastiado ya del juego—. ¿Puedo preguntarle cuál es, exactamente, ese rompecabezas?

Thrawn sonrió. La sonrisa heló la sangre en las venas del capitán.

—Pues el único rompecabezas que vale la pena resolver, por supuesto —dijo el gran almirante con suavidad—. La total, completa y absoluta destrucción de la Rebelión.

Capítulo 2

—¿Luke?

La voz era suave, pero insistente. Luke Skywalker se detuvo en medio del paisaje familiar de Tatooine (familiar, pero extrañamente distorsionado) y se volvió.

Vio a una silueta igualmente familiar.

—Hola, Ben —saludó Luke. Su voz se le antojó indolente—. Ha pasado mucho tiempo.

—Ya lo creo —dijo con gravedad Obi-Wan Kenobi—. Y temo que aún pasará más hasta la próxima vez. He venido a despedirme, Luke.

Dio la impresión de que el paisaje temblaba y, de pronto, una minúscula parte de la mente de Luke recordó que estaba durmiendo. Dormía en sus aposentos del palacio imperial y soñaba con Ben Kenobi.

—No, no soy un sueño —le tranquilizó Ben, en respuesta al pensamiento de Luke—, pero las distancias que nos separan son tan enormes que no puedo aparecer ante ti de otra manera. Ahora, incluso este postrer sendero se me ha cerrado.

—No —se oyó decir Luke—. No puedes abandonarnos, Ben. Te necesitamos.

Ben arqueó las cejas y la sombra de su vieja sonrisa curvó sus labios.

—No me necesitáis, Luke. Eres un Jedi, y la Fuerza te acompaña. —La sonrisa se desvaneció y, por un momento, sus ojos se fijaron en algo que Luke no podía ver—. En cualquier caso —añadió—, no soy yo quien debe tomar la decisión. Ya me he demorado en exceso, y no puedo postergar más mi viaje a lo que aguarda después de esta vida.

Un recuerdo se agitó en su mente: Yoda en su lecho de muerte, y Luke suplicando que no muriera. «La Fuerza me da energías —le había dicho en voz baja el maestro Jedi—, pero no tantas».

—Toda vida ha de proseguir su camino —le recordó Ben—. Algún día, tú también deberás afrontar este mismo viaje. —Su atención se desvió de nuevo, pero volvió a recuperarla—. La Fuerza te proporciona energías, Luke, y tu fortaleza aumentará con perseverancia y disciplina. —Su mirada se endureció—. Pero no has de bajar la guardia. El emperador ha desaparecido, pero el lado oscuro sigue siendo poderoso. No lo olvides nunca.

—No lo haré —prometió Luke.

La expresión de Ben se suavizó, y volvió a sonreír.

—Aún te enfrentarás a grandes peligros, Luke, pero también encontrarás nuevos aliados, cuando y donde menos te lo esperes.

—¿Nuevos aliados? —repitió Luke—. ¿Quiénes son?

Dio la impresión de que la imagen oscilaba y perdía definición.

—Y ahora, adiós —dijo Ben, como si no hubiera oído la pregunta—. Te he querido como hijo, como estudiante y como amigo. Hasta que volvamos a encontrarnos, que la Fuerza te acompañe.

—¡Ben!

Pero Ben dio media vuelta, la imagen se desvaneció y, en el sueño, Luke supo que se había marchado. «Por lo tanto estoy solo —se dijo—. Soy el último de los Jedi».

Le pareció oír la voz de Ben, débil e indistinta, como desde muy lejos.

—No eres el último de los antiguos Jedi, Luke, sino el primero de los nuevos.

La voz se fundió con el silencio, y Luke despertó.

Permaneció un momento inmóvil, contemplando las formas que dibujaban en el techo las luces de la ciudad imperial, mientras intentaba librarse de la desorientación inducida por el sueño. La desorientación y el peso de una infinita tristeza, que parecía henchir su ser. Primero, tío Owen y tía Beru habían sido asesinados; luego, Darth Vader, su auténtico padre, había sacrificado su vida por la de Luke; y ahora, hasta el espíritu de Ben Kenobi le era arrebatado.

Por tercera vez se había quedado huérfano.

Se levantó con un suspiro y se puso una bata y las zapatillas. Sus aposentos incluían una pequeña cocina, y sólo tardó unos minutos en prepararse una bebida, un brebaje particularmente exótico que Lando le había descubierto durante su última visita a Coruscant. Luego, se ciñó la espada de luz al cinto de la túnica y se encaminó al tejado.

Se había opuesto con energía a trasladar el centro de la Nueva República a Coruscant, y se había opuesto con mayor vigor si cabe a instalar al inexperto gobierno en el palacio imperial. El simbolismo llamaba al engaño, sobre todo a un grupo que, en su opinión, ya tenía tendencia a prestar demasiada atención a los símbolos.

A pesar de todos los inconvenientes, debía admitir que la vista desde lo alto del palacio era espectacular.

Permaneció varios minutos en el borde de la terraza, apoyado contra la barandilla de piedra que le llegaba al pecho, y dejando que el aire frío de la noche revolviera su cabello. Aun en plena noche, la ciudad imperial bullía de actividad; las luces de los vehículos y las calles se entrecruzaban y formaban una especie de obra de arte luminosa. Las nubes bajas, iluminadas por las luces de la ciudad y las que brotaban de los ocasionales vehículos aéreos que pasaban entre ellas, formaban un techo esculpido que se extendía en todas direcciones, tan infinito en apariencia como la

propia ciudad. Hacia el sur se distinguían las montañas Manarai, y sus picos nevados también estaban iluminados, como las nubes, por reflejos procedentes de la ciudad.

Estaba contemplando las montañas cuando, a veinte metros detrás de él, la puerta del palacio se abrió en silencio.

Su mano se precipitó de forma automática hacia la espada de luz, pero se detuvo en seguida, cuando intuyó al ser que se acercaba.

—Estoy aquí, Cetrespeó —dijo.

Se volvió y vio que C3-PO avanzaba a su encuentro por el tejado, irradiando la habitual mezcla de alivio y preocupación tan típica del androide.

—Hola, maestro Luke —saludó, y ladeó la cabeza para mirar la copa que Luke sostenía en la mano—. Lamento muchísimo molestarle.

—En absoluto —le tranquilizó Luke—. Sólo quería tomar un poco de aire fresco.

—¿Está seguro? —preguntó Cetrespeó—. No era mi intención fisgonear.

A pesar de su humor, Luke no pudo por menos que sonreír. Los intentos de Cetrespeó de ser al mismo tiempo útil, inquisitivo y educado nunca tenían éxito total, y solían resultar algo cómicos.

—Creo que estoy un poco deprimido —dijo al androide, y volvió a contemplar la ciudad—. Poner en marcha un gobierno auténtico, que funcione, es mucho más difícil de lo que suponía. Mucho más de lo que suponían casi todos los miembros del Consejo. —Vaciló—. Sobre todo, esta noche echo de menos a Ben.

Cetrespeó guardó silencio unos momentos.

—Siempre fue muy amable con usted —dijo por fin—. Y también con Erredós, por supuesto.

Luke alzó la copa hacia sus labios para disimular su sonrisa.

—Posees una perspectiva única en el universo, Cetrespeó —dijo.

Vio por el rabillo del ojo que el androide se ponía rígido.

—Espero no haberle ofendido, señor —se apresuró a disculparse el androide—. No era mi intención.

—No me has ofendido —le tranquilizó Luke—. De hecho, podrías haberme repetido la última lección de Ben.

—¿Perdón?

Luke sorbió su bebida.

—Los gobiernos y los planetas son importantes, Cetrespeó, pero cuando los examinas en profundidad, descubres que están compuestos de gente.

Se produjo una breve pausa.

—Oh —dijo Cetrespeó.

—En otras palabras —prosiguió Luke—, un Jedi no puede inmiscuirse en problemas de importancia galáctica que interfieran en su preocupación por los individuos. —Miró a Cetrespeó y sonrió—. O por los androides.

—Oh, entiendo, señor. —Cetrespeó ladeó la cabeza en dirección a la copa de Luke—. Perdone, señor… ¿Puedo preguntarle qué está bebiendo?

—¿Esto? —Luke contempló su copa—. Lando me enseñó a prepararlo hace un tiempo.

—¿Lando? —repitió Cetrespeó, con inequívoca desaprobación en su voz. Educación programada o no, al androide nunca le había caído muy bien Lando.

Lo cual no era muy sorprendente, teniendo en cuenta las circunstancias de su primer encuentro.

—Sí, pero a pesar de su sombrío origen, es muy bueno —dijo Luke—. Se llama chocolate a la taza.

—Ah, entiendo. —El androide se enderezó—. Bien, señor. Si se encuentra bien, volveré a mis quehaceres.

—Claro. A propósito, ¿para qué has venido?

—La princesa Leia me ha enviado, por supuesto —respondió Cetrespeó, sorprendido por la pregunta—. Dijo que usted se encontraba algo alicaído.

Luke sonrió y meneó la cabeza. Leia siempre encontraba la forma de animarle cuando era necesario.

—Gran demostración —murmuró.

—¿Perdón, señor?

Luke agitó la mano.

—Leia está demostrando sus nuevas habilidades de Jedi, demostrando que, aun en plena noche, es capaz de intuir mi estado de ánimo.

Cetrespeó ladeó la cabeza.

—Parecía muy preocupada por usted, señor.

—Lo sé. Sólo era una broma.

—Oh. —Cetrespeó pareció reflexionar—. ¿Le digo que se encuentra bien?

—Claro —asintió Luke—. Y de paso, dile que deje de preocuparse de mí y se duerma. Esos mareos matutinos que aún la aquejan ya son bastante fuertes cuando no está agotada.

—Le comunicaré el mensaje, señor.

—Y dile que la quiero —añadió Luke en voz baja.

—Sí, señor. Buenas noches, maestro Luke.

—Buenas noches, Cetrespeó.

Cuando el androide se fue, la depresión amenazó con invadirle de nuevo. Cetrespeó no lo comprendería, por supuesto, como no lo había comprendido ningún miembro del Consejo Provisional, pero para Leia, embarazada de tres meses, pasar la mayor parte del tiempo aquí…

Se estremeció, y no por culpa del aire frío. «Este lugar es resistente al lado oscuro», había dicho Yoda en la cueva de Dagobah, la cueva en que Luke se había

batido en duelo con un Darth Vader que había resultado ser él mismo. Durante las semanas posteriores, el recuerdo del poder y la presencia del lado oscuro habían torturado sus pensamientos. Sólo mucho más tarde comprendió, por fin, que el principal motivo de Yoda al someterle a aquel ejercicio fue enseñarle el largo camino que aún le quedaba por recorrer.

De todos modos, se había preguntado a menudo cómo había llegado la cueva a ser de aquella manera. Se había preguntado si alguien o algo del lado oscuro, provisto de una gran fuerza, había vivido en ella.

Al igual que el emperador había habitado aquí en otro tiempo… Se estremeció de nuevo. Lo peor de todo era que no podía sentir ninguna concentración de maldad en el palacio. El Consejo había insistido en interrogarle al respecto, cuando se pensó trasladar la base de operaciones a la ciudad imperial. Tuvo que apretar los dientes y responder que no, que no parecían quedar efectos residuales de la estancia del emperador.

Pero el que no pudiera sentirlo no quería decir que no existiera.

Meneó la cabeza. «Basta», se ordenó con firmeza. Dar palos de ciego sólo le conduciría a la paranoia. Sus recientes pesadillas e insomnios era probable que se debieran a ser testigo de los esfuerzos llevados a cabo por Leia y los demás, a fin de transformar una rebelión orientada militarmente en un gobierno civil. Leia jamás habría accedido a acercarse a este lugar si albergara dudas sobre él.

Leia.

Luke obligó a su mente a relajarse y dejó que sus sentidos Jedi tomaran la iniciativa. Percibió la presencia de Leia en la parte superior del palacio, y también de los gemelos que llevaba en su seno.

Demoró el contacto parcial durante un momento, lo bastante suave para no despertarla, y volvió a maravillarse de la extraña sensación que producían los hijos nonatos en sus entrañas. La herencia de los Skywalker residía en ellos; el hecho de que pudiera sentirlos implicaba la tremenda energía que debía proporcionarles la Fuerza.

Al menos, eso asumía. Había tenido la esperanza de interrogar a Ben al respecto.

Y ahora, había perdido esa posibilidad.

Rompió el contacto, reprimiendo las lágrimas. La taza se había enfriado en sus manos. Bebió el resto del chocolate y lanzó una última mirada a su alrededor. Miró a las nubes, a la ciudad… y, en su mente, a las estrellas que se ocultaban detrás. Estrellas a cuyo alrededor giraban planetas, en los cuales vivía gente. Billones de personas. Muchas todavía esperaban la libertad y la luz que la Nueva República les había prometido.

Cerró los ojos a las brillantes luces y a las también brillantes esperanzas. No existía varita mágica que pudiera mejorar la situación, pensó con cansancio.

Ni siquiera para un Jedi.

Cetrespeó salió de la habitación, y Leia Organa Solo se recostó sobre la almohada con un suspiro de cansancio. «Media victoria es mejor que ninguna». El viejo dicho cruzó por su mente.

El viejo dicho en el que jamás había creído. Media victoria, según su forma de pensar, también equivalía a media derrota.

Suspiró de nuevo y notó la caricia de la mente de Luke. Su encuentro con Cetrespeó había mejorado su humor, tal como ella esperaba, pero al marcharse el androide, la depresión amenazaba con asolarle de nuevo.

Quizá debería ir a verle y animarle a hablar de lo que le preocupaba desde hacía semanas.

Sintió un leve movimiento en el estómago.

—No pasa nada —susurró, y pasó la mano con suavidad sobre el estómago—. No pasa nada. Estoy preocupada por vuestro tío Luke, eso es todo.

Los movimientos cesaron poco a poco. Leia cogió el vaso medio lleno que descansaba sobre la mesilla de noche y bebió su contenido, reprimiendo una mueca. La leche caliente no constaba en la lista de sus bebidas favoritas, pero había demostrado ser la mejor forma de suavizar estos trastornos periódicos de su tracto digestivo. Los médicos le habían dicho que los peores síntomas desaparecerían de un momento a otro. Deseaba con todas sus fuerzas que tuvieran razón.

Oyó el sonido de pasos en la habitación contigua. Leia dejó el vaso sobre la mesilla a toda prisa y se cubrió hasta la barbilla. La lámpara aún estaba encendida, y trató de apagarla con la Fuerza.

La lámpara ni siquiera parpadeó. Leia apretó los dientes y probó de nuevo: segundo fracaso. Aún no controlaba lo bastante la Fuerza, por lo visto, para dominar algo tan pequeño como un interruptor. Se destapó e intentó apagarla con la mano.

La puerta lateral de la habitación se abrió y apareció una mujer alta, cubierta con una bata.

—¿Su Alteza? —llamó en voz baja, y se apartó el reluciente pelo blanco de los ojos—. ¿Se encuentra bien?

Leia suspiró y se rindió.

—Entra, Winter. ¿Cuánto rato hace que escuchas detrás de la puerta?

—No estaba escuchando —contestó Winter mientras entraba, en un tono casi ofendido—. Vi la luz por debajo de la puerta y pensé que tal vez necesitaba algo.

—Estoy bien —la tranquilizó Leia, preguntándose si esta mujer dejaría de sorprenderla alguna vez.

Despierta en plena noche con una bata vieja y el cabello desordenado, el aspecto de Winter era más regio que el suyo en sus mejores momentos. Había perdido cuenta

de las veces que, cuando eran niñas en Alderaan, personas que estaban de visita en la corte del virrey habían dado por sentado automáticamente que Winter era la princesa Leia.

Lo más probable era que Winter no hubiera perdido la cuenta, por supuesto. Una persona capaz de recordar conversaciones palabra por palabra podría recordar el número de ocasiones en que la habían confundido con una princesa.

Leia se había preguntado a menudo qué pensarían los demás miembros del Consejo Provisional si supieran que la silenciosa criada sentada a su lado en reuniones oficiales, o de pie junto a ella en conversaciones de pasillo extraoficiales, estaba memorizando cada palabra que decían. Sospechaba que a algunos no les haría ninguna gracia.

—¿Quiere un poco de leche, Su Alteza? —preguntó Winter—. ¿Unas galletitas?

—No, gracias. —Leia meneó la cabeza—. El estómago no me molesta en este momento. Es… Bueno, ya lo sabes. Es Luke.

Winter asintió.

—¿Lo mismo que le preocupa a él desde hace nueve semanas?

Leia frunció el ceño.

—¿Tanto tiempo?

Winter encogió los hombros.

—Ha estado muy ocupada —dijo, con su habitual diplomacia.

—Háblame de ello —dijo con sequedad Leia—. No sé, Winter. No lo sé, la verdad. Ha dicho a Cetrespeó que echa de menos a Ben Kenobi, pero intuyo que eso no es todo.

—Quizá esté relacionado con su embarazo —sugirió Winter—. Comenzó hace nueve semanas, más o menos.

—Sí, lo sé, pero fue también cuando Mon Mothma y el almirante Ackbar insistieron en trasladar el gobierno a Coruscant. Y también cuando empezamos a recibir aquellos informes de las tierras fronterizas, relativos a que un misterioso y genial estratega había tomado el mando de la flota imperial. —Extendió la mano, con las palmas hacia arriba—. Elige.

—Supongo que deberá esperar hasta que esté preparado para hablar con usted. —Winter reflexionó—. Tal vez el capitán Solo podrá sonsacarle cuando regrese.

Leia apretó el índice contra el pulgar. De repente, se sintió sola e irritada, porque Han había vuelto a marcharse en otra de aquellas estúpidas misiones de contacto, dejándola abandonada…

La irritación se aplacó y dejó paso al sentimiento de culpa. Sí, Han había vuelto a marcharse, pero cuando estaba en palacio tampoco daba la impresión de que se vieran mucho. Cada vez más ocupada en la enorme tarea de afianzar un nuevo gobierno, había días en que apenas tenía tiempo para comer, y mucho menos de ver a su

marido.

«Pero es mi trabajo», se recordó con firmeza, y era un trabajo que, por desgracia, sólo podía hacer ella. Al contrario que los demás miembros de la jerarquía de la Alianza, poseía extensos conocimientos teóricos y prácticos de la política. Había crecido en la Casa Real de Alderaan, aprendido todo lo que su padre adoptivo le había enseñado sobre el arte de gobernar, y tan bien que cuando llegó a la adolescencia ya le representaba en el senado imperial. Sin su experiencia, todo el edificio podía venirse abajo, sobre todo en estas primeras fases tan críticas del desarrollo de la Nueva República. Unos cuantos meses más, y podría relajarse un poco. Entonces, sus relaciones con Han volverían a ser como antes.

La culpa se desvaneció, pero la soledad perduró.

—Tal vez —contestó a Winter—. Entretanto, será mejor que las dos durmamos un poco. Mañana nos espera un día muy ocupado.

Winter arqueó las cejas.

—¿Es que hay de otra clase? —preguntó, con algo de la sequedad empleada antes por Leia.

—Vaya, vaya —la amonestó Leia, medio en serio medio en broma—. Eres demasiado joven para ser tan cínica. Lo digo en serio: vete a la cama.

—¿Está segura de que no necesita nada?

—Estoy segura. ¡Largo!

—Muy bien. Buenas noches, Su Alteza.

Salió y cerró la puerta a su espalda. Leia se derrumbó sobre la cama, se tapó con las mantas y dispuso las almohadas de una manera más cómoda.

—Buenas noches a vosotros dos, también —dijo a sus hijos, y acarició de nuevo su estómago. Han había insinuado más de una vez que alguien que hablaba con su estómago estaba algo chiflado. De todos modos, abrigaba la sospecha de que Han creía, en secreto, que todo el mundo estaba algo chiflado.

Le echaba de menos terriblemente.

Cerró la luz con un suspiro. Al cabo de un rato, se quedó dormida.

En algún lugar de la galaxia, Han Solo bebió de su jarra y contempló el caos semiorganizado que le rodeaba. «¿No acabamos de marcharnos de esta fiesta?», citó para sí.

En cualquier caso, era estupendo saber que, en una galaxia muy atareada en ponerse patas arriba, algunas cosas no cambiaban. El conjunto que tocaba en un rincón era diferente, y la tapicería del taburete mucho más cómoda, pero aparte de eso, la cantina de Mos Eisley estaba igual que siempre. Igual que el día en que trabó conocimiento con Luke Skywalker y Obi-Wan Kenobi.

Tenía la impresión de que había ocurrido una docena de vidas atrás.

A su lado, Chewbacca gruñó con suavidad.

—No te preocupes, vendrá —le dijo Han—. Dravis es así. Creo que nunca ha llegado puntual en toda su vida.

Sus ojos vagaron lentamente por la multitud. No, se corrigió, había algo diferente en la cantina. Ya no se veía a ninguno de los contrabandistas que solían frecuentar el local. Quien se hubiera hecho cargo de los restos de la organización que había liderado Jabba el Hutt, debía de haber trasladado las operaciones lejos de Tatooine. Desvió la mirada hacia la puerta trasera de la cantina y tomó nota mentalmente de interrogar a Dravis al respecto.

Aún seguía mirando cuando una sombra cayó sobre la mesa.

—Hola, Solo —dijo una voz burlona.

Han contó hasta tres antes de volverse.

—Vaya, vaya. Hola, Dravis. Cuánto tiempo sin vernos. Siéntate.

—Claro —sonrió Dravis—. En cuanto tú y Chewie pongáis las manos sobre la mesa.

Han le dirigió una mirada ofendida.

—Oh, vamos —dijo, y levantó la jarra con las dos manos—. ¿Crees que te invitaría a venir aquí desde tan lejos sólo para dispararte? Somos viejos camaradas, ¿recuerdas?

—Claro que sí —dijo Dravis, y lanzó una mirada apreciativa a Chewbacca mientras se sentaba—. O al menos, lo éramos. Sin embargo, he oído que te has vuelto respetable.

Han se encogió de hombros elocuentemente.

—«Respetable» es una palabra muy vaga.

Dravis arqueó una ceja.

—Oh, bueno, seré más preciso —respondió con sarcasmo—. He oído que te has pasado a la Alianza Rebelde, conseguido el grado de general, contraído matrimonio con una antigua princesa alderaaniana y, de paso, encargado unos gemelos.

Han efectuó un ademán de modestia.

—De hecho, renuncié al empleo de general hace unos meses.

Dravis lanzó un bufido.

—Perdona. Entonces, ¿de qué va este rollo? ¿Una especie de advertencia?

Han frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el inocente, Solo —dijo Dravis, sin el menor atisbo de humor en su voz—. La Nueva República ha sustituido al Imperio. Nada que objetar, pero sabes tan bien como yo que nada ha cambiado respecto a los contrabandistas. Si esto es una invitación oficial a cesar y desistir de nuestras actividades mercantiles, deja que me ría en tu cara y me largue de aquí.

Hizo ademán de levantarse.

—No tiene nada que ver con eso —le tranquilizó Han—. De hecho, abrigo la esperanza de contratarte.

Dravis se quedó petrificado, a medio levantar.

—¿Qué? —preguntó con cautela.

—Has oído bien. Queremos contratar contrabandistas.

Dravis volvió a sentarse poco a poco.

—¿Tiene algo que ver con la lucha que sostenéis contra el Imperio? Porque si es eso…

—No lo es —aseguró Han—. Podría soltarte un discurso, pero el meollo del asunto es que la Nueva República va corta de cargueros en este momento, por no mencionar pilotos con experiencia. Si quieres ganar dinero rápido y honrado, éste es el momento más adecuado.

—Uh, uh. —Dravis se reclinó en la silla, dejó caer el brazo sobre el respaldo y miró a Han con suspicacia—. ¿Dónde está la trampa?

Han sacudió la cabeza.

—No hay trampa. Necesitamos naves y pilotos para volver a poner en marcha el comercio interestelar. Tú los tienes. Eso es todo.

Dravis pareció meditar sobre la oferta.

—¿Y por qué trabajar para vosotros y vuestro miserable sueldo? ¿Por qué no podemos pasar de contrabando el género y sacar más por viaje?

—Podríais hacerlo —reconoció Han—, pero sólo si vuestros clientes tuvieran que pagar las tarifas que harían rentable alquilar contrabandistas. En este caso —sonrió—, no lo harán.

Dravis lanzó chispas por los ojos.

—Oh, vamos, Solo. Un gobierno recién estrenado, desesperado por obtener dinero…, ¿y quieres hacerme creer que no vais a subir las tarifas por los cielos?

—Cree lo que te dé la gana —dijo Han en tono helado—. Adelante, inténtalo. Y cuando estés convencido, llámame.

Dravis se mordisqueó la parte interna de la mejilla, sin dejar de mirar a Han.

—¿Sabes una cosa, Solo? —dijo en tono pensativo—. No habría venido de no confiar en ti. Bueno, puede que también hubiera algo de curiosidad, a ver cuál me soltabas. Y aunque yo te creyera, al menos lo bastante para comprobarlo por mí mismo, ya te digo desde ahora que mucha gente de mi grupo no lo hará.

—¿Por qué?

—Porque te has hecho responsable. Oh, no me mires como si te hubiera ofendido. El hecho cierto es que llevas tanto tiempo alejado de los negocios que ya ni recuerdas cómo son. El motor de los contrabandistas son los beneficios, Solo. Beneficios y diversión.

—¿Vais a intentar trabajar en los sectores imperiales? —contraatacó Han, mientras trataba de recordar las lecciones de diplomacia recibidas de Leia.

Dravis se encogió de hombros.

—Es lucrativo —dijo.

—Por ahora —le recordó Han—, pero su territorio lleva cinco años disminuyendo, y aún se reducirá más. Estamos bien armados, nuestra gente se halla motivada y mucho mejor preparada que la suya.

—Es posible —Dravis enarcó una ceja—, pero quizá no. He oído rumores de que alguien nuevo se ha hecho cargo del mando. Alguien que os está dando muchos problemas, como en el sistema Obroa-skai, por ejemplo. He oído que habéis perdido un grupo de operaciones en esa zona no hace mucho. Es muy chapucero perder todo un grupo así.

Han apretó los dientes.

—Recuerda que cualquiera que nos dé problemas os dará problemas a vosotros. —Apuntó con un dedo a su interlocutor—. Y si sabes que la Nueva República necesita con urgencia dinero, imagínate con qué urgencia lo necesita el Imperio.

—La cosa está que arde, desde luego —reconoció Dravis, y se puso en pie—. Bien, encantado de volver a verte, Solo, pero he de irme. Dale recuerdos de mi parte a tu princesa.

Han suspiró.

—Comunica a tu gente mi oferta, ¿de acuerdo?

—Oh, ya lo creo. Hasta es posible que alguien te tome en serio. Nunca se sabe.

Han asintió. Era lo único que podía esperar de este encuentro.

—Otra cosa, Dravis. Ahora que Jabba se ha esfumado, ¿quién es el mandamás?

Dravis le miró con aire pensativo.

—Bueno, creo que no es ningún secreto. Ten en cuenta que no es oficial, pero si tuviera que apostar, lo haría por Talon Karrde.

Han frunció el ceño. Había oído hablar de Karrde, por supuesto, pero nunca en el sentido de que estuviera incluido en la lista de los diez principales, y mucho menos en la primera posición. O Dravis se equivocaba, o Karrde era del tipo que prefería ampararse en la discreción.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Dravis dibujó una sonrisa astuta.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? Tal vez te lo diga algún día.

—Dravis….

—He de irme. Ya nos veremos, Chewie.

Iba a marcharse, pero se dio media vuelta.

—Oh, a propósito. Dile a tu colega de allí que es el peor guardaespaldas camuflado que he visto en mi vida. He creído que debía decírtelo.

Sonrió y se perdió entre la multitud.

Han hizo una mueca mientras le veía alejarse. Al menos, Dravis le había dado la espalda para marcharse. Algunos de los otros contrabandistas con quienes había contactado no habían confiado tanto en él. Algo así como un progreso.

A su lado, Chewbacca gruñó algo despectivo.

—Bien, ¿qué esperabas con el almirante Ackbar sentado en el Consejo? —Han se encogió de hombros—. Los calamarianos odiaban a muerte a los contrabandistas incluso antes de la guerra, y todo el mundo lo sabe. No te preocupes, ya volverán. Algunos, al menos. Dravis puede hablar lo que quiera de beneficios y diversión, pero si les ofreces apoyo seguro, en lugar de fruslerías como hacía Jabba, y la seguridad de que nadie va a disparar sobre ellos, su interés se despertará. Bueno, vámonos.

Saltó del taburete y se encaminó hacia la barra y la salida que había al final. A mitad de camino, se detuvo ante otro taburete y miró a su solitario ocupante.

—Tengo un mensaje para ti —anunció—. Debo decirte que eres el peor guardaespaldas camuflado que Dravis ha visto en su vida.

Wedge Antilles sonrió mientras se levantaba.

—Pensaba que ésa era la idea —dijo, y se acarició su cabello negro.

—Sí, pero Dravis no.

Si bien en privado, Han era el primero en admitir que Dravis tenía razón. En lo que a él se refería, las únicas veces que Wedge no descollaba como un pulpo en un garaje era cuando estaba sentado en la cabina de un caza, reduciendo a cenizas a sus enemigos.

—¿Dónde está Page, por cierto? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Aquí, señor —dijo una voz junto a su hombro.

Han se volvió. A su lado había aparecido un hombre de estatura mediana, complexión mediana, desprovisto de toda característica relevante. El tipo de hombre en el que nadie se fijaría; el tipo de hombre que podía hacerse invisible en casi cualquier entorno.

Ésa sí que era la idea.

—¿Has visto algo sospechoso? —preguntó Han.

Page meneó la cabeza.

—Ningún apoyo camuflado, no más armas que su desintegrador. Este tipo debe de confiar de verdad en usted.

—Sí. Progresamos. —Han lanzó una última mirada en derredor suyo—. Vámonos. Nuestro regreso a Coruscant ya se está retrasando bastante, y antes quiero dar una vuelta por el sistema Obroa-skai.

—¿Por esa fuerza elomin que se perdió? —preguntó Wedge.

—Sí —dijo Han con semblante hosco—. Quiero saber si ya han averiguado lo que sucedió. Y si tenemos suerte, tal vez nos hagamos una idea de quién lo hizo.

Capítulo 3

La mesa plegable de su oficina privada estaba dispuesta, la comida preparada para servir, y Talon Karrde se estaba llenando la copa de vino, cuando alguien llamó a la puerta. Como siempre, su sentido del tiempo era perfecto.

—¿Mara? —llamó.

—Sí —confirmó la voz de la joven al otro lado de la puerta—. Me invitó a cenar con usted.

—Sí. Entra, por favor.

La puerta se abrió y Mara Jade, con su habitual gracia felina, entró en la habitación.

—No me dijo… —sus ojos verdes recorrieron la lujosa mesa— por qué —terminó, en un tono bastante diferente.

Los ojos verdes, fríos y calculadores, se posaron en él.

—No es lo que estás pensando —la tranquilizó Karrde, indicando que ocupara la silla opuesta—. Esto es una cena de negocios. Ni más, ni menos.

Desde detrás del escritorio surgió un sonido a medio camino entre un cloqueo y un ronroneo.

—Exacto, Drang: una cena de negocios —dijo Karrde, volviéndose hacia el sonido—. Sal de una vez.

El vornskr asomó por el borde del escritorio. Sus patas delanteras arañaron la alfombra y mantuvo el hocico cerca del suelo, como al acecho de una presa.

—He dicho que salgas —repitió Karrde con firmeza, señalando la puerta abierta detrás de Mara—. Tienes la cena lista en la cocina. Sturm ya ha llegado. Es posible que, a estas alturas, ya se haya comido la mitad de tu cena.

Drang, a regañadientes, salió de detrás del escritorio, cloqueó/ronroneó para sí con desesperanza, mientras se dirigía hacia la puerta.

—No me hagas ese numerito de autoconmiseración —le respondió Karrde, y cogió un trozo de bruallki asado de la bandeja—. Toma. Esto bastará para reanimarte.

Tiró la comida hacia la puerta. La letargia de Drang se desvaneció en un solo brinco, y engulló la carne antes de que tocara el suelo.

—Ahora, ve a devorar tu cena —le conminó Karrde.

El vornskr salió con un brioso trote.

—Muy bien —dijo Karrde, y devolvió su atención a Mara—. ¿Dónde estábamos?

—Me estaba diciendo que esto era una cena de negocios —contestó la mujer, con

voz todavía fría, mientras se sentaba e inspeccionaba la mesa—. Es la cena de negocios más deliciosa que he contemplado en mi vida.

—Bueno, ésa era la intención —dijo Karrde. Se sentó y cogió la bandeja—. Creo que es bueno para nosotros recordar, de vez en cuando, que ser contrabandista no implica ser también, necesariamente, un bárbaro.

—Ah. —La mujer asintió y bebió vino—. Estoy segura de que la mayoría de sus hombres están contentos de que se lo recuerde.

Karrde sonrió. Aquel escenario desacostumbrado no la desconcertaba, pensó. Tendría que haber adivinado que aquel pequeño truco no iba a funcionar con alguien como Mara.

—Suele procurar veladas interesantes —dijo—. Sobre todo —clavó la mirada en ella—, cuando se va a hablar de un ascenso.

Un destello de sorpresa, casi demasiado rápido para captarlo, cruzó por el rostro de la mujer.

—¿Un ascenso? —preguntó con cautela.

—Sí —respondió Karrde, sirviendo una ración de bruallki en el plato de su invitada—. El tuyo, para ser exactos.

La cautela regresó a los ojos de Mara.

—Sólo llevo seis meses en el grupo, como ya sabrá.

—Cinco y medio, de hecho —la corrigió—, pero el tiempo nunca ha sido tan importante para el universo como la capacidad y los resultados…, y tu capacidad y resultados han sido impresionantes.

Ella se encogió de hombros. Su cabello rojo-dorado centelleó con el movimiento.

—He tenido suerte —dijo.

—La suerte ha intervenido, sin duda. Por otra parte, la experiencia me ha enseñado que lo que casi todo el mundo llama suerte suele ser poco más que talento en bruto combinado con la habilidad de aprovechar la mayoría de las oportunidades.

Sirvió un poco de bruallki en su plato.

—Tenemos tu talento como piloto de astronaves, tu capacidad de dar y recibir órdenes —sonrió e indicó la mesa—, y tu capacidad de adaptación a las situaciones más desacostumbradas e inesperadas. Talentos muy útiles para una contrabandista.

Hizo una pausa, pero Mara continuó en silencio. Parecía evidente que, en algún momento de su pasado, también había aprendido a no hacer preguntas. Otro talento útil.

—El meollo de la cuestión, Mara, es que eres demasiado valiosa para desperdiciarte en tareas menores —concluyó—. Me gustaría empezar a prepararte para que, algún día, te conviertas en mi lugarteniente.

Esta vez, no hubo posibilidad de confundir su sorpresa. Sus ojos se abrieron de par en par un segundo, y luego se entornaron.

—¿En qué consistirían exactamente mis nuevas tareas? —preguntó.

—Sobre todo, viajar conmigo —dijo Karrde, y bebió un poco de vino—. Verme impulsar nuevos negocios, reunirnos con nuestros clientes de toda la vida para que lleguen a conocerte… Todo eso.

La suspicacia de la joven no había desaparecido; lo leyó en sus ojos. Sospechaba que la oferta era una pantalla de humo que disimulaba exigencias o solicitudes más personales.

—No hace falta que me des la respuesta ahora. Piénsalo, o habla con los veteranos de la organización. —La miró directamente a los ojos—. Ellos te dirán que no miento a mi gente.

Mara torció los labios.

—Eso he oído —dijo, con voz indiferente—, pero recuerde que si me otorga esa autoridad, voy a utilizarla. Son precisas algunas reformas de toda la estructura operativa…

Se interrumpió cuando sonó el intercomunicador del escritorio.

—¿Sí? —dijo Karrde.

—Es Aves —dijo una voz—. Ha pensado que le gustaría saber que tenemos compañía: un Destructor Estelar imperial acaba de entrar en órbita.

Karrde miró a Mara mientras se levantaba.

—¿Algún dato de interés? —preguntó. Dejó la servilleta junto al plato y rodeó el escritorio para ver la pantalla.

—No suelen emitir credenciales de identificación últimamente. —Aves meneó la cabeza—. Es difícil leer las letras del costado desde esta distancia, pero Torve está casi seguro de que es el Quimera.

—Interesante —murmuró Karrde. El gran almirante Thrawn en persona—. ¿Han efectuado alguna transmisión?

—Ninguna que hayamos captado… Espere un momento. Parece que… Sí. Ha despegado una lanzadera. Digamos que dos. El punto de aterrizaje previsto… —Aves frunció el ceño al ver algo fuera de la pantalla—. Punto de aterrizaje previsto, algún lugar del bosque.

Karrde vio por el rabillo del ojo que Mara se ponía rígida.

—¿En alguna ciudad de la periferia? —preguntó.

—No, en el bosque, definitivamente. A cincuenta kilómetros de aquí, no más.

Karrde se frotó el labio inferior con el dedo índice, mientras reflexionaba sobre las posibilidades.

—¿Y sólo dos lanzaderas?

—De momento. —Aves empezaba a ponerse nervioso—. ¿Declaro la alerta?

—Todo lo contrario. Vamos a ver si necesitan ayuda. Deja libre un canal de transmisión.

Aves boqueó como un pez.

—Muy bien —dijo, respiró hondo y tocó un botón invisible en la pantalla—. Adelante.

—Gracias. Destructor Estelar imperial Quimera, aquí Talon Karrde. ¿Puedo ofrecerles algún tipo de ayuda?

—No hay respuesta —murmuró Aves—. ¿Y si querían pasar desapercibidos?

—Si quieres pasar desapercibido no utilices un Destructor Estelar —señaló Karrde—. No, seguro que están investigando mi nombre en los registros de la nave. Sería interesante poder ver algún día lo que tienen sobre mí. Si es que tienen algo. —Carraspeó—. Destructor Estelar Quimera, aquí…

De pronto, el rostro de Aves fue sustituido por el de un hombre de edad madura que llevaba insignia de capitán.

—Soy el capitán Pellaeon, del Quimera —dijo con brusquedad—. ¿Qué quiere?

—Sólo ser amable —respondió Karrde—. Detectamos dos lanzaderas que se acercaban, y nos preguntamos si usted o el gran almirante Thrawn necesitan ayuda.

La piel que rodeaba los ojos de Pellaeon se tensó levísimamente.

—¿Quién?

—Ah —asintió Karrde, y se permitió una breve sonrisa—. No he oído hablar del gran almirante Thrawn, por supuesto, y mucho menos relacionado con el Quimera, ni con unas misteriosas incursiones de exploración llevadas a cabo en varios sistemas de la región Paonnid/Obroa-skai.

Los ojos se entornaron un poco más.

—Está muy bien informado, señor Karrde —dijo Pellaeon, con voz sedosa pero amenazadora—. Me pregunto cómo habrá conseguido un simple contrabandista tal información.

Karrde se encogió de hombros.

—Mis hombres escuchan historias y rumores. Yo me limito a ensamblar las piezas sueltas. Es el mismo método que utilizan sus unidades de inteligencia, supongo. Por cierto, si sus lanzaderas tienen la intención de aterrizar en el bosque, advierta a las tripulaciones que vayan con cuidado. Varias especies de peligrosos depredadores habitan en él, y el alto contenido metálico de la vegetación distorsiona las lecturas de los sensores, en el mejor de los casos.

—Gracias por el consejo —dijo Pellaeon con frialdad—, pero no se quedarán mucho tiempo.

—Ah —asintió Karrde, examinando las posibilidades en su mente. Por suerte, no eran muchas—. ¿Van a cazar?

Pellaeon le dedicó una sonrisa indulgente.

—La información sobre las actividades imperiales es muy cara. Pensaba que un hombre de su profesión ya lo sabría.

—En efecto —reconoció Karrde, y examinó con interés a su interlocutor—, pero de vez en cuando se encuentran gangas. Van detrás de los ysalamiri, ¿verdad?

La sonrisa de Pellaeon se esfumó.

—Aquí no hay gangas que valgan, Karrde —dijo al cabo de un momento, con voz muy suave—. Y caro también significa costoso.

—Es verdad, a menos que se trueque por algo igualmente valioso. Supongo que está familiarizado con las costumbres tan especiales de los ysalamiri, de lo contrario no estarían aquí. ¿Puedo dar por sentado que también conoce el arte, más bien esotérico, de bajarlos sin riesgo de las ramas de sus árboles?

Pellaeon le escrutó con una expresión de suprema suspicacia.

—Tenía la impresión de que los ysalamiri no medían más de cincuenta centímetros y no eran depredadores.

—No me estaba refiriendo a su seguridad, capitán, sino a la de ellos. Es imposible bajarlos de sus ramas sin matarlos. Un ysalamiri en este estadio es sésil; sus garras han crecido hasta el punto de clavarse en el fondo de la rama que habita.

—Y supongo que usted conoce la forma adecuada de hacerlo.

—Algunos de mis hombres sí. Si quiere, enviaré a uno para que vaya a recibir a sus lanzaderas. La técnica no es muy difícil, pero hace falta una demostración.

—Por supuesto —replicó Pellaeon, con gran sarcasmo—. ¿Y los honorarios a cambio de esa esotérica demostración…?

—Nada de honorarios, capitán. Como ya le he dicho antes, sólo tratamos de ser amables.

Pellaeon ladeó la cabeza.

—Recordaremos su generosidad.

Sostuvo un momento la mirada de Karrde; el doble significado de sus palabras era inconfundible. Si Karrde planeaba alguna traición, también sería recordada.

—Indicaré a las lanzaderas que esperen al experto.

—Estará allí. Adiós, capitán.

Pellaeon extendió la mano y la cara de Aves volvió a llenar la pantalla.

—¿Lo tienes todo listo? —preguntó Karrde.

Aves asintió.

—Dankin y Chin ya están calentando un saltador.

—Bien. Diles que dejen un canal de transmisión abierto, y que quiero verles en cuanto vuelvan.

—De acuerdo.

La pantalla se apagó.

Karrde se apartó del escritorio, miró a Mara y volvió a sentarse.

—Lamento la interrupción —dijo, y la miró de reojo mientras se servía más vino.

Poco a poco, los ojos verdes volvieron del infinito. Mientras le devolvía la

mirada, los músculos de su cara abandonaron su rigidez casi cadavérica.

—¿De veras no les va a cobrar por esto? —preguntó, y extendió su mano vacilante hacia la copa de vino—. Ellos le cobrarían si quisiera algo, no cabe duda. Lo único que le interesa al Imperio últimamente es el dinero.

Karrde se encogió de hombros.

—Les tendremos vigilados desde que aterricen hasta que despeguen. Me parece una paga suficiente.

La mujer le examinó.

—No cree que hayan venido sólo para cazar ysalamiri, ¿verdad?

—No. —Karrde pinchó un pedazo de bruallki—. A menos que los destinen a un uso desconocido para nosotros. Venir hasta aquí para capturar ysalamiri es una medida excesiva para luchar contra un solo Jedi.

Mara desvió la vista.

—Quizá no persiguen a Skywalker —murmuró—. Quizá han descubierto más Jedi.

—Me parece improbable —dijo Karrde, observándola con atención. La emoción que había vibrado en su voz cuando pronunció el nombre de Luke Skywalker…—. Se supone que el emperador los borró del mapa en los primeros tiempos del Nuevo Orden. A menos —añadió, cuando se le ocurrió otra idea— que hayan encontrado a Darth Vader.

—Vader murió en la Estrella de la Muerte, junto con el emperador.

—Eso dice la historia, en efecto.

—Murió allí —insistió Mara, esta vez con brusquedad.

—Por supuesto —admitió Karrde.

Le había costado cinco meses de paciente observación, pero por fin había descubierto los escasos temas que provocaban reacciones terminantes en la mujer. Entre ellos, el último emperador y el Imperio pre-Endor.

Y en el extremo opuesto del espectro emocional se encontraba Luke Skywalker.

—De todos modos —continuó, con aire pensativo—, si el gran almirante cree que tiene buenos motivos para trasladar ysalamiri a bordo de sus naves, sería mejor seguirle la pista.

De pronto los ojos de Mara volvieron a clavarse en él.

—¿Para qué?

—Una simple precaución. ¿A qué viene esa vehemencia?

Observó su breve batalla interna.

—Me parece una pérdida de tiempo. Es probable que Thrawn esté dando palos de ciego. En cualquier caso, ¿cómo es posible mantener vivos a los ysalamiri en una nave sin trasplantar árboles junto con ellos?

—Estoy seguro de que Thrawn tiene algunas ideas en cuanto a eso —la

tranquilizó Karrde—. Dankin y Chin se las arreglarán para descubrir más detalles.

Los ojos de Mara se veían extrañamente velados.

—Sí —murmuró, aceptando la derrota—. Estoy segura de que lo harán.

—Entretanto —prosiguió Karrde, fingiendo que no se había dado cuenta—, hablaremos de los asuntos pendientes. Si no recuerdo mal, ibas a enumerarme las mejoras que introducirías en la organización.

—Sí.

Mara respiró hondo, cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, había recuperado su frialdad habitual.

—Sí. Bien…

Primero con lentitud, después con creciente confianza, Mara se lanzó a un detallado y penetrante compendio de las deficiencias del grupo. Karrde la escuchó con suma atención mientras comía, intrigado de nuevo por los talentos ocultos de la mujer. Algún día, se prometió en silencio, encontraría la forma de desenterrar los detalles de su pasado, oculto bajo una capa de secretos con la que se arropaba tan cuidadosamente. Averiguaría de dónde procedía, quién y qué era.

Y averiguaría qué le había hecho Luke Skywalker para que le odiara con tanta desesperación.

CAPÍTULO 4

El Quimera tardó casi cinco días, a velocidad de crucero Punto Cuatro, en recorrer los trescientos cincuenta años luz que separaban Myrkr de Wayland, pero el tiempo empleado permitió a los ingenieros idear un marco portátil que alojaba y alimentaba a los ysalamiri.

—Aún no estoy convencido de que esto sea necesario —gruñó Pellaeon, y contempló con desagrado el grueso tubo curvado y el ser escamoso, parecido a una salamandra, sujeto a él. El tubo y su marco eran muy pesados, y el ser no olía muy bien—. Si ese Guardián al que usted espera fue destinado a Wayland por el emperador, no entiendo por qué ha de darnos problemas.

—Llámelo precaución, capitán —dijo Thrawn, sentado en la silla del copiloto de la lanzadera, mientras se ajustaba las correas de seguridad—. Es concebible que nos cueste convencerles de quiénes somos, o incluso de que todavía servimos al Imperio. —Echó un vistazo a las pantallas y dio la señal al piloto—. Adelante.

Se oyó un ruido metálico apagado y la lanzadera, con un leve estremecimiento, salió del Quimera y comenzó su descenso hacia la superficie del planeta.

—Habría sido más fácil convencerle con un pelotón —murmuró Pellaeon, contemplando la pantalla dispuesta junto a su asiento.

—En ese caso, tal vez le habríamos irritado —señaló Thrawn—. No hay que tomar a la ligera el orgullo y la sensibilidad de un Jedi Oscuro, capitán. Además —miró hacia atrás—, para eso está Rukh. Cualquier servidor cercano al emperador debería conocer el glorioso papel que los noghri han jugado a lo largo de los años.

Pellaeon echó un vistazo a la silenciosa figura de pesadilla sentada al otro lado del pasillo.

—Parece muy seguro, señor, de que el Guardián será un Jedi Oscuro.

—¿A quién, si no, habría elegido el emperador para proteger su almacén personal? —replicó Thrawn—. ¿A una legión de tropas de asalto, tal vez, equipadas con AT-ATs y el tipo de armamento y tecnología avanzados que se detecta desde la órbita con los ojos cerrados?

Pellaeon hizo una mueca. De eso, al menos, no tendría que preocuparse. Los analizadores del Quimera no habían detectado nada más avanzado que arcos y flechas en la superficie de Wayland. Tampoco le consolaba.

—Me pregunto si el emperador le ordenó abandonar Wayland para sumarse a la lucha contra la Rebelión.

Thrawn se encogió de hombros.

—Pronto lo sabremos.

El suave rugido de la fricción atmosférica contra el casco de la nave aumentó de intensidad, y los detalles de la superficie se hicieron visibles en la pantalla de Pellaeon. La mayor parte de la zona que tenían debajo parecía ser boscosa, sembrada en algunos puntos de grandes praderas. Delante, asomando en ocasiones entre la capa de nubes, una sola montaña se alzaba sobre el paisaje.

—¿Es el monte Tantiss? —preguntó al piloto.

—Sí, señor. No tardaremos en divisar la ciudad.

—Perfecto.

Pellaeon ajustó disimuladamente su desintegrador en la pistolera. Que Thrawn confiara tanto como le diera la gana en los ysalamiri y en su lógica. Pellaeon hubiera deseado transportar más armamento.

La ciudad, situada en la base sudoeste del monte Tantiss, era más grande de lo que parecía desde la órbita. Muchos de sus edificios rechonchos se extendían al abrigo de los árboles circundantes. Thrawn ordenó al piloto que volara en círculo sobre la zona dos veces, y luego aterrizara en el centro de lo que semejaba la plaza principal de la ciudad, frente a un enorme e impresionante edificio, de apariencia regia.

—Interesante —comentó Thrawn. Miró por las portillas mientras se ajustaba a la espalda su mochila con el ysalamiri—. Se distinguen tres tipos de arquitectura, como mínimo: una humana y dos alienígenas de especies diferentes. No suele verse tal diversidad en la misma región de un planeta, y mucho menos en la misma ciudad. De hecho, el palacio que tenemos delante ha incorporado elementos de los tres estilos.

—Sí —admitió Pellaeon con aire ausente, y miró por las portillas. En aquel momento, los edificios le importaban muchísimo menos que las formas de vida captadas por los sensores, ocultas detrás y dentro de ellos—. ¿Sabemos si esas especies alienígenas se muestran hostiles hacia los extraños?

—Es probable —dijo Thrawn, y se dirigió hacia la rampa de salida de la lanzadera, donde Rukh ya le esperaba—. La mayoría de las especies alienígenas lo son. ¿Salimos?

La rampa descendió con un siseo de gases liberados. Pellaeon apretó los dientes y se reunió con los otros dos. Avanzaron, con Rukh a la cabeza.

Nadie les disparó cuando pisaron el suelo y se alejaron unos pasos de la lanzadera. Tampoco chilló ni hizo acto de aparición ser alguno.

—Son tímidos, ¿verdad? —murmuró Pellaeon, la mano apoyada sobre el desintegrador mientras miraba a su alrededor.

—Muy comprensible —comentó Thrawn. Sacó un disco megafónico del cinturón —. Vamos a ver si les convenzo de que sean hospitalarios.

Se llevó el disco a los labios.

—Busco al Guardián de la montaña. —Su voz retumbó en la plaza y la última sílaba despertó ecos en los edificios circundantes—. ¿Quién me llevará a su presencia?

El último eco se fundió con el silencio. Thrawn bajó el disco y aguardó, pero transcurrieron los segundos sin obtener la menor respuesta.

—Tal vez no entienden el básico —sugirió Pellaeon, dudoso.

—No, lo entienden —replicó Thrawn con frialdad—. Al menos, los humanos. Tal vez necesiten más motivación. —Volvió a levantar el megáfono—. Busco al Guardián de la montaña —repitió—. Si nadie me lleva a su presencia, toda la ciudad sufrirá las consecuencias.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando sin previo aviso una flecha salió disparada hacia ellos desde la derecha. Alcanzó a Thrawn en el costado, casi rozó el tubo del ysalamiri, doblado alrededor de sus hombros y espalda, y rebotó en la armadura oculta bajo el uniforme blanco.

—Contente —ordenó Thrawn a Rukh cuando éste saltó a su lado, el desintegrador preparado—. ¿Lo has localizado?

—Sí —graznó el noghri. Apuntó con su arma a un edificio de dos pisos cercano al palacio.

—Bien. —Thrawn volvió a levantar el megáfono—. Uno de vuestros conciudadanos acaba de dispararnos. Observad las consecuencias. —Bajó el disco y cabeceó en dirección a Rukh—. Ahora.

Con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes aguzados, Rukh procedió (rápida, minuciosa y científicamente) a destruir el edificio.

Primero pulverizó las puertas y ventanas, disparando una docena de proyectiles a través de ellas para disuadir a los posibles atacantes. A continuación, dedicó sus atenciones a los muros de la planta baja. Al vigésimo disparo, el edificio tembló sobre sus cimientos. Unos cuantos disparos hacia los muros de la planta superior, unos pocos más a los de abajo…

Y el edificio se desplomó con un ensordecedor estruendo.

Thrawn esperó a que el ruido de los escombros al caer se hubiera apagado para volver a utilizar el megáfono.

—Éstas son las consecuencias de desafiarme. Lo preguntaré una vez más: ¿quién me llevará al Guardián de la montaña?

—Yo —dijo una voz a su izquierda.

Pellaeon se volvió en redondo. El hombre que se erguía frente al palacio era alto y delgado, de cabello gris desgreñado y una barba que le llegaba casi a la mitad del pecho. Calzaba sandalias y se cubría con una vieja túnica marrón. De su cuello colgaba un reluciente medallón, medio oculto tras la barba. Su rostro moreno y

arrugado les examinó con manifiesta arrogancia. Sus ojos expresaban una mezcla de curiosidad y desdén.

—Sois extranjeros —dijo, con la misma mezcla en su voz—. Extranjeros —levantó la vista hacia la lanzadera que se alzaba sobre ellos—, de otro planeta.

—Sí —reconoció Thrawn—. ¿Y usted?

Los ojos del anciano se desviaron hacia el montón de escombros humeantes que Rukh acababa de producir.

—Habéis destruido uno de mis edificios —dijo—. No era necesario.

—Fuimos atacados —replicó Thrawn con frialdad—. ¿Era su propietario?

Los ojos del viejo tal vez relampaguearon, pero desde aquella distancia, Pellaeon no habría podido asegurarlo.

—Yo gobierno —dijo, con voz serena pero amenazadora—. Todo esto es mío.

Thrawn y el anciano sostuvieron la mirada durante unos segundos. Thrawn fue el primero en romper el silencio.

—Soy el gran almirante Thrawn, Señor de la Guerra del Imperio, siervo del emperador. Busco al Guardián de la montaña.

El viejo inclinó levemente la cabeza.

—Yo le acompañaré.

Dio media vuelta y volvió hacia el palacio.

—No os separéis —murmuró Thrawn a sus acompañantes—. Puede ser una trampa.

No les dispararon más flechas mientras cruzaban la plaza y pasaban bajo la arcada de piedra angular labrada que enmarcaba las puertas del palacio.

—Pensaba que el Guardián vivía en la montaña —dijo Thrawn mientras su guía abría las puertas con suma facilidad.

Pellaeon decidió que el viejo era más fuerte de lo que aparentaba.

—Lo hizo en otro tiempo —dijo el hombre sin volverse—. Cuando empecé a gobernar, el pueblo de Wayland construyó esto para él. —Se encaminó hacia el centro del adornado vestíbulo y se detuvo a mitad de camino de otras puertas dobles—. Dejadnos —dijo en voz más alta.

Durante una fracción de segundo, Pellaeon pensó que el hombre se dirigía a él. Estaba a punto de abrir la boca para negarse, cuando dos secciones de la pared se deslizaron a un lado y un par de hombres flacos salieron de los nichos ocultos. Se colgaron al hombro las ballestas, miraron en silencio a los recién llegados y salieron del edificio. El viejo esperó a que se marcharan, y luego continuó hacia las puertas dobles.

—Vengan —dijo, y señaló las puertas, con un brillo extraño en los ojos—. El Guardián del emperador les espera.

Las puertas se abrieron en silencio, dejando al descubierto la luz procedente de

centenares de velas, que llenaban la enorme estancia. Pellaeon lanzó una mirada al anciano, inmóvil junto a las puertas, y una súbita premonición le produjo escalofríos. Contuvo la respiración y siguió a sus acompañantes al interior.

De una cripta.

No había duda al respecto. Aparte de las velas encendidas, sólo había en la sala un enorme bloque rectangular de piedra negra, en el centro.

—Entiendo —dijo Thrawn en voz baja—. Ha muerto.

—Ha muerto —confirmó el anciano desde atrás—. ¿Ve todas esas velas, gran almirante Thrawn?

—Las veo —corroboró Thrawn—. La gente debió de rendirle grandes honores.

—¿Honores? —se mofó el viejo—. No creo. Todas esas velas señalan las tumbas de los habitantes de otros planetas que han venido desde su muerte.

Pellaeon volvió la cara para mirarle y, al mismo tiempo, desenfundó el desintegrador. Thrawn esperó unos segundos antes de volverse en redondo.

—¿Cómo murieron? —preguntó.

El anciano sonrió.

—Yo los maté, por supuesto. Como maté al Guardián. —Extendió las manos frente a él, con las palmas hacia arriba—. Como voy a matarles a ustedes.

De repente, rayos azules surgieron de las puntas de sus dedos…

Y se desvanecieron sin dejar rastro a un metro de los extranjeros.

Todo ocurrió tan rápido que Pellaeon no tuvo tiempo de agacharse, ni mucho menos de disparar. Con segundos de retraso, levantó el desintegrador. El aire caliente procedente de los rayos bañó sus manos.

—Alto —dijo con calma Thrawn—. Como ve, Guardián, no somos extranjeros normales.

—¡El Guardián ha muerto! —chilló el viejo.

Nuevos rayos apagaron su última palabra. Desaparecieron en la nada antes de alcanzar su objetivo.

—Sí, el antiguo Guardián ha muerto —admitió Thrawn, haciéndose oír por encima del estruendo—. Usted es el Guardián ahora. Es usted quien protege la montaña del emperador.

—¡Yo no sirvo a ningún emperador! —replicó el anciano, lanzando una tercera salva de rayos—. Mi poder sólo me pertenece a mí. —El ataque cesó con igual celeridad con la que había empezado. El viejo miró a Thrawn, las manos alzadas todavía, con una expresión confusa y petulante en su cara—. No son Jedi. ¿Cómo lo hacen?

—Únase a nosotros y aprenda —sugirió Thrawn.

El viejo se irguió en toda su estatura.

—Yo soy un maestro Jedi —rugió—. No me uno a nadie.

—Entiendo —asintió Thrawn—. En ese caso, permita que nos unamos a usted. —Sus brillantes ojos rojos se clavaron en el rostro del hombre—. Y permita que le enseñemos a adquirir más poder del que jamás ha imaginado. Todo el poder que un maestro Jedi podría desear.

El hombre continuó mirando a Thrawn durante un prolongado momento. Una docena de expresiones diferentes cruzaron por su rostro.

—Muy bien —dijo por fin—. Vengan. Hablaremos.

—Gracias —dijo Thrawn, inclinando levemente la cabeza—. ¿Puedo preguntar a quién tengo el honor de dirigirme?

—Por supuesto.

El rostro del anciano adquirió de nuevo aquella expresión majestuosa, y cuando habló su voz resonó en el silencio de la cripta.

—Soy el maestro Jedi Joruus C'baoth.

Pellaeon contuvo el aliento y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Joruus C'baoth? —susurró—. Pero…

Se interrumpió. C'baoth le miró, como Pellaeon miraría a un joven oficial que hubiese hablado cuando no le correspondía.

—Vengan —repitió el viejo, y se volvió hacia Thrawn—. Hablaremos.

Les precedió fuera de la cripta y salieron de nuevo a la luz del sol. Durante su ausencia, algunos grupos poco numerosos de gente se habían congregado en la plaza, bien alejados tanto de la cripta como de la lanzadera, e intercambiaron nerviosos susurros.

Con una excepción. Uno de los dos guardias a los que C'baoth había ordenado que salieran de la cripta se interponía en su camino. Una expresión de furia controlada aparecía en su rostro. Tenía en las manos la ballesta, amartillada y preparada.

—Ustedes destruyeron su hogar —comentó C'baoth—. Sin duda, quiere vengarse.

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando el guardia disparó una flecha. Pellaeon se agachó instintivamente y levantó el desintegrador.

A tres metros de los extranjeros, la flecha se detuvo en el aire.

Pellaeon contempló la pieza de metal y madera; su cerebro apenas empezaba a comprender lo que había ocurrido.

—Son nuestros invitados —dijo C'baoth al guardia, lo bastante alto para que le oyeran todos los presentes en la plaza—. Se les dispensará el trato correspondiente.

La flecha se partió con un ruido de madera astillada, y los fragmentos cayeron al suelo. El guardia, a regañadientes, bajó la ballesta. Una rabia impotente brillaba en sus ojos. Thrawn dejó transcurrir un segundo y dio una indicación a Rukh. El noghri levantó el desintegrador y disparó…

Y con un movimiento demasiado rápido para la vista, una piedra se desgajó del suelo y se interpuso en el camino del disparo, rompiéndose de manera espectacular cuando el rayo la alcanzó.

Thrawn se volvió hacia C'baoth, sorprendido e irritado.

—¡C'baoth!

—Éste es mi pueblo, gran almirante Thrawn —le interrumpió el anciano con voz firme como el acero—. No es el suyo, sino el mío. Si se debe administrar castigo, lo haré yo.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante varios segundos. Después, con un esfuerzo evidente, Thrawn recuperó la compostura.

—Por supuesto, maestro C'baoth. Perdóneme.

C'baoth cabeceó.

—Mejor. Mucho mejor. —Despidió al guardia con un movimiento de cabeza—. Vengan —dijo al gran almirante—. Hablaremos.

—Ahora me explicará —dijo C'baoth, señalando los almohadones— cómo repelió mi ataque.

—Primero, permita que le transmita mi oferta.

Thrawn paseó la mirada a su alrededor, antes de acomodarse sobre un almohadón. Probablemente, pensó Pellaeon, el almirante estaba examinando las obras de arte que le rodeaban.

—Creo que la considerará muy…

—Ahora me explicará cómo repelió mi ataque —repitió C'baoth.

Thrawn hizo una mueca, que suprimió al instante.

—De hecho, es muy sencillo. —Miró al ysalamir envuelto alrededor de sus hombros y extendió un dedo para acariciar su largo cuello—. Estos seres que ve subidos a nuestra espalda se llaman ysalamiri. Son animales sésiles que moran en los árboles, procedentes de un lejano planeta de tercera categoría, y poseen una interesante y, tal vez, única habilidad: repelen la Fuerza.

C'baoth frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Alejan de ellos su presencia —explicó Thrawn—, del mismo modo que una burbuja nace del aire expelido contra el agua hacia fuera. Un solo ysalamir es capaz, en ocasiones, de crear una burbuja de diez metros de largo. Un grupo que aúne sus fuerzas conjuntas puede crear otras mucho más grandes.

—Nunca había oído nada semejante —dijo C'baoth, y contempló al ysalamir de Thrawn con curiosidad casi infantil—. ¿Cómo ha podido desarrollarse un ser semejante?

—La verdad es que lo ignoro —reconoció Thrawn—. Supongo que el talento

posee cualidades destinadas a la supervivencia, pero no sé cuáles son. —Arqueó una ceja—. Tampoco importa. De momento, esta capacidad basta para mis propósitos.

El rostro de C'baoth se ensombreció.

—¿Ese propósito consiste en acabar con mi poder?

Thrawn se encogió de hombros.

—Esperábamos encontrar aquí al Guardián del emperador. Necesitaba asegurarme de que nos permitiría identificarnos y explicar nuestra misión. —Acarició de nuevo el cuello del ysalamir—. De hecho, protegernos del Guardián ha sido un tanto más a nuestro favor. Tengo en mente algo mucho más interesante para estos animalitos.

—¿Y es…?

Thrawn sonrió.

—Todo a su debido tiempo, maestro C'baoth. Y sólo después de que hayamos examinado el almacén del emperador enclavado en el monte Tantiss.

C'baoth torció los labios.

—De modo que es la montaña lo que más le interesa.

—Me interesa la montaña, desde luego —reconoció Thrawn—, o mejor dicho, lo que espero encontrar en ella.

—¿Qué es…?

Thrawn le examinó un momento.

—Corrieron rumores, justo antes de la batalla de Endor, de que los investigadores del emperador habían desarrollado por fin un escudo protector de lo más práctico. Lo quiero. Y también —añadió, casi como sin darle importancia— otros pequeños ejemplos, casi triviales, de tecnología.

—¿Cree que encontrará esos escudos protectores en la montaña?

—Confío en encontrar un modelo que funcione, o al menos una colección completa de esquemas. Uno de los propósitos del emperador al instalar este almacén fue asegurarse de que no se perdiera esa interesante y práctica tecnología.

—Eso y atesorar innumerables recuerdos de sus gloriosas conquistas —bufó C'baoth—. Hay cientos de salas dedicadas a esa deplorable autoalabanza.

Pellaeon se enderezó en la silla.

—¿Ha estado dentro de la montaña? —preguntó.

Había imaginado que la montaña estaría protegida por toda clase de cerraduras y barreras. C'baoth le dirigió una mirada huraña.

—Pues claro que he estado dentro. Yo maté al Guardián, ¿recuerda? —Volvió a dirigirse a Thrawn—. Bien. Usted quiere los juguetes del emperador; y ahora ya sabe que puede entrar en la montaña, con o sin mi ayuda. ¿Por qué sigue sentado ahí?

—Porque la montaña representa sólo una parte de lo que necesito. También necesito la colaboración de un maestro Jedi como usted.

C’baoth se reclinó en su almohadón. Una cínica sonrisa asomó por entre la barba.

—Ah, por fin llegamos al meollo del asunto. Supongo que ahora es cuando me va a ofrecer todo el poder que un maestro Jedi puede desear.

Thrawn le devolvió la sonrisa.

—En efecto. Dígame, maestro C’baoth, ¿está enterado de la desastrosa derrota de la flota imperial en la batalla de Endor, acaecida hace cinco años?

—Me han llegado rumores. Uno de los extranjeros que apareció por aquí me la comentó. —La mirada de C’baoth se desvió hacia la ventana, en dirección al palacio/cripta que se veía al otro lado de la plaza—. Aunque no durante mucho rato.

Pellaeon tragó saliva. Dio la impresión de que Thrawn no había captado la implicación.

—En tal caso, se habrá preguntado cómo pudieron destruir unas docenas de naves rebeldes a una fuerza imperial, que les superaba en una proporción de diez cañones por cada uno de los suyos.

—No dediqué mucho tiempo a esas meditaciones —replicó C’baoth con sequedad—. Presumí que los rebeldes eran mejores guerreros.

—En cierto sentido, es verdad —reconoció Thrawn—. Los rebeldes lucharon mejor, pero no porque poseyeran cualidades especiales o estuvieran mejor preparados. Lucharon mejor que la flota porque el emperador había muerto. —Se volvió hacia Pellaeon—. Usted estuvo presente, capitán; debió de darse cuenta. La repentina pérdida de coordinación entre tripulantes y naves, la pérdida de la eficacia y la disciplina. La pérdida, en suma, de esa cualidad resbaladiza que llamamos espíritu guerrero.

—Se produjo cierta confusión, sí —dijo Pellaeon, rígido. Empezaba a comprender hacia dónde apuntaba Thrawn, y no le gustaba un pelo—. Nada que no pueda ser explicado por las tensiones normales en una batalla.

Una ceja negroazulada se arqueó levemente.

—¿De veras? La pérdida del Ejecutor, la súbita incompetencia de los cazas, en el último momento, que dio como resultado la destrucción de la mismísima Estrella de la Muerte, la pérdida de otros seis Destructores Estelares en combates que no representaban el menor problema… ¿Todo eso se reduce a simples tensiones normales en una batalla?

—El emperador no dirigía la batalla —replicó Pellaeon con una furia que le sorprendió—. En absoluto. Yo estaba allí, almirante… Lo sé.

—Sí, capitán, usted estuvo allí —dijo Thrawn, con repentina dureza—. Y ya es hora de que se quite la venda de los ojos y se enfrente a la verdad, por amarga que le resulte. Ustedes ya no tenían auténtico espíritu guerrero. Ningún miembro de la flota imperial lo conservaba. La voluntad del emperador les impulsaba, la mente del emperador les proporcionaba fuerza, resolución y eficacia. Dependían tanto de su

presencia como si fueran chips implantados en un ordenador de combate.

—Eso no es verdad —contestó Pellaeon, rabioso—. No lo es. Seguimos luchando después de su muerte.

—Sí —dijo Thrawn, con voz serena y despectiva—. Siguieron luchando. Como cadetes.

C'baoth resopló.

—¿Esto es lo que desea de mí, gran almirante Thrawn? —preguntó, ceñudo—. ¿Que convierta sus naves en marionetas que pueda manejar a su antojo?

—De ninguna manera, maestro C'baoth —replicó Thrawn, con voz tranquila—. Mi comparación con chips de combate implantados fue deliberada. El error fatal del emperador consistió en tratar de controlar toda la flota imperial personalmente, de una forma absoluta y constante. Eso, a la larga, redundó en su perjuicio. Mi deseo es que mejore la coordinación entre naves y fuerzas de asalto, sólo en momentos críticos y en situaciones de combate cuidadosamente seleccionadas.

C'baoth desvió la mirada hacia Pellaeon.

—¿Con qué fin? —gruñó.

—Con el fin del que ya hemos hablado —dijo Thrawn—. El poder.

—¿Qué clase de poder?

Por primera vez desde que habían aterrizado, Thrawn pareció sorprenderse.

—La conquista de los planetas, por supuesto. La derrota final de la Rebelión. El restablecimiento de la gloria que fue en otro tiempo el Nuevo Orden del emperador.

C'baoth meneó la cabeza.

—Usted no comprende el poder, almirante Thrawn. Conquistar planetas que nunca volverá a visitar no es poder. Ni tampoco destruir naves, gente y rebeliones que jamás ha visto cara a cara. —Hizo un ademán que abarcaba todo cuanto les rodeaba, con un brillo extraño en los ojos—. Esto, gran almirante Thrawn, sí es poder. Esta ciudad, este planeta, estas gentes. Todos los humanos, psadan y myneryr que viven aquí son míos. Míos. —Su mirada volvió a desviarse hacia la ventana—. Yo les enseño. Yo les ordeno. Yo les castigo. Sus vidas, y sus muertes, están en mi mano.

—Eso es precisamente lo que le ofrezco —dijo Thrawn—. Millones de vidas, miles de millones, si lo prefiere. Para hacer con ellas lo que le plazca.

—No es lo mismo —dijo C'baoth, con una nota de paciencia paternal en la voz —. No tengo el menor deseo de ejercer un poder distante sobre vidas carentes de rostro.

—En ese caso, podríamos darle una ciudad para que la gobernara —insistió Thrawn—. Del tamaño que usted prefiera.

—Ya gobierno una ciudad.

Thrawn entornó los ojos.

—Necesito su ayuda, maestro C'baoth. Póngale precio.

C’baoth sonrió.

—¿Precio? ¿El precio de mis servicios? —De repente, la sonrisa se desvaneció—. Soy un maestro Jedi, gran almirante Thrawn —dijo, con voz amenazadora—. No un asesino a sueldo, como sus noghri. —Dirigió una mirada de desprecio a Rukh, que estaba sentado en silencio a un lado—. Oh, sí, noghri. Sé lo que sois tú y tu pueblo. Los Comandos de la Muerte privados del emperador, que matan y mueren a tenor de los caprichos de hombres como Darth Vader y el gran almirante aquí presente.

—Lord Vader sirvió al emperador y al Imperio —graznó Rukh. Sus ojos oscuros miraron sin pestañear a C’baoth—. Al igual que nosotros.

—Tal vez. —C’baoth se volvió hacia Thrawn—. Poseo todo cuanto deseo o necesito, gran almirante Thrawn. Se marchará de Wayland ahora mismo.

Thrawn no se movió.

—Necesito su ayuda, maestro C’baoth —repitió en voz baja—. Y la conseguiré.

—Y en caso contrario, ¿qué? —se burló C’baoth—. ¿Ordenará a su noghri que intente matarme? Casi sería divertido que lo probara. —Miró a Pellaeon—. O quizá se decantará por ordenar a su bravo capitán del Destructor Estelar que intente arrasar mi ciudad desde el aire. Claro que no puede arriesgarse a destruir la montaña de paso, ¿verdad?

—Mis cañones podrían destruir la ciudad sin ni siquiera rozar la hierba del monte Tantiss —replicó Pellaeon—. Si quiere una demostración…

—Paz, capitán —le interrumpió Thrawn—. ¿Éste es el tipo de poder personal, cara a cara, que prefiere, maestro C’baoth? Sí, lo comprendo muy bien. No es gran cosa, desde luego. —Desvió la vista hacia la ventana con aire pensativo—. Imaginaba que incluso los maestros Jedi, cuando envejecen, sólo se sienten interesados por sentarse a tomar el sol.

C’baoth arrugó el entrecejo.

—Tenga cuidado, gran almirante Thrawn —le advirtió—, porque puede que me entre un repentino interés por destruirle.

—No representaría mucho esfuerzo para un hombre de su habilidad y poder. —Thrawn se encogió de hombros—. Supongo que tiene a otros Jedi bajo su mando.

C’baoth se quedó sorprendido por el brusco cambio de tema.

—¿Otros Jedi? —repitió.

—Por supuesto. Considero normal que un maestro Jedi tenga a su servicio Jedi de menor categoría, Jedi a los que pueda aleccionar, mandar y castigar.

Algo similar a una sombra cruzó por el rostro de C’baoth.

—No quedan más Jedi —murmuró—. El emperador y Vader los persiguieron y destruyeron.

—A todos no —dijo con suavidad Thrawn—. Durante los últimos cinco años han aparecido dos nuevos Jedi: Luke Skywalker y su hermana, Leia Organa Solo.

—¿Y a mí qué más me da?

—Puedo entregárselos.

C'baoth le miró fijamente durante un largo minuto. Incredulidad y deseo lucharon por la supremacía en su rostro. Ganó el deseo.

—¿A los dos?

—A los dos —asintió Thrawn—. Piense en lo que un hombre de su talento podría hacer con nuevos Jedi. Moldearlos, alterarlos, recrearlos en cualquier imagen que deseara. —Enarcó una ceja—. Y en el lote iría incluido un regalo muy especial…, porque Leia Organa Solo está embarazada. De gemelos.

C'baoth inhaló una profunda bocanada de aire.

—¿Gemelos Jedi? —siseó.

—Tienen el potencial, según mis fuentes —sonrió Thrawn—. Lo que llegaran a ser dependería finalmente de usted, por supuesto.

Los ojos de C'baoth se desviaron hacia Pellaeon, y luego se clavaron otra vez en Thrawn. Se levantó, con lentitud y deliberación.

—Muy bien, gran almirante Thrawn —dijo—. A cambio de los Jedi, colaboraré con sus fuerzas. Lléveme a su nave.

—Todo a su tiempo, maestro C'baoth. —Thrawn también se puso en pie—. Primero, entraremos en la montaña del emperador. Este trato depende de si encuentro lo que he venido a buscar.

—Por supuesto. —Los ojos de C'baoth relampaguearon—. Confiemos los dos en que lo consiga —dijo en tono de advertencia.

Les costó siete horas de búsqueda, en una fortaleza de la montaña mucho más grande de lo que Pellaeon había supuesto, pero al final encontraron los tesoros que Thrawn anhelaba. El escudo protector, y las demás muestras pequeñas, casi triviales, de tecnología.

La puerta de la sala de mando del gran almirante se abrió. Pellaeon entró.

—¿Puedo hablar con usted, almirante?

—Desde luego, capitán —respondió Thrawn, desde su asiento colocado en el centro del doble círculo—. Entre. ¿Alguna noticia del palacio imperial?

—No, señor, ninguna desde ayer —dijo Pellaeon. Caminó hasta el borde del círculo exterior, y ensayó en silencio por última vez lo que había venido a decir—. Puedo solicitar información, si lo desea.

—Es innecesario, probablemente. —Thrawn meneó la cabeza. Da la impresión de que los detalles de la expedición a Bimmisaari han sido ultimados. Basta con alertar a uno de los comandos, el Equipo Ocho, me parece, y tendremos a nuestros Jedi.

—Sí, señor. —Pellaeon reunió fuerzas—. Almirante… Debo decirle que no considero una buena idea hacer tratos con C'baoth. Para ser sincero creo que no está

en sus cabales.

Thrawn arqueó una ceja.

—Claro que no está en sus cabales, pero tampoco es Joruus C'baoth.

Pellaeon se quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

—Joruus C'baoth está muerto —explicó Thrawn—. Era uno de los seis maestros Jedi que iban a bordo de la nave encargada de llevar a cabo el proyecto Vuelo de Expansión de la Antigua República. Ignoro si usted, en aquella época, ocupaba un cargo lo bastante importante para estar al corriente del asunto.

—Oí rumores. —Pellaeon frunció el ceño, mientras se esforzaba por recordar—. Un gran esfuerzo destinado a extender la autoridad de la Antigua República fuera de los confines de la galaxia, si no recuerdo mal, llevado a cabo justo antes de que estallaran las Guerras Clónicas. Nunca volví a saber nada más de ello.

—Porque no había nada más que saber —replicó Thrawn—. La nave fue interceptada por una fuerza de choque fuera del espacio de la Antigua República y destruida.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Pellaeon.

—¿Cómo lo sabe?

Thrawn enarcó las cejas.

—Porque yo mandaba la fuerza. Incluso en aquella fase preliminar, el emperador comprendió que los Jedi debían ser exterminados. Seis maestros Jedi a bordo de la misma nave era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

Pellaeon se humedeció los labios.

—Pero, entonces…

—¿A quién hemos traído a bordo del Quimera? —terminó por él Thrawn—. Creo que es obvio. Joruus C'baoth, observe la leve diferencia con el nombre «Joruus», es un clon.

Pellaeon le miró como atontado.

—¿Un clon?

—Por supuesto. Creado a partir de una muestra de tejido, poco antes de que el auténtico C'baoth muriera, probablemente.

—A principios de la guerra, en otras palabras.

Pellaeon tragó saliva. Los primeros clones, al menos aquellos a los que la flota se había enfrentado, eran muy inestables, tanto mental como emocionalmente. A veces, de una manera espectacular…

—¿Ha subido esa cosa a la nave deliberadamente? —preguntó.

—¿Habría preferido tener a bordo a un Jedi Oscuro en plena posesión de todas sus facultades? —preguntó con frialdad Thrawn—. ¿Un segundo Darth Vader, por ejemplo, provisto de las ambiciones y el poder suficientes para apoderarse de su nave

con toda facilidad? Piense en la suerte que ha tenido, capitán.

—Al menos, un Jedi Oscuro sería predecible —replicó Pellaeon.

—C’baoth es bastante predecible. Y cuando no lo sea… —Movió la mano en dirección a la media docena de armazones que rodeaban su centro de mando—. Para eso están los ysalamiri.

Pellaeon hizo una mueca.

—Sigue sin gustarme, almirante. Será muy difícil proteger la nave de sus artimañas, mientras al mismo tiempo le invitamos a coordinar los ataques de la flota.

—Existe un cierto riesgo —convino Thrawn—, pero el riesgo siempre ha sido una parte ineludible de la guerra. En este caso, los beneficios potenciales sobrepasan en mucho a los peligros potenciales.

Pellaeon asintió a regañadientes. No le gustaba, estaba seguro de que nunca le gustaría, pero nada alteraría la decisión de Thrawn.

—Sí, señor —murmuró—. Ha mencionado antes que se debe enviar un mensaje al Equipo Ocho. ¿Quiere que me encargue yo de transmitirlo?

—No, lo haré yo. —Thrawn dibujó una sonrisa sardónica—. Su glorioso líder y todo eso… Ya sabe cómo son los noghri. Si no desea nada más…

Era una clara despedida.

—No, señor —dijo Pellaeon—. Estaré en el puente, si me necesita.

Dio media vuelta para marcharse.

—Nos llevará a la victoria, capitán —dijo el gran almirante con suavidad—. Aplaque sus temores, y concéntrese en eso.

«Si no nos mata a todos».

—Sí, señor —respondió Pellaeon, y salió de la sala.

Capítulo 5

Han terminó su informe, se sentó y esperó a que las críticas se desencadenaran.

La espera fue muy corta.

—De modo que, una vez más, sus amigos contrabandistas se niegan a comprometerse —dijo el almirante Ackbar, en tono algo más que disgustado. Su cabeza en forma de cúpula se movió dos veces, en un gesto calamariano indescifrable, y sus enormes ojos parpadearon al unísono con los cabeceos—. Recuerde que la idea me desagradó desde el primer momento —añadió, y agitó una mano palmeada en dirección al informe de Han.

Han miró a Leia, sentada frente a él.

—No es una cuestión de compromiso, almirante. Sucede que ninguno ve ventajas en abandonar sus actividades habituales por otras legales.

—O es falta de confianza —señaló una melodiosa voz alienígena—. ¿Es posible?

Han no pudo reprimir una mueca.

—Es posible —contestó, y se obligó a mirar a Borsk Fey'lya.

—¿Posible?

Los ojos violeta de Fey'lya se ensancharon, y el pelaje color crema que cubría su cuerpo se onduló levemente. Era el gesto bothan de educada sorpresa, y que Fey'lya utilizaba mucho.

—¿Ha dicho «posible», capitán Solo?

Han suspiró en silencio y se rindió. Fey'lya se limitaría a conseguir que dijera lo mismo de otra manera, si no lo hacía.

—Algunos de los grupos con los que he hablado no confían en nosotros —reconoció—. Piensan que la oferta podría ser una trampa para hacerles salir de sus escondrijos.

—Por mi culpa, claro —gruñó Ackbar. Su color salmón habitual se oscureció un poco más—. ¿No se cansa de insistir siempre en lo mismo, consejero Fey'lya?

Los ojos de Fey'lya se ensancharon de nuevo, y miró un momento a Ackbar, mientras la tensión que rodeaba la mesa se elevaba rápidamente. Han sabía que nunca se habían caído bien, desde el día que Fey'lya había integrado en la Alianza a su numerosa facción de la raza bothan, después de la batalla de Yavin. Desde el primer momento, Fey'lya maniobró para conseguir cargos y poder, hizo pactos donde y cuando pudo, y dejó muy claro que esperaba ocupar un alto cargo en el inestable sistema político que Mon Mothma estaba levantando. Ackbar había considerado tales

ambiciones una peligrosa pérdida de tiempo y esfuerzos, dada la delicada situación que afrontaba en aquel momento la Alianza, y con su típica cabezonería se había abstenido de callar su opinión.

Teniendo en cuenta la reputación y posteriores éxitos de Ackbar, Han había pensado que Fey'lya sería destinado a un puesto de gobierno poco importante de la Nueva República, pero resultó que los espías que descubrieron la existencia y localización de la nueva Estrella de la Muerte del emperador fueron un grupo de bothans.

Preocupado en aquel momento con asuntos más urgentes, Han nunca había averiguado cómo había logrado obtener Fey'lya su actual cargo en el Consejo. Y para ser sincero, no estaba seguro de querer descubrirlo.

—Sólo intento clarificar la situación en mi mente, almirante —dijo por fin Fey'lya, y rompió el pesado silencio—. No vale la pena que continuemos enviando a un hombre tan valioso como el capitán Solo a estas misiones de contacto, si cada una está abocada al fracaso.

—No están abocadas al fracaso —le interrumpió Han. Vio por el rabillo del ojo que Leia le enviaba una mirada de advertencia. Hizo caso omiso—. El tipo de contrabandistas a los que intentamos reclutar son hombres de negocios conservadores. No se meten en algo nuevo sin pensarlo dos veces. Acudirán a nosotros.

Fey'lya se encogió de hombros y su pelaje onduló de nuevo.

—Y entretanto, desperdiciamos tiempo y esfuerzos sin recibir nada a cambio.

—Oiga, no se puede montar una…

El presidente de la mesa cortó la discusión con un levísimo golpe de mazo, casi tímido.

—Lo que esperan los contrabandistas —dijo con voz serena Mon Mothma, mientras recorría con mirada grave a los reunidos alrededor de la mesa— es lo mismo que espera el resto de la galaxia: el restablecimiento oficial de los principios y leyes de la Antigua República. Ésa es nuestra primera y principal tarea, consejeros. Convertirnos en la Nueva República, tanto de hecho como de nombre.

Han miró a Leia, y esta vez fue él quien le dirigió una muda advertencia. La joven hizo una mueca, pero asintió y siguió callada.

Mon Mothma dejó que el silencio se prolongara unos segundos más y paseó de nuevo su mirada por la mesa. Han la examinó, observó las profundas arrugas que surcaban su rostro, los mechones grises que salpicaban su cabello oscuro, la delgadez de su cuello. Había envejecido mucho desde su primer encuentro, cuando la Alianza intentaba encontrar una forma de sustraerse a la sombra de la segunda Estrella de la Muerte del Imperio. Desde entonces, Mon Mothma se había concentrado en la horrenda tarea de formar un gobierno viable, y la tensión se había cobrado su precio.

A pesar de los estragos que los años habían causado en su rostro, sus ojos todavía poseían el fuego de siempre, el mismo fuego, según decía la leyenda, que poseían desde su histórica ruptura con la Nueva Orden del emperador y su fundación de la Alianza Rebelde. Era dura, inteligente y controlada. Y todos los presentes lo sabían.

Sus ojos se posaron en Han.

—Capitán Solo, le damos las gracias por su informe, y también por sus esfuerzos. Se levanta la sesión.

Golpeó la mesa con el mazo y se levantó. Han cerró el informe y se abrió paso entre la confusión general hasta el otro lado de la mesa.

—Bueno —dijo en voz baja cuando llegó junto a Leia, que estaba guardando sus cosas—, ¿nos largamos?

—Cuanto antes mejor —murmuró la princesa—. He de darle esto a Winter.

Han paseó la vista a su alrededor y bajó la voz.

—Imagino que las cosas se estaban complicando antes de que me llamaran.

—No más de lo normal. Fey’lya y Ackbar sostuvieron una de sus educadas batallitas, esta vez sobre el fiasco de Obroa-skai, esa fuerza elomin que se perdió, con más veladas insinuaciones por parte de Fey’lya de que el puesto de comandante en jefe le viene grande a Ackbar. Y luego, claro, Mon Mothma…

—¿Puedo hablar contigo, Leia?

La voz de Mon Mothma sonó detrás de Han. Han se volvió y notó que Leia se ponía un poco tensa.

—¿Sí?

—Olvidé preguntarte antes si habías hablado con Luke para que fuera contigo a Bimmisaari —dijo Mon Mothma—. ¿Estuvo de acuerdo?

—Sí —asintió Leia, y dirigió una mirada de disculpa a Han—. Lo siento, Han, no he tenido tiempo de decírtelo. Los bimms enviaron ayer un mensaje, pidiendo que Luke me acompañara a las conversaciones.

—Ah, ¿sí?

Un año atrás, reflexionó Han, se habría puesto furioso si le hubieran salido con una cita inesperada en el último momento. La paciencia diplomática de Leia debía de surtir efecto en él.

O eso, o se estaba ablandando.

—¿Dieron alguna explicación?

—Los bimms idolatran bastante a los héroes —explicó Mon Mothma, antes de que Leia pudiera contestar, y sus ojos escrutaron el rostro de Han, como si intentara adivinar su grado de irritación por el cambio de planes—. Y el papel desempeñado por Luke en la batalla de Endor es de sobra conocido.

—Sí, algo he oído —dijo Han, procurando no ser demasiado sarcástico.

No le molestaba en absoluto el lugar que ocupaba Luke en el panteón de los

héroes de la Nueva República; el chico se lo había ganado. Sin embargo, si tan importante era para Mon Mothma estar rodeada de Jedi, debería permitir que Leia siguiera sus estudios, en lugar de descargar sobre sus espaldas trabajo diplomático extra.

Leia cogió su mano y la apretó. Él se la apretó a su vez, para demostrarle que no estaba enfadado, aunque era probable que su mujer ya lo supiera.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Leia a Mon Mothma, y arrastró tras de sí a Han—. Aún hemos de recoger a nuestros androides antes de partir.

—Buen viaje —dijo Mon Mothma con gravedad—. Y buena suerte.

—Los androides ya están en el Halcón —informó Han a Leia, mientras se abrían paso entre los grupos que conversaban—. Chewie los subió a bordo mientras yo venía hacia aquí.

—Lo sé —murmuró Leia.

—Perfecto —respondió Han, y lo dejó correr.

Ella volvió a apretarle la mano.

—Todo irá bien, Han. Tú, yo y Luke juntos de nuevo. Será como volver a los viejos tiempos.

—Seguro —dijo Han.

Estar sentado todo el día con un puñado de alienígenas, escuchar la voz precisa de Cetrespeó mientras realizaba sus labores de intérprete, intentar penetrar en una psicología alienígena más, y pensar en cómo convencerles de integrarse en la Nueva República.

—Seguro —repitió con un suspiro—. Igualito que en los viejos tiempos.

Capítulo 6

Los ondulantes árboles alienígenas retrocedieron como enormes tentáculos de la zona de aterrizaje, y Han posó el Halcón Milenario con extrema suavidad sobre el terreno irregular.

—Bien, aquí estamos —anunció a nadie en particular—. Bimmisaari. Su especialidad, plantas móviles y peludas.

—Nada de eso —le advirtió Leia.

Se quitó las correas de seguridad y practicó las técnicas de relajación Jedi que Luke le había enseñado. Tratar asuntos políticos con gente era relativamente fácil para ella. Misiones diplomáticas con razas alienígenas desconocidas era algo muy diferente.

—Lo harás bien —dijo Luke desde atrás, y le apretó el brazo.

Han se volvió a medias.

—Os agradecería mucho que no hicierais eso —se lamentó—. Es como escuchar la mitad de una conversación.

—Lo siento —se disculpó Luke. Saltó de su asiento y se acercó a la ventana del morro para mirar afuera—. Parece que nuestro comité de recepción se acerca. Le diré a Cetrespeó que se prepare.

—Nos reuniremos contigo dentro de un momento —dijo Leia—. ¿Dispuesto, Han?

—Sí. —Han ajustó el desintegrador en la pistolera—. Tu última oportunidad de cambiar de idea, Chewie.

Leia aguzó el oído cuando Chewbacca gruñó una breve respuesta. Después de tantos años, aún no podía entenderle tan bien como Han. Por lo visto, le costaba captar algún sutil nivel de armonía en la voz del wookie.

Pero si dejó de entender algunas palabras, el significado global de la frase fue diáfano como el cristal.

—Oh, vamos —le apremió Han—. Ya te han adulado en otras ocasiones. ¿Te acuerdas de la base de Yavin? No te oí quejarte entonces.

—No pasa nada, Han —intervino Leia—. Si quiere quedarse a bordo con Erredós y trabajar en los estabilizadores, perfecto. Los bimms no se ofenderán.

Han miró por la ventana a la delegación que se acercaba.

—No me preocupa que les ofenda o no —confesó—. Pensaba que sería mejor llevar más protección. Por si acaso.

Leia sonrió y le palmeó el brazo.

—Los bimms son un pueblo muy amistoso —le tranquilizó—. No habrá ningún problema.

—No es la primera vez que oigo eso —replicó Han con sequedad, y sacó un comunicador de un pequeño compartimiento situado junto a su asiento.

Lo sujetó a su pecho, pero cambió de idea y se lo colocó en el cuello.

—Te sienta bien ahí —comentó Leia—. ¿Vas a ponerte en el cinturón tus viejas insignias de general?

Han hizo una mueca.

—Muy divertido. Con el comunicador en el cuello me bastará conectarlo disimuladamente y podré hablar con Chewie sin que nadie se dé cuenta.

—Ah —asintió Leia. Al menos, era una buena idea—. Da la impresión de que has pasado mucho tiempo con el teniente Page y sus comandos.

—He pasado demasiado tiempo sentado en reuniones del Consejo. —Han se levantó—. Después de cuatro años de presenciar luchas políticas intestinas, se aprende el valor ocasional de la sutilidad. Vamos, Chewie. Necesitamos que cierres la puerta cuando salgamos.

Luke y Cetrespeó ya les estaban esperando cuando llegaron a la escotilla.

—¿Preparados? —preguntó Luke.

—Preparados —dijo Leia, y respiró hondo.

La escotilla se abrió con el siseo del aire liberado, y bajaron juntos la rampa hasta el lugar donde aguardaban los seres ataviados de amarillo.

La ceremonia de llegada fue breve y, en su mayor parte, ininteligible, aunque Cetrespeó hizo cuanto pudo por mantener una traducción fluida de la armonía compuesta de cinco partes a que parecía reducirse. La canción/bienvenida terminó y dos bimms se adelantaron. Uno de ellos continuó la melodía, mientras el otro alzaba un pequeño artefacto electrónico.

—Ofrece sus respetos a la Distinguida Visitante Consejera Leia Organa Solo —tradujo Cetrespeó—, y confía en que vuestras conversaciones con los Ancianos de la Ley sean fructíferas. También solicita que el capitán Solo devuelva su arma a la nave.

El androide habló con tal indiferencia que las palabras tardaron unos segundos en hacer efecto.

—¿Qué es lo último que has dicho? —preguntó Leia.

—El capitán Solo debe dejar su arma a bordo de la nave —repitió Cetrespeó—. Las armas no están permitidas dentro de la ciudad. No hay excepciones.

—Increíble —susurró Han en su oído—. No me lo habías advertido.

—No tenía ni idea —replicó Leia en voz baja, y dedicó a los dos bimms una sonrisa tranquilizadora—. No parece que tengamos otra alternativa.

—Diplomacia —gruñó Han, como si la palabra fuera una blasfemia. Se quitó el

cinturón del desintegrador, lo arrolló con todo cuidado alrededor de la pistolera y tiró el conjunto dentro de la escotilla—. ¿Satisfecha?

—¿No lo estoy siempre? —Leia hizo una seña a Cetrespeó—. Diles que estamos preparados.

El androide tradujo. Los dos bimms se apartaron e indicaron el camino por el que habían venido.

Se encontraban a unos veinte metros del Halcón, y ya se oían los ruidos de Chewbacca mientras cerraba la escotilla, cuando una repentina idea alumbró en la mente de Leia.

—¿Luke? —murmuró.

—Sí, lo sé —susurró éste—. Quizá piensen que es un elemento más del atavío típico de un Jedi.

—O su sensor de armas no detecta las espadas de luz —dijo Han en voz baja—. En cualquier caso, ojos que no ven, corazón que no siente.

—Eso espero —contestó Leia, dejando a un lado sus recelos diplomáticos. Al fin y al cabo, si los bimms no habían puesto objeciones…—. ¡Santo cielo! Fijaos en esa multitud.

Aguardaban donde terminaban los árboles del sendero: cientos de bimms, parados a ambos lados del camino, todos vestidos de amarillo. El comité de recepción oficial se puso en fila india y avanzó sin dirigir ni una mirada a la muchedumbre. Leia siguió adelante, haciendo de tripas corazón.

De todos modos, se alegraba de que Chewbacca hubiera decidido quedarse. Le molestaba muchísimo que los extraños le sobaran.

Pasaron por en medio de los congregados y el bimm que caminaba más cerca de Leia canturreó algo.

—Dice que la Torre de la Ley está justo delante de nosotros —tradujo Cetrespeó —. Es la sede del consejo planetario.

Leia miró por encima de las cabezas de los bimms que la precedían. Allí, obviamente, se alzaba la Torre de la Ley. Y a su lado…

—Cetrespeó, pregunta qué es eso —ordenó al androide—. Ese edificio que parece una cúpula de tres niveles, con los lados y casi todo el techo truncados.

El androide cantó, y el bimm contestó.

—Es el principal mercado de la ciudad —explicó Cetrespeó—. Dice que no les gusta estar encerrados.

—Es probable que ese techo se alargue hasta cubrir más de la extensión de la cúpula cuando haga mal tiempo —añadió Han—. He visto ese diseño en otras partes.

—Dice que tal vez podáis visitar el lugar antes de marcharos —dijo Cetrespeó.

—Maravilloso —comentó Han—. El lugar ideal para comprar recuerdos.

—Silencio —le amonestó Leia—, o esperarás en el Halcón con Chewie.

La Torre de la Ley de Bimmisaari era bastante modesta, comparada con otras sedes de consejos planetarios, y sólo superaba al edificio del mercado por dos plantas. Ya en su interior, fueron conducidos a una amplia sala de la planta baja, donde otro grupo de bimms les esperaba, enmarcado por gigantescos tapices que cubrían las paredes. Tres de ellos se pusieron en pie y cantaron cuando Leia entró.

—Añaden sus respetos a los que ya le han ofrecido en la zona de aterrizaje, princesa Leia —tradujo Cetrespeó—. Sin embargo, se disculpan por el hecho de que las conversaciones no empezarán de inmediato. Por lo visto, el principal negociador se ha puesto enfermo hace unos momentos.

—Oh —dijo Leia, algo sorprendida—. Transmite nuestro pesar, por favor, y pregunta si podemos ayudar en algo.

—Le dan las gracias —dijo Cetrespeó, después de otro intercambio de canciones—, pero aseguran que no será necesario. No se encuentra en peligro, sólo indispuesto. —El androide vaciló—. Creo que no debe hacer más preguntas, Su Alteza —añadió con delicadeza—. La dolencia parece ser de naturaleza íntima.

—Entiendo —respondió Leia con gravedad, y reprimió una sonrisa causada por el tono decoroso del androide—. Bien, en este caso, supongo que podríamos volver al Halcón hasta que se sienta con fuerzas para continuar.

El androide tradujo, y un miembro de la escolta se adelantó para responder.

—Propone una alternativa, Su Alteza: se ofrece a acompañarla a visitar el mercado durante la espera.

Leia miró a Han y a Luke.

—¿Alguna objeción?

El bimm cantó algo más.

—Sugiere también que el maestro Luke y el capitán Solo encontrarán algo interesante en los aposentos superiores de la Torre —dijo Cetrespeó—. Por lo visto, guardan reliquias que se remontan al período medio de la Antigua República.

Una silenciosa alarma se disparó en la mente de Leia. ¿Intentaban separarles los bimms?

—Creo que a Luke y a Han también les gustaría ver el mercado —dijo con cautela.

Se produjo otro intercambio de arias.

—Dice que lo encontrarían excesivamente aburrido —le comunicó Cetrespeó—. La verdad, si es como los mercados que yo he visto…

—Me gustan los mercados —le interrumpió con brusquedad Han, asaltado por siniestras sospechas—. Me gustan muchísimo.

Leia miró a su hermano.

—¿Qué opinas?

Los ojos de Luke examinaron a los bimms; Leia sabía que los estaba escrutando

con toda su perspicacia Jedi.

—No veo que exista ningún peligro —dijo lentamente—. No intuyo ninguna doblez en esta gente, nada que supere los intríngulis políticos normales, vamos.

Leia asintió y su tensión disminuyó un poco. Intríngulis políticos normales… Sí, eso debía de ser. Los bimms tal vez quisieran comunicarle en privado su punto de vista antes de iniciar las conversaciones oficiales.

—En ese caso —dijo, e inclinó la cabeza en dirección a los bimms—, aceptamos.

—El mercado ha permanecido en el mismo lugar durante doscientos años —tradujo Cetrespeó, mientras Han y Leia seguían a sus anfitriones por la rampa que ascendía desde el segundo al tercer nivel del edificio—. Aunque no en esta misma forma, por supuesto. De hecho, la Torre de la Ley fue construida en este preciso sitio porque ya era un punto muy transitado.

—No ha cambiado mucho, ¿verdad? —comentó Han, pegado a Leia para evitar que fueran arrollados por un grupo de compradores particulares decididos.

Había visto muchos mercados en muchos planetas diferentes, pero nunca uno tan concurrido. Y concurrido por más que simples parroquianos. Diseminados entre el mar de bimms vestidos de amarillo («¿Es que nunca se ponen otro color?»), distinguió a varios humanos, un par de baradas, un ishi tib, un grupo de yuzzumi y algo que recordaba vagamente a un paonnid.

—Ahora comprenderás por qué vale la pena añadir este lugar a la Nueva República —murmuró Leia a su oído.

—Ya veo —dijo Han.

Se desvió hacia un puesto e inspeccionó los utensilios de metal que se exhibían. El propietario/dependiente cantó algo en su dirección y señaló un juego de cuchillos labrados.

—No, gracias —dijo Han, y retrocedió. El bimm continuó parloteando, y sus gestos se hicieron más bruscos—. Cetrespeó, ¿puedes indicar a nuestro anfitrión que le diga que no estoy interesado? —No hubo respuesta—. Cetrespeó —repitió, y miró a su alrededor. El androide tenía la vista clavada en la multitud—. Oye, vara de oro, te estoy hablando.

Cetrespeó se volvió en redondo.

—Lo siento muchísimo, capitán Solo —se disculpó—, pero creo que nuestro anfitrión ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir desaparecido? —preguntó Han, y paseó la vista en derredor suyo. Recordaba que el bimm llevaba una serie de broches brillantes sobre los hombros. Broches que no se veían por parte alguna—. ¿Cómo es posible que haya desaparecido?

Leia le cogió la mano.

—Todo esto me da mala espina —dijo con voz tensa—. Volvamos a la Torre.

—Sí —aprobó Han—. Vamos, Cetrespeó. No te pierdas.

Enlazó su mano con la de Leia, se volvió…

Y se quedó petrificado. A pocos metros de distancia, como islas entre el bullicioso mar amarillo, tres alienígenas les miraban fijamente. Alienígenas de corta estatura, no más altos que los bimms, de piel gris metálico, grandes ojos oscuros y mandíbulas protuberantes.

Y sostenían en sus manos con firmeza bastones stokhli.

—Tenemos problemas —murmuró a Leia.

Miró lentamente a su alrededor y confió con desesperación en que sólo hubiera aquellos tres.

No era así. Había ocho más, como mínimo, y formaban un tosco círculo de unos diez metros de diámetro. Un círculo en cuyo centro se encontraban Han, Leia y Cetrespeó.

—¡Han! —exclamó Leia.

—Les veo —murmuró él—. Tenemos problemas, cariño.

Notó que ella oteaba la distancia.

—¿Quiénes son? —susurró la princesa.

—No lo sé. Nunca había visto algo parecido, pero no se andan con chiquitas. Esas cosas que llevan se llaman bastones stokhli; disparan un vapor desde una distancia de doscientos metros, lo bastante cargado de cierta sustancia paralizadora para derribar a un gundark de buen tamaño.

De repente, Han reparó en que Leia y él se habían alejado instintivamente de la parte más próxima del círculo alienígena. Miró hacia atrás.

—Nos están conduciendo hacia la rampa descendente —dijo—. Querrán apoderarse de nosotros sin asustar a la multitud.

—Estamos perdidos —gimió Cetrespeó.

Leia aferró la mano de Han.

—¿Qué vamos a hacer?

—Comprobar si nos prestan mucha atención.

Mientras intentaba vigilar a los alienígenas al mismo tiempo, Han se llevó con disimulo la mano libre hacia el comunicador sujeto al cuello de su traje.

El alienígena más cercano levantó su bastón stokhli a modo de advertencia. Han se inmovilizó y bajó la mano poco a poco.

—Lástima, era una buena idea —murmuró—. Creo que ha llegado el momento de recurrir al comité de bienvenida. Le daremos un grito a Luke.

—No puede ayudarnos.

Han la miró. Tomó nota de sus ojos vidriosos y de su rostro tirante. —¿Por qué no? —preguntó, notando un nudo en el estómago. Leia emitió un suspiro apenas audible.

—Porque también le han cogido.

Capítulo 7

Fue algo más cercano a una sensación que a una palabra verbalizada, pero resonó en la mente de Luke como un grito.

«¡Socorro!».

Se volvió en redondo y olvidó el viejo tapiz que estaba examinando, cuando sus sentidos Jedi se dispusieron para la lucha. A su alrededor, la amplia sala de la planta superior de la Torre seguía como un momento antes, desierta, a excepción de un puñado de bimms que paseaban entre los enormes tapices de pared y las vitrinas de las reliquias. Aquí no existía peligro, al menos inmediato. «¿Qué ocurre?», fue su mensaje, al tiempo que se encaminaba a la siguiente sala y a la escalera.

Captó una fugaz visión de la mente de Leia, una imagen compuesta por siluetas alienígenas y una vívida impresión de un nudo que se cerraba. «Resiste —le dijo—. Ya voy». Pasó por la puerta en dirección a la escalera, casi corriendo…

Y se paró en seco. Un semicírculo de siete siluetas grises y silenciosas se interponía entre la escalera y él.

Luke se quedó inmóvil, la mano todavía aferrada a la jamba de la puerta, a media galaxia de distancia de la espada de luz que colgaba de su cinto. No tenía ni idea de qué eran los bastones con que sus atacantes le apuntaban, pero tampoco deseaba averiguarlo por experiencia propia. A menos que fuera absolutamente necesario.

—¿Qué quieren? —preguntó en voz alta.

El alienígena que ocupaba el centro del semicírculo (el líder, supuso Luke) hizo un gesto con su bastón. Luke miró hacia la sala que acababa de abandonar.

—¿Quieren que vuelva ahí?

El líder repitió su gesto, y Luke comprendió esta vez el pequeño error táctico, casi insignificante.

—Muy bien —dijo, en el tono más apaciguador posible—. No hay problema.

Empezó a retroceder, sin apartar la vista de los alienígenas y con las manos bien alejadas de la espada de luz.

Le condujeron hasta otra sala, en la que iba a entrar cuando recibió la llamada de socorro de Leia.

—Si me dicen lo que quieren, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo —sugirió Luke mientras caminaba.

Ruidos de movimiento le revelaron que aún había algunos bimms en las cercanías, y ésa debía de ser la razón que demoraba el ataque de sus captores.

—Me gustaría que habláramos del asunto. Es absurdo que alguno de ustedes salga malherido. —El líder movió el pulgar izquierdo. No mucho, pero como Luke estaba mirando, fue suficiente para saber dónde estaba el gatillo—. Estoy dispuesto a negociar lo que sea —prosiguió—. No necesitan a mis amigos del mercado para eso.

Casi había llegado a la arcada. Dos pasos más. Si no le disparaban antes…

Llegó por fin, y el arco de piedra labrada se cernió sobre él.

—Ahora, ¿adónde? —preguntó, mientras relajaba todos sus músculos.

Había llegado el momento. El líder agitó su bastón, y durante una fracción de segundo el arma no apuntó a Luke, sino a dos de sus atacantes.

Luke utilizó la Fuerza para disparar el gatillo. Se produjo un sonoro y agudo siseo cuando el bastón se agitó en las manos de su propietario, y algo parecido a una fina espuma brotó de su extremo.

Luke no esperó a comprobar los efectos de la espuma. La maniobra le había reportado medio segundo de confusión, y no podía permitirse el lujo de desperdiciarlo. Saltó hacia atrás y de lado, entró en la sala que tenía a su espalda y buscó la escasa protección que le dispensaba la pared contigua a la puerta.

Lo consiguió por muy poco. Cuando pasó por la arcada se oyó una descarga de agudos siseos, y mientras se ponía en pie de un brinco vio que sobre la jamba de la puerta habían crecido unos extraños zarcillos semisólidos de un material fino y transparente. Otro zarcillo pasó por la puerta mientras él retrocedía a toda prisa; dibujó una curva espiral, transformándose sucesivamente en fina neblina, chorro líquido y cilindro sólido.

Empuñó la espada de luz, que se encendió con un siseo. Dentro de pocos segundos irrumpirían por aquella puerta, y tendría que olvidar las sutilezas. Cuando entraran…

Apretó los dientes. Un recuerdo de su breve batalla de esquifes con Boba Fett cruzó por su mente. Enredado en la cuerda inteligente del cazador de recompensas, sólo logró escapar cortando el cable con un disparo del desintegrador. Ahora, no le sería posible repetir la jugada.

Ni siquiera estaba seguro de que su espada de luz sirviera de algo contra la espuma. Sería como tratar de cortar una cuerda que se regeneraba una y otra vez.

O intentar cortar siete de esas cuerdas.

Oyó los pasos de los atacantes que se acercaban a la sala, en tanto el zarcillo que cubría la puerta se encargaba de mantenerle alejado e impedir que les tendiera una emboscada. Una típica táctica militar, cuya impecable ejecución demostraba que no se enfrentaba con aficionados.

Levantó la espada de luz y se arriesgó a echar un vistazo a su alrededor. La sala estaba decorada como las demás que había visto en esta planta, con antiguos tapices y reliquias; ningún lugar donde refugiarse. Sus ojos recorrieron las paredes, buscando

la salida que debía de existir en alguna parte, pero fue un mero acto reflejo, porque estaba casi seguro de que la salida se encontraba lejos.

El siseo de la espuma se desvaneció, y se volvió justo a tiempo de ver que los alienígenas irrumpían en la sala. Le vieron, prepararon sus armas…

Y Luke utilizó la Fuerza para descolgar un tapiz de la pared situada junto a él y arrojarlo sobre los atacantes.

Era un truco sólo al alcance de un Jedi, y un truco que debía funcionar. Los siete alienígenas estaban dentro de la sala cuando soltó el tapiz, y los siete se encontraban debajo cuando empezó a caer, pero los siete lograron apartarse de su camino.

Desde detrás del confuso montón que formaba el tapiz caído surgió el siseo de sus armas, y Luke se agachó instintivamente, antes de reparar en que los chorros no iban dirigidos contra él, sino hacia los tapices colgados de las paredes.

Su primer pensamiento fue que las armas se habían disparado por accidente, cuando los alienígenas intentaban esquivar el tapiz, pero una fracción de segundo más tarde comprendió la verdad: se dedicaban a sujetar los tapices para impedir que repitiera su treta anterior. Luke tiró del tapiz caído, con la esperanza de hacerles caer, pero descubrió que también estaba sujeto al suelo.

Cesaron de disparar, y un ojo asomó con cautela sobre el tapiz amontonado. Luke comprendió, con una extraña lucidez, que ya no le quedaba ninguna alternativa. Sólo había una solución para salvar a Han y a Leia.

Aferró con fuerza la espada de luz, relajó su mente, lanzó sus sentidos Jedi hacia las siete figuras y formó su imagen en la mente. El alienígena que le escrutaba apuntó su arma por el costado del tapiz…

Y Luke arrojó la espada de luz por encima del hombro con todas sus fuerzas.

La espada voló hacia el borde del tapiz, dando vueltas en el aire, como un depredador extraño y feroz. El alienígena la vio, se agachó…

Y murió cuando la espada de luz atravesó el tapiz y le partió en dos.

Los demás debieron de darse cuenta en aquel momento de que iban a morir, pero no se rindieron. Lanzaron un escalofriante aullido y atacaron. Cuatro se deslizaron por los costados de la barrera, y los otros dos saltaron hacia adelante, con la intención de disparar sobre él.

Fue inútil. La espada de luz, guiada por la Fuerza, los fue abatiendo de uno en uno.

Un segundo después, todo había terminado.

Luke respiró hondo, estremecido. Lo había conseguido. No como quería, pero lo había conseguido. Confiaba en haberlo logrado a tiempo. Ordenó a la espada de luz que regresara a su mano, saltó sobre los cuerpos de los alienígenas y empleó una vez más la Fuerza. «¿Leia?».

Las columnas decorativas que flanqueaban la rampa descendente se veían a continuación de la siguiente fila de puestos, cuando Han notó que Leia se estremecía.

—Ya viene —dijo—. Ya viene.

—Fantástico —murmuró Han—. Fantástico. Confiemos en que nuestros amigos no se enteren de su llegada.

Apenas habían salido las palabras de su boca, el círculo de alienígenas levantó sus bastones stokhli al unísono y empezó a abrirse paso entre la bulliciosa muchedumbre de bimms.

—Demasiado tarde —gruñó Han—. Aquí vienen.

Leia le cogió del brazo.

—¿Intento arrebatarles sus armas?

—No conseguirás dominar a los once —dijo Han, y paseó la vista a su alrededor, buscando una inspiración. Sus ojos se posaron sobre una mesa cercana, llena de estuches con joyas, y se le ocurrió la idea salvadora. Quizá—. Leia, ¿ves esas joyas? Coge algunas.

Notó que ella le dirigía una mirada de estupor.

—¿Qué…?

—¡Hazlo! —siseó Han, mientras observaba a los alienígenas que se aproximaban —. Cógelas y tíramelas.

Vio por el rabillo del ojo que uno de los estuches más pequeños se agitaba, cuando ella intentó arrebatarlo. Después, saltó de repente hacia él y cayó en sus manos. Cuentas de collar se desparramaron por el suelo, antes de que Han lograra apoderarse del resto.

De pronto, un chillido se alzó sobre el rumor de conversaciones. Han se volvió, justo a tiempo de ver que el propietario de la mercancía apuntaba dos dedos en su dirección.

—¡Han! —oyó que gritaba Leia.

—¡Agáchate! —respondió él.

Y fue levantado del suelo, literalmente, cuando una masa de enfurecidos bimms saltó sobre él.

Cuando sus cuerpos formaron una barrera contra los bastones stokhli, Han tiró las joyas y sacó su comunicador.

—¡Chewie! —gritó.

Luke oyó el grito desde lo alto de la Torre y, a juzgar por el torbellino que se agitaba en la mente de Leia, supo con toda certeza que nunca llegaría a tiempo al mercado. Se detuvo, pensando frenéticamente. Al otro lado de la sala, una amplia ventana dominaba el edificio contiguo, pero saltar cinco pisos era excesivo, incluso para un Jedi. Escudriñó la sala que acababa de abandonar, meditando sobre las posibilidades,

y sus ojos cayeron sobre el extremo de un arma alienígena, que se veía a través de la arcada.

La probabilidad era remota, pero no tenía otra. Proyectó la Fuerza y atrajo el arma hacia su mano. Examinó sus controles y corrió hacia la ventana. Eran muy sencillos. Perfil y presión de la espuma, y el gatillo. Dispuso la mínima anchura de chorro y la máxima presión, se apoyó contra el costado de la ventana, apuntó a la cúpula que cubría en parte el mercado y disparó.

El bastón golpeó su hombro con más fuerza de la que esperaba cuando el chorro de espuma brotó, pero los resultados fueron los apetecidos. El extremo del zarcillo dio en el tejado y formó una especie de conglomerado, cuando más espuma semisólida se sumó a la primera cantidad. Luke bajó el interruptor, contó hasta cinco y sujetó mediante la Fuerza el extremo más cercano del zarcillo, con el fin de impedir que se desprendiera del bastón. Le concedió unos segundos para que se endureciera, lo tocó con un dedo, dejó pasar unos cuantos segundos más para asegurarse de que estaba bien sujeto al techo del mercado. Después, respiró hondo, agarró su cuerda improvisada con ambas manos y saltó.

Un tornado le azotó, tiró de su cabello y ropas mientras descendía a toda velocidad. Divisó sobre el nivel superior la masa de bimms ataviados de amarillo y el puñado de siluetas grises que pugnaban por acercarse a Han y a Leia. Se produjo un brillante destello, visible a pesar del espléndido sol, y un bimm cayó al suelo, sin sentido o muerto. El techo se elevó velozmente hacia Luke. Se preparó para aterrizar…

Y el Halcón Milenario rugió sobre su cabeza, con un estruendo que hizo vibrar las ventanas de los edificios circundantes.

La onda expansiva empujó de costado a Luke. Rodó sobre el suelo y se estrelló contra dos bimms. Mientras se ponía en pie, comprendió que la llegada de Chewbacca no había podido ser más oportuna. A poco más de diez metros de distancia, los dos alienígenas más cercanos apuntaban sus armas hacia el Halcón, a la espera de que se aproximara. Luke sacó la espada de luz, saltó por encima de media docena de bimms y derribó a los dos alienígenas antes de que advirtieran su presencia.

Se volvió al oír el rugido del Halcón, pero Chewbacca no se contentó esta vez con pasar sobre el mercado, sino que detuvo la nave sobre sus compañeros y abrió fuego.

Los bimms no eran estúpidos. A pesar del presunto delito cometido por Han y Leia, no tenían el menor deseo de arriesgar la piel. La masa amarilla se disolvió en cuestión de segundos, cuando los bimms huyeron despavoridos del Halcón. Luke se dirigió hacia el círculo de atacantes, abriéndose paso entre los bimms y utilizándolos como escudo.

Entre su espada de luz y el cañón giratorio del Halcón, pronto dieron buena

cuenta de los atacantes.

—Eres un embrollón —dijo Luke, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, maestro Luke —se disculpó Cetrespeó, con voz casi inaudible por culpa de las capas de espuma solidificada que cubrían la parte superior de su cuerpo, como un estrafalario envoltorio de regalo—. Siempre le estoy causando problemas.

—Eso no es verdad, y lo sabes —le consoló Luke, mientras examinaba la pequeña colección de disolventes alineados frente a él, sobre la mesa del salón del Halcón. Hasta el momento, ninguno de los que había utilizado se mostraba eficaz contra el entramado—. Nos has sido de gran ayuda durante todos estos años, pero has de aprender a saber cuándo conviene agacharse.

Erredós, que estaba al lado de Luke, lanzó una risita.

—No, el capitán Solo no me dijo que me agachara —dijo Cetrespeó al rechoncho androide, tirante—. Sólo me dijo «prepárate para agacharte». Me parece que la diferencia es obvia.

Erredós gorjeó algo más. Cetrespeó no hizo caso.

—Bien, vamos a probar con esto —sugirió Luke, y cogió el siguiente disolvente.

Estaba buscando un trapo limpio entre el montón de usados, cuando Leia entró en el salón.

—¿Cómo está? —preguntó, acercándose para examinar a Cetrespeó.

—Se pondrá bien —la tranquilizó Luke—, aunque es posible que deba permanecer así hasta que lleguemos a Coruscant. Han me contó que esos bastones stokhli son utilizados por practicantes de la caza mayor en planetas alejados, y la red de espuma es una mezcla muy exótica.

Indicó las botellas de disolvente desechadas.

—Tal vez los bimms nos puedan aconsejar algo —dijo Leia. Cogió una botella y miró la etiqueta—. Les preguntaremos cuándo hemos de bajar.

Luke frunció el ceño.

—¿Volver a bajar?

Leia respondió con otro fruncimiento de ceño.

—Hemos de hacerlo, Luke; ya lo sabes. Esto no es un crucero de placer, sino una misión diplomática. Se considera de mal gusto largarse después de que una de tus naves ha disparado sobre el mercado principal de la ciudad.

—Yo pensaba que los bimms podían considerarse afortunados, porque ninguno de ellos murió en la refriega —señaló Luke—. Sobre todo cuando lo ocurrido fue, en parte, culpa suya.

—No puedes culpar a toda una sociedad por los actos de algunos individuos —replicó Leia con cierta severidad, pensó Luke—. En especial cuando un solo disidente político ha tomado una mala decisión.

—¿Una mala decisión? —bufó Luke—. ¿Así lo llaman?

—Así lo llaman —asintió Leia—. Por lo visto, habían sobornado al bimm que nos llevó al mercado para que lo hiciera. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, claro.

—Y supongo que tampoco tenía idea de las consecuencias de la sustancia que administró al jefe de las negociaciones.

Leia se encogió de hombros.

—En realidad, no existen pruebas concluyentes de que él u otra persona envenenaran al negociador. Dadas las circunstancias, sin embargo, admiten que es posible.

Luke hizo una mueca.

—Muy generosos. ¿Qué dice Han sobre lo de volver?

—Han no tiene elección al respecto —dijo Leia con firmeza—. Es mi misión, no la suya.

—Correcto —asintió Han, y entró en el salón—. Es tu misión, pero ésta es mi nave.

Leia le miró con la incredulidad pintada en su rostro.

—No lo habrás hecho —susurró.

—Pues claro que sí —respondió él con calma, y se dejó caer en una silla—. Pasamos a la velocidad de la luz hace dos minutos. Próxima parada, Coruscant.

—¡Han! —gritó la princesa. Luke nunca la había visto tan enfadada—. Dije a los bimms que íbamos a bajar en seguida.

—Y yo les dije que se iba a producir un pequeño retraso. Lo bastante dilatado para que recojamos unos cuantos cazas, o tal vez un Crucero Estelar, y regresemos.

—¿Y si les has ofendido? —bufó Leia—. ¿Tienes idea de lo importante que era esta misión?

—Sí, ya lo creo, y también tengo una buena idea de lo que podría ocurrir si nuestros difuntos amigos de los bastones stokhli hubieran venido acompañados.

Leia le miró durante un largo momento, y Luke notó que aquella ira momentánea se desvanecía.

—De todos modos, debiste consultarme antes de partir —dijo.

—Tienes razón —concedió Han—, pero no quise perder tiempo. Si iban acompañados, quizá sus colegas tenían una nave. —Forzó una sonrisa—. No había tiempo de discutir el tema en comité.

Leia sonrió a su vez.

—Yo no soy un comité —ironizó.

De esta forma, la tormenta pasajera se disipó, así como la tensión. Algún día, se prometió Luke, les preguntaría la explicación de aquel chiste privado.

—Hablando de nuestros amigos —intervino—, ¿preguntasteis a los bimms qué o quiénes eran?

—Los bimms lo ignoraban —respondió Leia, y meneó la cabeza—. Nunca había visto algo semejante.

—Consultaremos los archivos imperiales cuando lleguemos a Coruscant —dijo Han, mientras se acariciaba una contusión que empezaba a florecer en una mejilla—. Encontraremos referencias en alguna parte.

—A menos —indicó Leia en voz baja— que se trate de algo encontrado por el Imperio en las Regiones Desconocidas.

Luke la miró.

—¿Crees que el Imperio está detrás de esto?

—¿Y quién, si no? La única pregunta es por qué.

—Bien, sea cual sea la razón, se llevarán un disgusto —dijo Han, y se puso en pie —. Vuelvo a la cabina, a ver si puedo complicar nuestra ruta un poco más. No quiero correr ningún riesgo.

Un recuerdo cruzó por la mente de Luke: Han y el Halcón, lanzándose hacia el corazón de aquella primera batalla con la Estrella de la Muerte, para sacarse de encima a los cazas de Darth Vader.

—Es difícil concebir que Han Solo no quiera correr riesgos —comentó.

Han le apuntó con un dedo.

—Sí, bueno, antes de seguir haciéndote el gracioso, intenta recordar que la gente a la que estoy protegiendo sois tú, tu hermana, tu sobrino y tu sobrina. ¿Qué opinas sobre la diferencia?

Luke sonrió.

—Touché —admitió, y saludó con una espada de luz imaginaria.

—A propósito —añadió Han—, ¿no es hora ya de que Leia tenga una espada de luz?

Luke se encogió de hombros.

—Puedo fabricarle una cuando quiera —respondió, y miró a su hermana—. ¿Leia?

La princesa titubeó.

—No sé —confesó—. Nunca me he sentido cómoda con esas cosas. —Miró a Han—. Supongo que debería hacer el esfuerzo.

—Creo que sí —corroboró Luke—. Es posible que tus talentos vayan en otra dirección, pero deberías aprender todo lo básico. Por lo que yo sé, casi todos los Jedi de la Antigua República llevaban espadas de luz, incluso aquellos que eran, antes que nada, curanderos y profesores.

La joven asintió.

—Muy bien —se rindió—. En cuanto mi volumen de trabajo descienda.

—Antes de que tu volumen de trabajo descienda —insistió Han—. Lo digo en serio. Todas tus maravillosas dotes para la diplomacia no van a servir de nada a nadie

si el Imperio te encierra en una sala de interrogatorios:

Leia, a regañadientes, volvió a asentir.

—Supongo que tienes razón. En cuanto regresemos, le diré a Mon Mothma que deberá abstenerse de encargarme más misiones. —Sonrió a Luke—. Creo que las vacaciones del semestre han terminado, profesor.

—Eso parece —dijo Luke, intentando disimular que se le había hecho un nudo en la garganta.

En cualquier caso, Leia se dio cuenta y, por una vez, lo malinterpretó.

—Oh, vamos —dijo en tono cariñoso—, no soy tan mala estudiante. Además, ya es hora de que empieces a practicar. Al fin y al cabo, algún día también tendrás que dar clases a estos dos gemelos que llevo aquí dentro.

—Lo sé —contestó Luke en voz baja.

—Bien —intervino Han—. Asunto concluido. Voy arriba. Nos veremos luego.

—Adiós —dijo Leia—. Ahora… —Se volvió y dirigió una mirada crítica a Cetrespeó—. Vamos a ver qué hacemos con esta plasta.

Luke se reclinó en su asiento y la contempló mientras luchaba con el entramado endurecido. Sintió un conocido dolor hueco en la boca del estómago. «Acepté la responsabilidad —había dicho Ben Kenobi acerca de Darth Vader— de entrenarle para Jedi. Pensé que podía instruirle tan bien como Yoda. Me equivoqué».

Las palabras resonaron en la mente de Luke durante todo el viaje de vuelta a Coruscant.

CAPÍTULO 8

El gran almirante Thrawn permaneció durante un minuto en silencio, rodeado por sus obras de arte holográficas. Pellaeon se mantenía inmóvil, en posición de firmes, contemplaba el rostro inexpresivo y los brillantes ojos de su superior y trataba de no pensar en la suerte que los mensajeros portadores de malas noticias habían sufrido a manos de lord Vader.

—Todos murieron, excepto el coordinador, ¿eh? —preguntó Thrawn por fin.

—Sí, señor —confirmó Pellaeon. Miró al otro lado de la sala, donde C'baoth examinaba una pantalla, y bajó un poco la voz—. Aún no estamos seguros de qué salió mal.

—Ordene a la Central que sometan al coordinador a un interrogatorio minucioso —contestó Thrawn—. ¿Algún informe de Wayland?

Pellaeon pensaba que hablaban en voz lo bastante baja para que C'baoth no les oyera. Estaba equivocado.

—¿De modo que es eso? —preguntó, y se acercó a la butaca de mando de Thrawn—. Sus noghri han fracasado. Qué mala suerte. Me prometió los Jedi, gran almirante Thrawn.

Thrawn le miró con frialdad.

—Le prometí los Jedi —reconoció—. Y se los entregaré. —Se volvió hacia Pellaeon—. ¿Algún informe de Wayland? —repitió.

Pellaeon tragó saliva y se esforzó por recordar que, con la sala de mando llena de ysalamiri, C'baoth carecía por completo de poder. Al menos, de momento.

—El equipo de ingeniería ha terminado sus análisis —dijo a Thrawn—. Nos han comunicado que los esquemas sobre el escudo protector parecen bastante completos, pero que fabricar uno llevará tiempo. También será muy caro, al menos para una nave del tamaño del Quimera.

—Por suerte, no tendrán que empezar con algo tan grande —dijo Thrawn, y entregó a Pellaeon una tarjeta de datos—. Aquí tiene los detalles de lo que necesitaremos en Sluis Van.

—¿Los arsenales?

Pellaeon frunció el ceño y cogió la tarjeta. Hasta el momento, el gran almirante había guardado un secreto total sobre sus objetivos y la estrategia del ataque.

—Sí. Oh, y también vamos a necesitar algunas máquinas de minería avanzadas… Topos, creo que las llaman informalmente. Que inteligencia proceda a investigar los

registros. Necesitaremos un mínimo de cuarenta.

—Sí, señor. —Pellaeon tomó nota en su ordenador de bolsillo—. Otra cosa, señor. —Lanzó una rápida mirada en dirección a C'baoth—. Los ingenieros también informaron de que casi el ochenta por ciento de los cilindros Spaarti que necesitaremos funcionan o pueden repararse con relativa facilidad.

—¿Cilindros Spaarti? —C'baoth frunció el ceño—. ¿Qué son?

—Otro pequeño ejemplo de tecnología que esperaba encontrar en la montaña —le tranquilizó Thrawn, que dirigió una veloz mirada de advertencia a Pellaeon. Una precaución innecesaria, por cuanto Pellaeon ya había decidido que hablar de los cilindros Spaarti delante de C'baoth sería una imprudencia—. Bien. El ochenta por ciento. Excelente, capitán, excelente. —Un destello apareció en aquellos ojos incandescentes—. El emperador fue muy considerado al dejarnos todos esos aparatos tan sofisticados para reconstruir el Imperio. ¿Qué sabemos de los sistemas energéticos y defensivos de la montaña?

—La mayor parte están en buen estado —contestó Pellaeon—. Tres de los cuatro reactores ya funcionan a pleno rendimiento. Parece que algunas de las defensas más esotéricas se han averiado, pero lo que queda es suficiente para defender el almacén más que de sobra.

—Excelente —asintió Thrawn. El breve destello de emoción había desaparecido, y hacía gala de su frialdad habitual—. Ordene que empiecen a preparar los cilindros para su funcionamiento total. El Cabeza del Muerto llegará dentro de dos o tres días con más especialistas y doscientos ysalamiri. En ese momento —sonrió—, estaremos preparados para iniciar la operación. Empezando por los arsenales de Sluis Van.

—Sí, señor. —Pellaeon volvió a mirar a C'baoth—. ¿Y sobre Skywalker y su hermana?

—La próxima vez, utilizaremos el Equipo Cuatro —dijo el gran almirante—. Transmítales un mensaje, diciendo que abandonen su actual misión y estén preparados para recibir nuevas órdenes.

—¿Quiere que yo transmita ese mensaje, señor? —preguntó Pellaeon—. No es que esté cuestionando la orden —se apresuró a añadir—, pero hasta ahora, usted siempre prefería ponerse en contacto personalmente.

Thrawn arqueó las cejas levemente.

—El Equipo Ocho me ha decepcionado —dijo con suavidad—. Enviar el mensaje por su mediación informará a los demás de mi profundo disgusto.

—¿Y cuando el Equipo Cuatro también le falle? —interrumpió C'baoth—. Fracasarán, no lo dude. ¿Sólo se disgustará con ellos, o admitirá que sus máquinas de matar profesionales no pueden con un Jedi?

—Aún no han encontrado al enemigo capaz de vencerles, maestro C'baoth —repuso con frialdad Thrawn—. Un grupo u otro triunfará. Hasta entonces… —Se

encogió de hombros—. Unos cuantos noghri más o menos no agotarán nuestros recursos.

Pellaeon se encogió y lanzó una mirada pensativa hacia la puerta de la cámara. Sospechaba que Rukh no se mostraría tan indiferente a la muerte de sus paisanos.

—Por otra parte, almirante, este intento les habrá puesto en guardia —señaló.

—Tiene razón —intervino C'baoth, indicando con el dedo a Pellaeon—. No se puede engañar dos veces a un Jedi con el mismo truco.

—Tal vez —dijo Thrawn, en tono educado pero sin admitir nada—. ¿Qué alternativa sugiere? ¿Que nos concentremos en su hermana y le dejemos en paz a él?

—Que se concentren en la hermana, sí —reconoció C'baoth—. Creo preferible que me encargue yo del joven Jedi.

Thrawn enarcó las cejas de nuevo.

—¿Y cómo se propone hacerlo?

C'baoth sonrió.

—Él es un Jedi, yo soy un Jedi. Si le llamo, acudirá.

Thrawn le miró durante un largo momento.

—A usted le necesito en mi flota —dijo por fin—. Los preparativos para atacar los arsenales que la Rebelión tiene en Sluis Van ya han empezado. Algunos de los preliminares del asalto exigen la coordinación de un maestro Jedi.

C'baoth se irguió en toda su estatura.

—Prometí mi colaboración a cambio de la promesa que hizo de entregarme los Jedi. Serán míos, gran almirante Thrawn.

Los ojos brillantes de Thrawn se clavaron en C'baoth.

—¿Incumple un maestro Jedi su palabra? Ya sabía que tardaríamos un tiempo en apoderarnos de Skywalker.

—Lo cual me da todavía más motivos para ponerme en acción —le interrumpió C'baoth.

—¿Por qué no hacemos las dos cosas? —intervino Pellaeon.

Thrawn y C'baoth le miraron al mismo tiempo.

—Explíquese, capitán —ordenó el gran almirante, con un timbre de amenaza en la voz.

Pellaeon apretó los dientes, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Podríamos empezar propagando rumores de su presencia en otro lugar, maestro C'baoth. En un mundo poco habitado donde habría vivido durante años sin que nadie lo supiera. Rumores de ese tipo no tardarían en llegar a oídos de la Nueva Rep…, de la Rebelión —se corrigió, mirando a Thrawn—. Sobre todo, si el nombre de Joruus C'baoth iba asociado a ellos.

C'baoth resopló.

—¿Y cree que por un simple rumor saldrá en mi busca como un loco?

—Que sea tan precavido como quiera —dijo Thrawn en tono pensativo, olvidando ya aquel timbre amenazador—. Que se haga acompañar por la mitad de las fuerzas rebeldes, si le apetece. Nada le relacionará a usted con nosotros.

Pellaeon asintió.

—Mientras buscamos el planeta adecuado y desencadenamos los rumores, usted se quedará aquí para colaborar en los preliminares de la operación Sluis Van. Por fortuna, su respuesta a nuestras actividades mantendrá a Skywalker demasiado ocupado para verificar los rumores, hasta después de que haya terminado la parte de Sluis Van.

—Y si no —añadió Thrawn—, vigilaremos sus movimientos y nos adelantaremos a ellos.

—Ummm —murmuró C’baoth, y se acarició su larga barba, la mirada perdida en el infinito. Pellaeon contuvo el aliento. Al cabo de un minuto, el viejo cabeceó con brusquedad—. Muy bien —dijo—. El plan es astuto. Ahora, me dirigiré a mis aposentos, gran almirante Thrawn, y elegiré el planeta donde ubicarme.

Salió, despidiéndose con una inclinación de cabeza casi majestuosa.

—Felicidades, capitán —dijo Thrawn, mirando con frialdad a Pellaeon—. Parece que su idea ha cautivado al maestro C’baoth.

Pellaeon se obligó a sostener aquella mirada.

—Pido disculpas, almirante, por hablar cuando no me correspondía.

Thrawn sonrió.

—Sirvió demasiado tiempo bajo las órdenes de lord Vader, capitán. No me repugna aceptar una idea útil porque no se me ocurrió a mí. Mi cargo y mi ego no peligran por esa causa.

«Excepto cuando se trata de C’baoth…».

—Sí, señor —dijo Pellaeon en voz alta—. Con su permiso, almirante, me encargaré de esas transmisiones al equipo de Wayland y a los noghri.

—Como desee, capitán. Y continúe coordinando los preparativos de la operación Sluis Van. —Los ojos brillantes de Thrawn se clavaron en los suyos—. Coordínelos bien, capitán. Después del monte Tantiss y Sluis Van, el largo camino de la victoria sobre la Rebelión habrá empezado. Con o sin la ayuda de nuestro maestro Jedi.

En teoría, las reuniones del Consejo Interno eran más tranquilas, más relajadas que las del Consejo Provisional, de tipo más oficial. En la práctica, como Han había descubierto mucho tiempo antes, una asamblea del Consejo Interno podía ser tan violenta como un huracán desencadenado.

—Permita que deje las cosas claras, capitán Solo —dijo Borsk Fey’lya, con su habitual cortesía untuosa—. Usted, sin consultar a nadie provisto de autoridad, tomó la decisión de suspender la misión en Bimmisaari.

—Ya lo he dicho —replicó Han. Tuvo ganas de sugerir al bothan que prestara más atención—. También he explicado mis motivos.

—Que, en mi opinión, fueron correctos —intervino la voz grave del almirante Ackbar, saliendo en defensa de Han—. La responsabilidad del capitán Solo en este punto era muy clara: proteger a la embajadora y regresar sano y salvo para alertarnos.

—¿Alertarnos de qué? —preguntó Fey'lya—. Perdone, almirante, pero no entiendo a qué peligro se supone que nos enfrentamos. Quienesquiera que fueran esos seres de piel gris el Antiguo Senado no los consideró lo bastante importantes para incluirlos en sus ficheros. Dudo que una raza tan insignificante sea capaz de lanzar una gran ofensiva contra nosotros.

—Desconocemos la razón de que no consten en los ficheros —intervino Leia—. Quizá se deba a un error.

—O a una omisión deliberada —dijo Luke.

El pelaje de Fey'lya se onduló, indicando educada incredulidad.

—¿Para qué querría el Senado Imperial borrar los informes sobre la existencia de toda una raza?

—No he dicho que fuera idea del Senado —señaló Luke—. Puede que los propios alienígenas destruyeran esos informes.

Fey'lya compuso una expresión desdeñosa.

—Un poco traído por los pelos. Aunque fuera posible, ¿quién querría hacerlo?

—Tal vez la consejera Organa Solo pueda responder a eso —intervino con calma Mon Mothma, que miró a Leia—. Tú estabas más relacionada que yo con las tareas informativas del Senado Imperial. ¿Pudo ser posible tal manipulación?

—No lo sé —contestó Leia, sacudiendo la cabeza—. Nunca supe muy bien cómo funcionaban los mecanismos de información del Senado. De todos modos, el sentido común nos dice que es imposible crear un sistema de seguridad que no pueda ser violado por alguien decidido a hacerlo.

—Eso no contesta a la pregunta de por qué esos alienígenas lo harían —observó Fey'lya.

—Tal vez intuyeron la caída de la Antigua República —dijo Leia, con una nota de irritación en su voz—. Puede que eliminaran todas las referencias a su raza y a su planeta, con la esperanza de no llamar la atención del nuevo Imperio.

Fey'lya era rápido, tuvo que reconocer Han.

—En ese caso —sugirió el bothan—, puede que el motivo del ataque fuera el temor a ser descubiertos de nuevo. —Desvió la vista hacia Ackbar—. Sea como fuere, no veo por qué debemos convertir todo esto en una operación militar. Reducir nuestras fuerzas al nivel de mera escolta diplomática es un insulto a su valentía y a su espíritu combativo.

—Ahórrese los discursos, consejero —gruñó Ackbar—. No impresionarán a

ninguna de nuestras «gloriosas fuerzas».

—Sólo digo lo que siento, almirante —dijo Fey'lya, con aquel aire de orgullo herido que le salía tan bien.

Los ojos de Ackbar se desviaron hacia Fey'lya.

—Me pregunto —se apresuró a intervenir Leia— si no sería mejor volver al tema que nos ha reunido aquí. Supongo que a nadie se le habrá escapado que, fueran cuales fuesen sus motivaciones, los alienígenas nos estaban esperando cuando llegamos a Bimmisaari.

—Es obvio que deberemos reforzar la seguridad de esas misiones —dijo Ackbar —. Sin descuidar los lugares que se visiten. Al fin y al cabo, los atacantes sobornaron a un político bimm.

—Lo cual nos costará más tiempo y esfuerzos —murmuró Fey'lya, y parte de su pelaje onduló.

—No hay otro remedio —afirmó Mon Mothma—. Si no protegemos a nuestros negociadores, la Nueva República quedará estancada. Por lo tanto —miró a Ackbar —, destacará a una fuerza para que acompañe mañana a Organa Solo en su viaje de vuelta a Bimmisaari.

«¿Mañana?». Han lanzó una mirada inquisitiva a Leia, que le devolvió otra de sorpresa total.

—Perdone —dijo, levantando un dedo—. ¿Ha dicho mañana?

Mon Mothma le miró con una expresión de cierta perplejidad en el rostro.

—Sí, mañana. Los bimms continúan esperando, capitán.

—Lo sé, pero…

—Lo que Han intenta decir —intervino Leia— es que quería aprovechar esta reunión para solicitar una retirada temporal de mis tareas diplomáticas.

—Temo que es imposible —dijo Mon Mothma, con el ceño fruncido—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—No estamos hablando de unas vacaciones —la interrumpió Han, intentando recordar sus modales diplomáticos—. Leia necesita más tiempo para concentrarse en su entrenamiento Jedi.

Mon Mothma se humedeció los labios, y lanzó sendas miradas a Ackbar y Fey'lya.

—Lo siento. —Meneó la cabeza—. Yo soy la primera en reconocer la necesidad de contar con más Jedi en nuestras filas, pero en este momento existen demandas mucho más urgentes. —Miró de nuevo a Fey'lya, casi como si solicitara su permiso, pensó Han con amargura—. Dentro de un año, posiblemente menos —dijo, echando un vistazo al estómago de Leia—, tendremos suficientes diplomáticos con experiencia para que dediques la mayor parte del tiempo a tus estudios. Dadas las actuales circunstancias, mucho me temo que tu presencia nos es muy necesaria.

Un largo e incómodo silencio cayó sobre la sala. Ackbar fue el primero en hablar.

—Si me disculpan, iré a ocuparme de preparar la fuerza que escoltará a la misión.

—Por supuesto —aprobó Mon Mothma—. A menos que haya algo más, declaro concluida la reunión.

Y así terminó todo. Han, con la boca apretada, procedió a reunir sus tarjetas de datos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Leia en voz baja, quedándose a su lado.

—¿Sabes una cosa? Contra el Imperio vivíamos mejor —gruñó. Lanzó una mirada en dirección a Fey'lya—. Al menos, entonces sabíamos quiénes eran nuestros enemigos.

Leia le apretó el brazo.

—Vamos —dijo—. Iremos a ver si han terminado de limpiar a Cetrespeó.

Capítulo 9

El oficial de maniobras subió al puente de mando del Quimera y saludó gallardamente, haciendo entrechocar sus tacones.

—Todas las unidades preparadas, almirante —informó.

—Excelente —dijo Thrawn, con voz glacial y serena—. Dispuestos para pasar a la velocidad de la luz.

Pellaeon lanzó una mirada hacia el gran almirante, y después devolvió su atención a la fila de pantallas que tenía delante. A las pantallas y a la negrura exterior, que parecía haber engullido al resto de la fuerza de Pellaeon, compuesta de cinco naves. A tres mil años luz de distancia, el sol del sistema Bpfassh era una simple cabeza de alfiler, indistinguible de las demás estrellas que brillaban a su alrededor. La sabiduría militar tradicional contemplaba con ceño fruncido la táctica de escoger un lugar situado fuera del sistema elegido como punto de salto; se consideraba peligrosamente sencillo que una o más naves se perdieran en el camino a esa cita, era difícil precisar un salto en el hiperespacio a una distancia tan corta. Thrawn y él, de hecho, habían sostenido una larga y poco civilizada discusión sobre la idea, la primera vez que el gran almirante la había incluido en uno de sus planes de ataque. Ahora, después de casi un año de prácticas, el procedimiento se había convertido en una rutina.

Tal vez, pensó Pellaeon, la tripulación del Quimera no carecía tanto de experiencia como su ignorancia del protocolo militar da a entender.

—¿Capitán? ¿Está dispuesta mi nave insignia?

Pellaeon se concentró de nuevo en los problemas inmediatos. Todas las defensas de las naves estaban preparadas, y los cazas se encontraban en sus puestos, listos para entrar en acción.

—El Quimera está a sus órdenes, almirante —respondió.

La pregunta y la respuesta oficiales eran un pálido recordatorio de los tiempos en que el protocolo militar estaba a la orden del día en toda la galaxia.

—Excelente —dijo Thrawn. Giró en su silla para estar de cara a la silueta sentada cerca de la parte posterior del puente—. Maestro C'baoth, ¿están preparadas mis otras dos fuerzas de choque?

—Sí —respondió con gravedad C'baoth—. Tan sólo aguardan mi orden.

Pellaeon dio un respingo y dirigió otra mirada a Thrawn, pero el gran almirante, por lo visto, había decidido pasar por alto el comentario.

—Pues ya puede darla —dijo a C'baoth, mientras acariciaba al ysalamir colgado

del armazón sujeto a su silla—. Capitán, empiece la cuenta atrás.

—Sí, señor.

Pellaeon tocó el interruptor de tiempo. Las demás naves iniciarían la cuenta al mismo tiempo.

Cuando el contador llegó a cero, el Quimera dio el salto. Estelas de estrellas se distinguieron por las portillas de proa.

Luego, las estelas se mezclaron con los puntos del hiperespacio.

—Velocidad, punto tres —gritó el timonel, confirmando las lecturas de las pantallas.

—Confirmado —dijo Pellaeon.

Flexionó los dedos y se mentalizó para el combate, mientras el contador ascendía desde cero. Setenta segundos; setenta y cuatro, setenta y cinco, setenta y seis…

Las estelas despuntaron de nuevo en el cielo moteado, se transformaron en estrellas, y el Quimera llegó a su punto de destino.

—Que todos los cazas despeguen —ordenó Pellaeon, y echó un rápido vistazo al holograma táctico que flotaba sobre su hilera de pantallas. Habían salido del hiperespacio tal como estaba planeado. El doble planeta de Bpfassh y su complicado sistema de lunas estaban a tiro—. ¿Alguna reacción? —preguntó al oficial de maniobras.

—Cazas defensivos han despegado de la tercera luna —informó el oficial—. Aún no se ve nada más grande.

—Localicen la base de los cazas —ordenó Thrawn—, e indique al Inexorable que la destruya.

—Sí, señor.

Pellaeon divisó a los cazas, que se acercaban como un enjambre de insectos irritados. El Destructor Estelar Inexorable, situado a estribor del Quimera, se desvió hacia la base. Sus cazas acompañantes se adelantaron para hacer frente a los defensores.

—Cambien de ruta y diríjanse al más alejado de los planetas gemelos —ordenó al timonel—. Que los cazas formen una pantalla protectora. El Justiciero se encargará del otro planeta. ¿Alguna orden especial, almirante?

Thrawn estaba observando una toma a media distancia de los planetas gemelos.

—Por ahora, seguiremos con el programa previsto, capitán. Da la impresión de que nuestros datos preliminares eran correctos; pueden elegirse los blancos a voluntad. Recuerde a sus cañoneros una vez más que la intención es provocar daños e intimidar, pero no destruir.

—Entendido. —Pellaeon cabeceó en dirección al puesto de comunicaciones—. Encárguense de recordarlo también a los cazas.

Vio por el rabillo del ojo que Thrawn se volvía.

—Maestro C’baoth —dijo—. ¿Cuál es la situación del ataque a los otros dos sistemas?

—Se halla en curso.

Pellaeon se volvió en redondo y frunció el ceño. Era la voz de C’baoth, pero tan gutural y tensa que resultaba casi irreconocible.

Como su apariencia, de hecho.

Pellaeon le contempló durante un largo momento, con un nudo en el estómago. C’baoth estaba sentado con una rigidez anormal, con los ojos cerrados, pero que se movían con rapidez bajo los párpados. Aferraba con fuerza los brazos de la butaca, y apretaba los labios con tal fuerza que las venas y cuerdas vocales abultaban en su cuello.

—¿Se encuentra bien, maestro C’baoth? —preguntó.

—Ahórrese sus preocupaciones, capitán —intervino Thrawn con frialdad—. Está haciendo lo que más le divierte: controlar a la gente.

C’baoth emitió un ruido a medio camino entre un resoplido y una risita desdeñosa.

—Ya le dije una vez, gran almirante Thrawn, que el auténtico poder no consiste en eso.

—Ésas fueron sus palabras, en efecto —respondió Thrawn en tono neutral—. ¿Puede decirme con qué clase de resistencia nos enfrentamos?

C’baoth frunció aún más el ceño.

—Con poca precisión, pero ninguna fuerza se encuentra en peligro. Lo leo en sus mentes.

—Bien. Que el Némesis se separe del resto de su grupo y vuelva al punto de cita para esperarnos.

Pellaeon miró al gran almirante con el ceño fruncido.

—¿Señor?

Thrawn le traspasó con la mirada.

—Cumpla las órdenes, capitán.

Y de repente, Pellaeon comprendió que este ataque múltiple contra los territorios de la Nueva República era algo más que una parte de los preparativos para el asalto a Sluis Van. Era, además, una prueba. Una prueba de las habilidades de C’baoth, sí, pero también una prueba de su predisposición a aceptar órdenes.

—Sí, almirante —murmuró Pellaeon, y se volvió hacia sus pantallas.

El Quimera estaba en línea de tiro, y comenzaron a aparecer diminutas chispas en el holograma táctico, a medida que las enormes baterías turboláser de la nave disparaban. Estaciones de comunicaciones se incendiaban y ennegrecían; objetivos industriales del planeta se iluminaban, oscurecían y volvían a iluminarse cuando estallaban fuegos secundarios. Un par de antiguos cruceros ligeros del tipo Carrack

atacaron por estribor, y el escudo de cazas del Quimera rompió la formación para hacerles frente. A lo lejos, las baterías del Halcón de la Tormenta abrieron fuego contra una plataforma defensiva orbital. La estación se convirtió en vapor ante los ojos de Pellaeon. Daba la impresión de que la batalla iba por buen camino.

Por muy buen camino, para ser exactos…

Una desagradable sensación se insinuó en el estómago de Pellaeon, mientras examinaba las lecturas de su tablero. Hasta el momento, las fuerzas imperiales habían perdido tres cazas, y los Destructores Estelares habían sufrido daños de poca importancia, comparados con las ocho naves defensivas y los dieciocho cazas del enemigo derribados. Era obvio que los imperiales superaban en número de cañones a los rebeldes, pero aun así…

Pellaeon extendió la mano hacia su tablero, con lentitud y de mala gana. Algunas semanas antes había efectuado cálculos sobre los perfiles de batalla del Quimera correspondientes al año anterior. Los llamó para superponerlos sobre los análisis actuales.

No había error. En todas las categorías y subcategorías de velocidad, coordinación, eficacia y precisión, el Quimera y su tripulación se estaban comportando con una eficiencia superior a la normal en un cuarenta por ciento.

Se volvió para escrutar el rostro tenso de C’baoth y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Nunca había compartido la teoría de Thrawn referente a cómo y por qué la flota había perdido la batalla de Endor. La verdad es que jamás había querido creerla. Ahora, de repente, ya no valía la pena entrar en discusiones sobre el tema.

Con casi toda su atención y poder concentrados en la tarea de comunicarse mentalmente con las otras dos fuerzas de choque, situadas a casi cuatro años luz de distancia, aún le quedaban fuerzas a C’baoth para hacer todo esto.

Pellaeon se había preguntado, con cierto secreto desprecio, qué había dado derecho al anciano a añadir la palabra «maestro» a su nombre. Ahora, ya lo sabía.

—Hemos alcanzado otra red de transmisiones —informó el oficial de comunicaciones—. Un nuevo grupo de cruceros planetarios de medio alcance acaba de despegar.

—Que el Halcón de la Tormenta vaya a interceptarlo —ordenó Thrawn.

—Sí, señor. Hemos localizado el punto desde donde envían señales de socorro, almirante.

Pellaeon olvidó sus meditaciones y examinó el holograma. El círculo que destellaba ahora se encontraba en la luna más alejada del sistema.

—Ordene al Escuadrón Cuatro que la destruya —dijo.

—Anule la operación —le rectificó Thrawn—. Nos habremos marchado mucho antes de que lleguen refuerzos. Dejemos que la Rebelión dilapide sus recursos en enviar fuerzas de rescate inútiles. De hecho —el gran almirante consultó su reloj—,

creo que ha llegado el momento de irnos. Ordene a los cazas que vuelvan a sus naves, y que todas las naves se alejen a la velocidad de la luz en cuanto sus cazas se encuentren a bordo.

Pellaeon obedeció las órdenes. Otro tópico de la sabiduría militar convencional señalaba que los Destructores Estelares debían ejercer el papel de estaciones de asedio móviles cuando se atacaba a todo un planeta, y que emplearlos en operaciones relámpago como ésta era un despilfarro de hombres y medios, al tiempo que peligroso.

Claro que los defensores de tales teorías jamás habían visto en acción a alguien como el gran almirante Thrawn.

—Ordene a las otras dos fuerzas que cesen en sus ataques —indicó Thrawn a C'baoth—. Supongo que mantiene un contacto lo bastante estrecho para poder hacerlo, ¿no?

—Me hace demasiadas preguntas, almirante Thrawn —dijo C'baoth, con voz mucho más hueca que antes—. Demasiadas.

—Pregunto todo aquello que desconozco —replicó Thrawn, girando en su silla—. Dígales que regresen al punto de cita.

—Como desee —siseó el anciano.

Pellaeon echó un vistazo a C'baoth. Poner a prueba sus capacidades en condiciones de combate era correcto, pero tal vez Thrawn se estaba excediendo.

—Ha de aprender quién manda aquí —dijo el gran almirante, como si leyera los pensamientos de su capitán.

—Sí, señor —asintió Pellaeon, consiguiendo que su voz no temblara.

Thrawn había demostrado una y otra vez que sabía lo que hacía. Aun así, Pellaeon no podía por menos que preguntarse, con inquietud, si el gran almirante era consciente del enorme poder que había despertado de su sueño en Wayland.

Thrawn cabeceó.

—Bien. ¿Alguna noticia nueva sobre aquellos topos que pedí?

—Er… No, señor. —Un año atrás, habría considerado extraño hablar de asuntos triviales en plena batalla—. Al menos, en lo tocante a las cifras que usted desea. Sigo pensando que el sistema de Athega es nuestra mejor posibilidad, o lo será si conseguimos solventar los problemas causados por la intensidad de la luz solar.

—Los problemas serán mínimos —dijo Thrawn con absoluta seguridad—. Si el salto se efectúa con la precisión adecuada, el Justiciero sólo se expondrá unos pocos minutos en cada ocasión. Su casco resistirá. Sólo tardaremos unos días en proteger con pantallas las portillas y quitar los sensores y aparatos de comunicación externos.

Pellaeon asintió y se tragó su siguiente pregunta. Mientras C'baoth estuviera dentro, no se produciría ninguna de las dificultades derivadas de cegar y ensordecer a un Destructor Estelar.

—¿Gran almirante Thrawn?

Thrawn se volvió.

—¿Sí, maestro C’baoth?

—¿Dónde están mis Jedi, gran almirante Thrawn? Usted prometió que sus noghri domesticados traerían a mis Jedi.

Pellaeon vio por el rabillo del ojo que Rukh se encrespaba.

—Paciencia, maestro C’baoth —contestó Thrawn—. Los preparativos han exigido tiempo, pero ya están terminados. Sólo esperan el momento preciso de actuar.

—Mejor que sea pronto —le advirtió C’baoth—. Esperar me aburre.

Un brillo de ira llameó en los ojos de Thrawn.

—Como a todos —dijo en voz baja.

A gran distancia del carguero Salvaje Karrde, un Destructor Estelar imperial, centrado en la portilla delantera de la cabina, parpadeó y desapareció.

—Se van —anunció Mara.

—¿Ya? —se sorprendió Karrde.

—Ya —confirmó la mujer, sustituyendo la pantalla de navegación por la de maniobras—. Un Destructor Estelar ha pasado a la velocidad de la luz; los demás se han dispersado y se disponen a efectuar la misma maniobra.

—Interesante —murmuró Karrde, y miró por la portilla—. Un ataque relámpago… y con Destructores Estelares. No se ve cada día.

—He oído que algo similar ocurrió en el sistema de Drakyze hace un par de meses —comentó el copiloto, un hombre corpulento llamado Lachton—. El mismo tipo de ataque relámpago, excepto que sólo había un Destructor Estelar.

—Yo diría que estamos presenciando la influencia del gran almirante Thrawn en la estrategia imperial —dijo Karrde, en un tono que implicaba cierta preocupación—. Es extraño. Da la impresión de que corre excesivos riesgos para los beneficios que pueda obtener. Me pregunto qué estará tramando.

—Sea lo que fuere, se tratará de algo retorcido —dijo Mara con amargura—. A Thrawn no le gustan las cosas sencillas. Incluso en los viejos tiempos, cuando el Imperio aún poseía estilo y sutileza, él ya estaba por encima de los demás.

—No se puede permitir la sencillez, cuando el Imperio está empequeñeciendo a marchas forzadas. —Karrde hizo una pausa, y Mara intuyó que la estaba mirando con atención—. Parece que conoces bastante al gran almirante.

—Sé algo sobre muchas cosas. Por eso me está preparando para ser su lugarteniente, ¿recuerda?

—Touché, y van dos.

Mara miró por la portilla, a tiempo de ver que el tercer Destructor Estelar pasaba a la velocidad de la luz. Uno más.

—¿No deberíamos ponernos en movimiento? —preguntó a Karrde—. Ese último habrá desaparecido dentro de un momento.

—Oh, la entrega se está haciendo peligrosa. Pensé que sería instructivo contemplar la batalla, si lográbamos estar aquí en el momento apropiado.

Mara frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? Nos están esperando.

—Sí, en efecto. Por desgracia, en este preciso momento, todo el sistema está esperando también un pequeño avispero de naves pertenecientes a la Nueva República. No es la clase de atmósfera más recomendable para volar con un cargamento de contrabando.

—¿Por qué cree que van a venir? No llegarán a tiempo de solucionar nada.

—No, pero tal demostración tiene otro objetivo, que consiste en lograr pequeñas ganancias políticas domésticas, gracias a hacer acto de aparición, exhibir un despliegue de fuerzas impresionante y convencer a los locales de que algo así no volverá a ocurrir nunca.

—Y prometer que ayudarán a paliar los daños —apuntó Lachton.

—Ni que decir tiene —corroboró Karrde con sequedad—. En cualquier caso, no es una situación apetecible. Enviaremos un mensaje desde nuestra siguiente escala, anunciándoles que intentaremos efectuar la entrega dentro de una semana.

—Sigue sin gustarme —insistió Mara—. Prometimos que lo haríamos. Lo prometimos.

Se produjo una breve pausa.

—Es el procedimiento habitual —explicó Karrde, con cierta curiosidad oculta bajo la educada suavidad de su voz—. Estoy seguro de que prefieren un retraso en la entrega a perder todo el cargamento.

Mara alejó la negra niebla de los recuerdos con un gran esfuerzo.

—Promesas… Supongo que sí —admitió, y devolvió su atención al tablero de control.

Mientras hablaban, el último Destructor Estelar había pasado a la velocidad de la luz, dejando tras de sí a los encolerizados e impotentes defensores y una brutal destrucción, para que los políticos y militares de la Nueva República se encargaran de remediarla.

Contempló por un momento los lejanos planetas. Se preguntó si Luke Skywalker se encontraría entre aquellos que la Nueva República enviaría en ayuda del planeta.

—Cuando quieras, Mara.

Desechó aquel pensamiento con un esfuerzo.

—Sí, señor —dijo, y extendió la mano hacia el tablero.

«Aún no —se dijo en silencio—. Aún no, pero pronto. Muy, muy pronto».

El remoto arremetió. Vaciló. Volvió a cargar. Vaciló de nuevo. Arremetió una vez más y disparó. Leia, que describió con su nueva espada de luz un arco demasiado amplio, era una sombra demasiado lenta.

—¡Aj! —gruñó, y retrocedió un paso.

—No controlas bastante la Fuerza —dijo Luke—. Has de… Espera un momento.

Proyectó la Fuerza e inmovilizó al remoto. Recordó vívidamente aquella primera sesión práctica en el Halcón, cuando tuvo que concentrarse en las instrucciones de Ben Kenobi, al tiempo que no perdía de vista al remoto. No era fácil hacer ambas cosas a la vez.

Pero quizá era ése el quid de la cuestión. Quizá una lección aprendida bajo una gran tensión se asimilaba mejor.

Ojalá lo supiera.

—Hago lo posible por controlarla —dijo Leia. Se frotó el punto del brazo donde el rayo/aguijón del remoto la había alcanzado—. Aún no domino la técnica. —Le traspasó con la mirada—. O quizá no estoy hecha para esta clase de lucha.

—Puedes aprender —afirmó Luke—. Yo aprendí, sin aquel entrenamiento de autodefensa que recibiste cuando vivías en Alderaan.

—Tal vez sea ése el problema. Tal vez aquellos viejos reflejos se interponen en mi camino.

—Supongo que es posible —admitió Luke, lamentando ignorar también aquello —. En ese caso, cuanto antes los olvides, mejor. Bien. Preparada…

Sonó el timbre de la puerta.

—Es Han —dijo Leia. Se alejó del remoto y desconectó la espada de luz—. Entra —llamó.

—Hola —dijo Han cuando entró en la sala. Miró a Leia, y después a Luke. No sonrió—. ¿Cómo va la lección?

—No va mal —contestó Luke.

—No hagas preguntas —replicó Leia, y frunció el ceño—. ¿Qué ocurre?

—Los imperiales —dijo Han con rabia—. Han desencadenado tres ataques relámpago al mismo tiempo contra tres sistemas del sector Sluis. Un lugar llamado Bpfassh y otros dos impronunciables.

Luke silbó por lo bajo.

—Tres a la vez. Se están envalentonando, ¿verdad?

—Muy propio de ellos en los últimos tiempos. —Leia meneó la cabeza. La piel que rodeaba los ojos se tensó por la concentración—. Están tramando algo, Han. Lo presiento. Algo grande; algo peligroso. —Agitó las manos—. Pero no sé lo que es, aunque me vaya en ello la vida.

—Sí, Ackbar dice lo mismo —asintió Han—. El problema es que no tiene nada en qué basarse. Excepto por el estilo y la táctica, es el mismo acoso a la retaguardia

que el Imperio practica desde hace un año y medio.

—Lo sé —dijo Leia—, pero no menosprecies a Ackbar. Tiene un buen instinto militar, a pesar de lo que digan ciertas personas.

Han enarcó una ceja.

—Oye, cariño, estoy de tu lado, ¿recuerdas?

Leia esbozó una pálida sonrisa.

—Lo siento. ¿Hubo muchos daños?

Han se encogió de hombros.

—No tantos como era de suponer, teniendo en cuenta que bombardearon cada punto con cuatro Destructores Estelares. Pese a todo, los tres sistemas han recibido una buena paliza.

—Me lo imagino —suspiró Leia—. Deja que lo adivine: Mon Mothma quiere que vaya allí y les asegure que la Nueva República posee los medios y la voluntad de protegerles.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó Han—. Chewie está poniendo a punto el Halcón.

—No pensarás ir solo —dijo Luke—. Después de lo ocurrido en Bimmisaari…

—Oh, no te preocupes. —Han le dirigió una tensa sonrisa—. Esta vez no daremos facilidades. Una fuerza de veintidós naves irá a verificar los daños, más los escuadrones Cuña y Pícaro. Nuestra seguridad está garantizada.

—Eso dijimos de Bimmisaari —señaló Luke—. Será mejor que te acompañe.

Han miró a Leia.

—Bien, en realidad… No puedes.

Luke frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque a los bpfasshi no les gustan los Jedi —contestó Leia en voz baja.

Han torció los labios.

—La cuestión estriba en que algunos de sus Jedi se portaron muy mal durante las Guerras Clónicas, y complicaron mucho las cosas antes de que los neutralizaran. Al menos, eso es lo que dice Mon Mothma.

—Y tiene razón —asintió Leia—. Aún resuenan los ecos del desastre ocurrido en el Senado Imperial cuando yo prestaba mis servicios en él. No sólo fue en Bpfassh, de hecho… Algunos Jedi Oscuros escaparon y causaron problemas a lo largo y ancho del sector Sluis. Uno consiguió llegar a Dagobah antes de que le cogieran.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Luke. «¿Dagobah?».

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó, con la mayor indiferencia posible.

—Hace unos treinta o treinta y cinco años. —La frente de Leia se arrugó levemente mientras estudiaba su rostro—. ¿Por qué?

Luke meneó la cabeza. Yoda jamás había mencionado que un Jedi Oscuro hubiera pisado Dagobah.

—Por nada —murmuró.

—Basta, ya discutiréis de historia más tarde —les interrumpió Han—. Cuanto antes nos vayamos, antes acabaremos.

—De acuerdo —aceptó Leia. Ciñó la espada de luz a su cinturón y se encaminó a la puerta—. Recogeré mi bolsa de viaje y daré a Winter algunas instrucciones. Nos encontraremos en la nave.

Luke la siguió con la mirada. Cuando se volvió, vio que Han le estaba observando.

—No me gusta —dijo.

—No te preocupes. No le pasará nada —le tranquilizó Han—. Escucha, sé que últimamente te sientes muy protector hacia tu hermana, pero no puede pasarse la vida a la sombra de su hermano mayor.

—De hecho, nunca nos hemos preguntado cuál de los dos es el mayor —murmuró Luke.

—Da igual. —Han desechó el tema con un ademán—. Lo mejor que puedes hacer por ella es lo que estás haciendo. Conviértela en una Jedi y será capaz de arrostrar cualquier cosa que el Imperio maquine contra ella.

Los músculos del estómago de Luke se tensaron.

—Supongo que sí.

—Siempre que Chewie y yo estemos a su lado —corrigió Han, y se dirigió hacia la puerta—. Nos veremos a la vuelta.

—Id con cuidado —dijo Luke.

Han se volvió, con su típica expresión entre herida e inocente en el rostro.

—Oye, soy yo —contestó.

Salió, y Luke se quedó a solas.

Paseó unos momentos por la sala, rechazando el tremendo peso de la responsabilidad que, en ocasiones, amenazaba con aplastarle. Arriesgar su vida era una cosa, pero tener el futuro de Leia en sus manos era algo muy diferente.

—No soy un profesor —dijo en voz alta.

La única respuesta fue un movimiento casi imposible del petrificado remoto. Guiado por un súbito impulso, Luke activó de nuevo el artilugio. Sacó su espada de luz del cinturón mientras se movía para atacar. Una docena de rayos punzantes salieron disparados en rapidísima sucesión cuando el remoto cargó como un insecto enloquecido. Luke los paró todos sin el menor esfuerzo; trazó con la espada de luz un arco relampagueante que pareció envolverle. Una extraña euforia se apoderó de su cuerpo y de su mente. Era fácil combatir contra esto, no contra algo indefinido y distante como sus temores íntimos, sino algo sólido y tangible. El remoto disparó una y otra vez, y cada rayo rebotó en la hoja de la espada.

El remoto se detuvo con un agudo «bip». Luke, confuso, se preguntó qué había

pasado…, y de pronto se dio cuenta de que su respiración era agitada y estaba sudando. El remoto podía funcionar durante un máximo de veinte minutos, que ya habían transcurrido.

Desconectó la espada de luz y la devolvió a su cinturón, algo inquieto por lo que había ocurrido. No era la primera vez que perdía la noción del tiempo, pero siempre se había debido a estar concentrado en la meditación. Las únicas veces que había sucedido algo similar a una situación de combate fue en Dagobah, bajo la supervisión de Yoda.

En Dagobah…

Se secó el sudor con la manga, se acercó al comunicador que descansaba sobre el escritorio y tecleó el número del espaciopuerto.

—Soy Skywalker —se identificó—. Quiero que mi caza esté preparado para despegar dentro de una hora.

—Sí, señor —respondió el joven oficial de mantenimiento—. Será preciso que antes nos envíe su unidad de astromecánica.

—Perfecto —asintió Luke.

Se había negado a que borraran el ordenador de la nave cada pocos meses, siguiendo el procedimiento habitual. El resultado inevitable fue que el ordenador se había automoldeado alrededor de la personalidad incomparable de Erredós, hasta el punto de que se había desarrollado una relación entre el androide y su sosías casi perfecta. La velocidad y la eficacia eran excelentes, pero ningún ordenador de mantenimiento podía ya hablar con el caza.

—Le enviaré ahí dentro de unos minutos.

—Sí, señor.

Luke cortó la comunicación y se enderezó, preguntándose vagamente por qué estaba haciendo aquello. La presencia de Yoda ya no estaría en Dagobah; no podría hablar con él ni hacerle preguntas.

O tal vez sí.

Capítulo 10

—Como ve —dijo Wedge, mientras avanzaba pisando plástico y porcelana—, esto está hecho un desastre.

—Ya lo creo —reconoció Leia, y se sintió algo mareada al examinar el cráter de piso plano sembrado de escombros.

Un puñado de representantes de su séquito vagaba por la zona. Sostenían conversaciones en voz baja con sus escoltas bpfasshi y se detenían de vez en cuando para coger algo entre los restos de lo que había sido una central eléctrica importante.

—¿Cuánta gente murió en el ataque? —preguntó Leia, sin estar muy segura de que deseara oír la respuesta.

—En este sistema, unos centenares —contestó Wedge, después de consultar un cuaderno—. Mejor de lo que parecía en un principio.

—Ya.

Leia miró sin querer hacia el cielo verdeazulado. Mejor de lo esperado, teniendo en cuenta que no menos de cuatro Destructores Estelares habían sembrado la destrucción.

—Muchos daños, sin embargo.

—Sí —asintió Wedge—, pero no tantos como habrían podido producirse.

—Me pregunto por qué —murmuró Han.

—Como todo el mundo —admitió Wedge—. Ha sido la segunda pregunta más popular de estos últimos días.

—¿Cuál es la primera? —preguntó Leia.

—Deje que lo adivine —interrumpió Han, antes de que Wedge pudiera responder—. La primera es ¿por qué se molestaron en bombardear Bpfassh?

—Exacto —corroboró Wedge—. No carecían de objetivos menores entre los cuales elegir. Los arsenales de Sluis Van se encuentran a unos treinta años luz de distancia, por ejemplo. Suelen albergar un centenar de naves, por no mencionar las instalaciones. Luego, está la estación de comunicaciones de Praesitlyn, a menos de sesenta, y cuatro o cinco centros comerciales importantes, a unos cien. Un día más de viaje en cada ocasión, a lo sumo, a velocidad de crucero. ¿Por qué Bpfassh?

Leia reflexionó. Era una buena pregunta.

—Sluis Van está muy bien defendido —señaló—. Entre nuestros Destructores Estelares y las estaciones de batalla permanentes de los sluissi, cualquier líder imperial con un gramo de sentido común se lo pensaría dos veces antes de tentar su

suerte. Y esos otros sistemas se encuentran mucho más al interior de la Nueva República que Bpfassh. Tal vez no quisieron arriesgarse.

—¿Mientras probaban su nuevo sistema de transmisiones en condiciones de combate? —sugirió Han.

—Ignoramos si tienen un nuevo sistema —le previno Wedge—. Ataques simultáneos coordinados ya se han realizado con anterioridad.

—No. —Han meneó la cabeza y miró a su alrededor—. No, tienen algo nuevo. Una especie de repetidor que les permite enviar transmisiones subespaciales a través de escudos protectores y restos de la batalla.

—No creo que se trate de un repetidor —dijo Leia, y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Algo empezó a hormiguear en el fondo de su mente—. Nadie captó las transmisiones en ninguno de los tres sistemas.

Han la miró con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí —murmuró la princesa, y volvió a estremecerse—. Estaba recordando que cuando… Bueno, cuando Darth Vader ordenó que nos torturaran en Bespin, Luke sabía lo que estaba ocurriendo desde cualquier parte en que se encontrara. Y corrían rumores de que el emperador y Vader también podían saberlo.

—Sí, pero los dos han muerto —le recordó Han—. Luke lo dijo.

—Lo sé. —El hormigueo estaba aumentando de intensidad—. ¿Y si el Imperio ha localizado a otro Jedi Oscuro?

Wedge se había adelantado, pero se volvió al oír sus palabras.

—¿Está hablando de C'baoth?

—¿Cómo?

Leia frunció el ceño.

—Joruus C'baoth —dijo Wedge—. Creo que ha mencionado a un Jedi…

—En efecto. ¿Quién es Joruus C'baoth?

—Uno de los principales maestros Jedi en los días anteriores al Imperio —explicó Wedge—. Se supone que desapareció antes del estallido de las Guerras Clónicas. Hace dos días oí rumores de que había aparecido de nuevo en un planeta de segunda categoría llamado Jomark.

—Estupendo —bufó Han—. ¿Y se quedó sentado sin hacer nada durante la Rebelión?

Wedge se encogió de hombros.

—Yo sólo le informo de los rumores, general. No los fabrico.

—Preguntaremos a Luke —dijo Leia—. Tal vez sepa algo. ¿Podemos continuar?

—Por supuesto —dijo Wedge—. Las lanchas aéreas se dirigen hacia aquí…

De pronto, el hormigueo que atormentaba la mente de Leia se transformó en una certidumbre.

—¡Han, Wedge, agachaos!

Y en el borde del cráter apareció un grupo de alienígenas de piel gris.

—¡A cubierto! —gritó Han a los otros representantes de la República que se hallaban en el cráter, mientras los alienígenas abrían fuego con sus desintegradores.

Cogió a Leia por la muñeca y se lanzó hacia la escasa protección representada por una enorme aunque retorcida lámina de metal blindado, semienterrada en el suelo. Wedge se precipitó tras ellos y tropezó con Leia mientras buscaba refugio.

—Lo siento —se disculpó. Extrajo su desintegrador y se volvió para lanzar una mirada cautelosa alrededor del perímetro de su refugio. Al instante, un rayo astilló el metal cerca de su cara. Saltó hacia atrás—. No estoy seguro, pero creo que tenemos problemas.

—Me parece que tiene razón —admitió Han, malhumorado. Leia vio que había desenfundado el desintegrador y devolvía el comunicador a su cinturón con la mano libre—. Han aprendido. Esta vez han interferido nuestras comunicaciones.

Un escalofrío recorrió a Leia. Sin protección, sin comunicadores, estaban indefensos. Totalmente aislados de cualquier posibilidad de ayuda…

Llevó la mano instintivamente al estómago, pero en cambio rozó su nueva espada de luz. La cogió, mientras una firme decisión se sobreponía al miedo. Jedi o no, con experiencia o sin ella, no iba a rendirse sin combatir.

—Parece que ya conocen a esos tipos —dijo Wedge, mientras disparaba dos veces al azar en la dirección de sus atacantes.

—Pues sí —gruñó Han, intentando buscar una posición desde la que disparar con precisión—. Aún no he logrado entender qué quieren.

Leia buscó el botón de control de la espada de luz, preguntándose si tenía suficiente habilidad para detener los disparos de un desintegrador…, y se detuvo. Percibió un nuevo sonido por encima de los disparos y el ruido del metal al partirse. Un sonido muy conocido…

—¡Han!

—Lo he oído. Aquí viene Chewie.

—¿Cómo? —preguntó Wedge.

—Ese zumbido que oye es el Halcón —explicó Han, y se echó hacia atrás para mirar por encima del refugio—. Debió de descubrir que habían bloqueado nuestras transmisiones y sumó dos y dos. Ya llega.

La forma familiar del Halcón Milenario pasó sobre sus cabezas con un rugido ensordecedor. Describió un círculo, indiferente a los rayos que rebotaban en sus costados, y aterrizó entre ellos y los atacantes. Leia vio que la rampa descendía en su dirección.

—Estupendo —dijo Han—. Muy bien. Yo saldré primero y os cubriré desde el pie de la rampa. Leia, tú saldrás a continuación. Wedge será el último. Estad atentos;

quizá intenten sorprendernos por el flanco.

—De acuerdo —asintió Wedge—. Estoy preparado.

—Muy bien.

Han se dispuso a levantarse…

—Espera un momento —exclamó Leia de repente, cogiéndole del brazo—. Algo va mal.

—Exacto; nos están disparando —ironizó Wedge.

—Hablo en serio —replicó Leia—. Algo va mal.

—¿Como qué? —preguntó Han, y frunció el ceño—. Vamos, Leia, no podemos quedarnos sentados aquí todo el día.

Leia apretó los dientes y se esforzó por definir la sensación que la angustiaba. Era tan nebulosa…, y de pronto lo percibió.

—Es Chewie —dijo—. No siento su presencia en la nave.

—Estará demasiado lejos —dijo Wedge, con una nota de impaciencia en la voz —. Vamos, destruirán la nave si no nos damos prisa.

—Espere un momento —gruñó Han, que seguía contemplando a Leia con el ceño fruncido—. De momento, no le pasará nada. Están utilizando desintegradores manuales. En cualquier caso, si la situación empeora, siempre puede utilizar el…

Se interrumpió, con una peculiar expresión en el rostro. Leia lo comprendió un segundo después.

—El desintegrador giratorio inferior —dijo—. ¿Por qué no lo utiliza?

—Buena pregunta —dijo Han, con semblante sombrío. Se echó hacia atrás de nuevo y forzó la vista. Cuando volvió a protegerse tras el refugio, exhibió una sonrisa sardónica—. La respuesta es muy sencilla: esa nave no es el Halcón.

—¿Cómo? —preguntó Wedge, boquiabierto.

—Es una réplica —explicó Han—. No puedo creerlo. Estos tipos han encontrado otro YT-1300 en buen estado.

Wedge silbó por lo bajo.

—Caramba, sí que tienen ganas de capturarles.

—Sí, empiezo a tener la misma impresión —dijo Han—. ¿Alguna buena idea?

Wedge paseó la vista en derredor suyo.

—Creo que no vale la pena correr hacia la nave.

—Mientras estén apostados en el cráter para cazarnos, no —dijo Leia.

—Sí —admitió Han—. En cuanto se den cuenta de que no pensamos caer en su trampa, la situación empeorará.

—¿Hay alguna forma de averiar esa nave, para impedir que ascienda y nos ataque desde arriba? —preguntó Leia.

—Montones. El problema es que hay que estar dentro. El escudo exterior no vale gran cosa, pero es muy eficaz contra los desintegradores manuales.

—¿Resistirá a una espada de luz?

Han dirigió una mirada suspicaz a su mujer.

—¿No estarás insinuando…?

—Me parece que no tenemos otra alternativa, ¿verdad?

—Supongo que no. —Hizo una mueca—. Muy bien, pero lo haré yo.

Leia negó con la cabeza.

—Lo haremos todos. Sabemos que desean atrapar vivo a uno de nosotros, como mínimo. De lo contrario, ya nos habrían bombardeado sin compasión. Si salimos juntos, no se atreverán a disparar. Nos pondremos a correr como si quisiéramos subir a bordo, después nos separaremos en el último segundo, y nos refugiaremos detrás de la rampa. Wedge y yo dispararemos hacia el interior de la nave, mientras tú los disuades con la espada de luz.

—No sé —murmuró Han—. Creo que sólo deberíamos salir Wedge y yo.

—No, lo haremos todos —insistió Leia—. Es la única manera de garantizar que no dispararán.

Han miró a Wedge.

—¿Qué opinas?

—Creo que es nuestra única oportunidad, pero será mejor que actuemos cuanto antes.

—Sí. —Han respiró hondo y tendió a Leia su desintegrador—. Muy bien. Dame la espada de luz. Preparados… ¡Adelante!

Se precipitó hacia la nave, agachándose para esquivar los disparos que surgían del borde del cráter. Leia observó que los demás representantes de la República mantenían a los atacantes ocupados, mientras Wedge y ella seguían a Han. Percibió movimientos en el interior de la nave, y aferró con más fuerza el desintegrador de Han. Éste llegó a la rampa con medio segundo de ventaja, y se lanzó bajo el casco.

Los alienígenas debieron de comprender en aquel momento que su estratagema había fracasado. Cuando Leia y Wedge se detuvieron en lados opuestos de la rampa, fueron recibidos con una descarga procedente del interior. Leia se lanzó al suelo y buscó refugio debajo de la rampa, disparando hacia la escotilla para disuadir a sus enemigos. Al otro lado de la rampa, Wedge también disparó. Detrás de ella, percibió los movimientos de Han, que intentaba sabotear la nave. Un rayo rozó su hombro izquierdo, y se acurrucó un poco más bajo la sombra de la rampa. Oyó el siseo de su espada de luz al conectarse. Apretó los dientes, se encogió sin saber por qué…

Y después de una ensordecedora explosión, cuya onda expansiva la aplastó contra el suelo, la nave se elevó un metro en el aire y cayó a tierra de nuevo.

A pesar del zumbido que atormentaba sus oídos, oyó que alguien lanzaba un grito de guerra. Los disparos procedentes de la escotilla habían cesado, y captó un rugido siseante sobre ella. Reptó con grandes precauciones hasta salir de debajo de la rampa.

Pensaba que vería surgir humo de la nave, como resultado del sabotaje de Han, pero no estaba preparada para la enorme columna gaseosa blanca que se elevaba hacia el cielo, como un volcán en erupción.

—¿Te gusta? —preguntó Han, acercándose a su lado para admirar su obra.

—Depende de si la nave está a punto de estallar. ¿Qué has hecho?

—Dinamitar las tuberías de refrigeración conectadas con el motor principal —dijo. Recuperó su desintegrador y le devolvió la espada de luz—. Lo que flota es todo su gas korfaise presurizado.

—Pensaba que era peligroso respirar gases refrigerantes —dijo Leia, lanzando una mirada de preocupación hacia la nube.

—Y lo es, pero el korfaise es más ligero que el aire, así que no tendremos problemas. Dentro de la nave es otra cuestión. Espero.

De repente, Leia fue consciente del silencio que les rodeaba.

—Han dejado de disparar —dijo.

Han aguzó el oído.

—Tienes razón. Y no sólo los que estaban dentro de la nave.

—Me pregunto qué estarán tramando —murmuró Leia, aferrando con más fuerza la espada de luz.

Obtuvo la respuesta un segundo más tarde. Se produjo un violento estruendo sobre sus cabezas, y la onda expansiva les aplastó contra el suelo. Durante un horroroso segundo, pensó que los alienígenas habían destruido su propia nave, pero el ruido se desvaneció, y la rampa siguió intacta.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso, mi amor —dijo Han, poniéndose en pie—, ha sido el ruido de un tubo de escape al liberar su contenido. —Se alejó de la relativa protección de la rampa y escudriñó el cielo—. Alterado por una maniobra atmosférica, probablemente. Nunca me había dado cuenta de lo ruidosos que son esos artilugios.

—Suelen despegar en el vacío —le recordó Leia mientras se levantaba—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora, recogeremos a nuestra escolta y saldremos de aquí.

—¿Nuestra escolta? ¿A qué ese…?

El rugido de los motores de tres cazas que sobrevolaban la zona interrumpió su pregunta. Tenían las alas en posición de ataque, preparados para afrontar cualquier problema. La princesa levantó la vista hacia la blanca torre de gas korfaise… y comprendió de repente.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—Bueno, claro —respondió Han, con expresión de inocencia—. ¿De qué sirve averiar una nave, si puedes averiarla y enviar al mismo tiempo una señal de socorro? —Contempló la nube—. ¿Sabes?, a veces me asombro de mí mismo —dijo, con aire

pensativo.

—Le aseguro, capitán Solo —sonó la voz grave del almirante Ackbar por el altavoz del Halcón—, que estamos haciendo lo imposible por averiguar cómo ha ocurrido.

—Es lo mismo que dijo hace cuatro días —le recordó Han, esforzándose por ser educado. No le resultaba fácil. Estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a que le dispararan, pero que Leia corriera peligro era algo muy distinto—. Por favor. Casi nadie estaba enterado de nuestra visita a Bpfassh.

—Le sorprenderá saber que entre los miembros del Consejo, sus ayudantes, los empleados del espaciopuerto, y el personal de seguridad y apoyo, es posible que hasta doscientas personas hayan tenido acceso directo a su itinerario. Sin contar los amigos y compañeros con los que esos doscientos se hayan ido de la lengua. Investigarles a todos nos llevará mucho tiempo.

Han hizo una mueca.

—Fantástico. En su opinión, ¿qué podemos hacer entretanto?

—Tienen una escolta.

—También la teníamos hace cuatro días. No nos sirvió de mucho. El comandante Antilles y el Escuadrón Pícaro son muy útiles en una batalla espacial, pero no son muy expertos en este tipo de situaciones. Nos serían de mucha más utilidad el teniente Page y algunos de sus comandos.

—Por desgracia, han sido destinados a otras misiones. Dadas las circunstancias, tal vez sería mejor que enviara a la consejera Organa Solo de vuelta, para que recibiera la protección adecuada.

—Me encantaría. La cuestión estriba en saber si estará más segura en Coruscant que aquí.

Se produjo una pausa prolongada, y Han imaginó que los enormes ojos de Ackbar se habían salido de sus órbitas.

—No estoy seguro de haber comprendido el significado de esa frase, capitán.

—A mí tampoco me gusta mucho, almirante, pero enfrentémonos a los hechos: si los imperiales obtienen información de palacio, es muy posible que hayan conseguido infiltrar a algunos de sus agentes.

—Lo considero muy improbable —replicó Ackbar con frialdad—. He tomado medidas para que Coruscant sea indemne a cualquier treta de los imperiales.

—Estoy seguro de ello, almirante —suspiró Han—. Sólo quería decir…

—Le proporcionaremos toda la información que recibamos, capitán. Hasta entonces, haga lo que considere necesario. Corto.

El débil zumbido del transmisor se desvaneció.

—Muy bien —masculló Han—. Yo también corto.

Permaneció sentado unos minutos en la cabina del Halcón, maldiciendo a la

política en general y a Ackbar en particular. Las pantallas que solían reflejar las condiciones de la nave mostraban vistas de la zona de aterrizaje que les rodeaba, con especial énfasis en el terreno contiguo a la escotilla. El desintegrador giratorio inferior estaba extendido y preparado, y los escudos protectores dispuestos para ser activados a la mínima, pese a que la situación no era tan perfecta en el interior.

Han meneó la cabeza, con una mueca de frustración y disgusto en la boca. «¿Quién habría pensado que un día me volvería paranoico?», se preguntó con asombro.

Se oyeron pasos suaves en la parte trasera de la cabina. Han se volvió, llevó la mano de forma automática hacia el desintegrador…

—Soy yo —le tranquilizó Leia. Entró en la cabina y examinó las pantallas. Tenía aspecto de cansada—. ¿Has terminado de hablar con Ackbar?

—No se puede decir que hayamos sostenido una auténtica conversación. Le pregunté qué habían hecho para averiguar cómo habían sabido nuestros amiguitos de los desintegradores que veníamos aquí, me aseguró que estaban haciendo todo lo posible por descubrirlo, logré herir sus sentimientos y cortó en seguida. El comportamiento propio de Ackbar en estos últimos tiempos.

Leia le dedicó una sonrisa irónica.

—Sabes tratar a la gente, ¿verdad?

—Esta vez no ha sido culpa mía —protestó Han—. Me limité a insinuar que su gente tal vez no sería capaz de mantener alejados a estos tipos del palacio imperial. Fue él quien exageró.

—Lo sé —admitió Leia, y se desplomó sobre el asiento del copiloto—. A pesar de su genio militar, Ackbar carece del refinamiento necesario para ser un buen político y si Fey’lya le está azuzando… —Se encogió de hombros—. Cada vez protege más y más su territorio.

—Sí, bueno, si lo que intenta es mantener a Fey’lya apartado de los militares, se ha equivocado de medio a medio —gruñó Han—. La mitad ya están convencidos de que deben prestar atención a lo que diga Fey’lya.

—Por desgracia, suele pasar. Carisma y ambición. Una combinación peligrosa.

Han frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, al captar algo extraño en su voz.

—Nada —respondió la princesa, con expresión de culpabilidad—. Lo siento… Creo que me he pasado.

—Leia, si sabes algo…

—No sé nada —replicó, en un tono que convenció a Han de olvidar el tema—. Tengo un presentimiento. El presentimiento de que Fey’lya aspira a algo más que al puesto de Ackbar, el de comandante en jefe. Pero sólo es un presentimiento.

¿Como el presentimiento de que el Imperio estaba preparando algo grande?

—Muy bien —dijo Han, en tono conciliador—. Entiendo. Bien, ¿ya has terminado aquí?

—Si se le puede llamar así —dijo Leia, con voz cansada—. La reconstrucción exigirá bastante tiempo, pero será necesario llevar la organización desde Coruscant. —Se reclinó en su asiento y cerró los ojos—. Flotas enteras cargadas con piezas de repuesto, consultores, tal vez más trabajadores… Ya sabes.

—Sí, y supongo que estás ansiosa por regresar y poner la maquinaria en funcionamiento.

Ella abrió los ojos y le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Tú no?

Han contempló las pantallas con aire pensativo.

—Bueno, es lo que todo el mundo espera que hagas —señaló—. Por lo tanto, quizá deberíamos hacer algo más.

—¿Como qué?

—No lo sé. Imagino que encontrar un lugar en el que nadie pensaría buscarte.

—¿Y después? —preguntó, con acento ominoso.

Han se preparó para lo peor.

—Y después te quedarás allí una temporada.

—Sabes que no me lo puedo permitir —dijo, en el tono que Han esperaba—. Tengo compromisos en Coruscant.

—Y también contigo misma, por no mencionar a los gemelos.

Ella le fulminó con la mirada.

—No eres justo.

—¿De veras?

Leia se alejó de él, con una expresión indescifrable en el rostro.

—No puedo estar aislada, Han —dijo en voz baja—. No puedo. Están sucediendo demasiadas cosas para esconderme en un agujero.

Han apretó los dientes. En los últimos tiempos, siempre incidían en el mismo problema.

—Bien, si lo que necesitas en este preciso momento es mantenerte en contacto con Coruscant, ¿qué te parece si vamos a algún sitio que tenga representación diplomática, en el que pudieras recibir noticias oficiales de la capital?

—¿Y cómo tendremos la certeza de que el embajador local no revelará nuestra presencia? —Leia meneó la cabeza—. No puedo creer que esté hablando así —murmuró—. Es como si volviéramos a ser la Rebelión, en lugar del legítimo gobierno.

—¿Quién dice que el embajador debe saberlo? Tenemos un receptor diplomático a bordo del Halcón. Podemos conectarlo con el sistema de transmisiones.

—Sólo si descubrimos el código secreto de la estación —le recordó Leia—. Para

después conectarlo a nuestro receptor. No es posible.

—Encontraremos una forma —insistió Han—. Al menos, Ackbar tardaría un tiempo en localizarte.

—Es verdad —admitió Leia, y sacudió la cabeza—. No sé. Los códigos secretos de la Nueva República son casi imposibles de descifrar.

Han bufó.

—Lamento desilusionarte, corazón, pero andan sueltos expertos que se desayunan con los códigos secretos del gobierno. Nos bastará con encontrar a uno de ellos.

—¿Y pagarle una cantidad desorbitada de dinero? —preguntó Leia con sequedad.

—Más o menos —admitió Han—. Por otra parte, hay expertos que, de vez en cuando, están en deuda con otras personas.

—Ah, ¿sí? —Leia le miró de reojo—. Supongo que no conocerás a ninguno.

—De hecho, sí. —Han se humedeció los labios—. El problema reside en que, si los imperiales han hecho sus deberes, ya le habrán descubierto y le tendrán vigilado.

—¿Lo cual significa…?

—Que deberemos encontrar a alguien que tenga su propia lista de contactos. —Se dirigió a la consola y conectó el comunicador del Halcón—. Antilles, soy Solo. ¿Me recibe?

—Sí, general —dijo la voz de Wedge al instante.

—Nos vamos de Bpfassh, Wedge. Aún no es oficial. Se encargará de comunicarlo al resto de la delegación en cuanto hayamos despegado.

—Entiendo. ¿Desea que les asigne una escolta, o prefieren partir con discreción? Tengo un par de personas en las que confío hasta el fin de la galaxia.

Han dirigió a Leia una sonrisa de complicidad. Wedge lo había entendido muy bien.

—Gracias, pero no nos gustaría que el resto de la delegación se sintiera desprotegida.

—Como quiera. Me encargaré de todo lo que sea necesario. Nos veremos en Coruscant.

—De acuerdo. —Han cortó la comunicación—. Cuando llegue el momento —masculló, mientras conectaba el intercomunicador—. Chewie, ¿estamos preparados para despegar?

El wookie gruñó una afirmación.

—Muy bien. Comprueba que todo esté cerrado antes de partir. Será mejor que nos llevemos a Cetrespeó. Tal vez tengamos que hablar con el control de Bpfassh en el camino.

—¿Debo saber adónde vamos? —preguntó Leia, mientras Han tecleaba la secuencia de predespegue.

—Ya te lo he dicho. Hemos de encontrar a alguien de confianza, y que tenga su

propia lista de expertos.

Un brillo de suspicacia alumbró en los ojos de la princesa.

—¿No estarás pensando en… Lando?

—¿En quién, si no? —preguntó Han con inocencia—. Ímprobo ciudadano, antiguo héroe de guerra, honrado hombre de negocios… Claro que tendrá contactos con expertos.

Leia levantó los ojos al cielo.

—¿Por qué me da mala espina todo esto? —murmuró.

CAPÍTULO 11

—Agárrate, Erredós —gritó Luke, cuando las primeras turbulencias atmosféricas comenzaron a sacudir al caza—. Vamos a entrar. ¿Analizadores dispuestos?

Se oyó un gorjeo afirmativo desde la parte posterior y la traducción apareció en la pantalla de su ordenador.

—Bien —dijo Luke, y devolvió su atención al planeta envuelto en nubes que se precipitaba a su encuentro.

Era extraño, pensó, que todos los sensores hubieran fallado al aproximarse a Dagobah en aquel primer viaje.

O tal vez no era tan extraño. Quizá Yoda los había neutralizado de forma deliberada para guiarle, sin que lo sospechara, al punto de aterrizaje pertinente.

Y ahora, Yoda ya no estaba…

Luke apartó el pensamiento de su mente. Lamentar la muerte de un amigo y maestro era justo y honorable, pero obsesionarse innecesariamente en aquella pérdida era conceder al pasado demasiado poder sobre el presente.

El caza penetró en la capa inferior de la atmósfera y, al cabo de pocos segundos, quedó envuelto entre las espesas nubes blancas. Luke observó los instrumentos, que controlaban un descenso lento y suave. La última vez que había venido, poco antes de la batalla de Endor, había aterrizado sin problemas, pero tampoco tenía intención de tentar su suerte. Los sensores de aterrizaje dirigían la nave hacia el antiguo hogar de Yoda.

—Erredós, busca un lugar llano para posarnos, por favor.

En respuesta, apareció un rectángulo rojo en la pantalla delantera, hacia el lado este de la casa, pero a una distancia que se podía recorrer a pie.

—Gracias —dijo Luke al androide, y tecleó el ciclo de aterrizaje.

Un momento después, agitando las ramas de los árboles, se posaron.

Luke se quitó el casco y alzó la cubierta. Los intensos olores de los pantanos de Dagobah se introdujeron en la cabina, una extraña combinación de dulce y putrefacción que despertó cientos de recuerdos en su mente. Aquel movimiento lento de las orejas de Yoda, el peculiar pero sabroso estofado que solía preparar, las cosquillas que su vello menudo producía en las orejas de Luke siempre que montaba sobre su espalda durante el entrenamiento. El entrenamiento en sí: las largas horas, la fatiga física y mental, la creciente sensación de confianza en la Fuerza, la caverna y sus imágenes del lado oscuro…

«¿La caverna?».

De pronto, Luke se levantó y llevó la mano hacia la espada de luz, mientras escudriñaba la niebla. El caza no había aterrizado cerca de la caverna.

Pues sí. A menos de cincuenta metros se erguía el árbol que crecía justo encima del lugar maligno; su enorme forma ennegrecida sobresalía entre los árboles circundantes. Debajo y entre sus raíces retorcidas, apenas visible entre la niebla y la vegetación, distinguió la oscura entrada a la caverna.

—Maravilloso —murmuró—. Simplemente maravilloso.

Una serie de «bips» interrogativos sonaron a su espalda.

—No te preocupes, Erredós —dijo, mientras depositaba el casco sobre el asiento —. Todo va bien. ¿Por qué no te quedas aquí, mientras yo…?

El caza osciló un poco. Miró hacia atrás y vio que Erredós ya había salido y avanzaba sin vacilar.

—Claro que, si lo prefieres, puedes venir conmigo —añadió con ironía.

Erredós emitió otro «bip», no de alegría, pero sí de alivio. El pequeño androide detestaba quedarse solo.

—Espera un momento —dijo Luke—. Bajaré y te echaré una mano.

Saltó al suelo. Estaba algo húmedo, pero era lo bastante firme para aguantar el peso del caza. Satisfecho, utilizó la Fuerza para levantar a Erredós y bajarlo al suelo.

Se oyó a lo lejos el largo y estremecedor aullido de un ave de Dagobah. Luke aguzó el oído, paseó la vista por el pantano que le rodeaba y se preguntó por qué había venido. En Coruscant lo había considerado importante, vital incluso, pero ahora le parecía nebuloso. Nebuloso y algo más que estúpido.

Erredós emitió un «bip» inquisitivo. Luke aparcó las incertidumbres con cierto esfuerzo.

—Se me ocurrió que tal vez Yoda hubiera dejado algo que nos fuera útil —dijo al androide, eligiendo el motivo que le resultaba más fácil verbalizar—. La casa debería estar… —miró en derredor suyo para orientarse— por ahí. Vamos.

La distancia no era grande, pero tardaron más en recorrerla de lo que había imaginado. En parte por el terreno y la vegetación (había olvidado lo difícil que era ir de un sitio a otro por los pantanos de Dagobah), pero había algo más: una leve pero persistente presión en el fondo de su mente que parecía nublar su capacidad de pensar.

Pero al final llegaron… y descubrieron que la casa había desaparecido.

Luke se quedó inmóvil durante un largo minuto, contemplando la masa de vegetación que ocupaba el lugar donde había estado la casa. Una intensa sensación de pérdida luchó por imponerse a la embarazosa certeza de que se había comportado como un idiota. Como había crecido en los desiertos de Tatooine, donde un edificio abandonado podía durar medio siglo o más, nunca se le había ocurrido pensar en lo

que le ocurriría al mismo edificio después de cinco años en un pantano.

A su lado, Erredós gorjeó una pregunta.

—Pensé que Yoda habría dejado cintas o libros —explicó Luke—. Algo que me diera más información sobre los métodos de entrenamiento Jedi. No queda gran cosa, ¿verdad?

En respuesta, Erredós extendió su pequeña placa sensora.

—No importa —dijo Luke, y empezó a andar—. Ya que hemos venido, al menos echaremos un vistazo.

Tardó unos pocos minutos en practicar un sendero entre los arbustos y enredaderas con la espada de luz, hasta llegar a lo que quedaba de las paredes exteriores de la casa. Eran escombros en su mayor parte, que le llegaban a la cintura como máximo, cubiertos de diminutas enredaderas. Dentro había más vegetación, que cercaba, y en algunos puntos perforaba, el viejo hogar de piedra. Las viejas ollas de hierro pertenecientes a Yoda estaban medio enterradas en el fango, cubiertas de un extraño musgo.

Erredós lanzó un silbido apenas audible.

—No, me parece que no encontraremos nada útil —admitió Luke, y se agachó para sacar una de las ollas. Un pequeño lagarto surgió de su interior y desapareció entre la hierba—. Erredós, a ver si encuentras algo electrónico por aquí. Nunca le vi utilizar nada por el estilo, pero…

Se encogió de hombros.

El androide, obediente, volvió a levantar su placa sensora. Luke observó mientras rastreaba de un lado a otro…, y de repente se detuvo.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Luke.

Erredós gorjeó animadamente. Su cúpula giró hacia el camino por donde habían venido.

—¿Por ahí? —Luke frunció el ceño y contempló los escombros que le rodeaban —. ¿Aquí no hay nada?

Erredós emitió un «bip», dio media vuelta y rodó con ciertas dificultades sobre el terreno desigual. Se detuvo, giró su cúpula hacia Luke y emitió una serie de sonidos que sólo podían ser una pregunta.

—Muy bien, ya voy —suspiró Luke, reprimiendo la extraña sensación de temor que, de repente, le había asaltado—. Tú guías.

La luz del sol que se filtraba por la bóveda de hojas suspendida sobre sus cabezas había perdido bastante intensidad cuando el caza apareció ante sus ojos.

—Ahora, ¿dónde? —preguntó Luke—. No irás a decirme que captaste nuestra propia nave.

Erredós giró su cúpula en redondo, indignado. Su placa sensora giró poco a

poco…

Y señaló directamente a la caverna. Luke tragó saliva.

—¿Estás seguro? —El androide gorjeó—. Estás seguro —dijo Luke.

Contempló durante un minuto la caverna, apenas visible entre la niebla, indeciso. No había ninguna necesidad real de entrar, de eso estaba seguro. Lo que hubiera detectado Erredós no lo habría dejado Yoda. Allí no.

Pero ¿qué era? Leia se había referido a un Jedi Oscuro de Bpfassh que había visitado el lugar. ¿Podía ser algo de él?

Apretó los dientes.

—Quédate aquí, Erredós —ordenó al androide, antes de encaminarse a la caverna—. Volveré lo más pronto posible.

El miedo y la ira, le había advertido con frecuencia Yoda, eran esclavos del lado oscuro. Luke se preguntó vagamente a qué lado servía la curiosidad.

El aspecto del árbol que se erguía sobre la cueva era tan maligno como recordaba: retorcido, oscuro, melancólico, como si el lado oscuro de la Fuerza le insuflara vida. Tal vez era así. Luke no estaba seguro, porque las emanaciones de la caverna inundaban sus sentidos. Eran el origen de la leve presión que experimentaba desde su llegada a Dagobah, y por un momento se preguntó por qué los efectos eran más fuertes que nunca.

Tal vez porque Yoda siempre había estado presente, y protegía a Luke de la auténtica fuerza de la cueva.

Pero Yoda había muerto… y Luke tenía que enfrentarse solo a la caverna.

Respiró hondo. «Soy un Jedi», se recordó con firmeza. Sacó el comunicador del cinturón y lo conectó.

—¿Me oyes, Erredós? —El comunicador gorjeó—. Muy bien. Voy a entrar. Hazme una señal cuando me acerque a lo que has captado.

Recibió un «bip» afirmativo. Devolvió el comunicador a su cinturón y desenvainó la espada de luz. Volvió a respirar hondo, pasó bajo las raíces retorcidas del árbol y entró en la caverna.

También seguía tan espantosa como recordaba. Oscura, húmeda, habitada por frenéticos insectos y plantas viscosas, el lugar más desagradable que Luke había pisado. El terreno se le antojó más traicionero que antes, y en la primera docena de pasos ya estuvo a punto de caer dos veces, cuando la tierra cedió bajo su peso, lo suficiente para que perdiera el equilibrio. Divisó un lugar bien conocido entre la niebla y aferró la espada de luz con más fuerza, a medida que se acercaba. En este lugar había trabado un combate de pesadilla con un fantasmal e irreal Darth Vader.

Llegó al punto y se detuvo, rechazando el miedo y los recuerdos. Esta vez, para su alivio, no sucedió nada. Ningún Señor Oscuro surgió de las tinieblas para atacarle. Nada.

Luke se humedeció los labios y sacó el comunicador del cinturón. No, claro que no había nada. Ya había pasado por esa crisis, y la había superado. Redimido y muerto Vader, nada contenía la caverna de amenazador, excepto temores sin nombre, irreales, y sólo si les permitía apoderarse de él. Tendría que haberlo comprendido desde el principio.

—¿Erredós? —llamó—. ¿Sigues ahí? —El pequeño androide zumbó en respuesta —. Muy bien —dijo Luke, y avanzó de nuevo—. ¿Hasta dónde he de…?

De pronto, en mitad de la frase, casi en mitad de un paso, la niebla de la caverna se transformó a su alrededor en una visión parpadeante, surrealista…

Se encontraba en un pequeño vehículo terrestre descapotable y flotaba a baja altura sobre una especie de pozo. La tierra carecía de características especiales, pero notó que un terrible calor emanaba de ella. Algo le golpeó con fuerza en la espalda y le empujó hacia una estrecha tabla que sobresalía horizontalmente del costado del vehículo…

Luke contuvo el aliento, y recordó la escena. Estaba de vuelta en el esquife de Jabba el Hutt, a punto de ser ejecutado en el Gran Pozo de Carkoon.

Delante, distinguió el velero de Jabba, que se aproximaba mientras los cortesanos se apretujaban para ver mejor el espectáculo. La niebla ocultaba muchos detalles de la embarcación, pero vio con claridad la pequeña silueta rechoncha de Erredós, en lo alto de la nave. Aguardaba la señal de Luke…

—No pienso seguir el juego —gritó Luke a la visión—. Ya he pasado antes por esta crisis, y la he superado.

Pero sus palabras sonaron huecas a sus propios oídos, y mientras las pronunciaba sintió el pinchazo de la lanza del guardia en la espalda, y notó que caía de la plancha. Se retorció en el aire, aferró el extremo de la tabla y saltó sobre las cabezas de los guardias…

Aterrizó y se volvió hacia el velero, la mano extendida para apoderarse de la espada de luz que Erredós le acababa de lanzar.

No llegó a su poder. El arma cambió de dirección y se desvió hacia el otro extremo del velero. Luke, desesperado, intentó apoderarse de ella mediante la Fuerza, pero sin éxito. La espada de luz continuó su trayectoria…

Y se detuvo en la mano de una esbelta mujer que se erguía sola sobre el velero.

Luke la contempló, horrorizado. A causa de la niebla, y del sol que la iluminaba por detrás, no distinguió los detalles de su cara, pero la espada de luz que ahora empuñaba como una recompensa le dijo todo cuanto necesitaba saber. Tenía el poder de la Fuerza, y acababa de condenarle a él y a sus amigos a muerte.

Y mientras las lanzas le empujaban de nuevo hacia la tabla, oyó a través de la niebla su risa burlona…

—¡No! —gritó Luke, y la visión se desvaneció tan repentinamente como había

aparecido.

Había regresado a la caverna de Dagobah. Su frente y su túnica estaban empapadas de sudor, y un frenético pitido electrónico surgía del comunicador que sujetaba en la mano.

Respiró hondo, estremecido, y aferró con fuerza la espada de luz para asegurarse de que todavía la empuñaba.

—Estoy… —Tragó saliva para humedecer su garganta y probó de nuevo—. Estoy bien, Erredós —tranquilizó al androide—. No pasa nada. —Hizo una pausa y trató de comprender, en su desorientación, qué estaba haciendo en la cueva—. ¿Recibes todavía esa señal electrónica? —Erredós emitió un «bip» afirmativo—. ¿Sigue delante de mí? —Otro «bip» afirmativo—. Muy bien —dijo Luke.

Movió la espada de luz, se secó otra vez el sudor de su frente y avanzó con cautela, intentando mirar en todas direcciones a la vez.

Pero la cueva, por lo visto, ya había desencadenado su peor influencia. Ninguna otra visión se interpuso en su camino. Se adentró en la cueva y, por fin, Erredós le avisó de que había alcanzado su objetivo.

El artilugio, una vez limpio de musgo y barro, constituyó una decepción: un pequeño cilindro, bastante plano, poco más grande que su mano, con cinco botones triangulares incrustados de herrumbre en un lado, y una inscripción alienígena grabada en el otro.

—¿Es esto? —preguntó Luke, poco convencido de que hubiera valido la pena el desplazamiento para buscar algo tan insignificante—. ¿No hay nada más? —Erredós emitió un «bip» informativo y un silbido que sólo podía ser una pregunta—. No sé qué es —dijo Luke al androide—. Puede que tú lo reconozcas. Voy a salir.

El trayecto de vuelta fue desagradable, pero desprovisto de incidentes, y al cabo de poco rato salió por debajo de las raíces del árbol al aire relativamente puro del pantano, con un suspiro de alivio.

Había oscurecido mientras estaba dentro, observó con cierta sorpresa; aquella deformada visión del pasado debió de durar más de lo que pensaba. Erredós había encendido las luces de aterrizaje del caza, los rayos se veían como conos brumosos en el aire. Luke se abrió paso entre la vegetación y avanzó hacia el caza.

Erredós le estaba esperando, y emitía pitidos para sí, que se transformaron en un silbido de alivio cuando Luke salió a la luz. El pequeño androide se meció atrás y adelante como un niño nervioso.

—Tranquilo, Erredós. Estoy bien —le tranquilizó Luke. Se agachó y sacó el cilindro del bolsillo—. ¿Qué opinas?

El androide gorjeó con aire pensativo. Su cúpula giró para examinar el objeto desde un par de direcciones diferentes. Después, de repente, los gorjeos se convirtieron en un torrente de farfulleos ininteligibles.

—¿Qué? —preguntó Luke, intentando descifrar los sonidos, y se preguntó con ironía por qué Cetrespeó nunca estaba cerca cuando lo necesitaba—. Despacio, Erredós. No puedo… Da igual —se interrumpió. Se puso en pie y paseó la mirada a su alrededor—. Creo que no tiene sentido quedarnos más tiempo aquí.

Miró de nuevo hacia la caverna, casi oculta por la oscuridad, y se estremeció. No, no había motivos para quedarse, y uno muy bueno para marcharse. Difícil encontrar en este lugar algo que aclarara sus dudas, pensó malhumorado. Tendría que haberlo adivinado.

—Vamos —dijo al androide—. Te devolveré a tu sitio. Durante el viaje de regreso me irás explicando lo que descubras.

El informe de Erredós sobre el cilindro fue breve y decididamente negativo. El pequeño androide no reconoció el artilugio, sus analizadores generales no pudieron descifrar sus funciones, y ni siquiera identificó el idioma en que estaba escrita la inscripción, y mucho menos su significado. Luke empezaba a preguntarse por qué se había puesto tan nervioso antes el androide, hasta que su última frase apareció en la pantalla.

—¿Lando? —Luke frunció el ceño y volvió a leer la frase—. No recuerdo haber visto jamás a Lando con un aparato semejante. —Más palabras aparecieron en la pantalla—. Sí, sé que estaba muy ocupado en aquel momento —admitió Luke, flexionando los dedos de su mano derecha artificial inconscientemente—. Suele pasar cuando te injertan una nueva mano. ¿Así que lo entregó al general Madine, o sólo se lo enseñó? —Apareció otra frase—. Perfecto —aseguró Luke al androide—. Imagino que tú también estabas muy ocupado.

Miró la pantalla posterior. La media luna de Dagobah disminuía de tamaño por momentos. De entrada, su intención era volver directamente a Coruscant, y esperar a que Leia y Han regresaran de Bpfassh, pero a juzgar por lo que había oído, su misión podía prolongarse dos semanas o más. Y Lando le había invitado en más de una ocasión a visitar su explotación minera, dedicada a la extracción de minerales raros, en el planeta supercaliente de Nkllon.

—Cambio de planes, Erredós —anunció, y tecleó un nuevo rumbo—. Nos dirigiremos al sistema de Athega para ver a Lando. Tal vez nos pueda explicar qué es esto.

De camino, tuvo tiempo de pensar en el turbador sueño, visión o lo que fuera experimentado en la caverna. Y de decidir si había sido algo más que un sueño.

Capítulo 12

—No, no tengo permiso de entrada en Nkllon —dijo Han con impaciencia por el transmisor del Halcón, contemplando el caza modificado que volaba junto a ellos—. Tampoco poseo ninguna cuenta corriente. Estoy buscando a Lando Calrissian. —Oyó un sonido en el asiento de atrás que bien podía ser una risa ahogada—. ¿Has dicho algo? —preguntó.

—No —respondió Leia en tono de inocencia—. Sólo recordaba el pasado.

—Muy bien —gruñó Han. Él también recordaba, y Bespin no se encontraba entre sus recuerdos más apreciados—. Oye, haz el favor de llamar a Lando —sugirió al caza—. Dile que un viejo amigo ha llegado, y tal vez podamos jugarnos al sabacc su mercancía. Lando comprenderá.

—¿Qué has dicho? —preguntó Leia, inclinándose hacia adelante para dirigirle una mirada de asombro.

Han cortó el transmisor.

—Puede que los imperiales también tengan espías aquí —le recordó—. Si es así, anunciar nuestro nombre a todo el sistema de Athega no sería muy inteligente.

—Concedido —reconoció Leia a regañadientes—. De todos modos, el mensaje es muy extraño.

—Para Lando, no —la tranquilizó Han—. Sabrá que soy yo siempre que ese mentecato de ahí lo transmita.

A su lado, Chewbacca gruñó una advertencia. Algo grande se aproximaba por estribor.

—¿Algún dato? —preguntó Han, estirando el cuello para echar un vistazo.

El transmisor cobró vida antes de que Chewbacca pudiera responder.

—Nave no identificada, el general Calrissian ha autorizado su entrada —dijo el piloto de caza, en tono de decepción, como si lamentara haber perdido la oportunidad de catapultarles fuera del sistema—. Su escolta se acerca para interceptarles; mantengan su posición actual hasta que llegue.

—Recibido —contestó Han, sin darle las gracias al hombre.

—¿Escolta? —preguntó Leia, suspicaz—. ¿Para qué una escolta?

—Es lo que mereces por estar ausente de palacio, metida en política, cada vez que Lando viene a visitarnos —la reprendió Han, y estiró el cuello otra vez. Ya se acercaba—. Nkllon es un planeta muy cálido, demasiado próximo a su sol para que una nave normal descienda sin dejarse parte del casco en el intento. De ahí —indicó a

Leia que mirara hacia su derecha— la escolta.

Tuvo lugar una potente absorción de aire desde atrás, y hasta Han, que había visto los hologramas de estos aparatos, debió admitir que el espectáculo era impresionante. La nave escudo se parecía a un monstruoso paraguas volador, un plato curvo cuyo tamaño equivalía a la mitad de un Destructor Estelar imperial. La parte inferior del plato estaba erizada de tubos y aletas, equipos de bombeo y almacenamiento del líquido refrigerante que impedía la deflagración de la nave cuando entraba en la atmósfera. Un pilón cilíndrico hacía las veces de mango del paraguas, y en su extremo opuesto sobresalían las enormes aletas del radiador. En el centro del pilón, como una idea de última hora, se hallaba la nave remolcadora que impulsaba al conjunto.

—Cielos —murmuró Leia, estupefacta—. ¿Vuela de verdad?

—Sí, pero con dificultades —explicó Han.

Observó con cierta aprensión que el monstruoso artefacto se acercaba cada vez más a la nave. No hacía falta; el Halcón era muchísimo más pequeño que las inmensas naves contenedoras que las naves escudo solían escoltar.

—Lando me contó que les causaba muchos problemas el diseño de esos monstruos, casi tantos como entrenar a los pilotos.

Leia cabeceó.

—Lo creo.

El transmisor crepitó de nuevo.

—Nave no identificada, habla la Nave Escudo Nueve. Preparados para el acoplamiento. Transmitan el código de su circuito auxiliar, por favor.

—De acuerdo —murmuró Han por lo bajo, y tocó el interruptor de transmisión—. Nave Escudo Nueve, no tenemos circuito auxiliar. Deme su curso y les seguiremos.

Hubo un momento de silencio.

—Muy bien, nave no identificada —dijo la voz por fin…, a regañadientes, en opinión de Han—. Fijen su curso en dos-ocho-cuatro; velocidad, punto seis sublumínica.

Sin esperar respuesta, el gigantesco paraguas empezó a alejarse.

—Pégate a él, Chewie —indicó Han al copiloto. No representaría ningún problema. El Halcón era más rápido e infinitamente más manejable que algo de aquella envergadura—. Nave Escudo Nueve, ¿cuánto tardaremos en llegar a Nkllon?

—¿Tiene prisa, nave no identificada?

—¿Cómo vamos a tener prisa, con esta maravillosa vista? —preguntó Han con sarcasmo, y echó un vistazo a la parte inferior del plato, que llenaba casi todo el cielo —. Sí, digamos que tenemos cierta prisa.

—Pues lo lamento —respondió el otro—. Si tuvieran un circuito auxiliar, daríamos juntos un salto hiperespacial, y llegaríamos a Nkllon dentro de una hora. De

esta forma, bueno, tardaremos diez.

Han hizo una mueca.

—Fantástico.

—Podríamos instalar un circuito auxiliar provisional —sugirió Leia—. Cetrespeó conoce lo bastante el ordenador del Halcón para hacerlo.

Chewbacca se volvió hacia ella y gruñó una negativa que no dio lugar a más discusiones, aunque Han hubiera optado por ello. No fue así.

—Chewie tiene razón —aseguró a Leia—. No acoplaremos esta nave a nada. Nunca. ¿Recibido, nave escudo?

—Por mí, encantado, nave no identificada —dijo el otro. Daba la impresión de que todos experimentaban un perverso placer en utilizar aquella expresión—. En cualquier caso, me pagan por horas.

—Estupendo —dijo Han—. Pongámonos en acción.

—Claro.

La transmisión se cortó. Han posó las manos sobre los controles. El paraguas seguía alejándose, pero sin prisa.

—Chewie, ¿ya ha puesto en marcha los motores?

El wookie gruñó una negativa.

—¿Qué sucede? —preguntó Leia.

—No lo sé —contestó Han. Miró a su alrededor, pero el paraguas tapaba casi todo su ángulo de visión—. Pero no me gusta. —Conectó el transmisor—. Nave Escudo Nueve, ¿a qué viene el retraso?

—No hay de qué preocuparse, nave no identificada —le tranquilizó la voz—. Se acerca otra nave, también carente de circuito auxiliar, de modo que nos los llevaremos a los dos. Sería absurdo hacer dos viajes, ¿no?

A Han se le erizaron los cabellos de la nuca. Otra nave que se disponía a entrar en Nkllon al mismo tiempo que ellos.

—¿Se ha identificado la otra nave? —preguntó.

Su interlocutor resopló.

—Oiga, amigo, usted tampoco se ha identificado.

—Me ha sido de gran ayuda —replicó Han, y volvió a desconectar el transmisor —. Chewie, ¿has localizado la trayectoria de ese tipo?

La respuesta del wookie fue breve y sucinta. Y preocupante.

—Astuto —rezongó Han—. Muy astuto.

—Me lo he perdido —murmuró Leia, y miró sobre el hombro de Han.

—Se acerca desde el otro lado del pilón central de la nave escudo —explicó Han con semblante sombrío, indicando las gráficas que aparecían en la pantalla del analizador—. De esta manera no podemos verlo.

—¿Lo está haciendo a propósito?

—Es probable —asintió Han, desabrochándose las correas de seguridad—. Chewie, toma el mando. Voy a conectar los motores.

Corrió por el pasillo de la cabina hasta el núcleo central y subió la escalera.

—Capitán Solo —le llamó una nerviosa voz mecánica desde el salón—. ¿Pasa algo?

—Tal vez sí, Cetrespeó. Agárrate bien.

Llegó al final de la escalera y se dejó caer en el asiento. El tablero de control se activó con satisfactoria rapidez. Conectó la energía con una mano y agarró los auriculares con la otra.

—¿Algo nuevo, Chewie? —preguntó por el micrófono.

El wookie gruñó una negativa. El pilón de la nave escudo ocultaba por completo a la otra nave, pero la pantalla de inferencia dio una lectura de distancia, gracias a la cual Chewbacca pudo calcular el tamaño máximo de la nave. No era muy grande.

—Bueno, algo es algo —se dijo Han.

Repasó su lista mental de tipos de naves espaciales y trató de imaginar qué era aquello tan pequeño que les enviaba el Imperio. ¿Tal vez alguna variación de sus cazas?

—Ve con cuidado; podría ser un señuelo.

La pantalla de inferencia emitió un sonido agudo: la nave desconocida empezaba a dar la vuelta al pilón. Han contuvo el aliento, apoyó los dedos sobre los controles de disparo…

Y la nave apareció ante su vista de repente, cogiéndole por sorpresa. Se estabilizó…

—Es uno de nuestros cazas —exclamó Leia, muy tranquilizada—. Lleva los distintivos de la República…

—Hola, forasteros. —La voz de Luke sonó en el oído de Han—. Me alegro de veros.

—Oh… Hola —dijo Han, reprimiendo el impulso de llamar a Luke por su nombre. En teoría, se comunicaban en una frecuencia segura, pero sería fácil para alguien motivado soslayar tales formalidades—. ¿Qué haces aquí?

—He venido para ver a Lando. Lamento haberos asustado. Cuando me dijeron que iba a ir en compañía de una nave no identificada, pensé que tal vez era una trampa. No estuve seguro de que erais vosotros hasta hace un minuto.

—Ah.

Han vio que la otra nave adoptaba un rumbo paralelo. Era el caza de Luke, sin duda.

Al menos, parecía el caza de Luke.

—Bien —dijo, e imprimió un giro a los cañones láser para que apuntaran al recién llegado. Tal como estaba situado, el caza tendría que dar un giro de noventa

grados para poder dispararles. A menos que estuviera modificado, por supuesto—. ¿Es una visita social, o qué?

—Pues no. He encontrado un viejo artilugio que… Bien, pensé que Lando podría identificarlo. —Vaciló—. Creo que no deberíamos hablar de ello ahora. ¿Qué opinas tú?

—Lo mismo.

La mente de Han galopaba. Era la voz de Luke, sí, pero después del atentado casi desastroso de Bpfassh, ya no daba nada por seguro. Necesitaba comprobarlo, y deprisa.

Tocó un interruptor y se desconectó del circuito de radio.

—Leia, ¿crees que se trata de Luke?

—Me parece que sí. Estoy casi segura.

—«Casi segura» no es suficiente, cariño.

—Lo sé. Espera, tengo una idea.

Han se reintegró al circuito de radio.

—… dijeron que si tuviera un circuito auxiliar el viaje sería mucho más rápido —estaba diciendo Luke—. Un salto hiperespacial tan cerca de Nkllon como permite la zona de influencia gravitatoria, unos cuantos minutos más de protección hasta guarecerme en la sombra planetaria, y podría hacer solo el resto del viaje.

—Excepto que los cazas no van provistos de circuitos auxiliares —insinuó Han.

—Exacto —replicó Luke, con cierta sequedad—. Los diseñadores se lo pasaron por alto, sin duda.

—Sin duda —coreó Han, empezando a sudar un poco. Leia estaba tardando en actuar.

—De hecho, me alegro de que no tengas —habló Leia—. Considero más seguro viajar escoltada. Oh, antes de que me olvide, hay alguien aquí que quiere saludarte.

—¿Erredós? —dijo la voz melosa de Cetrespeó—. ¿Estás ahí? Una descarga de «bips» y gorjeos electrónicos atormentaron los auriculares de Han.

—Bien, no sé en qué otra parte podrías estar —respondió Cetrespeó con sequedad—. Pensando en pasadas experiencias, se me ocurre una considerable variedad de dificultades en que podrías haberte metido, sobre todo sin contar conmigo. —Los auriculares emitieron un ruido sospechosamente parecido a un bufido electrónico—. Sí, bueno, siempre te lo has creído —contestó Cetrespeó, con mayor sequedad todavía—. Supongo que tienes derecho a abrigar ilusiones.

Erredós bufó de nuevo. Han sonrió para sí, desconectó el tablero de control y dejó los láseres en posición de espera. Había conocido a muchos hombres, en sus días de contrabandista, que habrían rechazado a una esposa capaz de pensar, en ocasiones, más deprisa que ellos.

Han había decidido mucho tiempo atrás que no le gustaría de otra manera.

El piloto de la nave escudo no había exagerado. Pasaron casi diez horas antes de que indicara por fin que ya podían seguir solos, hizo un comentario final no del todo grosero, y se alejó.

No había mucho que ver. Han decidió que el lado oscuro de un planeta subdesarrollado no solía ser muy pintoresco. Una señal de guía parpadeaba en una pantalla, y efectuó un giro en la dirección indicada.

Oyó pasos detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Leia, y bostezó mientras se sentaba en la silla del copiloto.

—Estamos a la sombra de Nkllon —explicó Han. Indicó la masa carente de estrellas que se cernía sobre ellos—. He localizado la explotación minera de Lando. Llegaremos en unos diez o quince minutos.

—Muy bien. —Leia miró hacia las luces de posición del caza que les acompañaba—. ¿Has hablado con Luke hace poco?

—No, durante las últimas dos horas. Dijo que iba a dormir un poco. Creo que Erredós dirige la nave en estos momentos.

—Sí —asintió Leia, con la voz ausente que solía adoptar cuando practicaba sus nuevas habilidades Jedi—. Luke tiene el sueño inquieto. Algo le preocupa.

—Algo le preocupa desde hace un par de meses —le recordó Han—. Lo superará.

—No, esta vez es algo diferente. —Leia meneó la cabeza—. Algo más, no sé, más urgente. —Se volvió para mirarle de frente—. Winter piensa que tal vez quiera hablar contigo del problema.

—Bueno, pues aún no lo ha hecho. No te preocupes. Cuando esté dispuesto a hablar, hablará.

—Supongo que sí. —Leia miró hacia el borde de la masa planetaria hacia la que se dirigían—. Increíble. ¿Te das cuenta de que se ve parte de la corona solar desde aquí?

—Sí, bueno, no me pidas que te saque a dar un paseo para verla mejor. Esas naves escudo no están de adorno. La luz de ese sol es lo bastante fuerte para freír todos nuestros sensores en pocos segundos y derretir el casco del Halcón en un par de minutos más.

Leia meneó la cabeza, asombrada.

—Primero Bespin, ahora Nkllon. ¿Crees que Lando ha estado alguna vez al margen de algún proyecto demencial?

—No muy a menudo —tuvo que admitir Han—, aunque en Bespin, al menos, trabajaba con una tecnología conocida. Ciudad Nube llevaba años en funcionamiento, antes de que se apoderara de ella. Eso —señaló el espaciopuerto— le ha obligado a empezar desde cero.

Leia se inclinó hacia adelante.

—Creo que veo la ciudad, aquel grupo de luces.

Han miró en la dirección indicada.

—Demasiado pequeño. Lo más probable es que sea un grupo de topos. Lo último que supe fue que tenía un centenar de esos trastos, extrayendo mineral.

—¿Son aquellas naves asteroide que le ayudamos a robar de Industrias Stonehill?

—No, las utiliza en el sistema exterior como remolcadores —la corrigió Han—. Éstos son vehículos parecidos a conos truncados. Tienen una serie de taladros que inyectan plasma a presión en la escotilla inferior. Aterrizas donde te da la gana, conectas los inyectores uno o dos minutos para desmenuzar la tierra, bajas por la escotilla y coges los fragmentos.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Al principio, también eran mineros asteroideos, ¿verdad?

—Sólo en el estilo. Lando descubrió que este modelo se utilizaba en un complejo de fundición. En lugar de quitar los inyectores de plasma, los propietarios habían procedido a desmontarlos y encajarlos en fila.

—Me pregunto cómo los consiguió Lando.

—Será mejor que no lo sepamos.

El transmisor chisporroteó.

—Naves no identificadas, al habla el control de Ciudad Nómada —dijo una voz seca—. Han sido autorizados a aterrizar en las plataformas cinco y seis. Fíjense en las balizas y cuidado con los baches.

—De acuerdo —dijo Han.

El Halcón se encontraba muy cerca del suelo. El altímetro indicaba menos de cincuenta metros de altitud. Un risco bajo se alzó a su encuentro. Han manipuló los controles para pasar por encima…

Y, directamente frente a ellos, apareció Ciudad Nómada.

—Háblame otra vez de Lando y sus proyectos demenciales —dijo Leia.

La princesa meneó la cabeza. Hasta Han, que más o menos se lo esperaba, se vio obligado a admitir que el espectáculo era impresionante. El complejo minero, inmenso, asentado sobre una pendiente, con miles de luces brillando en la oscuridad, semejaba un ser vivo monstruoso y exótico, desparramado sobre el terreno y las lomas. Numerosos reflectores iluminaban la zona; un puñado de diminutas naves hormigueaba como insectos parásitos sobre su lomo, o circulaban sobre la tierra que se extendía a sus pies.

El cerebro de Han tardó unos cuantos segundos en descomponer al monstruo en partes: el viejo Crucero Acorazado encima, los cuarenta AT-ATs debajo, transportándolo por el suelo, las lanzaderas y vehículos pilotados que se movían delante y a su alrededor.

No era menos impresionante por saber lo que era.

El transmisor crepitó de nuevo.

—Nave no identificada —dijo una voz conocida—, bienvenidos a Ciudad Nómada. ¿Qué es eso de jugar una partida de sabacc?

Han sonrió.

—Hola, Lando. Estábamos hablando de ti.

—Estoy seguro —dijo con ironía Lando—. Apuesto a que estabais poniendo de relieve mi habilidad y creatividad en los negocios.

—Algo así. ¿Algún truco especial para aterrizar sobre esa cosa?

—No —le tranquilizó su amigo—. Al fin y al cabo, sólo vamos a unos cuantos kilómetros por hora. ¿Va Luke en el caza?

—Sí, estoy aquí —intervino Luke, antes de que Han pudiera contestar—. Este lugar es increíble, Lando.

—Espera a verlo por dentro. Debo añadir que ya era hora de que vinierais a visitarme. ¿Han venido Leia y Chewie?

—Estamos todos —dijo Leia.

—No se trata de una visita social, exactamente —le advirtió Han—. Necesitamos un poco de ayuda.

—Claro —contestó Lando sin vacilar—. Lo que esté en mi mano. En este momento estoy en el Proyecto Central, supervisando una excavación difícil. Enviaré a alguien para que os reciba en la plataforma de aterrizaje y os acompañe aquí. Recordad que no hay aire. No abráis la escotilla antes de que conecten el tubo de atraque.

—De acuerdo —dijo Han—. Asegúrate de que tu comité de recepción sea alguien de confianza.

Se produjo una breve pausa.

—¿Y eso? —preguntó Lando—. ¿Hay algo que…?

Un súbito chirrido electrónico del transmisor enmudeció su voz.

—¿Qué es eso? —preguntó Leia.

—Alguien ha interceptado la comunicación —gruñó Han. El chirrido se desvaneció, dejando un desagradable zumbido en sus oídos—. Chewie, tenemos problemas. Ven aquí.

Se volvió hacia el transmisor.

—Analiza la zona —pidió a Leia—. Averigua si algo se acerca.

—Bien —contestó Leia, mientras empezaba a teclear—. ¿Qué vas a hacer?

—Buscar una frecuencia libre.

Desvió el Halcón de su vector de aproximación, se aseguró de que tenían un área despejada a su alrededor y conectó de nuevo el transmisor, a volumen bajo. En el pasado, había empleado algunos trucos contra esta clase de bloqueos. La cuestión

consistía en saber si iba a tener tiempo de aplicarlos.

De pronto, con mayor rapidez de lo que esperaba, el chirrido dejó paso a una voz.

—… pito: cualquier nave que me reciba, confírmelo.

—Lando, soy yo —dijo Han—. ¿Qué sucede?

—No estoy seguro —respondió Lando, con acento de preocupación—. Podría tratarse de una erupción solar que interfiere en nuestras comunicaciones. Ocurre a veces, pero el patrón no me parece el más apropiado para…

Su voz enmudeció.

—¿Qué? —preguntó Han.

Surgió un débil siseo del altavoz, la respiración profunda de alguien.

—Un Destructor Estelar imperial —dijo Lando en voz baja—. Se acerca a gran velocidad hacia la sombra del planeta.

Han miró a Leia, vio que su rostro se petrificaba mientras le miraba a su vez.

—Nos han encontrado —susurró.

Capítulo 13

—Lo veo, Erredós, lo veo —le tranquilizó Luke—. Ya me preocupo yo del Destructor Estelar; tú encárgate de romper el bloqueo de las comunicaciones.

El pequeño androide emitió un sonido nervioso y se puso manos a la obra. El Halcón Milenario se había desviado de su trayectoria de aterrizaje y giraba para interceptar, por lo visto, a la nave que se aproximaba. Luke, confiando en que Han supiera lo que estaba haciendo, puso el caza en situación de ataque y le siguió. «¿Leia?», llamó en silencio.

Su respuesta careció de palabras, pero Luke captó sin dificultad la cólera, la frustración y el miedo que comunicaba. «Tranquila, estoy contigo», contestó, dotando al pensamiento de la mayor serenidad y confianza posibles.

Una confianza que, tuvo que admitir, no sentía. El Destructor Estelar en sí no le preocupaba. Si las descripciones de Lando acerca de la intensidad del sol eran correctas, la enorme nave debía de encontrarse indefensa, con los sensores y gran parte de sus armas vaporizados en estos momentos.

Pero los cazas TIE alojados en sus hangares estarían mejor protegidos, y en cuanto la nave llegara a la sombra de Nkllon, podrían despegar.

De repente, la estática desapareció.

—¿Luke?

—Estoy aquí —confirmó Luke—. ¿Cuál es el plan?

—Confiaba en que tú tuvieras uno —dijo Han con sequedad—. Parece que estamos en desventaja numérica.

—¿Lando tiene cazas?

—Está reuniendo sus fuerzas, pero las destinará a proteger el complejo. Tengo la sensación de que las tripulaciones no tienen mucha experiencia.

—De lo cual deduzco que somos la vanguardia del ataque.

Un recuerdo vago acudió a la mente de Luke, cuando entró en el palacio que Jabba tenía en Tatooine cinco años atrás, y utilizó la Fuerza para aturdir a los guardias gamorreanos.

—Vamos a probar una cosa —dijo—. Yo me adelantaré e intentaré confundir o ralentizar sus reflejos lo máximo posible. Me seguiréis detrás y os desharéis de ellos.

—Parece la única solución —gruñó Han—. Mantente cerca del suelo. Con un poco de suerte, conseguiremos que algunos se estrellen contra las lomas.

—Pero no vueles demasiado bajo —advirtió Leia—. Recuerda que no podrás

concentrarte mucho en tu rumbo.

—Me ocuparé de ambas cosas —la tranquilizó Luke, y examinó por última vez los instrumentos.

Su primer combate espacial como Jedi maduro. Se preguntó si los Jedi de la Antigua República habían enfocado de esta manera sus batallas. O si habían combatido así.

—Aquí vienen —anunció Han—. Ya han salido del hangar. Parece que… sólo viene un escuadrón. Muy confiados.

—Tal vez. —Luke contempló su pantalla de maniobras con el ceño fruncido—. ¿Qué son esas naves acompañantes?

—No lo sé —dijo Han poco a poco—, pero son muy grandes. Podrían ser transportes de tropas.

—Esperemos que no. —Si se trataba de una invasión a gran escala, en lugar de un ataque relámpago como el de Bpfassh…—. Será mejor que pongas sobre aviso a Lando.

—Leia está en ello. ¿Preparado?

Luke respiró hondo. Los cazas habían formado tres grupos de cuatro naves cada uno, y se dirigían hacia ellos.

—Preparado.

—Muy bien. Adelante.

El primer grupo se aproximó a gran velocidad. Luke, con los ojos entornados, conduciendo el caza por puro reflejo, proyectó la Fuerza.

Fue una sensación extraña. Extraña, y algo más que un poco desagradable. Tocar otra mente para intentar comunicarse era una cosa, pero tocarla con el deliberado propósito de distorsionar su percepción, era algo muy distinto.

Había experimentado una sensación similar en el palacio de Jabba, con aquellos guardias, pero la había atribuido al nerviosismo causado por la misión de rescatar a Han. Ahora, comprendió que había algo más. Quizá este tipo de acciones, si bien emprendidas para defenderse, se acercaban peligrosamente al borde de las zonas oscuras, donde los Jedi tenían prohibido entrar.

Se preguntó por qué ni Yoda ni Ben le habían hablado de esto. Se preguntó cuántas características más de los Jedi descubriría por sí solo.

«¿Luke?».

Apenas notó que las correas de seguridad le trababan cuando el caza se inclinó a un lado. La voz que susurraba en su mente…

—¿Ben? —dijo en voz alta.

No parecía la voz de Ben Kenobi, pero si no era él, ¿quién…?

«Vendrás a mí, Luke —dijo la voz—. Debes venir a mí. Te espero».

«¿Quién eres?», preguntó Luke, concentrándose lo máximo posible en el

contacto, sin correr el riesgo de estrellarse. Sin embargo, la otra mente era demasiado esquiva para seguir su rastro, y oscilaba como una burbuja en un huracán. «¿Dónde estás?».

«Ya me encontrarás». Aunque Luke se esforzó, notó que el contacto se rompía. «Me encontrarás… y los Jedi recuperarán su poder. Hasta entonces, adiós».

«¡Espera!». Su llamada se perdió en la nada. Luke apretó los dientes, se concentró, y poco a poco fue consciente de que otra voz, más familiar, le estaba llamando por su nombre.

—¿Leia? —graznó, con una boca inexplicablemente seca.

—Luke, ¿te encuentras bien? —preguntó Leia, angustiada.

—Claro. —Su voz sonó mejor esta vez—. Estoy perfecto. ¿Algo va mal?

—Tú —replicó Han—. ¿Piensas perseguirles hasta su casa?

Luke parpadeó y paseó la vista a su alrededor, sorprendido. Los cazas habían desaparecido, sin dejar atrás más que fragmentos de chatarra diseminados por el paisaje. Comprobó en la pantalla que el Destructor Estelar había abandonado la sombra de Nkllon, y se alejaba rápidamente de la zona de influencia gravitatoria del planeta, para poder pasar a la velocidad de la luz. Más allá, un par de soles en miniatura se acercaban: dos naves escudo de Lando, que llegaban con retraso (ahora que ya era demasiado tarde) para ayudarles en la batalla.

—¿Todo ha terminado? —preguntó estúpidamente.

—Todo ha terminado —le tranquilizó Leia—. Derribamos a dos cazas antes de que el resto huyera a la desbandada.

—¿Y los transportes de tropas?

—Se fueron con los cazas —dijo Han—. Aún no sabemos qué estaban haciendo aquí. Perdimos su rastro durante la batalla. Tampoco dio la impresión de que quisieran acercarse demasiado a la ciudad.

Luke respiró hondo y consultó el crono del caza. En total, había desconectado más de media hora. Media hora que su percepción interna del tiempo no recordaba. ¿Era posible que aquel extraño contacto Jedi hubiera durado tanto?

Tendría que investigarlo. Con mucha cautela.

En la pantalla del puente principal, un punto brillante que se destacaba contra el fondo oscuro de Nkllon, el Justiciero efectuó el salto a la velocidad de la luz.

—Se han ido, almirante —anunció Pellaeon, y miró a Thrawn.

—Bien. —El almirante examinó las demás pantallas casi con pereza, aunque no había por qué preocuparse de esto en el sistema Athega—. ¿Y bien? —dijo, girando en su silla—. ¿Maestro C’baoth?

—Han cumplido su misión —contestó C’baoth, con aquella extraña expresión tensa en el rostro—. Se han apoderado de cincuenta y una de las máquinas de minería

que usted deseaba.

—Cincuenta y una —repitió Thrawn, con obvia satisfacción. Excelente. ¿No tuvo problemas al guiarles?

C'baoth clavó los ojos en Thrawn.

—Han cumplido su misión —repitió—. ¿Cuántas veces va a hacerme la misma pregunta?

—Hasta que esté seguro de obtener la respuesta correcta —replicó Thrawn con frialdad—. Durante un rato, su expresión pareció indicar que tenía problemas.

—No tuve ningún problema, gran almirante Thrawn. Sostuve una conversación. —Hizo una pausa y sonrió—. Con Luke Skywalker.

—¿De qué está hablando? —bufó Pellaeon—. Los informes de inteligencia indican que Skywalker está…

Un gesto brusco de Thrawn le interrumpió.

—Explíquese —dijo el gran almirante.

C'baoth señaló la pantalla con un cabeceo.

—Está ahí mismo, gran almirante Thrawn. Llegó a Nkllon poco antes que el Justiciero.

Thrawn entornó los ojos.

—¿Skywalker está en Nkllon? —preguntó, con voz peligrosamente serena.

—En el mismo corazón de la batalla —respondió C'baoth, muy satisfecho del desconcierto del gran almirante.

—¿Y no me ha dicho nada? —preguntó Thrawn, con la misma voz implacable.

La sonrisa de C'baoth desapareció.

—Ya se lo dije antes, gran almirante: deje en paz a Skywalker. Yo me encargaré de él, a su debido tiempo, a mi manera. Sólo le exijo que cumpla su promesa de llevarme a Jomark.

Thrawn contempló durante un largo momento al maestro Jedi, con los ojos entornados, una expresión indescifrable en el rostro. Pellaeon contuvo el aliento.

—Demasiado pronto —dijo por fin el gran almirante.

C'baoth bufó.

—¿Por qué? ¿Considera que mis talentos son demasiado útiles para tirar la toalla?

—En absoluto —replicó Thrawn, con voz gélida—. Es una cuestión de eficacia. Ha transcurrido demasiado poco tiempo para que los rumores sobre su presencia se propaguen. Hasta estar seguros de que Skywalker reaccionará, usted perderá el tiempo.

Una expresión soñadora se pintó en el rostro de C'baoth.

—Oh, reaccionará —dijo con suavidad—. Confíe en mí, gran almirante Thrawn. Reaccionará.

—Siempre confío en usted —dijo Thrawn con sarcasmo. Acarició al ysalamir

desparramado sobre su butaca de mando, como si quisiera recordar al maestro Jedi hasta qué punto confiaba en él—. En cualquier caso, supongo que es su tiempo el que desperdicia. Capitán Pellaeon, ¿cuánto tiempo se tardará en reparar los daños del Justiciero?

—Varios días como mínimo, gran almirante. Según los daños, tardaremos tres o cuatro semanas.

—Muy bien. Nos dirigiremos al punto de cita, permaneceremos con ellos el tiempo necesario para asegurarnos de que se lleven a cabo las reparaciones pertinentes, y después acompañaremos al maestro C'baoth a Jomark. ¿Está de acuerdo? —preguntó Thrawn a C'baoth.

—Sí. —C'baoth se levantó de su butaca—. Voy a descansar, gran almirante Thrawn. Avíseme si necesita mi ayuda.

—Por supuesto.

Thrawn contempló al anciano mientras atravesaba el puente, y cuando las puertas se cerraron tras él, se volvió hacia Pellaeon. Éste hizo lo posible por mantener la serenidad.

—Quiero una proyección de ruta, capitán —dijo Thrawn, con voz fría pero firme—. La línea más recta de Nkllon a Jomark que un caza equipado con hiperpropulsor, a máxima velocidad, pueda seguir.

—Sí, almirante. —Pellaeon hizo una señal al navegante, que asintió y puso manos a la obra—. ¿Cree que está en lo cierto, sobre la presencia de Skywalker en el cielo de Nkllon?

Thrawn se encogió de hombros.

—Los Jedi conocían formas de influir en la gente, aun a grandes distancias. Cabe la posibilidad de que, incluso aquí, estuviera lo bastante cerca de Skywalker para inculcar una sugestión o una compulsión. Si estas técnicas funcionarán en otro Jedi… —volvió a encogerse de hombros—, ya lo veremos.

—Sí, señor. —Empezaron a aparecer cifras en la pantalla de Pellaeon—. Bien, aunque Skywalker abandone Nkllon de inmediato, no habrá ningún problema en que C'baoth llegue a Jomark antes que él.

—Ya lo sabía, capitán —dijo Thrawn—. Lo que necesito es un poco más osado. Dejaremos a C'baoth en Jomark, y después retrocederemos a un punto situado en la supuesta ruta de Skywalker. Un punto que se encuentre a unos veinte años luz de distancia, diría yo.

Pellaeon frunció el ceño. La expresión pintada en el rostro de Thrawn le puso la piel de gallina.

—No comprendo, señor —dijo con cautela.

Los ojos brillantes le observaron con aire pensativo.

—Es muy sencillo, capitán. Pretendo desengañar a nuestro gran y glorioso

maestro Jedi de su creciente creencia de que nos es indispensable.

Pellaeon comprendió.

—Esperaremos a Skywalker en un punto de su ruta y le tenderemos una emboscada.

—Exacto —asintió Thrawn—. Y en ese punto decidiremos si le entregamos a C'baoth —su expresión se endureció— o le matamos.

Pellaeon le miró, boquiabierto.

—Prometió a C'baoth que se lo entregaría.

—Estoy reconsiderando el trato —replicó Thrawn con frialdad—. Skywalker ha demostrado de sobra que es peligroso y ha conseguido sobrevivir, como mínimo, a un atentado. C'baoth tendría que haber logrado ya doblegar la voluntad de la hermana de Skywalker y sus gemelos.

Pellaeon desvió la mirada hacia las puertas cerradas, y se obligó a recordar que C'baoth no podía captar su conversación, gracias a los ysalamiri dispersos por el puente del Quimera.

—Tal vez desee enfrentarse a ese desafío, señor —sugirió con cautela.

—Le esperan muchos desafíos antes de que restablezcamos el Imperio. Será mejor que ahorre sus talentos y su astucia para ese momento. —Thrawn se volvió hacia las pantallas—. En cualquier caso, se olvidará de todo lo concerniente a Skywalker en cuanto tenga a su hermana. Espero que los deseos de nuestro maestro Jedi se demuestren tan erráticos como sus cambios de humor.

Pellaeon reflexionó. Al menos, en lo referente a Skywalker, los deseos de C'baoth parecían muy seguros.

—Sugiero respetuosamente, almirante, que hagamos todo lo posible por capturar vivo a Skywalker. —Tuvo una súbita inspiración—. En especial, porque su muerte podría inducir a C'baoth a partir de Jomark y regresar a Wayland.

Thrawn le miró, y sus ojos brillantes se entornaron.

—Una idea interesante, capitán —murmuró—. Una idea muy interesante. Tiene razón, por supuesto. Es fundamental que le mantengamos alejado de Wayland. Al menos, hasta que hayamos terminado de trabajar en los cilindros Spaarti y nos hayamos apoderado de todos los ysalamiri que vamos a necesitar. —Dibujó una tensa sonrisa—. Su reacción ante lo que vamos a hacer puede que no sea nada satisfactoria.

—Estoy de acuerdo, señor.

Thrawn torció los labios.

—Muy bien, capitán. Acepto sus sugerencias. —Se enderezó en su asiento—. Es hora de irnos. Prepare el Quimera para pasar a la velocidad de la luz.

Pellaeon se volvió hacia sus pantallas.

—Sí, señor. ¿En ruta directa hacia el punto de cita?

—Primero, daremos un pequeño rodeo. Quiero que dé una vuelta al sistema hasta

el vector externo comercial, cercano a la base de naves escudo, y lance algunas sondas para vigilar la partida de Skywalker. Cerca del sistema y más allá. —Miró por la portilla en dirección a Nkllon—. ¿Quién sabe? A donde va Skywalker, el Halcón Milenario suele seguirle.

—Y entonces los cazaremos a todos.

CAPÍTULO 14

—Cincuenta y uno —gruñó Lando Calrissian, taladrando con la mirada a Han y Leia mientras paseaba alrededor de las sillas dispuestas en el salón—. Cincuenta y uno de mis mejores topos remodelados. Cincuenta y uno. Casi la mitad de mi mano de obra. ¿Os dais cuenta? La mitad de mi mano de obra.

Se desplomó sobre una silla, pero se levantó casi al instante y volvió a pasear por el salón. Su capa negra se agitaba a su espalda como una sumisa nube de tormenta. Leia abrió la boca para expresarle su pesar, pero Han le apretó la mano en señal de advertencia. Era obvio que ya le había visto otras veces en este estado de ánimo. Leia se mordió la lengua y siguió con la mirada sus nerviosas evoluciones.

Que finalizaron sin previo aviso.

—Lo siento —dijo de repente. Se detuvo frente a Leia y cogió su mano—. Estoy olvidando mis deberes de anfitrión, ¿verdad? Bienvenidos a Nkllon. —Levantó su mano, la besó y movió la otra mano en dirección a la ventana del salón—. Bien. ¿Qué opináis de mi pequeña empresa?

—Impresionante —dijo Leia, en serio—. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Hacía dos años que le daba vueltas.

Se encogió de hombros, levantó con delicadeza a la princesa y la condujo hasta la ventana, apoyando la mano sobre su región lumbar. Desde que Han y ella se habían casado, Leia había notado un resurgimiento de este comportamiento galante por parte de Lando, comportamiento que se remontaba a su primer encuentro en Ciudad Nube. La desconcertó durante un tiempo, hasta que reparó en lo mucho que molestaban estas atenciones a Han.

Al menos, normalmente. En este momento, ni siquiera les prestaba atención.

—Encontré planos de algo similar en los archivos de Ciudad Nube, de la época en que lord Ecclessis Figg construyó la ciudad —continuó Lando, indicando la ventana. El horizonte ondulaba con suavidad a medida que la ciudad cambiaba. El movimiento y el paisaje recordaron a Leia sus experiencias a bordo de veleros—. La mayor parte del metal que utilizaban provenía del planeta caliente interior, Miser, y aunque los ugnaughts se encargaban del trabajo, tardaban muchísimo en extraerlo. Figg esbozó la idea de un centro minero móvil que pudiera evitar siempre el contacto directo con la luz del sol, en el lado oscuro de Miser, pero no se llevó a la práctica.

—Es que no era práctico —dijo Han, deteniéndose detrás de Leia—. El terreno de Miser era demasiado abrupto para que un aparato provisto de ruedas se desplazara

con facilidad.

Lando le miró, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

Han meneó la cabeza. Sus ojos escrutaron el paisaje y el cielo estrellado.

—En cierta ocasión, dediqué una tarde a husmear en los archivos imperiales, cuando tú intentabas convencer a Mon Mothma de que te ayudara a fundar este lugar. Quería verificar que nadie lo había intentado y descubierto que no funcionaba.

—Fuiste muy amable al tomarte tantas molestias. —Lando enarcó una ceja—. Bien, ¿qué ocurre?

—Deberíamos esperar a que llegue Luke para hablar del asunto —sugirió Leia, antes de que Han pudiera contestar.

Lando miró a la lejanía, como si acabara de reparar en la ausencia de Luke.

—¿Dónde está?

—Quería darse una ducha y cambiarse de ropa —dijo Han, mientras observaba a una pequeña lanzadera de carga que se disponía a aterrizar—. Nunca han sido muy cómodos esos cazas.

—Sobre todo para viajes largos —admitió Lando—. Siempre pensé que poner un hiperpropulsor en algo tan pequeño era una idea pésima.

—Voy a ver qué le retrasa —decidió de repente Han—. ¿Hay un comunicador en esta sala?

—Está allí —dijo Lando, señalando una mesa de madera al otro lado de la sala—. Llama a la central; desde allí le localizarán.

—Gracias —dijo Han, que ya se había puesto en marcha.

—Mal asunto, ¿verdad? —murmuró Lando, sin apartar la vista de Han.

—Muy malo —admitió la princesa—. Existe la posibilidad de que el Destructor Estelar fuera en mi busca.

Lando permaneció en silencio unos instantes.

—Habéis venido en busca de ayuda.

No era una pregunta.

—Sí.

Lando respiró hondo.

—Bien… Haré lo que pueda, por supuesto.

—Gracias.

—De nada —dijo Lando, pero su mirada se desvió desde Han a la ventana y a la actividad que se desarrollaba al otro lado, con una expresión más sombría. Quizá se acordaba de la última vez que Han y Leia habían acudido a pedirle ayuda.

Y de lo que le había costado esa ayuda.

Lando escuchó todo el relato en silencio, y después meneó la cabeza.

—No. Si se produjo una filtración, no fue desde Nkllon.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Leia.

—Porque no se ofrece recompensa por vosotros. Tenemos una buena selección de gente dudosa por estos andurriales, pero vienen a ganar dinero. Ninguno os delataría al Imperio por diversión. Además, si los imperiales os perseguían, ¿por qué robaron mis topos?

—Pillaje, tal vez —sugirió Han—. Quiero decir, ¿para qué robar los topos, de entrada?

—Uno a cero —admitió Lando—. Quizá intenten poner en apuros económicos a uno de mis clientes, o puede que sólo quieran impedir que la Nueva República se provea de materias básicas. En cualquier caso, ése no es el punto. El punto es que se llevaron los topos, pero no se os llevaron a vosotros.

—¿Cómo sabes que no ofrecen una recompensa? —preguntó Luke desde su asiento de la derecha, un asiento, como había observado Leia, que se interponía entre sus amigos y la única puerta de la sala. Por lo visto, no se sentía más seguro que ella.

—Porque me he enterado —dijo Lando, algo ofendido—. El que sea respetable no quiere decir que me haya quedado sin contactos.

—Ya te dije que tendría contactos —comentó Han con satisfacción—. Fenomenal. ¿En cuál de esos contactos confías, Lando?

—Bueno… —Lando se interrumpió cuando sonó un pitido en su muñeca—. Perdonad —dijo. Sacó un comunicador compacto de la correa que adornaba su muñeca y lo conectó—. ¿Sí? —Una voz dijo algo, inaudible para Leia—. ¿Qué clase de transmisor? —preguntó Lando, con el ceño fruncido. La voz dijo algo más—. Muy bien, me ocuparé de ello. Continúe a la escucha. —Desconectó el comunicador y lo devolvió a la correa—. Era mi sección de comunicaciones —explicó, y paseó la vista por la sala—. Han captado un transmisor de corto alcance en una frecuencia muy poco habitual…, que emite desde esta sala.

Leia notó que Han se ponía rígido.

—¿Qué clase de transmisor? —preguntó Han.

—De este tipo, probablemente —dijo Luke. Se levantó, extrajo un cilindro plano de su túnica y se acercó a Lando—. Pensé que tal vez podrías identificarlo.

Lando cogió el cilindro y lo sopesó.

—Interesante —comentó, mientras examinaba la escritura alienígena grabada en su superficie—. Hace años que no veía uno, al menos de este estilo. ¿Dónde lo encontraste?

—Estaba sepultado en el barro, en mitad de un pantano. Erredós lo localizó desde muy lejos, pero no supo decirme qué era.

—Es nuestro transmisor, desde luego —asintió Lando—. Es asombroso que aún funcione.

—¿Qué está transmitiendo, exactamente? —preguntó Han, contemplando el artilugio como si se tratara de una serpiente venenosa.

—Una señal portadora —le tranquilizó Lando—. Y es de alcance limitado, muy inferior al radio de un planeta. Nadie lo ha utilizado para seguir a Luke hasta aquí, si eso es lo que te estás preguntando.

—¿Sabes qué es? —preguntó Luke.

—Por supuesto —contestó Lando, y se lo devolvió—. Un mando a distancia. Cosecha pre-Guerras Clónicas, a juzgar por su aspecto.

—¿Un mando a distancia? —Luke frunció el ceño, cerrando su mano sobre el objeto—. ¿Algo así como el control remoto de una nave?

—Exacto —asintió Lando—. Sólo que mucho más sofisticado. Si tuvieras una nave con un sistema auxiliar acoplado, podrías apretar el botón de llamada y la nave saldría de inmediato en tu búsqueda, salvando todos los obstáculos de manera automática. Algunas incluso se enfrentarían en combate a naves enemigas, de ser necesario, con un grado razonable de competencia. —Meneó la cabeza—. Lo cual, en ocasiones, resulta de lo más útil.

Han masculló por lo bajo.

—Díselo a la flota «Katana».

—Bueno, hay que incluir alguna protección, por supuesto —replicó Lando—. Piensa que descentralizar funciones importantes de la nave en docenas o cientos de androides da lugar a un montón de problemas. Los limitados circuitos auxiliares de salto entre los transportes y las naves escudo que utilizamos aquí son bastante seguros.

—¿También utilizaste circuitos auxiliares de salto en Ciudad Nube? —preguntó Luke—. Erredós me dijo que te vio con uno de ellos poco después de que nos fuéramos.

—Mi nave personal estaba completamente equipada. Quería algo en que poder escaparme al primer aviso. —Torció los labios—. La gente de Vader debió de descubrirla y derribarla, porque no acudió cuando la llamé. ¿Dices que lo encontraste en un pantano?

—Sí. —Luke miró a Leia—. En Dagobah.

Leia le devolvió la mirada.

—¿En Dagobah? —preguntó—. ¿El planeta al que huyó el Jedi Oscuro de Bpfassh?

Luke asintió.

—Ése es el lugar. —Jugueteó con el artilugio y una extraña expresión apareció en su cara—. Debe de ser de él.

—Puede que lo perdiera otra persona en cualquier otra época —señaló Lando—. Los mandos a distancia anteriores a las Guerras Clónicas podían funcionar durante un

siglo o más.

—No. —Luke negó con la cabeza—. Era suyo. La cueva donde lo encontré estaba infestada por el lado oscuro. Debió de ser el lugar donde murió.

Guardaron silencio durante unos segundos. Leia examinó a su hermano con atención, sintiendo la tensión que acechaba bajo la superficie de sus pensamientos. Algo más, aparte del artilugio, tenía que haberle sucedido en Dagobah. Algo relacionado con aquella nueva sensación de urgencia que había experimentado durante el trayecto hacia Nkllon.

Luke levantó la vista con brusquedad, como si intuyera los pensamientos de Leia.

—Estábamos hablando sobre los contactos que mantiene Lando con los contrabandistas —dijo.

El mensaje estaba claro: no era el momento apropiado para hacerle preguntas.

—Exacto —se apresuró a corroborar Han, como si también hubiera captado lo que sucedía entre ambos hermanos—. Necesito saber en cuál de tus amigos pseudolegales confías.

El otro se encogió de hombros.

—Depende de lo que necesites confiarle.

Han le miró directamente a los ojos.

—La vida de Leia.

Chewbacca, sentado al otro lado de Han, emitió un gruñido de estupor. Lando se quedó boquiabierto.

—No lo dirás en serio.

Han asintió, sin apartar los ojos de Lando.

—Ya has visto que los imperiales nos pisan los talones. Necesitamos un lugar donde esconderla hasta que Ackbar descubra quién les pasa información. Es preciso que esté al corriente de lo que ocurre en Coruscant, lo cual implica una emisora diplomática que podamos utilizar con discreción.

—Y una emisora diplomática implica códigos secretos —replicó Lando—. Y emitir con discreción códigos secretos implica encontrar a un experto.

—Un experto de confianza.

Lando silbó entre dientes y meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento, Han, pero no conozco a ningún experto de tanta confianza.

—¿Conoces algún grupo de contrabandistas que tenga uno o dos en nómina? —insistió Han.

—¿Y de confianza? —Lando meditó—. No. El que más se acerca a las condiciones exigidas es un jefe de contrabandistas llamado Talon Karrde. Todo el mundo dice que es extremadamente honrado en sus tratos.

—¿Le conoces? —preguntó Leia.

—Me encontré con él una vez. Me pareció frío y calculador, un auténtico

mercenario.

—He oído hablar de Karrde —dijo Han—. De hecho, hace meses que intento ponerme en contacto con él. Dravis…, ¿te acuerdas de Dravis?, me dijo que el grupo de Karrde es, probablemente, el más numeroso en estos momentos.

—Es posible. —Lando se encogió de hombros—. Al contrario que Jabba, Karrde no va alardeando por ahí de poder e influencia. Ni siquiera estoy seguro de dónde está su base, ni mucho menos a quién es leal.

—Suponiendo que sea leal a alguien —gruñó Han, y Leia captó en sus ojos los ecos de todos aquellos contactos estériles con grupos de contrabandistas, que preferían mantenerse neutrales en política—. Muchos no lo son.

—Es una característica de la profesión. —Lando se acarició el mentón y frunció el ceño—. No sé, Han. Os ofrecería refugio, pero carecemos de las defensas necesarias para rechazar un ataque serio. —Miró a la distancia—. A menos que… hagamos algo inteligente.

—¿Como qué?

—Como coger una lanzadera o un módulo habilitado para vivir y enterrarlo bajo tierra —dijo Lando, con un brillo nuevo en los ojos—. Si lo colocamos cerca del ecuador, al cabo de pocas horas estaríais bajo la luz del sol. Los imperiales no podrían encontraros, ni mucho menos capturaros.

Han meneó la cabeza.

—Demasiado peligroso. Si tenemos problemas, tampoco habría forma de que nadie acudiera en nuestra ayuda.

Chewbacca palmeó su brazo, gruñó en voz baja y Han se volvió para mirar al wookie.

—No es tan peligroso como parece —dijo Lando, y concentró su atención en Leia —. Podríamos hacer la cápsula a prueba de impericias. Ya hemos hecho algo similar con instrumentos de medición muy delicados, sin dañarlos.

—¿Cuánto dura la rotación de Nkllon? —preguntó Leia.

Chewbacca insistió en sus gruñidos, pero en voz lo bastante baja para que la princesa no se enterara de qué iba la discusión.

—Unos noventa días estándar —dijo Lando.

—Lo cual significa que no podríamos comunicarnos con Coruscant durante un mínimo de cuarenta y cinco, a menos que el transmisor funcionara en la cara iluminada por el sol.

Lando meneó la cabeza.

—Como máximo, tardaría en freírse unos minutos.

—En tal caso, mucho me temo…

Se interrumpió cuando, a su lado, Han carraspeó.

—Chewie tiene una sugerencia —dijo.

Varios sentimientos pugnaron por asomar a su rostro. Todos le miraron.

—¿Y bien? —le animó Leia.

Han torció los labios.

—Dice que, si quieres, te llevará a Kashyyyk.

Leia miró a Chewbacca. Un extraño y desagradable escalofrío la recorrió.

—Tenía la impresión —dijo con cautela— de que los wookies ven con malos ojos que los humanos visiten su planeta.

La contestación de Chewbacca fue tan ambigua como la expresión de Han. Ambigua, pero muy segura.

—Los wookies eran muy cordiales con los humanos antes de que el Imperio se dedicara a esclavizarlos —explicó Han—. En cualquier caso, sería posible mantener en secreto la visita. Sólo se enterarían Chewie, el representante de la Nueva República y un par de personas más.

—Sólo que volvemos al punto de que el representante de la Nueva República estará enterado de mi presencia —indicó Leia.

—Sí, pero será un wookie —dijo Lando—. Si te acepta bajo su protección personal, no te traicionará. Garantizado.

Leia examinó el rostro de Han.

—No parece mala idea. Dime por qué no te gusta.

Un músculo se agitó en la mejilla de Han.

—Kashyyyk no es precisamente el lugar más seguro de la galaxia —dijo—. Sobre todo para los que no son wookies. Vivirás en los árboles, a cientos de metros del suelo…

—Estaré con Chewie —le recordó ella con firmeza, reprimiendo un escalofrío. También había oído rumores sobre la ecología mortífera de Kashyyyk—. Le has confiado tu vida muy a menudo.

Han se encogió de hombros, incómodo.

—Eso es diferente.

—¿Por qué no vas con ellos? —sugirió Luke—. Estará doblemente protegida.

—Exacto —contestó Han con amargura—. Es lo que yo pensaba, pero Chewie opina que ganaremos más tiempo si Leia y yo nos separamos. Él se la lleva a Kashyyyk, y yo vuelo de un lado a otro en el Halcón, fingiendo que ella sigue conmigo. Algo así.

Lando cabeceó.

—Me parece una buena idea.

Leia miró a Luke, a la obvia insinuación que acudía a sus labios, y que calló. Algo en su rostro la previno de pedirle que les acompañara.

—Chewie y yo estaremos bien —dijo, apretando la mano de Han—. No te preocupes.

—Asunto concluido —dijo Lando—. Podéis utilizar mi nave, por supuesto. De hecho —añadió, con aire pensativo—, si quieres compañía, Han, puede que vaya contigo.

Han se encogió de hombros, disgustado todavía por la solución.

—Si quieres, por supuesto.

—Bien. Deberíamos salir juntos de Nkllon. Estaba planeando un viaje de compras a otro planeta desde hace dos semanas, de modo que tengo una excusa para irme. Una vez hayamos dejado atrás la base de naves escudo, Chewie y Leia cogerán mi nave y nadie se enterará.

—¿Y entonces, Han envía algunos mensajes a Coruscant, fingiendo que Leia está a bordo? —preguntó Luke.

Lando dibujó una sonrisa de astucia.

—De hecho, podemos hacer algo mucho mejor. ¿Os acompaña Cetrespeó?

—Está con Erredós, inspeccionando los daños que haya podido sufrir el Halcón —dijo Leia—. ¿Por qué?

—Ya lo verás —contestó Lando, y se puso en pie—. Nos llevará un poco de tiempo, pero valdrá la pena. Vamos. Iremos a hablar con mi programador jefe.

El programador jefe era un hombrecillo de ojos azules soñadores. Un delgado penacho de pelo describía un arco, similar a un arco iris gris, justo desde encima de sus cejas hasta el cogote, y un reluciente implante borg envolvía la parte posterior de su cabeza. Luke escuchó mientras Lando resumía el procedimiento y se preocupaba de que todo fuera bien. Después, en silencio, salió y regresó a los aposentos que los hombres de Lando le habían destinado.

Seguía allí una hora después, absorto inútilmente en lo que parecía un flujo interminable de cartas estelares, cuando Leia le encontró.

—Ya era hora —dijo la princesa, echando un vistazo a las cartas que aparecían en la pantalla—. Empezábamos a preguntarnos dónde te habías metido.

—Quería verificar algunas cosas. ¿Ya habéis terminado?

—Mi parte, sí. —Leia acercó una silla a la de Luke y se sentó—. Están confeccionando el programa. Después, le tocará el turno a Cetrespeó.

Luke meneó la cabeza.

—Pensaba que sería mucho más sencillo.

—Oh, la técnica básica sí. Lo difícil es combinarla con la programación de Cetrespeó sin modificar su personalidad en el proceso. —Contempló otra vez la pantalla—. Iba a preguntarte si te interesaba acompañarme a Kashyyyk —intentó dotar a su voz de un tono indiferente—, pero da la impresión de que piensas ir a otra parte.

Luke se mostró contrito.

—No te estoy abandonando, Leia —dijo, con el deseo de poder creerlo—, te lo aseguro. Lo que voy a hacer puede que, a la larga, signifique más para ti y para los gemelos que lo que pueda hacer en Kashyyyk.

—Muy bien. —Leia aceptó con serenidad su declaración—. ¿Puedes decirme, al menos, adónde vas?

—Aún no lo sé. He de encontrar algo, pero no sé ni por dónde empezar a buscar. —Vaciló, consciente de lo extraño y quizá demencial que su siguiente afirmación iba a sonar, pero un día u otro tendría que decírselo—. Es otro Jedi.

Ella le miró fijamente.

—No hablarás en serio.

—¿Por qué no? —preguntó Luke, con el ceño fruncido. Su reacción se le antojó vagamente equivocada—. La galaxia es muy grande, ¿recuerdas?

—Una galaxia en la que tú, se supone, eres el último Jedi. ¿No fue eso lo que Yoda te dijo antes de morir?

—Sí, pero estoy empezando a pensar que pudo haberse equivocado.

Leia enarcó las cejas.

—¿Equivocado? ¿Un maestro Jedi?

Un recuerdo cruzó la mente de Luke: un fantasmal Obi-Wan, en mitad del pantano de Dagobah, intentando explicar sus anteriores afirmaciones sobre Darth Vader.

—A veces, los Jedi engañan a propósito. Y ni siquiera los maestros Jedi son omniscientes.

Miró a su hermana y se preguntó si debía contárselo todo. El Imperio estaba lejos de la derrota, y la vida del misterioso Jedi debía depender de que su existencia permaneciera en secreto. Leia aguardó en silencio, con una expresión preocupada en su rostro.

—Tendrás que mantenerlo en secreto —dijo por fin Luke—. Muy en secreto. No quiero que se lo digas a Han ni a Lando, a menos que sea absolutamente necesario. Ellos no poseen la resistencia a los interrogatorios que tienes tú.

Leia se estremeció, pero su mirada se mantuvo firme.

—Comprendo —respondió.

—Muy bien. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez en cómo logró el maestro Yoda permanecer escondido del emperador y de Vader durante tantos años?

Leia se encogió de hombros.

—Di por sentado que ignoraban su existencia.

—Sí, pero pudo ser al contrario —señaló Luke—. Averiguaron que yo existía gracias a los efectos que causaba en la Fuerza. ¿Por qué no Yoda?

—¿Algún tipo de escudo mental?

—Tal vez, pero me inclino a pensar que se debió al lugar en que decidió vivir. O

quizá —se corrigió—, al que los acontecimientos le impulsaron a elegir.

Una leve sonrisa rozó los labios de Leia.

—¿Voy a averiguar por fin dónde estaba tu centro secreto de preparación?

—No quería que nadie más lo supiera —dijo Luke, guiado por un oscuro impulso de intentar justificar su decisión ante ella—. Yoda estaba perfectamente escondido. Incluso después de su muerte, temí que el Imperio pudiera hacer algo… —Se interrumpió—. Sea como fuere, creo que ya no importa. El hogar de Yoda se encontraba en Dagobah, muy cerca de la caverna del lado oscuro donde encontré ese artilugio.

Los ojos de Leia se abrieron de sorpresa, una sorpresa que dio paso a la comprensión.

—Dagobah —murmuró, cabeceando lentamente, como si acabara de resolver un problema íntimo, mucho tiempo pendiente—. Siempre me he preguntado cómo fue derrotado aquel Jedi Oscuro renegado. Debió de ser Yoda quien…

Hizo una mueca.

—Quien le paró los pies —terminó Luke, mientras un escalofrío recorría su espalda. Sus enfrentamientos con Darth Vader habían sido espantosos; una guerra a gran escala entre maestros Jedi que dominaran la Fuerza sería horripilante—. Y seguramente le paró los pies muy a tiempo.

—El mando a distancia ya debía de estar preparado —recordó Leia—. A punto de llamar a la nave.

Luke asintió.

—Lo cual explicaría por qué la caverna estaba tan poseída por el lado oscuro. Lo que no explica es por qué Yoda decidió quedarse allí.

Hizo una pausa y miró a su hermana fijamente. Un momento después, comprendió por fin.

—La cueva le protegía —dijo Leia con voz ahogada—. Como un par de cargas eléctricas, una positiva y otra negativa, que estén lo bastante cerca. Un observador lejano tendría la impresión de que no existe carga.

—Creo que es eso —asintió de nuevo Luke—. Y si es así como el maestro Yoda permaneció escondido, es lógico suponer que otro Jedi pueda llevar a cabo el mismo truco.

—Estoy segura de que otro Jedi lo lograría —admitió Leia, de mala gana—, pero no creo que estos rumores sobre C’baoth sean lo bastante fundados para ir en su busca.

Luke frunció el ceño.

—¿Qué rumores sobre C’baoth’?

Ahora fue Leia quien frunció el ceño.

—La historia sobre un maestro Jedi llamado C’baoth que ha aparecido después de

haber estado oculto durante décadas. ¿No te habías enterado?

Luke meneó la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿cómo…?

—Alguien me llamó durante la batalla de esta tarde, Leia. En mi mente. Como haría un Jedi.

Se miraron sin pestañear durante un largo momento.

—No lo creo —dijo Leia—. No puedo. ¿Dónde habría podido ocultarse durante tanto tiempo alguien con el poder y el historial de C'baoth? ¿Y por qué?

—El por qué no lo sé. En cuanto a dónde… —Señaló la pantalla—. Es lo que estoy buscando. Un lugar donde otro Jedi Oscuro hubiera muerto. ¿Dicen los rumores dónde se encuentra C'baoth?

—Podría ser una trampa de los imperiales —le advirtió Leia, con voz ronca—. La persona que te llamó bien podría ser un Jedi Oscuro como Vader, y los rumores sobre C'baoth serían una trampa dispuesta para que cayeras en ella. No olvides que Yoda no les incluía. Tanto Vader como el emperador estaban vivos aún cuando te dijo que eras el último Jedi.

—Es posible. Podría ser un rumor amañado. Pero si no…

Dejó la frase en suspenso. Observó profundas incertidumbres en el rostro y la mente de Leia, entremezcladas con serios temores sobre su seguridad. De todos modos, percibió que recuperaba en seguida el control sobre ambas emociones. Estaba haciendo buenos progresos en aquellos aspectos de su aprendizaje.

—Está en Jomark —dijo su hermana por fin, en voz baja—. Al menos, según el rumor que Wedge nos transmitió.

Luke se volvió hacia la pantalla y solicitó datos sobre Jomark. No había muchos.

—Poco poblado —dijo, mientras examinaba las estadísticas y la limitada selección de mapas—. Menos de tres millones de habitantes, al menos cuando se confeccionaron estos datos —corrigió, después de pedir la fecha de publicación—. Da la impresión de que nadie ha prestado atención al planeta desde hace quince años. El tipo de lugar que un Jedi escogería para ocultarse del Imperio.

—¿Te marcharás ahora mismo?

Luke se calló la respuesta obvia.

—No, esperaré a que Chewie y tú hayáis terminado los preparativos. Así, podré salir con vuestra nave escudo, y proporcionarte esa pobre protección.

—Gracias. —Leia respiró hondo y se levantó—. Espero que sepas lo que haces.

—Yo también —respondió Luke con sinceridad—. En cualquier caso, he de intentarlo. De eso estoy seguro.

Leia torció los labios.

—Supongo que, tarde o temprano, deberé acostumbrarme a que la Fuerza me

lleve de un lado a otro.

—No te preocupes por eso —le aconsejó Luke. Se puso en pie y apagó la pantalla —. Tarda en ocurrir; hay que tener paciencia. Vamos a ver qué están haciendo con Cetrespeó.

—¡Por fin! —gritó Cetrespeó, agitando los brazos en una muestra de alivio cuando vio que Luke y Leia entraban en la sala—. ¡Maestro Luke, haga el favor de decirle al general Calrissian que lo que intenta hacer es una gravísima violación de mi programación fundamental!

—No va a pasar nada, Cetrespeó —le tranquilizó Luke, y se acercó a él. Desde delante, no se veía nada anormal, pero cuando Luke llegó a su lado vio el laberinto de cables conectados a la consola del ordenador que el androide tenía detrás, empalmados con su cabeza y la caja dorsal—. Lando y su personal se ocuparán de que no te suceda nada.

Miró a Lando, que confirmó este punto con un cabeceo.

—Pero maestro Luke…

—De hecho —intervino Lando—, deberías pensar en esto como en una mejora sustancial de tu programación principal. Por ejemplo, ¿no es cierto que un androide traductor habla por la persona para la que esté traduciendo?

—Antes que nada, yo soy un androide protocolario —le corrigió Cetrespeó, en el tono más gélido que supo adoptar—. Y repito que esto poco tiene que ver con el protocolo.

El borg levantó la vista del panel y cabeceó.

—Estamos preparados —anunció Lando, y tocó un interruptor—. Esperad un segundo… Muy bien. Di algo, Cetrespeó.

—Oh, querido —dijo el androide…

Imitando perfectamente la voz de Leia. Erredós, que estaba al otro lado de la sala, gorjeó por lo bajo.

—Eso es —dijo Lando, muy complacido consigo mismo—. El señuelo perfecto —inclinó la cabeza hacia Leia— para la dama perfecta.

—Esto es muy extraño —continuó Cetrespeó, con la voz de Leia, en tono pensativo.

—No está mal —comentó Han, mirando a los demás—. ¿Ya podemos irnos?

—Concededme una hora para dar las últimas instrucciones —dijo Lando, y se encaminó hacia la puerta—. De todos modos, es lo que tardará la nave en llegar.

—Nos encontraremos en la nave —contestó Han. Se acercó a Leia y la cogió del brazo—. Ven, será mejor que regresemos al Halcón.

La princesa enlazó la mano con la suya y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Todo irá bien, Han. Chewie y los demás wookies me cuidarán muy bien.

—Más les valdrá —gruñó Han, observando al borg mientras desconectaba los últimos cables que unían a Cetrespeó con la consola—. Vámonos, Cetrespeó. Ardo en deseos de saber qué opina Chewie sobre tu nueva voz.

—Oh, querido —murmuró de nuevo el androide—. Oh, querido.

Leia meneó la cabeza, maravillada, mientras caminaban hacia la puerta.

—¿De verdad que mi voz suena así? —preguntó.

CAPÍTULO 15

Han esperaba que les atacaran durante el largo viaje a la sombra de la nave escudo. Por una vez, su intuición falló, afortunadamente. Las tres naves llegaron a la base de naves escudo sin incidentes, y efectuaron juntas un breve salto en el hiperespacio para acceder a los límites del sistema de Athega. Allí, Chewbacca y Leia sustituyeron a Lando a bordo de su nave tipo yate, la Dama Afortunada, y partieron hacia Kashyyyk. Luke esperó a que se alejaran para dirigirse a su misterioso destino, dejando solo a Han en el Halcón, con Lando y Cetrespeó.

—No le pasará nada —le tranquilizó Lando, tecleando en el ordenador de a bordo desde la silla del copiloto—. Está más segura que nunca. No te preocupes.

Han se volvió de la portilla con un esfuerzo y le miró. Tampoco se veía nada. Hacía mucho tiempo que la Dama Afortunada había desaparecido.

—Es casi lo mismo que dijiste en Boordii —le recordó con acritud—. Aquella chapucera carrera dolfrimia, ¿te acuerdas? Dijiste: Todo irá bien, no te preocupes.

Lando lanzó una risita.

—Sí, pero esta vez lo digo en serio.

—Me alegra saberlo. Bien, ¿con qué has pensado entretenernos?

—Lo primero que deberíamos hacer es pedir a Cetrespeó que envíe un mensaje a Coruscant, para dar la impresión de que Leia está a bordo, si algún imperial nos escucha. Después, enviaremos otro mensaje cuando hayamos dejado atrás un par de sistemas. Y luego… —miró a Han de soslayo—, he pensado que podríamos ir a visitar algunos lugares interesantes.

—¿Visitar algunos lugares interesantes? —Han le miró con suspicacia. Lando irradiaba inocencia, algo que sólo ocurría cuando pretendía camelar a alguien—. ¿Te refieres a recorrer la galaxia en busca de nuevos topos?

—¡Han! —protestó Lando, con aspecto ofendido—. ¿Insinúas que he caído tan bajo como para intentar convencerte de que me ayudes a dirigir mis negocios?

—Perdona —dijo Han, procurando reprimir su sarcasmo—. Había olvidado que ahora eres respetable. Bien, ¿qué lugares vamos a visitar?

—Bueno… —Lando se reclinó en el asiento y enlazó los dedos debajo de la barbilla—. Antes dijiste que no habías podido ponerte en contacto con Talon Karrde. He pensado que podríamos hacer otra intentona.

Han frunció el ceño.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Quieres naves de carga, y quieres un buen experto en informática. Karrde puede proporcionarte ambas cosas.

—Ya no necesito un experto. Leia está ahora más segura que nunca, ¿recuerdas?

—Claro, hasta que alguien filtre la noticia de que está en Kashyyyk. No creo que los wookies lo hagan, pero hay comerciantes de otros planetas que entran y salen sin parar de Kashyyyk. Basta que una persona la vea, y volveréis a estar como al principio. —Enarcó una ceja—. Y es posible que Karrde sepa algo sobre ese misterioso comandante imperial que os hace ir de cabeza.

El comandante que, casi con toda seguridad, era el hombre que organizaba los ataques contra Leia…

—¿Puedes establecer contacto con Karrde?

—Directamente no, pero sé cómo llegar a su gente. Mientras contemos con Cetrespeó y sus tropecientos millones de idiomas, es posible que logremos encontrar otro método de contactar.

—Eso nos llevará tiempo.

—No tanto como piensas. Además, un nuevo método cubrirá mejor nuestro rastro, tanto el tuyo como el mío.

Han hizo una mueca, pero Lando tenía razón. Y con Leia a salvo, al menos por ahora, podían permitirse el lujo de actuar con cautela.

—Muy bien —dijo—, siempre que no nos topemos con algún Destructor Estelar.

—Exacto —admitió Lando—. Lo último que nos interesa es arrojar a los imperiales tras la pista de Karrde. Ya tenemos enemigos de sobra. —Conectó el intercomunicador de la nave—. ¿Estás ahí, Cetrespeó?

—Por supuesto —contestó la voz de Leia.

—Ven aquí. Ha llegado el momento de tu debut.

Esta vez, la sala de mando estaba llena de esculturas, en lugar de cuadros. Más de un centenar, alineadas frente a las paredes en nichos holográficos, así como diseminadas por el piso, sobre pedestales adornados. La variedad, como Pellaeon había supuesto, era sorprendente, desde fragmentos de piedra y madera de estilo humano a otras que recordaban a seres vivos petrificados, más que a obras de arte. Cada una estaba iluminada por un globo de luz brumosa, en agudo contraste con la oscuridad del espacio que les rodeaba.

—¿Almirante? —llamó Pellaeon, vacilante, escudriñando las tinieblas.

—Entre, capitán —dijo la voz fría y modulada de Thrawn. Dos brillantes rendijas rojas aparecieron encima del blanco uniforme de gran almirante—. ¿Tiene algo?

—Sí, señor —contestó Pellaeon. Avanzó hacia el anillo de consolas y extendió una tarjeta de datos sobre él—. Una de nuestras sondas, situada en las afueras del sistema de Athega, ha localizado a Skywalker. Y a sus acompañantes.

—Y a sus acompañantes —repitió Thrawn, con aire pensativo. Cogió la tarjeta, la introdujo y contempló la grabación en silencio—. Interesante —murmuró—. Muy interesante. ¿Cuál es esa tercera nave, la que se dispone a acoplarse con la escotilla dorsal del Halcón Milenario?

—La hemos identificado como la Dama Afortunada, la nave personal del administrador Lando Calrissian. Otra sonda captó una transmisión, anunciando que Calrissian abandonaba Nkllon en viaje de negocios.

—¿Sabemos que Calrissian abordó la nave en Nkllon?

—Er… No es seguro, señor. Intentaremos conseguir esa información.

—No es necesario. Nuestros enemigos han superado la fase de esos trucos infantiles. —Thrawn señaló la pantalla. El Halcón Milenario y la Dama Afortunada ya se habían acoplado—. Observe su estrategia, capitán. El capitán Solo, su mujer y, probablemente, el wookie Chewbacca suben a su nave en Nkllon, mientras Calrissian aborda la suya. Vuelan hacia el sistema exterior de Athega… y allí hacen un cambio.

Pellaeon frunció el ceño.

—Pero si hemos…

—Shh —le interrumpió con brusquedad Thrawn. Levantó un dedo en demanda de silencio y clavó los ojos en la pantalla. Pellaeon le imitó. No ocurrió absolutamente nada. Al cabo de unos minutos, las dos naves se separaron, alejándose con cautela—. Excelente. —Thrawn congeló la imagen—. Cuatro minutos y cincuenta y tres segundos. Tienen prisa, por supuesto, pues al estar acopladas son muy vulnerables. Lo cual significa… —Arrugas de concentración aparecieron en su frente—. Tres personas —dijo, con una nota de satisfacción en la voz—. Tres personas transbordaron, en una dirección u otra, entre esas dos naves.

—Sí, señor —cabeceó Pellaeon, preguntándose cómo, en nombre del Imperio, el gran almirante lo había deducido—. En cualquier caso, sabemos que Leia Organa Solo se quedó a bordo del Halcón.

—¿De veras? —preguntó educadamente Thrawn—. ¿Lo sabemos?

—Creo que sí, señor —insistió Pellaeon. Al fin y al cabo, el gran almirante no había visto toda la grabación—. Después de que la Dama Afortunada y el caza de Skywalker se marcharan, interceptamos una transmisión de la mujer, que partía sin lugar a dudas del Halcón Milenario.

Thrawn meneó la cabeza.

—Una grabación —dijo, sin dejar lugar a réplicas—. No. Son más listos que eso. Una voz de androide… El androide protocolario C3PO de Skywalker, probablemente. Leia Organa Solo fue una de las dos personas que se fueron en la Dama Afortunada.

Pellaeon contempló la pantalla.

—No comprendo.

—Examine las posibilidades. —Thrawn se reclinó en su butaca y juntó los dedos

frente a él—. Tres personas suben a bordo del Halcón Milenario y una a la Dama Afortunada. Luego, tres personas transbordan, pero ni Solo ni Calrissian son la clase de gente que entrega el mando de su nave a un ordenador o a un androide. Por lo tanto, cada nave llevará una persona a bordo, como mínimo. ¿Me sigue?

—Sí, señor, pero eso no nos dice quién está en cada una.

—Paciencia, capitán —le interrumpió Thrawn—. Paciencia. Como bien dice usted, ahora la cuestión es averiguar la composición de las tripulaciones. Por suerte, una vez descubierto que se produjeron tres transbordos, sólo hay dos posibles combinaciones. O bien Solo y Organa Solo viajan juntos en la Dama Afortunada, o bien se trata de Organa Solo y el wookie.

—A menos que transbordara un androide.

—Muy improbable. —Thrawn meneó la cabeza—. Es un hecho histórico comprobado que a Solo nunca le han gustado los androides, ni les ha permitido viajar a bordo de su nave, excepto en circunstancias muy especiales. Al parecer, las únicas excepciones son el androide de Skywalker y su astromec complementario. Gracias a los datos de su transmisión, ya sabemos que ese androide se ha quedado en el Halcón.

—Sí, señor —dijo Pellaeon, no del todo convencido, pero resignado a evitar discusiones sobre ese punto—. ¿Pongo bajo vigilancia a la Dama Afortunada?

—No será necesario —dijo Thrawn, radiante de satisfacción—. Sé exactamente dónde se dirige Leia Organa Solo.

Pellaeon le miró sin pestañear.

—No hablará en serio, señor.

—Muy en serio, capitán. Piense. Solo y Organa Solo no ganan nada transbordando juntos a la Dama Afortunada. El Halcón es más rápido y tiene mejores defensas. Este ejercicio sólo adquiere sentido si Organa Solo y el wookie están juntos. —Thrawn sonrió—. Una vez establecido esto, sólo existe un lugar lógico al que puedan dirigirse.

Pellaeon contempló la pantalla, algo aturdido, pero la lógica del gran almirante era implacable.

—¿Kashyyyk?

—Kashyyyk —confirmó Thrawn—. Saben que no pueden escapar indefinidamente de nuestros noghri, de modo que han decidido protegerla con los wookies, por el bien de todos.

Pellaeon torció los labios. Había servido a bordo de una nave enviada a Kashyyyk para capturar wookies, destinados al comercio de esclavos del Imperio.

—Tal vez no sea tan fácil como parece, almirante —dijo con cautela—. La ecología de Kashyyyk puede describirse como una trampa mortal múltiple. Y los wookies son grandes guerreros.

—Y también los noghri —replicó con frialdad Thrawn—. Bien. ¿Qué hay de

Skywalker?

—Su radio vector al alejarse de Athega era compatible con un rumbo en dirección a Jomark. Es posible que lo alterara después de salir del alcance de nuestras sondas, por supuesto.

—Se dirige a Jomark —afirmó Thrawn, sonriente—. Eso ha dicho nuestro maestro Jedi, ¿verdad? —El gran almirante desvió la vista hacia el trono del tablero —. Partiremos hacia Jomark de inmediato. ¿Cuánto tiempo de ventaja le llevaremos?

—Un mínimo de cuatro días, suponiendo que el caza de Skywalker no haya sufrido modificaciones importantes. Tal vez más, según las paradas que haya efectuado en el camino.

—No hará paradas. Los Jedi realizan esos viajes tan largos en estado de hibernación. Cuatro días bastarán a nuestros propósitos.

Se enderezó en su butaca y tocó un interruptor. Las luces de la sala de mando se encendieron y los hologramas se desvanecieron.

—Necesitaremos dos naves más —indicó Thrawn a Pellaeon—. Un Crucero de Intercepción, para sacar a Skywalker del hiperespacio donde a nosotros nos convenga, y alguna especie de carguero. Uno del que podamos prescindir.

Pellaeon parpadeó.

—¿Prescindir, señor?

—Prescindir, capitán. Vamos a montar el ataque como si fuera un mero accidente, un golpe de suerte surgido cuando investigábamos un carguero sospechoso de transportar municiones para los rebeldes. —Arqueó una ceja—. De esta manera, conservamos la opción de entregarle a C'baoth, si así lo decidimos, sin que Skywalker se dé cuenta de que le habíamos tendido una emboscada.

—Comprendido, señor. Con su permiso, ordenaré que el Quimera se ponga en marcha.

Se volvió para salir…

Y se paró en seco. En mitad de la sala, una escultura no había desaparecido como las demás. Erguida en su globo de luz, ondulaba sobre su pedestal como el oleaje de algún extraño océano alienígena.

—Sí —dijo Thrawn desde atrás—. Ésta es real.

—Es…, es muy interesante —tartamudeó Pellaeon.

La escultura poseía una cualidad extrañamente hipnótica. —¿Verdad que sí? — asintió Thrawn con un tono de voz casi melancólico—. Fue mi único fracaso, allá en los Límites. La única vez que comprender el arte de una raza no me proporcionó el menor conocimiento sobre su psicología. En aquella ocasión no, al menos. Ahora, tengo la impresión de que estoy empezando a comprenderles por fin.

—Estoy seguro de que resultará de mucha utilidad en el futuro —fue la diplomática respuesta de Pellaeon.

—Lo dudo —respondió Thrawn, con la misma voz melancólica—. Acabé destruyendo su planeta.

Pellaeon tragó saliva.

—Sí, señor —dijo, y se encaminó hacia la puerta.

Se encogió un poco cuando pasó junto a la escultura.

Capítulo 16

No había sueños en el trance de hibernación Jedi. Ni sueños, ni conciencia del mundo exterior. De hecho, era muy parecido a un coma, excepto por una interesante anomalía: pese a la ausencia de auténtica conciencia, el sentido del tiempo de Luke seguía funcionando. No lo comprendía, pero era algo que había aprendido a reconocer y utilizar.

Su sentido del tiempo y los frenéticos gorjeos de Erredós en la brumosa distancia le hicieron sospechar que algo iba mal.

—Muy bien, Erredós, ya estoy despierto —tranquilizó al androide, mientras recobraba poco a poco la conciencia.

Parpadeó para reanimar a sus ojos y examinó a toda prisa los instrumentos. Las lecturas confirmaron lo que su sentido del tiempo le había indicado: el caza había salido del hiperespacio a unos veinte años luz de Jomark. El indicador de proximidad señalaba dos naves, prácticamente encima de él, y una tercera a un lado, aún lejana. Parpadeó de nuevo y levantó la cabeza para mirar.

El torrente de adrenalina le despertó por completo. Frente a él divisó lo que parecía un carguero ligero. En la sección de motores, a través de las placas del casco retorcidas y medio vaporizadas, se veía una intensa sobrecarga. Más allá se cernía, como la oscura pared de un acantilado, un Destructor Estelar imperial.

«Cólera, miedo, agresividad: son el lado oscuro de la Fuerza». Luke dominó sus temores con un gran esfuerzo. El carguero se interponía entre él y el Destructor Estelar. Los imperiales, concentrados en su presa más grande, no habían reparado en su llegada.

—Larguémonos de aquí, Erredós —dijo.

Pasó los controles a manual e imprimió un giro al caza. El delicado timón emitió un quejido de protesta.

—Caza no identificado —resonó una voz áspera en el altavoz—. Al habla el Destructor Estelar imperial Quimera. Transmita su código de identificación y el objeto de su presencia aquí.

Adiós a sus esperanzas. A lo lejos, Luke divisó lo que había expulsado al caza del hiperespacio. La tercera nave era un Crucero Interceptor, la herramienta favorita del Imperio para impedir que sus enemigos saltaran a la velocidad de la luz. Debían de estar al acecho del carguero. Por desgracia, había cruzado la sombra de masa proyectada del Interceptor, siendo expulsado del hiperespacio.

El carguero. Cerró los ojos un momento para concentrarse y proyectó la Fuerza, intentando descubrir si era una nave de la República, de un planeta neutral, o un pirata que el Quimera había capturado. No había señal de vida a bordo. O la tripulación había huido, o la habían apresado.

En cualquier caso, no podía hacer nada por ellos de momento.

—Erredós, localiza el borde más próximo del cono de onda gravitatoria de ese Interceptor.

Lanzó en picado al caza con tal brusquedad que ni siquiera el compensador de aceleración logró suavizar la sensación de mareo. Si conseguía mantener al carguero entre el Destructor Estelar y él, quizá consiguiera ponerse fuera de tiro antes de que dispararan un haz de arrastre.

—Caza no identificado. —La voz áspera empezaba a encolerizarse—. Repito, transmita su código de identificación o prepárese a ser detenido.

—Tendría que haber traído uno de los códigos de identificación falsos de Han —murmuró Luke para sí—. ¿Dónde está ese borde, Erredós?

El androide emitió un pitido y un diagrama apareció en la pantalla del ordenador.

—Tan lejos, ¿eh? —masculló Luke—. Bien, lo único que podemos hacer es dirigirnos hacia ahí. Agárrate.

—Caza no identificado…

El rugido del motor ahogó el resto de la arenga, cuando Luke imprimió la máxima potencia. Apenas consiguió escuchar la pregunta gorjeada por Erredós.

—No conectes los escudos protectores —contestó Luke—. Necesitamos toda la energía disponible.

No añadió que, si el Destructor Estelar estaba dispuesto a vaporizarles, la presencia o ausencia de los escudos serviría de bien poco a esta distancia, pero era probable que el androide ya lo supiera.

Si bien los imperiales no parecían interesados en desintegrarles, tampoco querían que huyeran. Vio por la pantalla posterior que el Destructor Estelar se elevaba sobre el carguero averiado, con el fin de evitar su interferencia.

Luke dirigió una veloz mirada al indicador de proximidad. Aún estaba a tiro del haz de arrastre, y considerando la velocidad actual de ambas naves, continuaría así durante un par de minutos más. Necesitaba encontrar una manera de cegarles o distraerles…

—Erredós, necesito que reprogrames a toda prisa un torpedo de protones. Quiero que lo lances a velocidad cero-delta, para que luego gire en redondo y salga disparado por la parte de popa. Nada de sensores ni códigos; quiero que salga sin previa advertencia. ¿Podrás hacerlo? —Se oyó un pitido afirmativo—. Bien. En cuanto esté dispuesto, avísame y dispara.

Devolvió su atención a la pantalla posterior, mientras ajustaba levemente el

rumbo del caza. Con sus sensores de guía en estado activo normal, el torpedo estaría expuesto al impresionante despliegue neutralizador del Destructor Estelar; al ser lanzado sin previo aviso, limitaría la reacción de los imperiales, que intentarían derribarlo con rayos láser. El problema consistía en que, si no era disparado con suma precisión, pasaría de largo sin rozar siquiera a su presunto blanco.

Erredós emitió un pitido. El torpedo salió disparado con una leve sacudida. Luke utilizó la fuerza para enderezar su trayectoria.

Y un segundo después, con un espectacular destello múltiple, producto de detonaciones en cadena, el carguero estalló en mil pedazos.

Luke examinó el indicador de proximidad y cruzó mentalmente los dedos. Casi estaba fuera de su alcance. Si los restos del carguero lograban entorpecer unos segundos más al haz de arrastre, lo habrían logrado.

Erredós gorjeó una advertencia. Luke miró la traducción, desvió la vista hacia la pantalla de largo alcance, y se le hizo un nudo en el estómago. Erredós insistió en sus gorjeos.

—Ya lo veo, Erredós —gruñó Luke.

Era la táctica lógica que emplearían los imperiales. Como el carguero ya no les interesaba para nada, el Interceptor estaba cambiando de posición y giraba en redondo, con la intención de que sus enormes proyectores de campo gravitatorio incidieran en el caza que huía. Luke vio que la zona del campo, en forma de cono, describía un ángulo en la pantalla.

—Agárrate, Erredós —advirtió.

Una vez más, con excesiva brusquedad para que los compensadores paliaran por completo el efecto, imprimió al caza un giro en ángulo recto, retomando en parte su curso anterior.

A su espalda sonó un chirrido de estupefacción.

—Tranquilo, Erredós, sé lo que hago —dijo al androide.

Vio que, a estribor, el Destructor Estelar trataba de mover su inmenso bulto, con el fin de imitar la maniobra de Luke. Por primera vez desde que había empezado el tira y afloja, comenzaron a disparar rayos láser.

Luke tomó una rápida decisión. Sólo la velocidad no iba a servir para salvarle, y un impacto cercano daría por finalizado el enfrentamiento de manera definitiva.

—Conecta los escudos, Erredós —ordenó al androide, y concentró toda su atención en la maniobra de evasión—. Dame un equilibrio entre la energía de los escudos y la velocidad.

Erredós emitió una respuesta. El ruido del motor se suavizó un poco cuando los escudos empezaron a absorber energía. Se movían a menor velocidad, pero la estrategia de momento funcionaba. Desequilibrado por la maniobra en ángulo recto de Luke, el Interceptor estaba girando en dirección contraria. Su haz gravitatorio

barría el curso anterior de Luke, en lugar de rastrear el actual. El comandante intentaba corregir su error, pero la inercia de los enormes generadores gravitatorios de la nave jugaba a favor de Luke. Si conseguía mantenerse unos segundos más fuera de tiro del Destructor Estelar, se libraría del haz y podría escapar al hiperespacio.

—Prepárate a pasar a la velocidad de la luz —indicó a Erredós—. No te preocupes por la dirección. Haremos un salto corto, y después ya procederemos con más precisión.

Erredós asintió…

Y sin previa advertencia, Luke salió proyectado contra las correas de seguridad.

El haz de arrastre del Destructor Estelar les había atrapado.

Erredós emitió un chirrido de decepción, pero Luke no tenía tiempo de tranquilizar al androide. Su curso en línea recta se había convertido de repente en un arco, una especie de pseudoórbita, en la que el Destructor Estelar interpretaba el papel de planeta central. Sin embargo, al contrario que en una verdadera órbita, ésta no era estable, y en cuanto los imperiales enfocaran otro haz de arrastre en el caza, el círculo degeneraría rápidamente en una cerrada espiral hacia dentro. Una espiral cuyo punto final sería el interior de la bodega de atraque del Destructor Estelar.

Bajó los escudos y cedió toda la energía al motor, aun a sabiendas de que era una maniobra inútil. Y tenía razón porque, por un segundo, el haz pareció flaquear, pero al instante recuperó su presa. Un cambio en la velocidad tan nimio era demasiado pequeño para engañar al equipo de rastreo del haz.

Pero si lograba producir un cambio de velocidad más importante…

—Caza no identificado —habló de nuevo la voz áspera, esta vez en tono triunfal —. No tiene la menor posibilidad de escapar; más esfuerzos sólo contribuirían a dañar su vehículo. Le ordeno que disminuya la energía y se disponga a atracar.

Luke apretó los dientes. Iba a hacer algo peligroso, pero no le quedaban más alternativas. Y le habían contado que esta treta había funcionado antes, al menos una vez. En algún sitio.

—Erredós, vamos a probar un truco —dijo al androide—. Cuando te haga una señal, quiero que inviertas el compensador de aceleración; a toda máquina, y pasa de los aisladores si es necesario.

Algo gorjeó en el panel de control, y Luke lanzó una rápida mirada a la pantalla. El arco curvo le había llevado hacia el borde de la proyección gravitatoria del Interceptor.

—Ahora, Erredós.

El caza se detuvo en seco, con un horrible chirrido de aparatos electrónicos forzados al máximo.

Luke ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse qué había producido aquel chirrido, porque de nuevo fue lanzado contra las correas, con mayor fuerza que antes. Sus

pulgares, preparados para apretar los botones de disparo, cumplieron su cometido y lanzaron dos torpedos de protones. Al mismo tiempo, impulsó hacia adelante el caza. El haz de arrastre del Destructor Estelar, que seguía su curso, le perdió un instante, a causa de la brusca maniobra. Si los ordenadores que lo guiaban fueran lo bastante considerados para interceptar los torpedos, en lugar de asegurar su presa sobre él…

De pronto, los torpedos desaparecieron, dejando tras de sí un rastro de humo, indicando que habían sido desviados de su trayectoria. El truco había funcionado; el Destructor Estelar había interceptado el blanco incorrecto.

—¡Estamos libres! —gritó a Erredós, mientras derivaba al motor la máxima potencia—. Preparados para pasar a la velocidad de la luz.

El androide gorjeó algo, pero Luke no tuvo tiempo de mirar a la pantalla para leer la traducción. Al comprender su equivocación, y al darse cuenta de que no les quedaba tiempo para enmendarlo, los imperiales habían decidido eliminarle. Dio la impresión de que todas las baterías del Destructor Estelar abrían fuego a la vez, y Luke tuvo que esquivar una lluvia de rayos láseres. Se serenó con un esfuerzo, dejó que la Fuerza fluyera y guiara sus manos sobre el tablero de control, como sucedía con la espada de luz. La nave saltó justo cuando era alcanzada por un rayo. Por el rabillo del ojo, vio que el extremo de su cañón láser situado a estribor desaparecía entre una nube de plasma supercaliente. Otro pasó por encima, y un tercero trazó una línea en la bóveda de transpariacero.

La pantalla emitió un gorjeo; habían salido de la sombra gravitatoria del Interceptor.

—¡Adelante! —gritó Luke a Erredós.

Al cabo de un segundo, mientras sonaba a su espalda un chillido electrónico aún más escalofriante, el cielo se convirtió en estelas de estrellas.

Lo habían conseguido.

Durante lo que se le antojó una eternidad, Thrawn estuvo mirando por la portilla, con la vista fija en el punto donde se encontraba el caza de Skywalker cuando se desvaneció. Pellaeon le miraba con disimulo, preguntándose cuándo se produciría la inevitable explosión. Al mismo tiempo, escuchaba los informes sobre los daños sufridos en el proyector del haz de arrastre número cuatro, sin intervenir para nada.

La destrucción de uno de los diez proyectores que tenía el Quimera era una pérdida irrelevante. La huida de Skywalker, no.

Thrawn volvió a la vida y paseó la vista a su alrededor. Pellaeon se puso en tensión.

—Venga conmigo, capitán —dijo en voz baja el gran almirante, mientras caminaba por el pasillo elevado del puente de mando.

—Sí, señor —murmuró Pellaeon, pisándole los talones.

Las historias que había oído sobre las reacciones de Darth Vader ante los fallos de sus subordinados cruzaron por su mente.

Un silencio anormal reinaba en el puente cuando Thrawn se dirigió hacia la escalerilla de popa y bajó a la cubierta de la tripulación situada a estribor. Dejó atrás a los tripulantes sentados ante sus consolas, a los oficiales inmóviles y muy erguidos detrás de ellos, y se detuvo ante el centro de control de los haces de arrastre de estribor.

—Su nombre —preguntó, con voz ominosamente serena.

—Cris Pieterson, señor —respondió el joven sentado ante la consola, con mirada de preocupación.

—Usted estaba al mando del haz de arrastre durante nuestro combate con el caza.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí, señor, pero lo que sucedió no fue culpa mía.

Thrawn arqueó las cejas unos milímetros.

—Explíquese.

Pieterson empezó a mover la mano en dirección a un lado, pero cambió de opinión antes de completar el gesto.

—El blanco hizo algo con su compensador de aceleración que alteró su vector de velocidad…

—Estoy enterado de los hechos —le interrumpió Thrawn—. Espero que me aclare por qué su huida no fue culpa de usted.

—Jamás me prepararon para tal eventualidad, señor —contestó Pieterson, con un brillo desafiante en los ojos—. El ordenador perdió el contacto, pero dio la impresión de que lo recuperaba de inmediato. No supe que había captado otra cosa hasta que…

—¿Hasta que el torpedo de protones estalló contra el proyector?

Pieterson sostuvo su mirada.

—Sí, señor.

Thrawn le examinó durante un largo momento.

—¿Quién es su oficial? —preguntó.

Los ojos de Pieterson se desviaron hacia la derecha.

—El subteniente Colclazure, señor.

Thrawn se volvió, lenta y deliberadamente, hacia el hombre que estaba en posición de firmes, de espaldas a la pasarela.

—¿Está usted al mando de este hombre?

Colclazure tragó saliva.

—Sí, señor.

—¿Fue responsable de su preparación?

—Sí, señor.

—Durante su preparación, ¿realizó ejercicios teóricos similares al que acaba de

ocurrir?

—Yo…, no lo recuerdo, señor —admitió el subteniente—. El entrenamiento habitual incluye supuestos teóricos que comprenden la pérdida del contacto de arrastre y la confirmación posterior de su restablecimiento.

Thrawn lanzó un breve vistazo a Pieterson.

—¿Le reclutó usted, subteniente?

—No, señor. Fue alistado.

—¿Le convierte eso en menos merecedor de preparación que un recluta normal?

—No, señor. —Los ojos de Colclazure se desviaron hacia Pieterson—. Siempre he intentado tratar a mis subordinados sin hacer diferencias.

—Entiendo. —Thrawn reflexionó un momento, y luego miró hacia atrás—. Rukh.

Pellaeon se sobresaltó cuando Rukh pasó en silencio a su lado; no se había dado cuenta de que el noghri les había seguido. Thrawn esperó a que Rukh se detuviera junto a él para hablar de nuevo a Colclazure.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre un error y una equivocación, subteniente?

Un silencio de muerte había caído sobre el puente. Colclazure tragó saliva por segunda vez y palideció.

—No, señor.

—Cualquiera puede cometer un error, subteniente, pero el error no se convierte en equivocación hasta que el causante se niega a corregirlo.

Levantó un dedo…

Y, casi con pereza, señaló.

Pellaeon no vio a Rukh moverse. Pieterson ni siquiera tuvo tiempo de chillar.

Desde la cubierta de la tripulación se oyó el ruido de alguien que intentaba evitar con todas sus fuerzas vomitar. Thrawn miró hacia atrás, hizo un gesto y el silencio fue roto por los pasos de dos milicianos que se acercaban a toda velocidad.

—Desháganse de eso —ordenó el gran almirante, dando la espalda al cuerpo derrumbado de Pieterson y traspasando a Colclazure con la mirada—. El error, subteniente —dijo con suavidad—, ya ha sido corregido. Puede empezar a preparar al sustituto.

Sostuvo la mirada de Colclazure otro segundo. Después, como ajeno a la tensión que reinaba a su alrededor, se volvió hacia Pellaeon.

—Quiero una lectura técnica/táctica completa de los últimos segundos de la escaramuza, capitán —dijo, con absoluta calma—. Me interesa en particular su vector de velocidad lumínica.

—Lo tengo todo dispuesto, señor —habló un teniente con cierta vacilación, y avanzó para entregar al gran almirante un paquete de datos.

—Gracias. —Thrawn ojeó el informe unos instantes y lo pasó a Pellaeon.

—Le cogeremos, capitán —dijo, mientras se encaminaba hacia la escalera—. Le

cogeremos muy pronto.

—Sí, señor —asintió Pellaeon, cauteloso, apresurando el paso para alcanzar a su superior—. Estoy seguro de que es cuestión de tiempo.

Thrawn enarcó una ceja.

—No me ha entendido bien. —Esbozó una plácida sonrisa—. Hay que tomarlo al pie de la letra. Skywalker está ahí fuera, no muy lejos. Y se encuentra —dirigió una mirada de astucia a Pellaeon— indefenso.

Pellaeon frunció el ceño.

—No comprendo, señor.

—Esa maniobra que ha utilizado tiene un interesante efecto colateral que, según sospecho, él desconoce —explicó el gran almirante—. Forzar el compensador de aceleración de esa manera produce daños en el hiperpropulsor contiguo. A un año luz de distancia, a lo sumo, se averiará por completo. Nos bastará con llevar a cabo una búsqueda a lo largo de ese vector, o convencer a otros de que efectúen esa búsqueda por nosotros, y será nuestro. ¿Me sigue?

—Sí, señor —contestó Pellaeon—. ¿Me pongo en contacto con el resto de la flota?

Thrawn negó con la cabeza.

—Preparar el ataque contra Sluis Van es la máxima prioridad de la flota en este momento. No, creo que encargaremos la misión a terceros. Quiero que envíe mensajes a todos los principales jefes contrabandistas cuyos grupos operan en esta zona. Brasck, Karrde, Par'tah, todos los que tengamos fichados. Use sus frecuencias privadas y códigos en clave. Refrescarles la memoria acerca de lo mucho que sabemos sobre ellos contribuirá a asegurarnos su colaboración. Deles el vector hiperespacial de Skywalker y ofrezca una recompensa de treinta mil por su captura.

—Sí, señor. —Pellaeon desvió la vista hacia la cubierta de la tripulación, y contempló la actividad que aún se desarrollaba alrededor del control del haz de arrastre—. Señor, si sabía que la huida de Skywalker sólo había sido un contratiempo…

—El Imperio está en guerra, capitán —contestó con voz fría el gran almirante—. No podemos permitirnos el lujo de hombres cuyas mentes son tan limitadas que no pueden adaptarse a situaciones inesperadas. —Dirigió una mirada significativa a Rukh, y después clavó aquellos ojos brillantes en Pellaeon—. Cumpla las órdenes, capitán. Skywalker será nuestro. Vivo…, o como sea.

Capítulo 17

Delante de Luke, las pantallas brillaban suavemente, a medida que los diagnósticos, la mayoría ribeteados de rojo, iban pasando. Más allá de las pantallas, a través de la cubierta, vio el morro del caza, débilmente iluminado por las lejanas estrellas, que arrojaban un frío resplandor.

Y eso era todo. Ni soles, ni planetas, ni asteroides, ni cometas. Ni naves de guerra, ni transportes, ni satélites, ni sondas. Erredós y él estaban aislados, muy literalmente, en mitad de la nada.

Los diagnósticos del ordenador terminaron.

—¿Qué has averiguado, Erredós? —preguntó.

Un gemido electrónico sonó a su espalda, y la respuesta del androide apareció en la pantalla del ordenador.

—¿Tan mal?

Erredós gimió de nuevo, y el análisis de la situación que el androide había efectuado sustituyó al resumen del ordenador.

Mal asunto. Al invertir el compensador de aceleración, Luke había provocado una retroacción inopinada en ambos inductores de la hiperpropulsión; no se habían fundido en el acto, pero habían fallado a los diez minutos de su huida. A la velocidad Punto Cuatro que la nave llevaba en aquel momento, equivalía a medio año luz de distancia, más o menos. De propina, la misma sobrecarga de energía había cristalizado por completo la antena de radio subespacial.

—En otras palabras —dijo Luke—, no podemos marcharnos, no es fácil que nos encuentren, y no podemos pedir ayuda. ¿Lo he resumido bien? —Erredós añadió algo más—. Perfecto —suspiró Luke—. Y no podemos quedarnos aquí. Al menos, mucho rato.

Luke se frotó la barbilla y reprimió el temor que le embargaba. Rendirse al miedo sólo le robaría la capacidad de pensar, y eso era lo último que podía permitirse en aquel momento.

—Muy bien —dijo—. Vamos a intentar lo siguiente: quitaremos los dos inductores hiperpropulsores de ambos motores y veremos si podemos salvar suficientes componentes para poner a punto uno solo que funcione. Si podemos, lo volveremos a montar en medio del fuselaje de popa, donde pueda encargarse de ambos motores. Quizá donde está ahora el servoactuador. No lo necesitamos para volver a casa. ¿Es posible? —Erredós emitió un silbido—. No te estoy preguntando si

será fácil —explicó con paciencia Luke cuando recibió la respuesta del androide—. Sólo si es posible. —Otro silbido, otro mensaje pesimista—. Bien, vamos a intentarlo, de todos modos.

Luke se desabrochó las correas y trató de moverse en los estrechos confines de la cabina. Si quitaba el respaldo del asiento proyectable, podría entrar en el compartimiento de carga y coger las herramientas guardadas.

Erredós gorjeó algo más.

—No te preocupes, no me quedaré atascado —le tranquilizó Luke.

Cambió de idea y rebuscó en los bolsillos de la cabina. Los guantes y los cierres herméticos de su traje de vuelo se guardaban allí. En este momento, le resultaría igual de fácil vestirse para salir al vacío y entrar en el compartimiento de carga por la escotilla inferior.

—Si quieres ayudarme en algo, repasa las instrucciones de mantenimiento y averigua cómo puedo sacar uno de esos inductores. Y anímate, ¿vale? Ya empiezas a parecerte a Cetrespeó.

Erredós aún seguía protestando, indignado por esa comparación, cuando el último cierre del casco de Luke cortó el sonido. Pero parecía menos asustado.

Luke tardó casi dos horas en abrirse paso entre cables y tubos para quitar el inductor de hiperpropulsión del motor de babor.

Tardó menos de un minuto en descubrir que el pesimismo de Erredós estaba más que justificado.

—Está lleno de grietas —informó Luke al androide, dando vueltas a la voluminosa caja entre sus manos—. Todo el blindaje. Son como cabellos, en realidad, apenas se ven, pero van de un lado a otro.

Erredós emitió un suave gorjeo, comentario que no necesitaba traducción. Luke no se había ocupado mucho del mantenimiento del caza, pero sabía lo bastante para comprender que, sin un escudo superconductor intacto, un inductor hiperpropulsor era poco más que una caja llena de piezas conectadas entre sí.

—No tiremos la toalla todavía —recordó a Erredós—. Si la envoltura del otro inductor está intacta, aún nos queda una posibilidad. Cogió la caja de herramientas, con una gran sensación de torpeza en caída libre a gravedad cero, y avanzó bajo el fuselaje del caza hacia el motor de estribor. Tardó apenas unos minutos en quitar la tapa de acceso y volver a conectar los cables que se interferían. Después, intentando introducir la placa de recubrimiento y el bastón incandescente al mismo tiempo en la abertura para no cegarse, escrutó el interior.

Un examen atento del inductor demostró que no era necesario continuar la operación.

Se quedó colgado allí un momento, mientras su rodilla golpeaba suavemente el

respiradero del propagador de energía, y se preguntó qué iban a hacer ahora, en nombre de la Fuerza. Su caza, tan sólido y seguro en el fragor del combate, se le antojaba ahora poco más que un delgado hilo del que pendía su vida.

Paseó la vista a su alrededor, contempló el vacío y las estrellas lejanas y, entretanto, la vaga sensación de caer típica de la gravedad cero le embargó. Un recuerdo alumbró en su mente: colgado del lado inferior de Ciudad Nube, debilitado por el miedo y la conmoción de haber perdido la mano derecha, preguntándose hasta cuándo tendría fuerzas para seguir agarrado. «Leia», llamó en silencio, concentrando todo el poder de su nuevo talento Jedi en el esfuerzo.

«Leia, escúchame. Contéstame».

No hubo respuesta, excepto el eco de la llamada en la propia mente de Luke. Tampoco había esperado que la hubiera. Leia se encontraba sana y salva en Kashyyyk, bajo la protección de Chewbacca y todo un planeta de wookies.

Se preguntó si sabría lo que le había ocurrido.

«Para un Jedi no existen emociones: sólo paz». Luke respiró hondo y rechazó sus lóbregos pensamientos. No, no iba a rendirse. Y si el hiperpropulsor no podía repararse… Bueno, tal vez podía probar otra cosa.

—Ya vuelvo, Erredós —anunció. Colocó en su lugar el panel de acceso y recogió sus herramientas—. Mientras esperas, quiero que reúnas todos los datos disponibles sobre la antena de radio subespacial.

Erredós ya contaba con los datos cuando Luke cerró la cubierta deslizable de la cabina. No eran muy alentadores. Una antena de radio subespacial, consistente en diez kilómetros de cable superconductor ultrafino, enroscado alrededor de un núcleo en forma de U, no era algo susceptible de ser reparado in situ.

Claro que tampoco Luke era el típico piloto de caza.

—Muy bien, vamos a hacer lo siguiente —dijo al androide—. Los cables externos de la antena están inutilizados, pero no parece que el núcleo haya sufrido daños. Si encontramos diez kilómetros de cable superconductor en algún sitio de la nave, podremos fabricar otra. ¿De acuerdo?

Erredós meditó y gorjeó una respuesta.

—Oh, vamos —le reprendió Luke—. ¿Vas a decirme que no puedes hacer lo que cualquier máquina inteligente tiene por la mano?

El androide emitió indignados pitidos, que la traducción aparecida en la pantalla dejó muy claros.

—Bien, no hay problema —dijo Luke, y reprimió una sonrisa—. Yo diría que en el impulsor del ascensor de retropropulsión o en el disparador del sensor encontrarás todos los cables necesarios. Compruébalo, ¿quieres? —Hubo una pausa, y Erredós silbó algo—. Sí, sé cuáles son los límites de las fuerzas vitales —admitió Luke—. Por eso serás tú quien se encargue de empalmar los cables. Tendré que pasar casi todo el

tiempo en estado de hibernación. —Otra serie de silbidos—. No te preocupes por eso —le tranquilizó Luke—. Siempre que me levante cada tantos días para comer y beber, la hibernación no representa ningún problema. Me has visto hacerlo una docena de veces, ¿recuerdas? Bien, pon manos a la obra y lleva las comprobaciones a cabo.

Ninguno de los dos componentes tenía la longitud de cables necesaria, pero después de rebuscar en las secciones más esotéricas de su memoria técnica, Erredós llegó a la conclusión de que los ocho kilómetros disponibles del disparador del sensor bastarían para improvisar una antena más o menos eficaz. De todos modos, admitió que no lo sabrían con seguridad hasta que la probaran.

Luke tardó una hora más en quitar la antena y el disparador de la nave, extraer los cables estropeados del núcleo de la primera y trasladarlo todo al fuselaje superior de la popa, donde Erredós lo cogió con sus dos agarraderas. Llevó otra hora aparejar un armazón para alimentar y proteger el cable, y dedicó otra media hora a contemplar la operación desde dentro, para asegurarse de que era realizada con delicadeza.

Era lo único que podía hacer ya.

—Bien, no lo olvides —advirtió al androide, mientras se acomodaba, en la medida de lo posible, en el asiento de la cabina—. Si algo va mal, o piensas que algo va mal, despiértame. ¿Comprendido? —Erredós emitió un pitido tranquilizador—. Muy bien —dijo Luke, más para sí que para el androide—. Creo que eso es todo.

Respiró hondo y paseó la vista por el cielo estrellado. Si esto no funcionaba… Pero no tenía sentido preocuparse ahora por esa posibilidad. Había hecho todo cuanto había podido. Ya era hora de que buscara un poco de paz interior y confiara su suerte a Erredós.

A Erredós… y a la Fuerza.

Respiró hondo de nuevo. «Leia», llamó por última vez, en vano. Después, ya en plena introspección, disminuyó el ritmo de su corazón. Lo último que recordó antes de que las tinieblas le engulleran fue la extraña sensación de que alguien, en alguna parte, había escuchado su llamada final…

«Leia…».

Leia se despertó, sobresaltada.

—¿Luke? —llamó.

Se incorporó y escrutó la oscuridad que la rodeaba. Habría jurado que había oído su voz. Su voz, o tal vez el contacto de su mente.

Pero no había nadie. Tan sólo el estrecho espacio del camarote principal de la Dama Afortunada, el latido de su corazón y los ruidos propios de una nave en vuelo. Y a unos doce metros de distancia, en la cabina, la inconfundible sensación de la presencia de Chewbacca. A medida que iba despertando, recordó que Luke se encontraba a cientos de años luz.

Debió de ser un sueño.

Volvió a tenderse, con un suspiro, y en ese momento captó el sutil cambio en la pauta de los ruidos y vibraciones, cuando el propulsor sublumínico principal se paraba y entraba en acción el retroelevador. Aguzó el oído y escuchó el débil sonido del aire que rozaba el casco. Estaban llegando a Kashyyyk con cierto adelanto.

Saltó de la cama y cogió su ropa. Los recelos volvieron a apoderarse de ella mientras se vestía. Han y Chewbacca podían decir lo que quisieran, pero había leído los informes diplomáticos y sabía muy bien que los wookies todavía abrigaban un resentimiento soterrado hacia los humanos. Se le antojaba problemático que su puesto en la jerarquía de la Nueva República solventara el problema.

Sobre todo, teniendo en cuenta su dificultad crónica para entender su idioma.

La idea añadió más desazón a su estado de ánimo y, no por primera vez desde que había partido de Nkllon, deseó que Lando hubiera utilizado otro androide para su pequeño truco de suplantación de voz. Se habría sentido mucho más aliviada con Cetrespeó y su traductor de siete millones de idiomas al lado.

La Dama Afortunada ya se había zambullido en la atmósfera cuando llegó a la cabina. Sobrevolaba una delgadísima capa de nubes y describía suaves curvas alrededor de las copas de los árboles, que asomaban de vez en cuando entre ellas. Recordó la primera vez que había leído algo acerca del tamaño de los árboles que crecían en Kashyyyk. Había sostenido una acalorada discusión con el bibliotecario del Senado, aduciendo que el gobierno no podía permitirse el lujo de tener informes sembrados de errores tan absurdos. Incluso ahora, que los veía con sus propios ojos, le costaba creerlo.

—¿Ése es el tamaño normal de los árboles wroshyr? —preguntó a Chewbacca, mientras se sentaba a su lado. Chewbacca gruñó una negativa: los que se veían por encima de las nubes debían de ser medio kilómetro más altos que la media—. En ese caso, deben de ser los que destináis a guarderías —comentó Leia. Chewbacca la miró, y pese a la capacidad limitada de Leia para leer en los rostros wookie, su asombro era evidente—. No te sorprendas tanto —le amonestó con una sonrisa—. Algunos humanos sabemos cosas sobre la cultura wookie. No todos somos salvajes ignorantes, ¿sabes?

El wookie se la quedó mirando un momento. Después, lanzó algo similar a una carcajada (urf-urf-urf) y se volvió hacia los controles. Delante y a la derecha había aparecido un grupo compacto de los árboles wroshyr extralargos. Chewbacca desvió la Dama Afortunada hacia ellos, y al cabo de pocos minutos estaban lo bastante cerca para que Leia viera el laberinto de cables o ramas delgadas que los comunicaban sobre las nubes. Chewbacca describió un círculo con la nave y la adentró en el perímetro. Luego, con un gruñido de aviso, bajó en picado por entre las nubes.

Leia hizo una mueca. Nunca le había gustado volar a ciegas, sobre todo en una

zona abarrotada de obstáculos tan grandes como los árboles wroshyr, pero casi antes de que la espesa niebla blanca les envolviera, ya habían salido de ella. Bajo sus pies se extendía otra capa de nubes. Chewbacca la atravesó también, hasta salir al aire libre.

Leia se quedó sin respiración. Ocupando todo el hueco que existía entre los inmensos árboles, como si flotara en el aire, había una ciudad.

No una simple colección de cabañas primitivas y hogueras, como los pueblos arbóreos de los ewok en Endor. Era una ciudad auténtica, que ocupaba un kilómetro cuadrado o más de espacio. Aun desde esta distancia, vio que los edificios eran grandes y complejos, algunos de hasta dos o tres pisos de altura, y que las avenidas eran rectas y bien trazadas. Los gigantescos troncos de los árboles se alzaban a su alrededor y, en distintos puntos de la ciudad, semejaban inmensas columnas de color pardo que sostenían una techumbre de nubes. Focos de extraños colores, que rodeaban la ciudad, lanzaban sus rayos en todas direcciones.

Chewbacca rugió una pregunta.

—No, nunca he visto hologramas de pueblos wookie —contestó Leia, sin aliento —. Me perdí algo bueno.

Se habían acercado lo bastante para comprobar que el soporte unípode clásico de Ciudad Nube que esperaba no se veía por parte alguna.

De hecho, no se veía ningún tipo de soporte. ¿Acaso se sostenía la ciudad gracias a retroelevadores?

La Dama Afortunada viró un poco a la izquierda. Una plataforma circular, bordeada por luces de aterrizaje, apareció frente a ellos, en un extremo de la ciudad y algo elevada. Daba la impresión de brotar de un árbol, y tardó unos segundos en comprender que eran, nada más y nada menos, los restos de una gigantesca rama, cortada horizontalmente cerca del tronco.

Una hazaña de ingeniería nada desdeñable. Se preguntó qué habrían hecho con el resto de la rama.

La plataforma no parecía lo bastante grande para albergar a una nave del tamaño de la Dama Afortunada, pero una rápida mirada a la ciudad demostró que su aparente pequeñez era un efecto engañoso producido por la comparación con los árboles. Cuando Chewbacca posó la nave sobre la madera ennegrecida por el fuego, quedó claro que la plataforma no sólo podía dar cobijo a la Dama Afortunada, sino también a los transportes de línea de pasajeros.

O a los Cruceros de Guerra imperiales. Leia decidió que sería mejor no hacer preguntas sobre las circunstancias que condujeron a la construcción de la plataforma.

Casi había esperado que los wookies enviaran una delegación para recibirla, y descubrió que casi había tenido razón. Dos gigantescos alienígenas estaban esperando junto a la Dama Afortunada cuando Chewbacca bajó la rampa de entrada. Para el ojo

inexperto de Leia resultaron indistinguibles, salvo por la escasa diferencia de altura y los muy diferentes dibujos de los amplios tahalíes que se curvaban desde el hombro a la cintura. El más alto de los dos, cuyo tahalí era de piel, adornado con hilos dorados, dio un paso adelante cuando Leia bajó por la rampa. Ella avanzó hacia el emisario, utilizando todas las técnicas Jedi para serenarse que conocía, y rezó para salir lo más airosa posible del lance. Ya le costaba bastante entender a Chewbacca, y hacía décadas que vivía entre los humanos. Un wookie nativo, que hablara un dialecto nativo, sería totalmente incomprensible.

El wookie alto inclinó la cabeza levemente y abrió la boca. Leia se preparó…

«Yo te saludo, Leiaorganasolo», rugió. «A Rwookrrorro te doy la bienvenida».

Leia se quedó boquiabierta.

—Ah… Gracias —consiguió articular—. Es…, es un gran honor estar aquí.

«Como para nosotros tu presencia», gruñó cortésmente. «Soy Ralrracheen. Quizá te resulte más fácil llamarme Ralrra».

—Es un placer conocerte —asintió Leia, algo aturdida.

Aparte de que arrastraba las erres en algunos momentos, el wookie de Ralrra era comprensible por completo. De hecho, escucharle era como verse libre de la estática que siempre debía descifrar. Notó calor en la cara, y confió en poder ocultar su sorpresa.

Por lo visto, lo consiguió. A su lado, Chewbacca emitió de nuevo sus urf-urf.

—No me lo digas —insinuó Leia con frialdad, y le miró sin pestañear—. ¿Tienes un problema de habla y no me lo has contado nunca?

Chewbacca lanzó una sonora carcajada.

«Chewbacca habla muy bien», explicó Ralrra. «Soy yo quien tiene problemas de habla. Por extraño que parezca, es el tipo de defecto que los humanos entienden mejorr».

—Entiendo —dijo Leia, aunque no era del todo cierto—. ¿Eras un embajador?

De repente, la atmósfera pareció helarse a su alrededor.

«Era esclavo del Imperio», gruñó con suavidad Rairra. «Al igual que Chewbacca, antes de que Hansolo le liberara. Mis captores me consideraron útil, para hablarr con los demás esclavos wookies».

Leia se estremeció.

—Lo siento.

Fue lo único que pudo decir.

«No hay porr qué», insistió. «Mi papel me proporcionó mucha información sobre las fuerzas del emperadorr, información que se demostró de mucha utilidad cuando vuestra Alianza nos liberó».

De pronto, Leia advirtió que Chewbacca ya no estaba a su lado. Ante su sorpresa, vio que estaba trabado en una presa mortal con el otro wookie. El enorme brazo de

éste aprisionaba su ballesta.

—¡Chewie! —exclamó, y llevó la mano al desintegrador que colgaba de su cinto.

Apenas lo había cogido, cuando la mano peluda de Ralrra aplicó sobre ella una presa de acero.

«No les molestes», dijo con firmeza el wookie. «Chewbacca y Salporin son amigos desde la infancia, y hace muchos años que no se veían. No hay que perturbarr su encuentro».

—Lo siento —se disculpó Leia.

Dejó caer la mano a un lado, sintiéndose como una idiota.

«Chewbacca dijo en su mensaje que solicitas asilo», continuó Ralrra, quizá consciente de su turbación. «Ven. Te enseñaré los preparativos que hemos dispuesto».

Los ojos de Leia se desviaron hacia Chewbacca y Salporin, que seguían abrazados.

—Tal vez deberíamos esperar a los demás —sugirió, algo vacilante.

«No habrá ningún peligro». Ralrra se irguió en toda su estatura. «Leiaorganasolo, has de comprenderr. Sin ti y tu gente, muchos de nosotros seguiríamos siendo esclavos del Imperio. Esclavos, o asesinados. Os debemos la vida a ti y a tu República».

—Gracias —contestó Leia.

Los últimos residuos de tensión desaparecieron. Todavía desconocía muchas cosas sobre la cultura y la psicología wookie, pero al menos comprendía lo de su deuda. Ralrra se había comprometido a garantizar su seguridad, un compromiso que avalaban el honor, la tenacidad y la energía de los wookies.

«Ven», gruñó Ralrra, y señaló lo que parecía un coche volador descapotable, aparcado en el borde de la plataforma. «Iremos al pueblo».

—Por supuesto —dijo Leia—. Eso me recuerda algo. Iba a preguntarte cómo se sostiene el pueblo. ¿Utilizáis retroelevadores?

«Ven. Te lo enseñaré».

De hecho, el pueblo no estaba sostenido por retroelevadores. Ni por soportes unípodes, anclas de arrastre o cualquier otro artilugio de la tecnología moderna. El método de los wookies era mucho más sofisticado que cualquiera de ellos.

La ciudad estaba sostenida por ramas.

«Costó un gran esfuerzo construirr una ciudad de este tamaño», explicó Ralrra, y movió una gigantesca mano para señalar el entramado que se extendía sobre sus cabezas. «Se eliminaron muchas de las ramas situadas en el nivel deseado. Las que quedaron crecieron más fuertes y con mayorr rapidez».

—Parece una telaraña gigantesca —comentó Leia. Contempló desde el vehículo la parte superior del pueblo y se esforzó por no pensar en los kilómetros de espacio

que bostezaban bajo sus pies—. ¿Cómo las enlazasteis así?

«Nosotros no fuimos. Forman una unidad en virtud de su crecimiento».

Leia parpadeó.

—¿Perdón?

«Crecen juntas», explicó Ralrra. «Cuando dos ramas de wroshyr se encuentran, se convierten en una. Entonces, brotan nuevas ramas en todas direcciones». Gruñó algo para sí, una palabra o una frase que no tradujo a Leia. «Es un recuerdo viviente de la unidad y fuerza del pueblo wookie», añadió, casi para sí.

Leia asintió en silencio. Comprendió que también era una clara indicación de que todos los árboles wroshyr de este grupo formaban una sola planta, con un sistema de raíces unificado, o al menos entretejido. ¿Eran conscientes los wookies de ello, o su obvia reverencia hacia los árboles prohibía tales pensamientos y planteamientos?

Tampoco es que la curiosidad les ayudara mucho en este caso. Bajó la vista y escudriñó la oscuridad brumosa que se extendía bajo el vehículo. Allí abajo había wroshyrs más cortos y cientos de otros árboles, que constituían las inmensas selvas de Kashyyyk. Se afirmaba que existían varios ecosistemas arbóreos en la selva, dispuestos en capas horizontales irregulares que descendían hasta el suelo, y cada capa era más mortífera que la superior. Ignoraba si los wookies habían bajado alguna vez hasta la superficie, pero estaba segura de que nadie había dedicado su tiempo a detenidos estudios botánicos.

«Se llaman kroyies», dijo Ralrra.

Leia parpadeó, sorprendida por la observación. Iba a preguntar a qué se refería, cuando observó la doble formación de aves que surcaba el cielo bajo sus pies.

—¿Esas aves? —preguntó.

«Sí. En otro tiempo, eran un manjarr muy apreciado por los wookies. Ahora, hasta los pobres pueden comerlos».

Extendió la mano hacia el borde del pueblo, hacia la neblina luminosa de los reflectores que habían visto cuando se aproximaban. «Los kroyies se dirigirán hacia aquellas luces», explicó. «Los cazadores ya les están esperando».

Leia asintió. Había visto señuelos luminosos más o menos sofisticados, que se utilizaban en otros planetas para atraer a animales comestibles.

—¿Y esas nubes no reducen su eficacia?

«Funcionan mejorr gracias a las nubes», contestó Ralrra. «Las nubes diseminan la luz. Un kroyie las verá desde muy lejos y acudirá». Mientras hablaba, la doble formación de aves ascendió hacia las nubes superiores y las luces que reflejaban.

«Ya lo ves. Es posible que esta noche cenemos alguna».

—Me gustaría. Chewie dijo una vez que eran deliciosas.

«Hemos de volverr al pueblo», dijo Ralrra, y tocó los controles del vehículo. Se elevó, con un crujido del cable.

«Teníamos la intención de alojarte en una de las casas más lujosas», comentó mientras subían, «pero Chewbacca no lo permitió».

Hizo un ademán, y Leia reparó por primera vez en las casas construidas en el interior de los árboles. Algunas tenían varias plantas y estaban muy adornadas; todas parecían abrirse al abismo.

—Chewbacca conoce mis preferencias —contestó, y reprimió un escalofrío—. Me estaba preguntando por qué el vehículo se había alejado tanto del pueblo.

«El vehículo se utiliza, sobre todo, para transportarr mercancías o enfermos. La mayoría de los wookies prefieren treparr a los árboles». Extendió una mano hacia Leia con la palma hacia arriba. Cuando los músculos se flexionaron, garras curvas de aspecto aterrador surgieron de las yemas ocultas de los dedos.

Leia tragó saliva.

—No sabía que los wookies tenían esas garras —dijo—, pero tendría que haberlo supuesto. Al fin y al cabo, habitáis en los árboles.

«Vivirr entre los árboles sin ellas sería imposible».

Las garras se retrajeron y el wookie agitó la mano hacia arriba. «Hasta viajarr por las enredaderas sería muy difícil sin ellas».

—¿Enredaderas?

Leia miró por el techo transparente del vehículo. No había visto enredaderas en los árboles, y tampoco las vio ahora. Sus ojos se posaron en el cable que surgía del vehículo y se perdía entre las hojas y las ramas superiores.

El cable verde oscuro.

—¿Ese cable? —preguntó con cautela—. ¿Es una enredadera?

«Es una enredadera kshyy. No te preocupes por su resistencia. Es más fuerte que los cables artificiales, y ni siquiera los rayos desintegradores la pueden cortar. Además, se autorrepara».

—Entiendo.

Leia contempló la enredadera y reprimió la creciente sensación de pánico. Había volado a lo largo y ancho de la galaxia en cientos de vehículos aéreos diferentes sin el menor síntoma de acrofobia, pero colgar sobre el borde de la nada sin una cabina sólida a su alrededor era algo muy distinto. La tranquilizadora sensación de seguridad que había experimentado al llegar a Kashyyyk se estaba evaporando a marchas forzadas.

—¿Se han roto alguna vez las enredaderas? —preguntó, fingiendo indiferencia.

«A veces. Si no se vigila, diversos parásitos y hongos pueden desgastarlas. Ahora, utilizamos dispositivos de seguridad que nuestros antepasados desconocían. Los vehículos de este tipo cuentan con sistemas de retroelevadores de emergencia».

—Ah.

Su inquietud momentánea se disipó cuando, una vez más, se sintió como una

diplomática incipiente, casi en ciernes, no muy brillante. Era fácil olvidar que, pese a sus excéntricos pueblos arbóreos y su apariencia semianimal, los wookies se sentían muy a gusto con la alta tecnología.

El vehículo se elevó sobre el nivel del pueblo. Chewbacca y Salporin les esperaban. El primero acariciaba su ballesta y crispaba sus facciones de la forma que Leia había aprendido a asociar con impaciencia. Ralrra frenó la nave al nivel de la amplia rampa de salida y abrió la puerta. Salporin se adelantó para ofrecer su mano a Leia.

«Hemos dispuesto que tú y Chewbacca os alojéis en casa de Salporin», dijo Ralrra, mientras pisaban de nuevo una tierra relativamente firme. «No está muy lejos. Hay transportes a tu disposición, si quieres».

Leia examinó las partes más cercanas del pueblo. Tenía muchas ganas de caminar, perderse entre la gente y empezar a sentir el lugar. Sin embargo, después del esfuerzo desplegado para trasladarla a Kashyyyk, exhibirse delante de la población no sería la decisión más inteligente.

—Un transporte sería lo mejor —dijo a Ralrra.

Chewbacca gruñó algo cuando se acercaron a él.

«Deseaba verr la disposición del pueblo», le explicó Ralrra. «Ya podemos irnos».

Chewbacca emitió otro gruñido de disgusto, pero se colgó la ballesta al hombro y se encaminó sin más comentarios hacia un trineo de retropropulsión aparcado junto a la carretera, a unos veinte metros de distancia. Ralrra y Leia le siguieron, con Salporin pisándoles los talones. Las casas y los demás edificios empezaban justo en el borde de las ramas enmarañadas, como Leia ya había observado, separadas apenas por algunas enredaderas kshyy. Ralrra había dado a entender que las casas pegadas a los árboles eran las de más prestigio; tal vez las que estaban en el mismo borde pertenecían a la clase media alta. Examinó las más cercanas mientras pasaba, y miró por las ventanas. Un rostro asomó entre las sombras detrás de una, y la miró fijamente…

—¡Chewie! —exclamó.

El rostro desapareció en cuanto su mano bajó hacia el desintegrador. Sin embargo, no había forma de equivocarse respecto a los ojos saltones, la mandíbula salida y la piel gris acero.

Chewbacca se plantó a su lado al instante, con la ballesta en la mano.

—Ahí dentro hay uno de aquellos seres que nos atacaron en Bimmisaari —dijo Leia, mientras exploraba la casa con sus sentidos Jedi. Nada—. En aquella ventana —señaló con su desintegrador—. Estaba allí.

Chewbacca ladró una orden, e interpuso su enorme cuerpo entre Leia y la casa. La obligó a retroceder con delicadeza, mientras movía su ballesta de un lado a otro del edificio para protegerla. Ralrra y Salporin ya estaban junto a la casa, armados con

cuchillos de aspecto aterrador que habían aparecido como por arte de magia. Tomaron posiciones a ambos lados de la puerta principal. Chewbacca derribó la puerta de un disparo.

Se oyó un rugido procedente del centro del pueblo, un largo aullido wookie de cólera o alarma que despertó ecos en los edificios y en los gigantescos árboles. Antes de que Ralrra y Salporin desaparecieran en el interior de la casa, otras voces tomaron el relevo del aullido, creciendo en número y volumen, hasta dar la impresión de que medio pueblo lo coreaba. Leia se apretó contra la peluda espalda de Chewbacca, impresionada por la ferocidad de la llamada, recordando la reacción del mercado de Bimmisaari cuando habían robado la joya.

Sólo que no se trataba de menudos bimms vestidos de amarillo, sino de gigantescos, fuertes y violentos wookies.

Una gran multitud había empezado a congregarse cuando Ralrra y Salporin salieron de la casa, una multitud a la que Chewbacca no prestó más atención que a los aullidos, pues sus ojos y su ballesta estaban clavados en la casa. Los otros dos wookies también hicieron caso omiso de la muchedumbre, y desaparecieron por lados opuestos del edificio. Reaparecieron segundos más tarde, con el aspecto de cazadores decepcionados.

—Estaba allí —insistió Leia, cuando se reunieron con Chewbacca y ella—. Yo le vi.

«Puede que sea cierto», dijo Ralrra, y guardó sus cuchillos en las fundas ocultas detrás de su tahalí. Salporin, cuya atención seguía centrada en la casa, aún tenía sus cuchillos a punto. «Sin embargo, no hemos encontrado rastro de nadie».

Leia se mordió el labio y sus ojos exploraron la zona. No había ninguna casa lo bastante cercana para que el alienígena se hubiera dirigido a ella sin que Chewbacca o Leia le hubieran visto. Ni el menor escondite en este lado de la casa. Y el otro lado daba al borde del pueblo.

—Ha traspasado el límite —comprendió de repente—. Es la única solución. O pasó por debajo del pueblo mediante alguna liana, o le esperaba algún vehículo.

«Muy improbable, aunque posible», dijo Ralrra cuando pasó a su lado. «Bajaré al vehículo y trataré de encontrarle».

Chewbacca extendió una mano para detenerle y gruñó una negativa.

«Tienes razón», admitió Ralrra, si bien a regañadientes. «En este momento, Leiaorganasolo, tu seguridad es lo más importante. Antes que nada, velaremos por tu seguridad, y después intentaremos averiguar el paradero de este alienígena».

«Mi seguridad». Leia miró la casa y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Se preguntó si alguna vez volvería a saber lo que era la seguridad.

Capítulo 18

El aviso que sonó a su espalda despertó por completo a Luke de su apacible sueño.

—Vale, Erredós, ya me he despertado —dijo aturdido, y levantó las manos para frotarse los ojos.

Sus nudillos tropezaron con el visor de su casco de vuelo, y el impacto contribuyó a disipar la niebla que remolineaba en su mente. No consiguió recordar en qué circunstancias se había sumido en la hibernación, pero tuvo la clara sensación de que Erredós le había despertado antes de tiempo.

—¿Pasa algo? —preguntó, mientras intentaba descifrar qué estaba haciendo el androide.

El gorjeo adquirió un tono angustiado. Luke conectó el monitor de traducción, esforzándose por enfocar la vista. Descubrió, sorprendido, que no se encendía, al igual que los demás instrumentos. Entonces, recordó: estaba atrapado en el espacio, con todos los sistemas del caza desconectados, excepto la energía mínima necesaria para Erredós y para mantenerle con vida.

En teoría, Erredós estaba pergeñando una nueva antena de radio subespacial. Torció el cuello para mirar al androide, mientras se preguntaba cuál era el problema.

Sintió que sus músculos se contraían de la sorpresa. Una nave se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

Se volvió en redondo, completamente despierto, y conectó los interruptores de energía. Fue un acto reflejo, inútil. Los motores del caza tardarían quince minutos en calentarse para poder volar, y más para afrontar un combate con garantías. Si el intruso era un enemigo…

Utilizó los reactores de emergencia para girar poco a poco el caza y apuntar la proa hacia la nave que se acercaba. Las pantallas y sensores empezaron a cobrar vida, confirmando lo que sus ojos ya le habían revelado: su visitante era un carguero corelliano de mediano tamaño y aspecto algo ruinoso. No era el tipo de nave que los imperiales utilizaban, y no llevaba en el casco los distintivos del Imperio.

Dadas las circunstancias, empero, era improbable que se tratara de un inocente carguero. ¿Tal vez un pirata? Luke intentó sondear a la tripulación con la Fuerza.

Erredós gorjeó, y Luke bajó la vista hacia la pantalla del ordenador.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Luke—, pero un carguero normal podría adoptar ese tipo de desaceleración si fuera vacío. ¿Por qué no procedes a un análisis rápido de las lecturas de los sensores, a ver si localizas los emplazamientos de las

armas?

El androide emitió un pitido afirmativo, y Luke dedicó a los demás instrumentos un veloz examen. Las baterías del cañón láser principal estaban ya medio cargadas, y el propulsor sublumínico había llegado a la mitad de su pre-secuencia de vuelo.

Y la señal de radio indicaba que le estaban enviando un mensaje. Luke conectó el receptor.

—¿… necesitan ayuda? —dijo una fría voz femenina—. Repito, nave no identificada, aquí el carguero Salvaje Karrde. ¿Necesitan ayuda?

—Salvaje Karrde, caza AA-589 de la Nueva República —se identificó Luke—. En realidad, sí, no me iría mal un poco de ayuda.

—Recibido. ¿Cuál es el problema?

—El hiperpropulsor.

Luke contempló la nave mientras seguía acercándose. Un minuto antes había girado para apuntar la proa hacia el carguero; el piloto había respondido con una leve maniobra de desviación, para no estar a merced de los láseres del caza. Quizá se trataba de simple precaución, pero también existían otras posibilidades.

—He perdido los dos inductores —continuó—. Las placas protectoras se han agrietado, y tal vez existan más problemas. Supongo que no llevarán piezas de recambio.

—Para una nave de ese tamaño, no. —Se produjo una breve pausa—. He recibido la orden de comunicarle que, si desea subir a bordo, le conduciremos hasta su sistema de destino.

Luke intentó calibrar con la Fuerza el significado oculto tras las palabras, pero no detectó ningún engaño. Y aunque lo hubiera, no le quedaban muchas alternativas.

—Será un placer. ¿Podrían llevarse también mi nave?

—Dudo que pueda pagar nuestras tarifas de embarque —respondió la mujer con frialdad—. Lo consultaré con el capitán, pero no abrigue demasiadas esperanzas. En cualquier caso, tendríamos que remolcarla. Nuestras bodegas están llenas en este momento.

Luke torció los labios. Un carguero lleno hasta los topes no podría haber efectuado la maniobra de deceleración que Erredós había observado antes. O mentían, o el sistema propulsor, de aspecto muy normal, había sufrido importantes mejoras.

Lo cual quería decir que el Salvaje Karrde era un contrabandista, un pirata, o una nave de guerra camuflada. Y la Nueva República no tenía naves de guerra camufladas.

El otro piloto volvió a hablar.

—Si mantiene su actual posición, nos acercaremos lo suficiente para lanzarle un cilindro de fuerza, a menos que quiera enfundarse un traje espacial y venir hacia

nosotros.

—El cilindro será más rápido —dijo Luke, decidido a probar una leve sonda verbal—. Supongo que ninguno de nosotros tiene el menor interés por demorarse en este lugar. ¿Cómo es que pasaban por aquí?

—Hay poco espacio para el equipaje —siguió su interlocutora, sin hacer caso de la pregunta—. Supongo que querrá traer a su androide astromec.

Leve sonda verbal fracasada.

—Sí.

—Muy bien. Por cierto, el capitán dice que la tarifa de transporte será cinco mil.

—Comprendido.

Luke se quitó las correas de seguridad. Abrió los bolsillos laterales, extrajo los guantes y los cierres del casco y los guardó en los bolsillos del pecho de su traje de vuelo, donde los tendría a su alcance. Un cilindro de fuerza era a prueba de accidentes, pero siempre podía pasar algo. Además, si la tripulación del Salvaje Karrde confiaba en conseguir un caza gratis, la forma más sencilla de acabar con él sería detonando el cilindro a mitad de camino.

La tripulación. Luke forzó sus sentidos para inspeccionar la nave, que se acercaba cada vez más. Había algo erróneo en ella, algo que sentía pero no podía localizar.

Erredós emitió un gorjeo nervioso.

—No, no ha contestado a la pregunta —admitió Luke—, pero no se me ocurre ningún motivo que justifique su presencia en este remoto lugar. ¿Y a ti?

El androide lanzó un suave gemido electrónico.

—De acuerdo —asintió Luke—, pero rechazar la oferta no nos favorece en nada. Tendremos que mantenernos alerta.

Sacó su desintegrador del otro bolsillo lateral, comprobó su nivel de energía y lo deslizó en la pistolera habilitada en el interior de su traje de vuelo. El comunicador fue a parar a otro bolsillo, si bien ignoraba de qué le iba a servir a bordo del Salvaje Karrde. Ciñó el morral de supervivencia a su cintura con algunas dificultades, debidas al poco espacio que quedaba libre. Por fin, sacó su espada de luz y la sujetó al cinturón.

—Muy bien, caza: tenemos el cilindro dispuesto —dijo la otra voz—. Cuando quiera.

El pequeño muelle de atraque del Salvaje Karrde estaba directamente encima de él, y su puerta exterior se abrió. Luke verificó sus instrumentos, confirmó que existía un pasillo de aire entre ambas naves y respiró hondo.

—Allá vamos, Erredós —dijo, y deslizó la cubierta.

Una leve brisa acarició su rostro cuando las presiones de aire se igualaron. Saltó con cautela y aferró el borde de la cubierta para darse la vuelta. Vio que Erredós había salido de su alvéolo y flotaba sobre el caza, mientras emitía comentarios

acongojados sobre la situación.

—Ya te tengo, Erredós —le tranquilizó Luke, y utilizó la Fuerza para atraer al androide.

Se orientó por última vez, dobló las rodillas y se propulsó hacia fuera.

Llegó a la esclusa de aire situada en la parte posterior del muelle medio segundo antes que Erredós, aferró las correas sujetas a las paredes y detuvo a los dos con suavidad. Alguien les debía de estar observando, porque la puerta exterior se cerró antes de que dejaran de moverse. La gravedad volvió poco a poco, con la suficiente lentitud para que se adaptara a ella, y un momento después se abrió la puerta interior.

Un joven lo esperaba, vestido con un mono de corte extraño.

—Bienvenido a bordo del Salvaje Karrde —dijo con gravedad. Si hace el favor de seguirme, el capitán le recibirá.

Sin esperar a su respuesta, el joven dio media vuelta y se alejó por el curvo pasillo.

—Ven, Erredós —murmuró Luke.

Siguió al tripulante y empleó la Fuerza para inspeccionar la nave.

Aparte de su guía, sólo había cuatro personas más a bordo, todas en las secciones delanteras. Detrás, en las secciones de popa…

Meneó la cabeza, con el fin de aclarar su percepción. No sirvió de nada; las secciones de popa se negaban a revelarle sus secretos. Un efecto posterior de la larga hibernación, tal vez. Estaba seguro de que no había tripulantes o androides en esa zona, y era todo cuanto necesitaba saber de momento.

El guía les condujo hasta una puerta, que se abrió cuando el joven se apartó a un lado.

—El capitán Karrde le recibirá ahora —dijo el tripulante, y agitó la mano en dirección a la puerta abierta.

—Gracias.

Luke entró en la habitación, con Erredós pisándole los talones. Era una especie de despacho, pequeño. Casi todo el espacio de las paredes estaba ocupado por aparatos de comunicación muy sofisticados. En el centro había una combinación de escritorio y consola bastante grande, y sentado detrás, con la vista clavada en Luke, un hombre delgado, de rostro enjuto, corto cabello oscuro y pálidos ojos azules.

—Buenas noches —dijo con voz fría, cuidadosamente modulada—. Soy Talon Karrde. —Sus ojos examinaron a Luke de pies a cabeza. Y usted, si no me equivoco, es el comandante Luke Skywalker.

Luke le miró fijamente. ¿Cómo demonios…?

—Ciudadano Skywalker —le corrigió, procurando mantener la voz serena—. Dimití de mi cargo en la Alianza hace casi cuatro años.

Una sombra de sonrisa aleteó en las comisuras de la boca de Karrde.

—Acepto la corrección. Debo decir que ha encontrado un buen lugar para mantenerse alejado de todo.

Era una pregunta indirecta, pero no menos evidente.

—Una pequeña escaramuza con un Destructor Estelar imperial a medio año luz de distancia, más o menos.

—Ah —dijo Karrde, sin que Luke percibiera la menor sorpresa—. Sí, el Imperio sigue muy activo en esta parte de la galaxia. En los últimos tiempos, se está expandiendo mucho. —Ladeó la cabeza, sin apartar la vista de Luke en ningún momento—. Supongo que ya lo habrá notado. Por cierto, parece que, a fin de cuentas, podremos remolcar su nave. Están preparando los cables.

—Gracias.

Los pelos de la nuca de Luke se erizaron. Pirata o contrabandista, Karrde debería haber reaccionado con más energía al saber que un Destructor Estelar se hallaba en la zona. A menos que hubiera llegado a un compromiso con los imperiales, por supuesto.

—Permita que le dé las gracias por rescatarnos —continuó Luke—. Erredós y yo hemos tenido mucha suerte de encontrarles.

—¿Y Erredós es…? Ah, claro, su androide astromec. —Los ojos azules destellaron un instante—. Debe de ser usted un formidable guerrero, Skywalker. Escapar de un Destructor Estelar imperial no es moco de pavo, aunque imagino que un hombre como usted está acostumbrado a causar problemas a los imperiales.

—Ya no suelo frecuentar el frente, capitán. Aún no me ha contado cómo vino a parar aquí, o cómo ha sabido quién era yo.

Otra semisonrisa.

—¿Con una espada de luz ceñida al cinto? —preguntó con ironía—. Vamos, vamos. O era Luke Skywalker, o un Jedi, o alguien aficionado a las antigüedades y con una opinión insufriblemente elevada sobre su destreza con la espada. —Los ojos azules examinaron una vez más a Luke de arriba abajo—. De todos modos, no es como yo pensaba. Supongo que no es sorprendente. Todo lo concerniente a los Jedi ha sido tan deformado por los mitos y la ignorancia que resulta casi imposible hacerse una imagen precisa.

El timbre de alarma que sonaba en el fondo de la mente de Luke aumentó de intensidad.

—Da la impresión de que esperaba encontrarme aquí —dijo.

Adoptó una posición de combate y dejó que sus sentidos se expandieran. Los cinco tripulantes continuaban más o menos en el mismo sitio de antes, hacia la parte de proa de la nave. Nadie, excepto Karrde, se encontraba lo bastante cerca como para constituir una amenaza inmediata.

—Así es, de hecho —admitió con calma Karrde—. Fue mi ayudante Mara Jade

quien nos condujo hasta aquí. —Inclinó la cabeza un poco hacia la derecha—. En estos momentos está en el puente.

Hizo una pausa, a la espera. Luke sabía que podía ser un engaño, pero la insinuación de que alguien había sentido su presencia desde años luz de distancia era demasiado intrigante para pasarlo por alto. Luke, sin dejar de prestar atención a lo que le rodeaba, proyectó una parte de su mente hacia el puente del Salvaje Karrde. Manejaba el timón la joven con la que había hablado antes desde el caza. A su lado, un hombre de mayor edad se dedicaba a efectuar cálculos con el ordenador de la nave. Y sentada detrás de ellos…

El contacto con aquella mente le sacudió como alcanzado por una corriente eléctrica.

—Sí, es ella —confirmó Karrde, casi con indiferencia—. Lo esconde muy bien, en realidad, aunque es difícil ocultarlo a un Jedi, supongo. Tardé varios meses de minuciosa observación en llegar a la conclusión de que albergaba esos sentimientos hacia usted, y sólo hacia usted.

A Luke le costó un segundo encontrar la voz. Nunca jamás había recibido semejante descarga de negro y amargo odio, ni siquiera del emperador.

—No la conozco —musitó Luke.

—¿No? —Karrde se encogió de hombros—. Qué pena. Confiaba en que usted me contara por qué le detesta de esa manera. Bien —se puso en pie—, parece que de momento no hay nada más de qué hablar… Debo confesarle que lamento profundamente lo que va a suceder.

Luke, guiado por un reflejo, lanzó su mano hacia la espada de luz. Apenas había iniciado el movimiento, cuando el impacto de un arma aturdidora le alcanzó por detrás.

Había métodos Jedi para combatir la inconsciencia, pero todos exigían una fracción de segundo, como mínimo, de preparación, una fracción de segundo que no se permitió a Luke. Notó que caía, oyó los frenéticos chillidos de Erredós a lo lejos, y se preguntó, con su último pensamiento consciente, cómo demonios se las había arreglado Karrde para hacerle aquello.

Capítulo 19

Despertó poco a poco, por etapas, sólo consciente de que yacía de espaldas y se sentía fatal.

Lenta y gradualmente, la niebla empezó a concretarse en sensaciones más localizadas. El aire era caliente y húmedo, una ligera y cambiante brisa transportaba varios olores desconocidos. La superficie que tenía debajo mostraba el aspecto firme/suave de una cama; la sensación general de su piel y boca daba a entender que había dormido durante varios días.

Las implicaciones de aquellas ideas tardaron otro minuto en atravesar la niebla mental que obturaba su cerebro. Más de una o dos horas sobrepasaba las capacidades de cualquier arma aturdidora que él conocía. Estaba claro que, después de ser alcanzado, le habían drogado.

Sonrió para sí. Karrde debía de esperar que se mantuviera incapacitado durante más tiempo, y Karrde se iba a llevar una sorpresa. Obligó a su mente a concentrarse, empleó la técnica Jedi para eliminar venenos, y aguardó a que la niebla se disipara.

Tardó un rato en darse cuenta de que no pasaba nada.

En algún momento, había vuelto a dormirse, y cuando se despertó su mente estaba lúcida por completo. Parpadeó, cuando la luz del sol le dio en la cara, abrió los ojos y levantó la cabeza.

Yacía en la cama, vestido todavía con el traje de vuelo, en una pequeña habitación, pero cómodamente amueblada. Frente a él había una ventana abierta, por donde se colaba la brisa perfumada que ya había notado. Por la ventana divisó la linde de un bosque, a unos cincuenta metros de distancia, sobre el cual flotaba un sol anaranjado, con matices amarillentos, aunque no supo decir si salía o se ponía. Los muebles de la habitación no recordaban en nada a los de una celda.

—¿Ya te has despertado? —preguntó la voz de una mujer, a su lado.

Luke, sobresaltado, volvió la cabeza hacia la voz. Su primera idea fue que no había sentido su presencia; la segunda, que se trataba de un pensamiento ridículo, y que la voz debía de surgir de un intercomunicador o un altavoz.

Cuando terminó de mover la cabeza, descubrió que su primera idea había sido la correcta.

Estaba sentada en una silla de respaldo alto, con las manos apoyadas sobre los brazos del mueble, en una postura que le resultó extrañamente familiar. Una mujer esbelta, de la misma edad que Luke, lustroso cabello rojo-dorado y brillantes ojos

verdes. Tenía las piernas cruzadas. Un desintegrador compacto, de aspecto mortífero, descansaba sobre su regazo.

Un auténtico ser humano…, pero, por imposible que pareciera, no la sentía.

La confusión debió de transparentarse en su rostro.

—No te equivocas —dijo la mujer, y le dedicó una sonrisa. No fue una sonrisa cordial, ni siquiera educada, sino una mezcla de amargura y malévola diversión—. Bienvenido al mundo de los simples mortales.

Y con una nueva descarga de adrenalina, Luke se dio cuenta de que el extraño velo mental no sólo se limitaba a ella. No sentía nada. Ni a la gente, ni a los androides, ni al bosque que se extendía al otro lado de la ventana.

Era como si se hubiera quedado ciego.

—No te gusta, ¿verdad? —se burló la mujer—. Es duro perder de repente lo que te convertía en un ser especial, ¿no?

Luke pasó las piernas por encima de la cama, lenta y cautelosamente, y se incorporó. Concedió todo el tiempo posible a su cuerpo para que se acostumbrara a moverse de nuevo. La mujer le contempló y su mano derecha se posó sobre el desintegrador.

—Si el propósito de toda esta actividad es impresionarme con tus notables poderes de recuperación, no hace falta que te molestes.

—Nada tan tortuoso —advirtió Luke, respirando con fuerza—. El propósito de toda esta actividad es ponerme en pie. —La miró directamente a los ojos, y se preguntó si su mirada la afectaría—. No me lo digas; deja que lo adivine. Eres Mara Jade.

—Eso tampoco me impresiona —replicó ella con frialdad—. Karrde ya me ha dicho que te mencionó mi nombre.

Luke asintió.

—También me dijo que tú habías localizado mi caza. Muchas gracias.

Los ojos de la joven relampaguearon.

—Ahórrate tu gratitud —ladró—. En lo que a mí concierne, la única duda que me queda es si te entregamos a los imperiales o te matamos nosotros.

Se incorporó de repente, con el desintegrador preparado.

—De pie. Karrde quiere verte.

Luke se levantó con cautela y, mientras lo hacía, reparó por primera vez en que Mara había ceñido a su cinto la espada de luz. ¿Era una Jedi? ¿Lo bastante poderosa para anular las capacidades de Luke?

—No considero atractiva ninguna de ambas opciones —contestó.

—No hay más.

Mara avanzó medio paso y se acercó lo suficiente para que Luke pudiera tocarla si extendía el brazo. Levantó el desintegrador y apuntó a su cara.

—Intenta escapar, y te mataré en el acto.

Se quedaron inmóviles un largo momento. El odio destelló de nuevo en aquellos ojos, pero Luke distinguió algo más, aparte de la cólera. Algo similar a un profundo e inalterado dolor.

Permaneció inmóvil. Casi a regañadientes, la mujer bajó el desintegrador.

—Muévete. Karrde te espera.

La habitación de Luke estaba al final de un largo pasillo, flanqueado por puertas idénticas, dispuestas a intervalos regulares. Una especie de cuartel, decidió, mientras salían y atravesaban un claro cubierto de hierba y se dirigían a un edificio grande, de techo alto. Varios edificios más se agrupaban alrededor de este último, incluyendo otro cuartel, un puñado de almacenes y un hangar. Alrededor de éste había una docena de astronaves, dos cruceros como el Salvaje Karrde y varios vehículos de menor tamaño, algunos ocultos en el bosque, que rodeaba el conjunto de edificaciones por todas partes. Detrás de un crucero distinguió el morro de su caza. Se le ocurrió preguntar a Mara qué había sido de Erredós, pero decidió reservar la pregunta para Karrde.

Llegaron al edificio central y Mara se adelantó para activar la placa sensora colocada junto a la puerta.

—Está en el gran salón —dijo, cuando el panel se deslizó a un lado—. Sigue recto.

Se internaron en un largo pasillo y pasaron frente a un comedor de grandes dimensiones y una sala de recreo. Una puerta situada al final del pasillo se abrió cuando se acercaron. Mara le invitó a entrar…

Y penetró en una escena surgida de las antiguas leyendas.

Luke permaneció un momento inmóvil en el umbral, asombrado. La sala era grande y espaciosa, de techo transparente, surcado por una telaraña de vigas labradas. Las paredes estaban hechas de madera marrón oscuro, y una intensa luz azul se colaba por los intersticios. Contaba con otros lujos dispersos al azar: una pequeña escultura en un lado, un artefacto alienígena irreconocible en otro. Butacas, sofás y amplios almohadones estaban dispuestos en círculos bien separados, aptos para la conversación, y proporcionaban a la estancia un aire relajado, casi informal.

Pero todo esto era secundario, porque toda la atención de Luke estaba concentrada en el árbol que se alzaba en el centro de la sala. No era un árbol pequeño, como los que bordeaban uno de los vestíbulos del palacio imperial, sino enorme, de un metro de diámetro en la base, y se elevaba desde una zona de tierra hasta atravesar el techo transparente y desaparecer por arriba. Gruesas ramas que brotaban a unos dos metros del suelo se extendían a lo largo y ancho de la sala; algunas casi tocaban las paredes, como brazos extendidos para abarcar todo cuanto había a la vista.

—Ah, Skywalker —dijo una voz frente a él.

Luke bajó la vista con un esfuerzo y vio a Karrde, sentado en una butaca dispuesta en la base del árbol. A cada lado había un cuadrúpedo acuclillado. Sus hocicos, vagamente perrunos, apuntaban en dirección a Luke.

—Venga a reunirse conmigo.

Luke tragó saliva y caminó hacia él. Recordaba historias de su infancia, referentes a fortalezas en cuyo centro crecían árboles. Historias aterradoras, llenas de peligros, angustias y miedo.

Y en cada historia, la fortaleza albergaba el mal.

—Bienvenido a la tierra de los vivos —dijo Karrde, cuando Luke se acercó. Cogió un jarro de plata de la mesilla situada a su lado y sirvió un líquido rojizo en un par de copas—. Debo disculparme por haberle mantenido dormido tanto tiempo, pero comprenderá sin duda los problemas que causa mantener quieto a un Jedi en su encierro.

—Por supuesto —contestó Luke, su atención fija en los animales que flanqueaban la butaca de Karrde. Seguían mirándole con molesto interés—. Claro que, si me lo hubiera pedido con educación habría accedido de muy buen grado.

Una leve sonrisa paseó por los labios de Karrde.

—Puede que sí, y puede que no. —Indicó la butaca situada frente a él—. Siéntese, por favor.

Luke avanzó, pero uno de los animales se alzó un poco sobre sus cuartos traseros, y emitió un extraño ronroneo.

—Tranquilo, Sturm —le reprendió Karrde, mirando al animal—. Este hombre es nuestro invitado.

El animal siguió contemplando fijamente a Luke, sin hacerle el menor caso.

—Me parece que no le cree —insinuó con cautela Luke.

El segundo animal emitió otro ronroneo.

—Quizá no. —Karrde cogió a los animales por el collar y paseó la vista por la sala—. ¡Chip! —gritó, en dirección a tres hombres que conversaban en uno de los círculos dispuestos a tal efecto—. ¿Quieres llevártelos, por favor?

—Claro. —Un hombre de edad madura, con el pelo cortado estilo froffli, se levantó—. Vamos, amiguitos —gruñó. Cogió a los animales por los collares y se los llevó—. Vamos a dar un paseo, ¿eh?

—Le ruego me disculpe, Skywalker —dijo Karrde, con el ceño levemente fruncido—. Suelen portarse mejor con nuestros invitados. Siéntese, por favor.

Luke se acomodó y aceptó la copa que Karrde le ofrecía. Mara pasó junto a su butaca y se quedó de pie al lado de su jefe. Luke observó que había guardado el desintegrador en una funda sujeta a su muñeca izquierda, casi tan accesible como si lo sostuviera en la mano.

—Es algo estimulante —comentó Karrde, indicando con un cabeceo la copa de Luke—. Le ayudará a despejarse.

Tomó un sorbo de su copa y la dejó sobre la mesilla.

Luke bebió un poco. Tenía buen sabor, y en cualquier caso, si Karrde quería drogarle, no utilizaría un subterfugio tan infantil.

—¿Le importaría decirme dónde está mi androide?

—Oh, se encuentra en perfecto estado —le tranquilizó Karrde—. Está a buen recaudo, en un cobertizo de maquinaria.

—Me gustaría verle, si es posible.

—No creo que haya ningún problema, pero más tarde. —Karrde se reclinó en su asiento y finas arrugas aparecieron en su frente—. Quizá después de haber decidido qué vamos a hacer exactamente con usted.

Luke miró a Mara.

—Su ayudante mencionó las posibilidades. Quizá yo podría añadir otra a la lista.

—¿Enviarle de vuelta a casa? —sugirió Karrde.

—Con la debida compensación, por supuesto —le aseguró Luke—. El doble de lo que ofrece el Imperio, digamos.

—Es usted muy generoso con el dinero de los demás —dijo con sequedad Karrde —. El problema, por desgracia, no es económico, sino político. Nuestras operaciones tienen lugar dentro del espacio del Imperio, y también de la República. Si el Imperio descubriera que le hemos devuelto a la República, se disgustaría muchísimo con nosotros.

—Lo mismo ocurrirá si me entrega al Imperio —señaló Luke.

—Es verdad, pero teniendo en cuenta los daños sufridos por la antena subespacial de su caza, es presumible que la República no tenga ni idea de su paradero. El Imperio sí, por desgracia.

—Y no es lo que podrían ofrecer —intervino Mara—, sino lo que han ofrecido: treinta mil.

Luke se humedeció los labios.

—No tenía idea de que fuera tan valioso.

—Usted podría ser la diferencia entre la solvencia y la ruina para cualquier empresario marginal —explicó Karrde—. En este momento, habrá docenas de naves desperdigadas por el espacio, que se han olvidado de citas y compromisos previos para darle caza. —Sonrió—. Empresarios que no han dedicado ni un momento a pensar en cómo retendrían a un Jedi si le atraparan.

—Su método parece funcionar de primera —contestó Luke—. Supongo que no querrá decirme cómo lo ha logrado.

Karrde volvió a sonreír.

—Secretos de tal magnitud valen muchísimo dinero. ¿Posee algún secreto de

igual valor para negociar?

—Probablemente no, pero le repito que la Nueva República estaría dispuesta a pagarle lo que pidiera.

Karrde sorbió su bebida y miró a Luke por encima de la copa, con aire pensativo.

—Le propongo un trato —dijo, mientras volvía a dejar la copa sobre la mesilla—. Usted me dice por qué el Imperio se ha interesado tan de repente por usted, y yo le revelo por qué no funcionan sus poderes Jedi.

—¿Por qué no se lo pregunta directamente a los imperiales?

Karrde sonrió.

—No, gracias. No quiero que se hagan preguntas sobre mi repentino interés, sobre todo después de que dejáramos de lado compromisos previos, cuando solicitaron que le capturásemos.

Luke frunció el ceño.

—¿No iban ustedes en mi busca?

—No. —Karrde torció los labios—. Una de esas pequeñas ironías que hacen la vida tan interesante. Volvíamos de recoger un cargamento, cuando Mara nos sacó del hiperespacio, guiada por un impulso, para efectuar una lectura de instrumentos.

Luke estudió la expresión impenetrable de Mara.

—Qué afortunada casualidad —dijo.

—Tal vez —reconoció Karrde—. El resultado fue meternos de cabeza en medio de la situación que yo esperaba evitar.

Luke extendió las manos, con las palmas levantadas.

—Pues déjeme marchar y finja que nada de esto ha sucedido. Le doy mi palabra de que guardaré el secreto.

—El Imperio terminaría por descubrirlo. —Karrde meneó la cabeza—. Su nuevo comandante posee una enorme habilidad para relacionar diversas informaciones. No, creo que su única esperanza es llegar a una solución de compromiso. Una forma de dejarle marchar, al tiempo que proporcionamos al Imperio lo que desea. —Ladeó la cabeza—. Lo cual nos conduce de nuevo a mi primera pregunta.

—Y a la primera respuesta. No sé qué quiere de mí el Imperio. —Vaciló, pero Leia ya estaría a salvo del Imperio a estas alturas—. Sin embargo, puedo decirle que no sólo me buscan a mí. Han intentado en dos ocasiones apoderarse de mi hermana Leia.

—¿Han tratado de asesinarla?

Luke reflexionó.

—No creo. La que yo presencié olía más a secuestro.

—Interesante —murmuró Karrde, entornando los ojos—. Leia Organa Solo. Que se está preparando para ser Jedi, como su hermano. Eso podría explicar… ciertas acciones recientes del Imperio.

Luke aguardó, pero al cabo de un momento comprendió que Karrde no iba a dar más explicaciones.

—Ha hablado de un compromiso —recordó a su interlocutor.

Karrde pareció volver a la realidad.

—Sí, en efecto —respondió—. Se me ha ocurrido que el Imperio podría estar interesado en la posición privilegiada que ocupa usted en la Nueva República, que tal vez deseen información sobre los proyectos del Consejo Provisional. En tal caso, podríamos llegar al compromiso de dejarle en libertad, y entregar su androide R2 a los imperiales para que le interroguen.

A Luke se le hizo un nudo en el estómago.

—No les serviría de nada —dijo, con la mayor indiferencia posible. La idea de que Erredós fuera vendido como esclavo al Imperio…—. Erredós no ha asistido jamás a ninguna reunión del Consejo.

—Pero posee grandes conocimientos sobre su personalidad —señaló Karrde—, al igual que sobre su hermana, su marido y varios miembros importantes de la Nueva República. —Se encogió de hombros—. Es una cuestión discutible, por supuesto. El hecho de que se hayan concentrado en el Jedi y el Jedi potencial de la Nueva República significa que no buscan tan sólo información. ¿Dónde tuvieron lugar esos dos ataques?

—El primero en Bimmisaari, y el segundo en Bpfassh.

Karrde asintió.

—Tenemos un contacto en Bpfassh. Le pediremos que haga algunas averiguaciones sobre los imperiales. Hasta entonces, me temo que deberá quedarse aquí como nuestro huésped.

Parecía una despedida.

—Permita que deje bien clara una cosa antes de irme —dijo Luke—. Independientemente de lo que me suceda, o de lo que le suceda a Leia, el Imperio está perdido. La Nueva República abarca más planetas que el antiguo Imperio, y ese número aumenta a cada día que pasa. A la larga, venceremos, aunque sólo sea por la fuerza numérica.

—Tengo entendido que eso mismo dijo el emperador en relación con su Rebelión —replicó con sequedad Karrde—. Ése es el quid de la cuestión, ¿no? A pesar de que el Imperio se vengará de mí si no le entrego, da la impresión de que la Nueva República tiene todas las de ganar.

—Sólo si él y su hermana están libres para apoyar a Mon Mothma —declaró con desprecio Mara—. Si no…

—Si no, el tiempo que transcurrirá antes del fin no está tan claro —admitió Karrde—. En cualquier caso, gracias por concederme su tiempo, Skywalker. Espero que no tardaremos mucho en tomar una decisión.

—Por mí, no se apresure. Valdrá la pena pasar unos días en un planeta tan agradable.

—Ni lo piense —le advirtió Karrde—. Mis dos vornskrs tienen un gran número de parientes en el bosque, parientes que no han gozado de los beneficios de la domesticación moderna.

—Entiendo —dijo Luke.

De todos modos, si conseguía escapar del campamento de Karrde y eliminar la extraña interferencia que utilizaban contra él…

—Y no cuente con que sus habilidades Jedi le van a proteger —añadió Karrde, casi con languidez—. Estará igual de indefenso en el bosque. Tal vez más. —Contempló el árbol que se alzaba hacia el cielo—. Al fin y al cabo, hay muchos más ysalamiri ahí fuera que aquí dentro.

—¿Ysalamiri?

Luke siguió su gesto y, por primera vez, reparó en el esbelto ser pardogrisáceo que colgaba de una rama, sobre la cabeza de Karrde.

—¿Qué es eso?

—El motivo que le obliga a quedarse donde le pusimos —explicó Karrde—. Por lo visto, poseen la extraña capacidad de repeler la Fuerza, de crear burbujas, como si dijéramos, donde la Fuerza no existe.

—Nunca había oído hablar de ellos.

Luke se preguntó si Karrde decía la verdad. Ni Yoda ni Ben habían mencionado nunca la existencia de seres semejantes.

—Poca gente lo sabe —admitió Karrde—, y la mayoría de los que conocían el secreto en tiempos pasados prefirieron guardarlo. Los Jedi de la Antigua República evitaban el planeta por motivos obvios, por eso muchos grupos de contrabandistas establecieron sus bases aquí. Después de que los Jedi fueran destruidos por el emperador, la mayoría de los grupos se marcharon, pues preferían estar más cerca de sus mercados potenciales. Ahora que los Jedi vuelven a surgir —cabeceó en dirección a Luke—, es posible que algunos regresen, aunque me atrevería a decir que a la gente en general no le gustaría.

Luke examinó el árbol. Ahora que ya sabía lo que debía buscar, vio a varios ysalamiri más, enroscados en las ramas.

—¿Por qué cree que los ysalamiri, y no otra cosa, son los responsables de repeler la Fuerza?

—En parte, por las leyendas locales. En especial, por el hecho de que usted se encuentre ahora hablando conmigo. ¿Cómo, si no, habría podido un hombre muy nervioso, provisto de un arma aturdidora, deslizarse detrás de un Jedi sin que éste se diera cuenta?

Luke comprendió por fin.

—¿Llevaba ysalamiri a bordo del Salvaje Karrde?

—Correcto. Por pura casualidad, de hecho. Bien… —Levantó la vista hacia Mara—. Quizá no del todo.

Luke miró de nuevo al ysalamir suspendido sobre la cabeza de Karrde.

—¿Cuál es la extensión de esa burbuja?

—De hecho, creo que nadie lo sabe. La leyenda afirma que un ysalamir proyecta burbujas que abarcan de uno a diez metros de diámetro, pero cuando se agrupan forman burbujas mucho más grandes, como si se reforzaran mutuamente. Tal vez acepte el honor de participar en algunos experimentos relacionados con esos seres, antes de marcharse.

—Tal vez, aunque eso dependerá de la dirección a que me dirija en ese momento.

—Eso pensaba. Bien, imagino que tendrá ganas de cambiarse; lleva viviendo en ese traje de vuelo varios días. ¿Ha traído alguna muda?

—Hay un maletín en el compartimento de carga de mi caza. Gracias por traerlo, a propósito.

—Procuro no tirar nada que algún día pueda ser útil. Le enviaré sus cosas en cuanto mis ayudantes hayan comprobado que no hay armas ocultas u otros aparatos entre ellas. —Sonrió—. Dudo que un Jedi se tome semejantes molestias, pero prefiero que se verifique. Buenas noches, Skywalker.

Mara había empuñado de nuevo su diminuto desintegrador.

—Vámonos —dijo, moviendo el arma.

Luke se levantó.

—Permítame que le plantee otra opción —dijo a Karrde—. Si decide fingir que nada de esto ha sucedido, podría devolverme, junto con Erredós, al lugar donde nos encontró. Me arriesgaré a ser localizado por los demás buscadores.

—¿Incluyendo a los imperiales?

—Incluyendo a los imperiales.

Una leve sonrisa se insinuó en los labios de Karrde.

—Podría llevarse una sorpresa, pero no olvidaré la opción.

El sol había desaparecido detrás de los árboles y el cielo estaba mucho más oscuro cuando Mara le escoltó a través del recinto.

—¿Me he perdido la cena? —preguntó Luke, mientras caminaban por el pasillo hacia su habitación.

—Te traerán algo —contestó la joven, con una especie de gruñido.

—Gracias. —Luke contuvo la respiración—. No sé por qué te caigo tan mal…

—Cierra el pico —le interrumpió Mara—. No quiero ni oírte.

Luke hizo una mueca y obedeció. Llegaron a la habitación y Mara le empujó hacia el interior.

—La ventana no tiene cerradura —advirtió—, pero sí una alarma. Intenta salir, y habrá apuestas por ver quién te coge antes, los vornskrs o yo. —Sonrió burlonamente —. Pero no me creas al pie de la letra. Pruébalo.

Luke miró a la ventana, y después a Mara.

—Paso, gracias.

La mujer se marchó sin decir nada más y cerró la puerta a su espalda. Se oyó el «clic» de una cerradura electrónica, y luego se hizo el silencio.

Luke se acercó a la ventana y escudriñó el exterior. Se veían luces en otras ventanas de los barracones, aunque no había visto en su edificio. Lo cual era lógico. Tanto si Karrde decidía entregarle al Imperio o dejarle en libertad, cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Tanto más si Karrde seguía el consejo de Mara y le mataba.

Se apartó de la ventana y caminó hacia su cama, reprimiendo el miedo que pugnaba por abrirse paso en su interior. Desde que se había enfrentado al emperador, nunca se había sentido tan indefenso. O en una situación de indefensión total.

Respiró hondo. «Para los Jedi no existen emociones, sino sólo paz». Sabía que debía existir alguna manera de huir.

Todo cuanto tenía que hacer era seguir con vida hasta descubrirla.

Capítulo 20

—No, le aseguro que todo va bien —dijo Cetrespeó con la voz de Leia, con el aspecto más desdichado bajo sus auriculares que un androide podría tener—. Han y yo hemos decidido que podríamos ir a echar un vistazo al sistema de Abregado.

—Entiendo, Alteza. —La voz de Winter sonó en el altavoz del Halcón. Han percibió cansancio y tensión en su tono—. De todas maneras, le recomiendo que no permanezca ausente demasiado tiempo.

Cetrespeó miró a Han, impotente.

—Volveremos pronto —murmuró Han en el intercomunicador.

—Volveremos pronto —repitió Cetrespeó en el micrófono del Halcón.

—Sólo quiero examinar…

—Sólo quiero examinar…

—… la infraestructura manufacturera…

—… la infraestructura manufacturera…

—… de Gados.

—… de Gados.

—Sí, Alteza —dijo Winter—. Transmitiré esta información al Consejo. Estoy segura de que les complacerá. —Hizo una pausa, apenas perceptible—. Me pregunto si podría hablar con el capitán Solo un momento.

Lando hizo una mueca desde el otro lado de la cabina. «Lo sabe», dijo en silencio, moviendo los labios.

«Ni hablar», contestó Han del mismo modo. Miró a Cetrespeó y asintió.

—Por supuesto —dijo el androide, suspirando de alivio—. ¿Han?

Han conectó su comunicador.

—Aquí estoy, Winter. ¿Qué pasa?

—Me gustaría saber si tiene idea de cuándo regresarán la princesa Leia y usted. El almirante Ackbar, en concreto, se ha interesado por ambos.

Han frunció el ceño. Ackbar no había intercambiado ni dos palabras con él, aparte de los asuntos oficiales, desde que había renunciado al puesto de general, meses antes.

—Dale las gracias al almirante por su interés —dijo a Winter, eligiendo las palabras con suma cautela—. ¿Se encuentra bien?

—Como de costumbre. Tiene algunos problemas familiares, ahora que el colegio

ha empezado.

—¿Riñas entre los niños? —sugirió Han.

—Discusiones a la hora de irse a dormir, sobre todo. Problemas con el más pequeño, sobre quién va a leerle, por ejemplo. Ya me entiende.

—Sí. Conozco muy bien a los niños. ¿Y los vecinos? ¿Aún tiene problemas con ellos?

Se produjo una breve pausa.

—No… No estoy muy segura. No me ha comentado nada. Le preguntaré, si quiere.

—No tiene importancia. Mientras la familia vaya bien… Eso es lo único que importa.

—Estoy de acuerdo. En cualquier caso, creo que sólo quería enviarle recuerdos.

—Gracias por transmitirme el mensaje. —Desvió la vista hacia Lando—. Dígale que no tardaremos mucho. Iremos a Abregado, echaremos un vistazo a un par de sitios más, y regresaremos.

—Muy bien. ¿Algo más?

—No… Sí —se corrigió Han—. ¿Cómo se desarrolla el programa de ayuda a los bpfasshi?

—¿Aquellos tres sistemas que el Imperio atacó?

—Exacto.

Y en donde Leia y él habían tenido su segundo encuentro con aquellos secuestradores alienígenas de piel gris, pero era absurdo insistir en ese detalle.

—Deje que llame al menú apropiado… Va razonablemente bien. Hubo algunos problemas con los envíos de suministros, pero parece que ya se han solucionado.

Han frunció el ceño.

—¿Qué hizo Ackbar, desenterrar de algún sitio naves contenedoras apolilladas?

—Tuvo otra idea, de hecho —replicó Winter con sequedad—. Cogió algunos acorazados, sobre todo Cruceros Estelares y Fragatas de Ataque, redujo la tripulación al mínimo indispensable, puso más androides, y los convirtió en cargueros.

Han hizo una mueca.

—Espero que les haya proporcionado buenas escoltas. Cruceros Estelares vacíos serían estupendos blancos de práctica para los imperiales.

—Estoy segura de que lo ha tenido en cuenta —le tranquilizó Winter—. El puerto orbital y los arsenales de Sluis Van están muy bien defendidos.

—No estoy seguro de que haya nada bien defendido últimamente —contestó con amargura Han—. Al menos, mientras los imperiales anden sueltos. Bien, he de dejarla. Hablaremos otro día.

—Buen viaje. Adiós, Alteza.

Lando chasqueó los dedos en dirección al androide.

—Adiós, Winter —dijo Cetrespeó.

Han movió la mano a la altura de la garganta y Lando cortó el transmisor.

—Si esos Cruceros Estelares fueron construidos con sistemas auxiliares, no hace falta cargarlos de androides para transformarlos en cargueros —señaló.

—Sí —cabeceó Han, sin apenas escuchar las palabras de Lando—. Bien, hemos de volver lo antes posible. —Saltó del asiento y verificó su desintegrador—. Algo se está cociendo en Coruscant.

—¿Te refieres a esa historia sobre la familia de Ackbar? —preguntó Lando, mientras se ponía en pie.

—Exacto. —Han se dirigió hacia la escotilla del Halcón—. Si he entendido bien a Winter, parece que Fey'lya ha empezado a invadir el territorio de Ackbar. Ven, Cetrespeó. Cerrarás la escotilla cuando hayamos salido.

—Capitán Solo, debo protestar enérgicamente por esta farsa —dijo el androide, corriendo detrás de Han—. Pienso que suplantar la personalidad de la princesa Leia…

—Muy bien, muy bien —le acalló Han—. En cuanto regresemos, le diré a Lando que elimine el programa.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó Lando, cuando se reunió con Han en la escotilla—. ¿No le has dicho a Winter…?

—Por si alguien nos escuchaba. Volveremos en cuanto hayamos establecido este contacto. Hasta es posible que pasemos por Kashyyyk para recoger a Leia.

Lando silbó por lo bajo.

—¿Tan mal?

—Es difícil precisarlo —tuvo que admitir Han, mientras abría la puerta. La rampa descendió con suavidad hacia la polvorienta permcreta—. Lo que no he entendido es esa parte de leer al niño por la noche. Quizá se refiera a la labor de inteligencia que Ackbar ha compaginado con el cargo de comandante supremo, o algo peor. Puede que Fey'lya vaya a por todo el lote.

—Winter y tú tendríais que haber inventado un código verbal mejor —dijo Lando, mientras bajaban por la rampa.

—Tendríamos que haber inventado un código verbal, punto —gruñó Han—. Durante tres años he pensado en sentarme con ella y Leia para concretar uno. Nunca lo he hecho.

—Bien, si te sirve de ayuda, el análisis no carece de lógica —dijo Lando, mientras paseaba la vista alrededor del muelle de atraque—. Coincide con los rumores que han llegado a mis oídos. Supongo que los vecinos a los que os referíais era el Imperio…

—Exacto. Winter se habrá enterado de algo, si Ackbar ha conseguido localizar las filtraciones en seguridad.

—En ese caso, ¿no será peligroso volver? —preguntó Lando, mientras caminaban hacia la salida.

—Sí —admitió Han, y torció los labios—, pero tendremos que correr el riesgo. Sin Leia para actuar de moderadora, Fey'lya es capaz de conseguir del Consejo todo lo que desea.

—Mmmm. —Lando se detuvo al pie de la rampa, que conducía a la salida del muelle de atraque, y levantó la vista—. Confiemos en que éste sea el último contacto.

—De entrada, confiemos en que el tipo aparezca —rectificó Han, y empezó a subir por la rampa.

El espaciopuerto de Abregado-rae se había ganado una terrible reputación entre los pilotos con los que Han había volado en sus días de contrabandista, y ocupaba el último lugar de la lista, junto con lugares como el espaciopuerto de Mos Eisley, en Tatooine. Fue una sorpresa, aunque agradable, descubrir que les esperaba el espectáculo de una ciudad brillantemente iluminada cuando atravesaron la puerta del muelle de aterrizaje.

—Vaya, vaya —murmuró Lando—. ¿Ha llegado por fin la civilización a Abregado?

—Han ocurrido cosas extrañas —concedió Han, mientras paseaba la vista en derredor suyo.

Pulcro y casi dolorosamente limpio, si bien con el mismo aire inconfundible de todos los puertos de carga. El aire de algo no domesticado por completo…

—Oh, oh —dijo Lando en voz baja, mirando hacia adelante—. Parece que va a pasar algo gordo.

Han se volvió. A unos cincuenta metros de la calle que constituía el perímetro del puerto, un pequeño grupo de hombres uniformados, provistos de chalecos blindados y rifles desintegradores, se habían congregado ante otra de las entradas al muelle de aterrizaje. Mientras Han contemplaba la escena, seis hombres entraron, y dejaron a los demás de guardia en la calle.

—Tienes razón —dijo Han, mientras estiraba el cuello para leer el número clavado sobre la puerta. Sesenta y tres—. Esperemos que nuestro contacto no se encuentre aquí. ¿Dónde nos hemos citado con él, por cierto?

—Allí.

Lando señaló un pequeño edificio sin ventanas, encajado en el hueco abierto entre dos mucho más antiguos. Una placa de madera labrada, que exhibía la palabra «LoBue», colgaba sobre la puerta.

—Se supone que hemos de sentarnos a una mesa situada cerca del bar y del casino, y esperar. Vendrá a nuestro encuentro.

El «LoBue» era sorprendentemente grande, teniendo en cuenta su modesta fachada, pues también ocupaba parte del edificio situado a su izquierda. Nada más

pasar la entrada había un grupo de mesas, destinadas a la conversación, que dominaba una pista de baile, pequeña pero muy adornada, desierta en este momento, si bien al fondo sonaba una insufrible variedad de música grabada. En el extremo opuesto de la pista había una hilera de reservados, demasiado oscuros para que Han pudiera ver su interior. La zona del casino se encontraba a la izquierda, separada de la pista por una pared de plástico transparente.

—Creo que el bar está por allí —murmuró Lando—. Justo detrás de las mesas de sabacc, a la izquierda. Será ahí donde quiere que le esperemos.

—¿Habías estado antes aquí? —preguntó Han, mientras avanzaban entre las mesas y subían los escalones.

—En este lugar, no. La última vez que estuve en Abregado-rae fue hace años. Era peor que Mos Eisley, y no me quedé mucho tiempo. —Lando meneó la cabeza—. Independientemente de los problemas que puedas tener con el nuevo gobierno, has de reconocer que han hecho un buen trabajo, limpiando el planeta.

—Sí, bueno, independientemente de los problemas que tú tengas con el nuevo gobierno, dejémoslo correr, ¿vale? —le previno Han—. Por una vez, me gustaría pasar desapercibido.

Lando rió por lo bajo.

—Como quieras.

La iluminación del bar era menos intensa que la del casino, pero aun así suficiente. Eligieron una mesa cercana a las mesas de juego y se sentaron. El holograma de una atractiva muchacha surgió del centro de la mesa.

—Buenas tardes, caballeros —dijo, con agradable acento Básico—. ¿En qué les puedo servir?

—¿Tienen alguna botella de vino Necr’ygor Omic? —preguntó Lando.

—Ya lo creo. Cosechas del 47, 49, 50 y 52.

—Tomaremos media botella del 49 —pidió Lando.

—Gracias, caballeros.

El holograma se desvaneció.

—¿Es la contraseña? —preguntó Han, mientras su mirada vagaba por el casino.

Era media tarde, hora local, pero la mitad de las mesas ya estaban ocupadas. En contraste, el bar estaba casi vacío. Los únicos clientes eran algunos humanos y alienígenas. Por lo visto, beber ocupaba un lugar más bajo que jugar en la lista de los vicios populares de Gados.

—En realidad, no indicó qué debíamos beber —respondió Lando—, pero como me gusta el Necr’ygor Omic…

—Y como Coruscant va a pagar la factura…

—Algo así.

El vino llegó sobre una bandeja servida mediante una compuerta deslizante

dispuesta en el centro de la mesa.

—¿Algo más, caballeros? —preguntó el holograma.

Lando negó con la cabeza. Cogió la botella y las dos copas que la acompañaban.

—Ahora no, gracias.

—A usted.

La chica y la bandeja desaparecieron.

—Bien —dijo Lando, sirviendo el vino—. Creo que deberemos esperar.

—Bien, mientras esperas, echa un vistazo disimulado —indicó Han—. La tercera mesa de sabacc de atrás; cinco hombres y una mujer. Dime si el segundo tipo de la derecha es quien yo me figuro.

Lando levantó la copa de vino hacia la luz, como si examinara su color, y mientras lo hacía se volvió a medias.

—¿No es Fynn Torve?

—Eso creo. He pensado que le habrías visto en fechas más recientes que yo.

—No, desde que tú y yo huimos juntos de Kessel. —Lando enarcó una ceja—. Justo antes de aquella otra gran partida de sabacc —añadió con sequedad.

Han le dedicó una mirada ofendida.

—Ya no estás dolido por lo del Halcón, ¿verdad?

—Bien… —Lando reflexionó—. No, es probable que no. No más dolido que cuando perdí la partida con un aficionado como tú…

—¿Aficionado?

—… pero debo confesar que, durante un tiempo, pasaba las noches en blanco, planeando horribles venganzas. Menos mal que nunca lo hice.

Han volvió a mirar hacia la mesa de sabacc.

—Si te sirve de consuelo… Si yo no te hubiera ganado el Halcón, es posible que ahora no estuviéramos sentados aquí. La primera Estrella de la Muerte del Imperio se habría apoderado de Yavin, para después desmembrar la Alianza planeta por planeta. Y habría sido el fin.

Lando se encogió de hombros.

—Puede que sí, y puede que no. Con gente como Leia y Ackbar al mando…

—Leia habría muerto —le interrumpió Han—. Ya iba camino de la ejecución cuando Luke, Chewie y yo la sacamos de la Estrella de la Muerte.

El recuerdo le provocó escalofríos. Había estado muy cerca de perderla para siempre. Y jamás habría sabido lo que había perdido. Y ahora que lo sabía…, aún podía perderla.

—Estará bien, Han —dijo Lando en voz baja—. No te preocupes. —Meneó la cabeza—. Ojalá supiera por qué los imperiales querían capturarla.

—Yo sé lo que quieren —gruñó Han—. Quieren a los gemelos.

Lando le miró, asombrado.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de todo lo demás. ¿Por qué no utilizaron armas aturdidoras cuando nos tendieron la emboscada en Bpfassh? Porque había más de un cincuenta por ciento de posibilidades de provocar un aborto.

—Parece razonable —admitió Lando, malhumorado—. ¿Lo sabe Leia?

—No lo sé. Es probable.

Miró hacia las mesas de sabacc. La alegre decadencia de la escena le deprimió de repente. Si Torve era el contacto de Karrde, que se dejara de tonterías y fuera al grano. No había muchas posibilidades donde elegir.

Sus ojos se apartaron del casino, vagaron hacia el bar… y se detuvieron. Sentados en un extremo, a una mesa oculta por las sombras, había tres hombres.

Los puertos de carga siempre tenían un aire inconfundible, una combinación de ruidos, olores y vibraciones que todos los pilotos veteranos reconocían al instante. Los oficiales de seguridad planetaria también poseían un algo inconfundible.

—Oh, oh —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Lando, y paseó la mirada por la sala, aparentando indiferencia. Sus ojos llegaron a aquella mesa—. Oh, oh —coreó—. Así, entre nosotros, yo diría que eso explica por qué Torve está de incógnito en una mesa de sabacc.

—Y haciendo lo posible por no hacernos caso.

Han observó a los agentes de seguridad por el rabillo del ojo e intentó atraer su atención. Si interferían en la cita, sólo podría exhibir sus credenciales de la Nueva República para impresionarles, truco que podía o no funcionar. Casi pudo escuchar los educados gritos que Fey'lya lanzaría al enterarse.

Pero si iban detrás de Torve, y participaban en el peinado que Lando y él habían visto antes de entrar…

Valía la pena arriesgarse. Dios unos golpecitos en el centro de la mesa.

—Camarera.

El holograma reapareció.

—¿Sí, señores?

—Déme veinte fichas de sabacc, por favor.

—Por supuesto —dijo la joven, y se desvaneció.

—Espera un momento —le advirtió Lando, mientras Han vaciaba la copa—. No pensarás ir ahí, ¿verdad?

—¿Se te ocurre una idea mejor? —replicó Han, y ajustó el desintegrador en su funda—. Si es nuestro contacto, no tengo el menor deseo de perderle.

Lando suspiró, resignado.

—Menos mal que íbamos a pasar desapercibidos. ¿Qué quieres que haga?

—Prepararte a provocar algún alboroto. —El centro de la mesa se abrió y

apareció un pulcro montón de fichas de sabacc—. De momento, da la impresión de que le están vigilando. Tal vez podamos sacarle de aquí antes de que lleguen más agentes.

—¿Y si no?

Han recogió las fichas y se levantó.

—Entonces, intentaré crear cierta confusión, y nos encontraremos en el Halcón.

—Perfecto. Buena suerte.

Había dos asientos libres en la mesa de Torve. Han eligió uno, se sentó y dejó caer las fichas sobre la mesa, con un ruido metálico.

—Denme cartas —dijo.

Los demás levantaron la vista; sus expresiones abarcaron desde la sorpresa al fastidio. Torve también levantó la vista. Han arqueó la ceja.

—¿Tú repartes, amigo? Dame cartas.

—No…, no me toca a mí —dijo Torve, y desvió la vista hacia el hombre gordo sentado a su derecha.

—Ya hemos empezado —dijo el gordo, con voz hosca—. Espera a la siguiente partida.

—¿Cómo, si ni siquiera habéis apostado?

Han indicó el puñado de fichas de la apuesta inicial. En contraste, el bote estaba muy bien surtido. La sesión habría empezado dos horas antes, como mínimo. Tal vez por eso, el que repartía no quería sangre fresca en una partida que, probablemente, iba a reportarle la victoria.

—Vamos, dame mis cartas —dijo, y tiró una ficha al centro de la mesa.

El que repartía, poco a poco, con ojos iracundos, le tendió dos cartas.

—Así me gusta —aprobó Han—. Me trae recuerdos de los viejos tiempos. Siempre ganaba.

Torve le dirigió una mirada penetrante, sin expresar la menor emoción.

—¿De veras? —dijo, en tono indiferente—. Bueno, ahora está jugando con los mejores, no con cualquier desgraciado. Tal vez no recibirá las recompensas a que estaba acostumbrado.

—No soy un aficionado —replicó Han, irritado—. En el último mes habré ganado unas…, bueno, digamos sesenta y tres partidas.

Un brillo de inteligencia apareció en el rostro de Torve. Era el número de su muelle de aterrizaje.

—Eso significa grandes ganancias —murmuró.

Ocultó una mano debajo de la mesa. Han se puso en tensión, pero la mano reapareció vacía. Los ojos de Torve inspeccionaron la sala y se detuvieron un segundo en la mesa donde Lando estaba sentado, antes de clavarse en Han.

—¿Está decidido a perder su dinero?

Han sostuvo su mirada.
—Correré el riesgo.
Torve asintió lentamente.
—Aceptaré su palabra.
—Todo esto es muy interesante —dijo uno de los jugadores—. A los demás también nos gustaría jugar a cartas.
Torve enarcó las cejas.
—Apuesto cuatro —propuso.
Han miró sus cartas: la dama de bastos y el cuatro de oros. —Claro —dijo. Cogió seis fichas de su montón y las depositó en el centro de la mesa—. Veo las cuatro, y dos más.
Notó un movimiento a su espalda.
—¡Tramposo! —gritó en su oído una voz profunda.
Han dio un brinco y se volvió en redondo, mientras su mano volaba hacia el desintegrador, pero antes de que finalizara el movimiento una gigantesca mano le arrebató las dos cartas.
—Es usted un tramposo, señor —bramó de nuevo la voz.
—No sé de qué está hablando —dijo Han, y alzó la cabeza para mirar a su asaltante.
Casi se arrepintió de su decisión. Sobre él se cernía un hombre barbudo que le doblaba en tamaño, y cuya expresión sólo podía describirse como inflamada de fervor religioso.
—Sabe muy bien de qué estoy hablando —dijo el desconocido, subrayando cada palabra—. Esta carta —agitó una carta de Hanestá trucada.
Han parpadeó.
—No es verdad —protestó.
Una multitud se había congregado alrededor de la mesa: agentes de seguridad del casino, empleados, curiosos y, probablemente, algunos clientes sedientos de sangre.
—Es la misma carta que me han dado.
—¿De veras?
El hombre cogió la carta con su mano gigantesca, la sostuvo frente a la cara de Han, y tocó la esquina con la punta de un dedo.
La dama de bastos se transformó en el seis de espadas. El hombre tocó de nuevo la esquina y se convirtió en la cara de la Moderación, y luego en el ocho de copas, y luego en el comodín, y luego en el rey de oros…
—Es la carta que me han dado —repitió Han. Regueros de sudor resbalaban por su cuello. Una buena táctica para pasar desapercibido—. No es culpa mía si está trucada.
Un hombrecillo de rostro aguerrido apartó de un codazo al barbudo.

—Ponga las manos sobre la mesa —ordenó a Han, con una voz que hacía juego con su cara—. Apártese a un lado, reverendo. Nosotros nos ocuparemos de esto.

¿Reverendo? Han miró al gigante de nuevo, y esta vez vio la franja negra plastificada que se destacaba en su cuello.

—Reverendo, ¿eh? —dijo, descorazonado.

Sabía que la galaxia estaba plagada de grupos religiosos extremistas, cuya principal pasión en la vida parecía concentrarse en eliminar todas las clases de juego. Y a toda clase de jugadores.

—Las manos sobre la mesa, he dicho —repitió el guardia de seguridad, mientras extendía la mano para apoderarse de la carta sospechosa que el reverendo sostenía. Le echó un vistazo, la probó y cabeceó—. Muy hábil, tío —dijo, y miró a Han con su expresión más ceñuda.

—Habrá escondido la carta que le dieron —dijo el reverendo. No se había apartado ni un milímetro de Han—. ¿Dónde está, tahúr?

—La carta que me dieron está justo en la mano de su amigo —replicó Han—. No necesito hacer trampas para ganar al sabacc. Si la carta está trucada, es porque me la han dado así.

—¿De veras?

El reverendo se volvió de repente hacia el gordo que había repartido. Continuaba sentado a la mesa, casi perdido entre la multitud. —Sus cartas, señor, por favor —pidió, y extendió la mano.

El gordo se quedó boquiabierto.

—¿Qué dice? ¿Por qué iba a darle una carta trucada? Además, es la baraja de la casa, ¿ve?

—Bien, sólo hay una forma de comprobarlo, ¿no le parece? —dijo el reverendo, apoderándose de la baraja—. Además, no costará nada registrarles —señaló a Han y al gordo— para saber cuál de los dos esconde la carta. Creo que es una forma racional de zanjar la cuestión, ¿no crees, Kampl? —preguntó al ceñudo agente de seguridad.

—No nos diga cómo hemos de hacer nuestro trabajo, reverendo —gruñó Kampl—. Cyru, trae el analizador, por favor.

El analizador era un aparato que cabía en la palma de la mano, destinado a descubrir trampas.

—Primero, ése —ordenó Kampl, y señaló a Han.

—Muy bien. —El llamado Cyru inspeccionó a Han con el aparato—. Nada.

La primera señal de incertidumbre apareció en el rostro de Kampl.

—Prueba otra vez.

El otro obedeció.

—Nada. Lleva un desintegrador, un comunicador, una tarjeta de identidad, y nada

más.

Kampl continuó mirando a Han durante un largo momento. Después, de mala gana, se volvió hacia el gordo.

—¡Protesto! —exclamó el jugador, poniéndose en pie de un salto—. Soy un ciudadano de clase doble A. No tienen derecho a arrojar sobre mí esta clase de acusación, totalmente infundada.

—Aquí, o en la comisaría —ladró Kampl—. Como prefiera.

El jugador lanzó una mirada venenosa hacia Han, pero guardó un silencio total mientras el técnico de seguridad le inspeccionaba.

—Nada, tampoco —informó, con cierta expresión de estupor.

—Examina el suelo —ordenó Kampl—, a ver si alguno la ha tirado.

—Y cuenta las cartas que quedan en la baraja —añadió el reverendo.

Kampl se volvió en redondo.

—Por última vez…

—Porque si sólo encontramos las setenta y seis cartas reglamentarias —le interrumpió el reverendo, con voz cargada de suspicacia—, puede que, en realidad, estemos buscando una baraja amañada.

Kampl respingó, como si un escorpión le hubiera picado.

—Aquí no amañamos barajas —replicó.

—¿No? —El reverendo le taladró con la mirada—. ¿Ni siquiera cuando hay gente muy especial jugando, gente que reconocería una carta especial cuando apareciera?

—Eso es ridículo —bramó Kampl, y avanzó un paso hacia el religioso—. El «LoBue» es un establecimiento respetable y legal. Ninguno de estos jugadores tiene relación con…

—¡Oiga! —exclamó de repente el gordo—. ¿Dónde se ha metido el tipo que estaba sentado a mi lado?

El reverendo bufó.

—Ya. De modo que ninguno de ellos tiene relación con ustedes, ¿no?

Alguien profirió una espantosa blasfemia y se abrió paso a empujones entre la multitud, uno de los tres agentes de seguridad planetaria que vigilaban la mesa. Kampl le vio marchar, respiró hondo y se volvió hacia Han.

—¿Querrá decirme el nombre de su socio?

—No era mi cómplice, y no he hecho trampas. Si quiere acusarme oficialmente, lléveme a la comisaría. De lo contrario… —se levantó y recogió las fichas restantes—, me voy.

Por un momento, pensó que Kampl no se iba a tragar su farol, pero Kampl carecía de pruebas y, por lo visto, no quería meterse en líos que sólo le proporcionarían dolores de cabeza.

—Claro. Lárguese de aquí —rugió—. No vuelva jamás.

—No se preocupe.

La multitud empezó a disgregarse, y regresó sin más problemas a su mesa. Hacía rato que Lando se había marchado, lo cual no le sorprendió, pero lo que sí le dejó de una pieza fue que había pagado la cuenta antes de irse.

—Qué rapidez —fue el saludo de Lando, desde lo alto de la rampa de entrada al Halcón—. Pensaba que tardarían una hora en soltarte, como mínimo.

—No tenían pruebas. —Han subió por la rampa y tocó el botón de la escotilla—. Espero que Torve no te diera esquinazo.

Lando negó con la cabeza.

—Está esperando en el salón. —Enarcó las cejas—. Y se considera en deuda con nosotros.

—Lo cual nos podría ser muy útil —dijo Han, y avanzó por el pasillo curvo.

Torve estaba sentado ante el tablero de hologramas del salón, con tres pequeños cuadernos de datos frente a él.

—Me alegro de volver a verte —dijo Han cuando entró.

—Y yo a ti, Solo —contestó el otro con gravedad. Se puso en pie y extendió la mano hacia Han—. Ya le he dado las gracias a Calrissian, pero quería dártelas a ti también. Tanto por la advertencia como por ayudarme a salir de allí. Estoy en deuda con vosotros.

—No hay problema. —Han agitó la mano, como quitándole importancia al asunto —. Creo que tu nave está en el muelle sesenta y tres, ¿no?

—La nave de mi patrón —corrigió Torve con una mueca—. Por suerte, no lleva nada de contrabando en este momento. Ya lo he descargado. Es obvio que sospechan de mí.

—¿Qué clase de contrabando llevabas? —preguntó Lando, colocándose detrás de Han—. No es ningún secreto, ¿verdad?

Torve enarcó una ceja.

—No es ningún secreto, pero no os lo vais a creer. Llevaba comida.

—Tienes razón —admitió Han—. No me lo creo.

Torve movió la cabeza a un lado.

—Yo tampoco, al principio. Por lo visto, hay un grupo de gente en las colinas del sur que no tiene en mucho aprecio al nuevo gobierno.

—¿Rebeldes?

—No, y eso es lo más extraño. Ni son rebeldes, ni causan problemas, ni siquiera acaparan recursos vitales. Son gente sencilla, y sólo desean que les dejen en paz para seguir viviendo de esa manera. Al parecer, el gobierno está decidido a dar ejemplo con ellos, y entre otras cosas les ha cortado el suministro de comida y medicinas hasta que acepten entrar en cintura, como todo el mundo.

—Muy propio de este gobierno —comentó Lando—. Ningún tipo de autonomía regional.

—Por lo tanto, pasamos comida de contrabando —concluyó Torve—. Un asunto demencia]. De todos modos, me alegro de volver a veros a los dos. Muchos grupos se han roto durante los últimos años, sobre todo desde que Jabba cogió la sartén por el mango.

Han y Lando intercambiaron una mirada.

—Bueno, no es que volvamos a trabajar juntos, exactamente —le corrigió Han—. Combatimos en el mismo bando durante la guerra, pero hasta entonces…

—Hasta entonces, yo quería matarle —explicó Lando—. Poca cosa.

—Claro —dijo con cautela Torve, paseando su mirada de uno a otro—. Dejadme que lo adivine: el Halcón, ¿verdad? Me llegaron rumores de que lo habías robado.

Han miró a Lando y enarcó las cejas.

—¿Robado?

—Como ya te dije, estaba muy enfadado. —Lando se encogió de hombros—. No fue un robo a mano armada, en realidad, pero poco le faltó. En aquel tiempo, yo era el dueño de un centro de distribución semilegal de naves usadas. Me quedé corto de dinero en una partida de sabacc que Han y yo estábamos jugando. Le ofrecí una de mis naves, la que quisiera, si ganaba. —Lanzó a Han una mirada burlona—. Supuse que elegiría uno de los relucientes yates cromados que se estaban llenando de polvo en la primera fila, pero no el carguero que yo reparaba en secreto para mí, apartado en un rincón.

—Hiciste un buen trabajo —reconoció Han—, aunque Chewie y yo hicimos otras reparaciones por nuestra cuenta.

—Estupendo —gruñó Lando—. Otro comentario como ése y lo recuperaré.

—Es probable que a Chewie no le hiciera ninguna gracia. —Han dirigió a Torve una dura mirada—. Todo esto ya lo sabías, ¿no es cierto?

Torve sonrió.

—No te enfades, Solo. Me gusta poner a prueba a mis clientes antes de empezar el negocio, hacerme una idea de si van a jugar limpio conmigo. La gente que miente sobre su historia, suele mentir también sobre el trabajo.

—¿Debo suponer que hemos superado la prueba?

—De maravilla —asintió Torve, sin dejar de sonreír—. Bien. ¿Qué puede hacer Talon Karrde por vosotros?

Han respiró hondo. Por fin. Su única preocupación en este momento era no estropear las cosas.

—Quiero ofrecerle un trato: la oportunidad de trabajar al servicio de la Nueva República.

Torve cabeceó.

—He oído que ibas haciendo la misma oferta a otros grupos de contrabandistas. La sensación general es que intentas tenderles una trampa para que Ackbar acabe con ellos.

—Ni hablar. A Ackbar no le emociona la idea, precisamente, pero la ha aceptado. Necesitamos conseguir más capacidad de embarque como sea, y los contrabandistas son la alternativa lógica.

Torve se humedeció los labios.

—A juzgar por lo que he oído, parece una propuesta interesante, pero no soy yo quien ha de tomar la decisión, por supuesto.

—Pues condúcenos hasta Karrde —sugirió Lando—, para que Han hable con él directamente.

—Lo siento, pero en este momento se encuentra en la base principal. —Torve meneó la cabeza—. No puedo llevaros allí.

—¿Por qué?

—Porque no permitimos que los extraños entren y salgan por las buenas —dijo con paciencia Torve—. Para empezar, carecemos de las apabullantes medidas de seguridad que Jabba había desplegado en Tatooine.

—No somos exactamente… —empezó Lando.

Han le interrumpió con un ademán.

—Muy bien —dijo a Torve—. ¿Cómo piensas regresar allí?

Torve abrió y cerró la boca.

—Tendré que buscar una manera de solucionar el embargo de mi nave, imagino.

—Tardarás bastante —dijo Han—. Además, aquí te conocen. Sin embargo, si apareciera alguien provisto de las credenciales apropiadas, podría liberarlo antes de que nadie supiera lo que había pasado.

Torve enarcó una ceja.

—¿Tú, por ejemplo?

Han se encogió de hombros.

—Podría hacerlo. Después del incidente en el «LoBue», supongo que debería mentir, pero estoy seguro de que todo se arreglaría.

—Estoy seguro —replicó Torve con sarcasmo—. ¿Y el precio…?

—Ninguno. A cambio, sólo quiero que nos dejes conducirte a tu base, y un cuarto de hora de conversación con Karrde.

Torve le miró con la boca apretada.

—Si lo hago, me meteré en un buen lío. Ya lo sabes.

—No somos extraños, precisamente —le recordó Lando—. Me encontré con Karrde una vez, y tanto Han como yo hemos guardado durante años importantes secretos militares de la Alianza. Tenemos una larga lista de gente que confía en nosotros.

Torve volvió a pasear su mirada de Lando a Han.

—Me meteré en un buen lío —repitió con un suspiro—, pero creo que estoy en deuda con vosotros. No obstante, pondré una condición: guiaré yo la nave cuando entremos, mediante un módulo codificable que luego borraré. Karrde decidirá si vosotros hacéis lo mismo cuando salgáis.

—Me parece bien —aprobó Han.

La paranoia era un estado psíquico habitual entre los contrabandistas. En cualquier caso, no abrigaba el menor interés por saber dónde paraba Karrde.

—¿Cuándo podremos marcharnos?

—En cuanto estéis preparados. —Torve indicó con un cabeceo las fichas de sabacc que Han tenía en la mano—. A menos que quieras volver al «LoBue» y jugártelas —añadió.

Han había olvidado que aún guardaba las fichas.

—Ni hablar —gruñó, y dejó caer el montoncito sobre el tablero de hologramas—. Procuro no jugar a sabacc cuando hay fanáticos pisándome los talones.

—Sí, el reverendo montó un buen espectáculo, ¿eh? No sé lo que habríamos hecho sin él.

—Espera un momento —dijo Lando—. ¿Le conoces?

—Claro —sonrió Torve—. Es mi contacto con el clan de las colinas. Sin la presencia de unos forasteros como vosotros, no habría podido montar aquel follón.

—Vaya con el jodido… —Han apretó los dientes—. Supongo que la carta trucada era suya, ¿no?

—Por supuesto. —Torve miró con inocencia a Han—. ¿De qué te quejas? Has conseguido lo que querías. Voy a llevaros a presencia de Karrde. ¿Correcto?

Han reflexionó. Torve tenía razón, desde luego, pero aun así… —Correcto —admitió—. Se acabaron los tiempos heroicos.

Torve resopló.

—Dímelo a mí. Va, conecta el ordenador para empezar a codificar un módulo de navegación.

Capítulo 21

Mara se detuvo ante la puerta de la sala de descanso y se preguntó, inquieta, a qué venía esta súbita reunión. Karrde no lo había explicado, pero algo en su voz despertó su antiguo instinto de supervivencia. Comprobó el diminuto desintegrador que llevaba en el interior de su manga y abrió la puerta.

Suponía que ya habría dos personas en la sala, como mínimo: Karrde, el encargado de la sala y los demás que hubieran sido convocados. Ante su sorpresa, sólo vio a Karrde.

—Entra, Mara —la invitó, levantando la vista de su cuaderno—. Cierra la puerta.

La joven obedeció.

—¿Problemas? —preguntó.

—Un pequeño problema —la tranquilizó—. Un poco extraño. Fynn Torve acaba de llamar, para anunciar que regresa… con invitados. Los antiguos generales de la Nueva República Lando Calrissian y Han Solo.

Mara sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué quieren?

Karrde se encogió de hombros.

—Al parecer, hablar conmigo.

Por un segundo, los pensamientos de Mara se centraron en Skywalker, todavía encerrado en su habitación, al otro lado del recinto. Pero no… No había forma de que ningún miembro de la Nueva República conociera su paradero. Ni siquiera la gente de Karrde lo sabía, incluyendo a la gente que se encontraba en Myrkr.

—¿Vienen en su nave? —preguntó.

—De hecho, la suya es la única que viene —precisó Karrde—. Torve les acompaña.

Los ojos de Mara se desviaron hacia el equipo de comunicaciones, situado detrás del hombre.

—¿Como rehén?

Karrde meneó la cabeza.

—No lo creo. Dio el santo y seña correcto. El Etéreo sigue en Abregado. Ha sido embargado por las autoridades locales, o algo así. Por lo visto, Calrissian y Solo ayudaron a Torve a evitar un destino similar.

—Pues deles las gracias, ordene que dejen bajar a Torve, y dígales que se larguen del planeta. Usted no les ha invitado.

—Es cierto —admitió Karrde, observándola con interés—. Por otra parte, Torve parece pensar que está en deuda con ellos.

—Pues que sea él quien la pague.

La piel que rodeaba los ojos de Karrde se tensó.

—Torve es uno de mis socios —dijo con frialdad—. Sus deudas son también las de la organización. Ya deberías saberlo a estas alturas.

Mara sintió que su garganta se agarrotaba cuando se le ocurrió una súbita y horrible idea.

—No pensará devolver a Skywalker a sus amigos, ¿verdad?

—¿Vivo, quieres decir?

Mara le miró fijamente durante un largo momento; inspeccionó la leve sonrisa, las espesas pestañas y la expresión, cuidadosamente compuesta, de total desinterés en la cuestión. Era una máscara, y ella lo sabía. Karrde quería saber por qué odiaba a Skywalker, y con auténtica pasión.

En lo que a ella atañía, podía seguir queriéndolo hasta el fin de los tiempos.

—Supongo que no se le habrá ocurrido —siseó— que Solo y Calrissian han tramado todo esto, incluyendo el embargo del Etéreo, para encontrar esta base.

—Se me ha ocurrido, sí. Lo deseché como algo demasiado tortuoso.

—Por supuesto —dijo Mara con sarcasmo—. El gran y noble Han Solo jamás haría algo tan artero, ¿verdad? No ha contestado a mi pregunta.

—¿Acerca de Skywalker? Pensé que lo había dejado claro, Mara: permanecerá aquí hasta que averigüe por qué el gran almirante Thrawn se interesa tanto por él. Al menos, necesitamos saber lo que vale, y para quién, antes de ponerle un precio. He destacado algunos agentes; con un poco de suerte, lo sabremos dentro de pocos días.

—Y entretanto, sus aliados llegarán dentro de escasos minutos.

—Sí —admitió Karrde, y se humedeció los labios—. Habrá que trasladar a Skywalker a un lugar algo más apartado. No podemos arriesgarnos a que Solo y Calrissian se tropiecen con él. Quiero que le traslades al almacén número cuatro.

—Es donde guardamos a su androide —le recordó Mara.

—El almacén tiene dos cuartos; ponle en el otro. —Karrde señaló su cintura—. Acuérdate de quitarte eso antes de que lleguen nuestros invitados. Dudo que dejen de reconocerlo.

Mara bajó la vista hacia la espada de luz de Skywalker, que colgaba de su cinturón.

—No se preocupe. Si no le importa, prefiero no verles.

—Sí me importa. Quiero que estés presente cuando les reciba, y puede que también en la cena. Por lo demás, estás excusada de todas las demás actividades sociales.

—¿Se van a quedar todo el día, pues?

—Y también toda la noche, tal vez. Dejando aparte las obligaciones de un anfitrión perfecto, ¿se te ocurre una manera mejor de demostrar a la República, en caso necesario, que Skywalker nunca estuvo aquí?

Era lógico, pero no tenía por qué gustarle.

—¿Advertirá a la tripulación del Salvaje Karrde que mantenga la boca cerrada?

—Haré algo mejor —dijo Karrde, y señaló el equipo de comunicaciones—. He ordenado a todos cuantos saben lo de Skywalker que preparen el Hielo Estrellado. Lo cual me recuerda algo; después de trasladar a Skywalker, quiero que ocultes su caza en el bosque. Bastará con que lo alejes medio kilómetro más. No quiero que te adentres sola en el bosque más de lo necesario. ¿Sabes pilotar ese tipo de cazas?

—Sé pilotar lo que sea.

—Bien —sonrió Karrde—. Será mejor que te vayas. El Halcón Milenario aterrizará antes de veinte minutos.

Mara respiró hondo.

—Muy bien —dijo, y salió de la sala.

El recinto estaba desierto cuando lo atravesó en dirección a los barracones. Por orden de Karrde, sin duda. Había despejado la zona para que condujera a Skywalker al almacén sin que nadie les viera. Llegó a la habitación, desconectó la cerradura y abrió la puerta.

Estaba de pie junto a la ventana, vestido con la misma túnica negra, pantalones y botas altas que llevaba aquel día en el palacio de Jabba.

El día en que ella contempló en silencio cómo él destruía su vida. —Coge tu maletín y salgamos —gruñó, moviendo el desintegrador—. Es día de traslado.

Luke no apartó los ojos de ella mientras caminaba hacia la cama. No miraba el desintegrador, sino a su cara.

—¿Karrde ha tomado la decisión? —preguntó con calma, mientras cogía el maletín.

Por un momento estuvo tentada de decirle que no, que se trataba de una iniciativa propia, a ver si las implicaciones de sus palabras agrietaban aquella enloquecedora serenidad Jedi, pero hasta un Jedi lucharía si pensara que le conducían a la muerte, y no podía perder tiempo.

—Te trasladas a uno de los almacenes. Tenemos compañía, y no queremos que nadie te vea. Muévete.

Le guió hasta el almacén número cuatro, un edificio de dos plantas alejado del tráfico principal del recinto. El cuarto de la izquierda, utilizado para guardar aparatos sensibles o peligrosos, era también el único provisto de cerradura, sin duda el motivo que había propiciado la decisión de Karrde. Abrió la cerradura sin apartar la vista de Skywalker, preguntándose si Karrde habría tenido tiempo de desmontar el mecanismo del interior. Una rápida mirada le demostró que no. Bueno, sería fácil

corregir el olvido.

—Entra —ordenó.

Encendió la luz y le indicó que avanzara. Luke obedeció.

—Parece acogedor —comentó, mientras examinaba la habitación sin ventanas y las columnas de cajas amontonadas, que ocupaban la mitad del espacio—. Y también tranquilo.

—Ideal para que un Jedi medite —replicó la mujer.

Se acercó a una caja abierta, cuyo letrero rezaba «Discos Desintegradores», y examinó su interior. Ningún problema. La utilizaban para guardar monos usados. Inspeccionó las demás cajas y confirmó que no contenían nada susceptible de ser utilizado para escapar.

—Te traeremos más tarde un catre o algo por el estilo —dijo, mientras retrocedía hacia la puerta—. Y comida también.

—Estoy bien, de momento.

—¿Y a mí, qué?

El mecanismo de cierre interior se encontraba detrás de una delgada placa metálica. Dos disparos de su desintegrador soltaron un extremo de la placa y la retorcieron; un tercero vaporizó un grupo escogido de cables.

—Disfruta de la tranquilidad —dijo, y se marchó.

La puerta se cerró detrás de la joven, y Luke se quedó solo de nuevo.

Paseó la vista a su alrededor. Cajas amontonadas, ninguna ventana, una sola puerta cerrada.

—He estado en peores lugares —murmuró para sí—. Al menos, aquí no hay ningún Rancor.

Frunció el ceño por un momento y se preguntó por qué habría acudido a su mente el pozo de Rancor que había en el palacio de Jabba, pero pronto lo olvidó. La desnudez de su nueva celda sugería que el traslado había sido una decisión rápida, tal vez precipitada por la inminente llegada de los visitantes que Mara había mencionado.

De ser cierto, existía alguna posibilidad de que hubieran cometido por fin una equivocación.

Se acercó a la puerta, apartó un poco la placa metálica, todavía caliente, y se arrodilló para examinar el mecanismo de cierre. Han había dedicado algunas horas a enseñarle las ventajas de las cerraduras electrónicas, y si Mara no la había dañado en exceso, quizá pudiera desconectarla.

Su aspecto no era prometedor. Por casualidad o a propósito, el disparo de Mara había vaporizado los cables del suministro de energía del control interior, justo hasta el conducto de la pared, donde no había forma de cogerlos.

Pero si descubría otro suministro de energía…

Se levantó, se sacudió las rodillas y caminó hacia las pilas de cajas. Mara había examinado sus etiquetas, pero sólo había mirado en el interior de una. Un registro más a fondo tal vez descubriera algo útil.

Por desgracia, el registro duró menos que su examen de la cerradura. La mayoría de las cajas estaban selladas de tal forma que resultaba imposible abrirlas sin las herramientas adecuadas, y las que no, contenían ropa o aparatos sin importancia para sus propósitos.

«Muy bien —se dijo, tomando asiento en el borde de una caja, mientras buscaba la inspiración—. No puedo utilizar la puerta. No hay ventanas». Pero había otra habitación en el almacén. Había visto la otra puerta mientras Mara abría ésta. Tal vez había una puerta que las comunicara, o un espacio intermedio por donde arrastrarse, oculto detrás de las cajas abandonadas.

No era probable que Mara hubiera pasado por alto un detalle tan obvio, pero tenía tiempo, y nada más a qué dedicarlo. Se levantó, empezó a bajar las cajas y a apartarlas de la pared.

Apenas había iniciado la tarea cuando lo encontró. No era una puerta, sino algo casi tan bueno: una toma múltiple, encastrada en la pared, justo encima del zócalo.

Karrde y Mara habían cometido una equivocación.

La placa metálica, ya bastante deformada por el disparo de Mara, fue relativamente fácil de doblar. Luke la forzó, hasta que un fragmento más o menos triangular quedó suelto. Era demasiado débil para abrir las cajas selladas, pero quizá serviría para destornillar una toma de electricidad normal.

Se tendió en el estrecho hueco que había entre la pared y las cajas. Aplicó su destornillador improvisado al primer tornillo, y oyó un suave pitido.

Se quedó inmóvil y escuchó. El pitido se repitió, seguido por una serie de gorjeos, también suaves. Gorjeos que le resultaron muy familiares…

—¿Erredós? —llamó en voz baja—. ¿Eres tú?

Se hizo el silencio durante un par de angustiosos segundos. Luego, de repente, se produjo una explosión de farfulleos electrónicos. Erredós, sin duda.

—Tranquilo, Erredós —dijo Luke—. Voy a intentar sacar esta toma. Debe de haber otra en tu lado. ¿Podrás abrirla?

Sonó un gorjeo de frustración.

—No, ¿eh? Bueno, espera un poco.

No era sencillo trabajar con el triángulo metálico, sobre todo en un espacio tan reducido, pero Luke sólo tardó dos minutos en quitar la cubierta y apartar los cables. Miró por el hueco y vio la parte posterior de la toma encastrada en la habitación de Erredós.

—Creo que no podré abrir tu toma desde aquí —informó al androide—. ¿Tu habitación está cerrada con llave?

Un pitido negativo, seguido por un extraño lloriqueo, como si Erredós estuviera girando sus ruedas.

—¿Un cerrojo? —preguntó.

Nuevos lloriqueos.

—¿Un collar?

Un pitido afirmativo, en tono de frustración. Un cerrojo dejaría marcas, pero un collar que rodeara la mitad inferior de Erredós sólo le permitiría mover las ruedas un poco.

—No importa —le tranquilizó Luke—. Si hay cable suficiente para llegar hasta la puerta, quizá pueda abrirla. En ese caso, los dos saldríamos de aquí.

Con mucho cuidado, a sabiendas de que podía recibir una fuerte descarga eléctrica, encontró el cable de alto voltaje y tiró de él. Había más del que imaginaba, casi un metro y medio.

Más de lo que imaginaba, pero mucho menos del que necesitaba. La puerta se encontraba a unos cuatro metros en línea recta, y le haría falta cierta longitud de parte floja del cable para empalmarlo en el mecanismo de cierre.

—Tardaré algunos minutos más —dijo a Erredós, mientras se devanaba los sesos.

La línea de baja tensión tenía metro y medio de parte floja, lo cual implicaba que las demás líneas también. Si podía cortar dicha longitud de dos, le bastaría para llegar a la cerradura.

El único problema era encontrar algo con qué cortarlas, sin electrocutarse de paso.

—Daría cualquier cosa por tener mi espada de luz un solo minuto —murmuró, mientras examinaba el borde de su destornillador improvisado.

No estaba muy afilado, pero los cables superconductores tampoco eran muy gruesos.

Le costó un par de minutos sacar los demás cables del conducto hasta el límite posible. Se levantó, se quitó la túnica, dobló las mangas dos veces para envolver el metal y empezó a cortar.

Bastante avanzado en su tarea, su mano resbaló de la manga aislante y tocó el metal desnudo un segundo. Echó la mano hacia atrás instintivamente.

Y entonces, su cerebro le comunicó algo.

—Oh, oh —murmuró, mientras contemplaba el cable medio cortado.

Se oyó un silbido interrogativo en la otra habitación.

—Acabo de tocar un cable, y no ha pasado nada —explicó al androide. Erredós silbó—. Sí —admitió Luke.

Dio un golpecito al cable, volvió a tocarlo, mantuvo el dedo apretado sobre él.

A fin de cuentas, Karrde y Mara no habían cometido ninguna equivocación. Habían cortado la corriente de la toma.

Siguió un momento arrodillado, sosteniendo el cable, y se preguntó qué iba a hacer ahora. Aún tenía todo el cable, pero sin corriente eléctrica para conectarlo. Debía de haber en la habitación pequeñas fuentes de energía, unidas a los módulos de repuesto almacenados, pero guardadas en las cajas que no podía abrir. ¿Y si utilizaba el cable para abrirlas, para cortar los cierres, por ejemplo?

Aferró con firmeza el cable y tiró de él, con el fin de determinar su resistencia a la tensión. Sus dedos se deslizaron sobre la capa aislante. Arrolló el cable alrededor de su mano derecha…

Y se detuvo, con una súbita sensación de cosquilleo en la nuca. Su mano derecha. Su mano derecha artificial. Su mano derecha artificial, con suministro dual de electricidad…

—Erredós, ¿sabes algo sobre repuestos de miembros cibernéticos?

Levantó la placa de acceso a la muñeca con su triángulo metálico. Se produjo una breve pausa, y después un gorjeo cauteloso y ambiguo.

—No tardaremos mucho tiempo —aseguró al androide, contemplando el laberinto de cables y servos instalados en el interior de su mano. Había olvidado la increíble complejidad del invento—. Sólo necesito sacar uno de los suministros de fuerza. ¿Crees que podrás guiarme a lo largo del proceso? —Esta vez la pausa fue más breve, y la respuesta más segura—. Bien —dijo Luke—. Pongamos manos a la obra.

Capítulo 22

Han terminó las presentaciones, se sentó y aguardó.

—Interesante —dijo Karrde, algo divertido, sin revelar en absoluto lo que estaba pensando en realidad—. Muy interesante. Supongo que el Consejo Provisional nos proporcionaría garantías legales de todo esto.

—Garantizaremos lo que podamos —contestó Han—. Su protección, la legalidad de la operación, todo eso. Naturalmente, no podemos garantizar márgenes de beneficios, o cosas por el estilo.

—Naturalmente —repitió Karrde, y su mirada se desvió hacia Lando—. Está muy callado, general Calrissian. ¿Cómo encaja usted en todo esto?

—Como amigo. Alguien que sabía cómo ponerse en contacto con usted. Y alguien capaz de garantizar la integridad y honradez de Han.

Una leve sonrisa se insinuó en los labios de Karrde.

—Integridad y honradez. Unas palabras muy interesantes, con relación a un hombre con la diversificada reputación del capitán Solo.

Han hizo una mueca, y se preguntó a qué incidente en particular se estaría refiriendo Karrde. Admitió que había una gran variedad donde elegir.

—Esa diversidad pertenece al pasado —respondió.

—Por supuesto —dijo Karrde—. Como ya he dicho, su propuesta es muy interesante, pero creo que para mi organización no.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Muy sencillo, porque ciertos grupos podrían llegar a creer que habíamos tomado partido —explicó Karrde, mientras bebía de la copa que tenía al lado—. Teniendo en cuenta el alcance de nuestras operaciones, y las regiones en que estas operaciones tienen lugar, sería muy poco político por nuestra parte aceptar la propuesta.

—Entiendo —asintió Han—. Me gustaría convencerle de que hay formas de evitar que sus clientes se enteren.

Karrde volvió a sonreír.

—Creo que subestima la capacidad de la inteligencia imperial, capitán Solo. Saben más acerca de los movimientos de la República de lo que usted piensa.

—Dígamelo a mí. —Han hizo una mueca y miró a Lando—. Eso me recuerda que quería pedirle otra cosa. Lando me dijo que usted tal vez conocería a algún experto en descifrar códigos diplomáticos.

Karrde ladeó un poco la cabeza.

—Una interesante petición —comentó—, sobre todo viniendo de alguien que debería tener acceso a dichos códigos. ¿Acaso se están forjando intrigas entre la jerarquía de la Nueva República?

La última conversación con Winter, y sus veladas advertencias, cruzaron por la mente de Han.

—Es una cuestión puramente personal —aseguró a Karrde—. Muy personal, de hecho.

—Ah. Da la casualidad de que uno de los mejores expertos del ramo acudirá a la cena de esta noche. Están ustedes invitados, por supuesto.

Han consultó su reloj, sorprendido. Entre hablar de negocios y trivialidades, la entrevista de quince minutos con Karrde que Torve le había prometido se había convertido en una reunión de dos horas.

—No queremos abusar de su tiempo…

—No es ningún abuso —le tranquilizó Karrde. Dejó su copa sobre la mesa y se levantó—. Solemos olvidar la comida, inmersos en los negocios, y lo compensamos adelantando la cena a última hora de la tarde.

—Recuerdo aquellos maravillosos horarios de los contrabandistas —comentó Han con ironía, perdido en sus recuerdos—. Tiene suerte de comer dos veces al día.

—Ya lo creo —admitió Karrde—. ¿Quieren seguirme?

Han observó que el edificio principal se componía de tres o cuatro zonas circulares, cuyo centro era la gran sala donde crecía aquel extraño árbol. La habitación a la que Karrde les condujo se encontraba en el círculo exterior al gran salón, y ocupaba una cuarta parte de su circunferencia. Albergaba varias mesas redondas, algunas ya ocupadas.

—No observamos protocolo alguno respecto a las comidas —explicó Karrde, y les guió hasta la mesa situada en el centro de la sala, a la que ya estaban sentadas cuatro personas: tres hombres y una mujer.

Karrde indicó tres asientos vacíos.

—Buenas noches a todos —saludó a los demás—. Les presento a Calrissian y Solo, que cenarán con nosotros esta noche. —Señaló a los tres hombres de uno en uno—. Tres de mis socios: Wadewarn, Chin y Ghent. Ghent es el experto de quien les hablé; posiblemente el mejor en su especialidad. —Movió la mano hacia la mujer—. Ya conocen a Mara Jade.

—Sí.

Han se sentó y un leve estremecimiento recorrió su espina dorsal. Mara había acompañado a Karrde cuando les recibió al llegar, en aquella especie de salón del trono. No se había quedado mucho rato, pero no había dejado ni un instante de mirar a los recién llegados con aquellos increíbles ojos verdes.

Casi igual que ahora.

—De modo que usted es Han Solo —dijo el experto—. He oído hablar mucho de usted. Siempre quise conocerle.

Han desvió su atención de Mara a Ghent. Era poco más que un muchacho, recién salido de la adolescencia.

—Ser famoso es estupendo —respondió Han—, pero recuerde que todo cuanto ha oído son rumores, y ya se sabe que los rumores se exageran cada vez que se cuentan.

—Es usted demasiado modesto —dijo Karrde. Hizo un ademán. En respuesta, un androide rechoncho rodó hacia ellos, cargado con una bandeja de algo semejante a hojas enrolladas—. Será difícil embellecer aquel incidente con los negreros zygerrianos, por ejemplo.

Lando levantó la vista de la bandeja.

—¿Guerreros zygerrianos? Nunca me hablaste de eso.

—No fue importante —dijo Han, y advirtió con una mirada a Lando que se olvidara del tema.

Por desgracia, Ghent no advirtió la mirada, o era demasiado joven para comprender su significado.

—Chewbacca y él atacaron una nave negrera zygerriana —explicó el muchacho, entusiasmado—. Los zygerrianos se asustaron tanto que abandonaron la nave.

—Eran más piratas que negreros —dijo Han, resignado—. Y no tenían miedo de mí; abandonaron la nave porque les dije que me acompañaban veinte milicianos, y que iba a subir a bordo para comprobar sus permisos de navegación.

Lando enarcó las cejas.

—¿Y se lo tragaron?

Han se encogió de hombros.

—En aquel tiempo, yo usaba una tarjeta de identificación imperial «prestada».

—¿Y saben lo que hizo después? —intervino Ghent—. Entregó la nave a los esclavos que encontró encerrados en la bodega. Se la dio, ¡así como suena! Incluyendo el cargamento, además.

—Caramba con el viejo sentimental —sonrió Lando, mientras mordía una de las hojas enrolladas—. No me extraña que nunca lo contaras.

Han hizo acopio de paciencia.

—La carga era producto del pillaje —gruñó—. Algunos objetos eran fácilmente reconocibles. Nos íbamos de Janodral Mizar. En aquel tiempo, existía la curiosa ley de que las víctimas de piratas o esclavistas podían repartirse el cargamento, si los piratas eran capturados o liquidados.

—La ley sigue vigente, por lo que yo sé —murmuró Karrde.

—Es probable. En cualquier caso, Chewie estaba conmigo…, y ya conoces la opinión de Chewie sobre los esclavistas.

—Sí —replicó con sequedad Lando—. Les habría ido mejor con los veinte milicianos.

—Y si yo no hubiera entregado la nave…

Han se interrumpió cuando sonó un leve pitido.

—Perdón —dijo Karrde, y sacó un comunicador del cinturón—. Aquí Karrde.

Han no pudo oír lo que le decían, pero el rostro de Karrde se tensó de repente.

—Voy en seguida.

Se levantó y prendió el comunicador en su cinturón.

—Perdonen. Un pequeño asunto requiere mi atención.

—¿Problemas? —preguntó Han.

—Espero que no. —Karrde miró hacia el otro extremo de la mesa, y Han se volvió a tiempo de ver que Mara se ponía en pie. Sólo tardaremos unos minutos. Sigan cenando, por favor.

Abandonaron la sala. Han miró a Lando.

—Esto me da mala espina —murmuró.

Lando asintió, con una extraña expresión.

—La he visto antes, Han —dijo en voz baja—. No sé dónde, pero sé que la he visto…, y no creo que fuera contrabandista en aquella época.

Han paseó la mirada alrededor de la mesa. Observó la preocupación que expresaban los ojos de los demás y los murmullos que intercambiaban. Hasta Ghent se había fijado en la súbita tensión, y masticaba con lentitud su comida.

—Bien, amigo, piensa rápido —dijo Han en voz baja—. Es posible que la fiesta se termine muy pronto.

—Estoy en ello. ¿Qué hacemos hasta entonces?

Otro robot se acercó con una bandeja llena de soperas.

—Hasta entonces, lo mejor será disfrutar de la cena.

—Apareció hace unos diez minutos, abandonando la velocidad de la luz —explicó Aves, y señaló la marca en la pantalla del sensor—. El capitán Pellaeon llamó dos minutos después. Preguntó por usted.

Karrde se pasó un dedo por el labio inferior.

—¿Alguna señal de que hayan aterrizado vehículos o cazas? —preguntó.

—Aún no. —Aves meneó la cabeza—. Sin embargo, a juzgar por su ángulo de aparición, es probable que no tarden en hacerlo, en algún punto del bosque.

Karrde asintió, pensativo. Qué casualidad tan afortunada… para alguien.

—¿Dónde dejamos el Halcón Milenario?

—En la pista ocho.

Escondido en el bosque, por lo tanto. Mejor. El alto contenido metálico de los árboles de Myrkr ayudaría a protegerlo de los sensores del Quimera.

—Coja dos hombres y cúbranlo con una red de camo —ordenó—. No hay que correr el menor riesgo. Y hágalo con discreción. No quiero que nuestros huéspedes se alarmen.

—Muy bien.

Aves se quitó los cascos y salió de la sala a toda velocidad.

Karrde miró a Mara.

—Esta visita se produce en un momento muy interesante.

Ella sostuvo su mirada sin parpadear.

—Si es una manera sutil de preguntarme si yo les llamé, no se moleste. No lo hice.

Karrde ladeó la cabeza.

—¿De veras? Estoy un poco sorprendido.

—Y yo también. Tendría que habérseme ocurrido hace días. —Movió la cabeza hacia los cascos—. ¿Va a hablar con él o no?

—Supongo que no me queda otra elección.

Karrde se preparó mentalmente, se sentó en la silla que Aves había dejado libre y tocó un botón.

—Capitán Pellaeon, soy Talon Karrde. Disculpe mi tardanza. ¿Qué puedo hacer por usted?

La imagen lejana del Quimera desapareció, pero no fue sustituida por el rostro de Pellaeon, sino por una visión de pesadilla: una cara larga y enjuta, de piel azul pálido y ojos que brillaban como dos fragmentos de metal al rojo vivo.

—Buenas tardes, capitán Karrde —dijo el ser, con voz clara, suave y educada—. Soy el gran almirante Thrawn.

—Buenas tardes, almirante —respondió Karrde, sin alterarse—. Qué honor tan inesperado. ¿Me permite preguntar el propósito de su llamada?

—Supongo que ya lo habrá adivinado en parte. Necesitamos más ysalamiri, y solicitamos su permiso para coger unos cuantos más.

—Por supuesto.

Una extraña sensación se apoderó de Karrde. Le extrañaba el comportamiento de Thrawn… Los imperiales no necesitaban su permiso para capturar ysalamiri.

—En confianza, parece que los agota con gran rapidez. ¿Le cuesta conservarlos con vida?

Thrawn enarcó una ceja, expresando una educada sorpresa.

—Ninguno ha muerto, capitán. Necesitamos más, simplemente.

—Ah. Entiendo.

—Lo dudo, pero da igual. Se me ha ocurrido, capitán, que ya que veníamos, sería un buen momento para que usted y yo charláramos.

—¿Sobre qué?

—Estoy seguro de que encontraremos temas de mutuo interés. Por ejemplo, quiero comprar nuevas naves de guerra.

Su larga experiencia permitió a Karrde, por poco, reprimir toda reacción en su voz o en su expresión.

—¿Naves de guerra? —preguntó con cautela.

—Sí. —Thrawn le dedicó una breve sonrisa—. No se preocupe, imagino que no tiene ninguna guardada, pero es posible que un hombre con sus contactos pueda adquirirlas con facilidad.

—Dudo que mis contactos lleguen a tal extremo, almirante —respondió Karrde, intentando leer en aquel rostro no del todo humano. ¿Lo sabría, o la pregunta era una peligrosa coincidencia?—. Creo que no podremos ayudarle.

La expresión de Thrawn no se alteró, pero su sonrisa adquirió de repente un rictus amenazador.

—Inténtelo. Por otra parte, no olvido su negativa a colaborar en la búsqueda de Luke Skywalker.

Karrde notó cierto alivio. Pisaba terreno más seguro.

—Lamento no haberle podido ayudar en esa cuestión, almirante. Ya expliqué a su representante que, en aquel momento, teníamos compromisos ineludibles, y no podíamos desprendernos de ninguna nave.

Thrawn arqueó las cejas.

—¿En aquel momento, dice? Pero si la búsqueda continúa, capitán.

Karrde se maldijo en silencio por aquel desliz.

—¿Aún continúa? —repitió, y arrugó el ceño—. Su representante dijo que Skywalker pilotaba un caza. Si aún no le ha localizado, es casi seguro que su apoyo vital ya le habrá fallado.

—Ah —cabeceó Thrawn—. Comprendo el malentendido. Eso sería lo normal, en efecto, pero Skywalker es un Jedi, y los Jedi tienen la capacidad de sumirse en un estado comatoso. —Hizo una pausa, y la imagen de la pantalla fluctuó unos instantes —. Por lo tanto, aún tiene tiempo de sumarse a la cacería, capitán.

—Entiendo. Muy interesante. Es una de tantas cosas que las personas normales desconocen sobre los Jedi.

—Quizá podamos hablar de todo esto cuando llegue a Myrkr —dijo Thrawn.

Karrde se quedó petrificado, y una horrible certeza le sacudió como una descarga eléctrica. Aquella breve fluctuación de la imagen…

Un vistazo a la pantalla del sensor auxiliar confirmó sus temores: tres lanzaderas de clase Lambda y una escolta de cazas habían salido del Quimera, y se dirigían hacia la superficie.

—Temo que no podremos agasajarle como es debido —dijo, con los labios apretados—, teniendo en cuenta lo precipitado de su llegada.

—No necesito agasajos —le aseguró Thrawn—. Como ya he dicho, sólo he venido a hablar. Una charla breve, por supuesto. Sé que está muy ocupado.

—Agradezco su consideración. Si me disculpa, almirante, necesito poner en marcha los preparativos para recibirle.

—Hasta ahora —dijo Thrawn.

Su imagen se desvaneció, y la pantalla volvió a enfocar desde lejos al Quimera.

Karrde siguió sentado unos momentos, mientras las posibilidades y los desastres en potencia surcaban su cerebro a toda velocidad.

—Comunícate con Chin —dijo a Mara—. Diles que tenemos invitados imperiales, y que comience los preparativos para recibirles como es debido. Después, ve a la pista ocho y ordena a Aves que esconda mejor el Halcón Milenario. Hazlo en persona; puede que el Quimera y sus lanzaderas hayan interferido nuestras comunicaciones.

—¿Qué hacemos con Solo y Calrissian?

Karrde se humedeció los labios.

—Tendremos que sacarles, desde luego. Les ocultaremos en el bosque, en su nave o cerca de ella. Yo me ocuparé.

—¿Por qué no se los entregamos a Thrawn?

Karrde miró aquellos ojos ardientes y aquel rostro tenso, tan controlado…

—¿Sin que se haya ofrecido ninguna recompensa, confiando tan sólo en la generosidad del gran almirante?

—No me parece un motivo apremiante —replicó Mara.

—Ni a mí —dijo con frialdad Karrde—. Lo que sí es apremiante es que son nuestros invitados. Se han sentado a nuestra mesa y tomado nuestra comida… Te guste o no, eso significa que se encuentran bajo nuestra protección.

Mara torció los labios.

—¿Y esas leyes de la hospitalidad se aplican también a Skywalker? —preguntó con sarcasmo.

—Ya sabes que no, pero éste no es ni el momento ni el lugar de entregarle al Imperio. ¿Entiendes?

—No —masculló ella—. No lo entiendo.

Karrde la miró fijamente, tentado de decirle que no necesitaba comprender, sino tan sólo obedecer.

—Es una cuestión de fuerza relativa —explicó—. En tierra, con un Destructor Estelar en órbita sobre nuestras cabezas, no podemos negociar. No haría negocios en tales condiciones ni que Thrawn fuera el cliente más leal de la galaxia, cosa que no es. ¿Comprendes ahora?

La joven inhaló aire y lo expulsó.

—No estoy de acuerdo, pero aceptaré su decisión.

—Gracias. Quizá cuando los imperiales se marchen, puedas interrogar al general Calrissian sobre los peligros de hacer tratos mientras tu territorio está siendo invadido. —Karrde miró la pantalla—. Bien. El Halcón trasladado. Solo y Calrissian trasladados. Skywalker y el androide deberían estar bien donde están. El almacén cuatro está lo bastante protegido para que nada lo traspase, excepto ondas dirigidas expresamente.

—¿Y si Thrawn decide sondearlo?

—Tendremos problemas —admitió con calma Karrde—. Por otra parte, dudo que Thrawn bajara en persona si sospechara la posibilidad de un tiroteo. Los altos mandos militares no alcanzan su rango exponiendo sus vidas sin necesidad. —Indicó la puerta —. Basta de charla. Haz tu trabajo, y yo haré el mío. Vámonos.

La joven cabeceó y se volvió hacia la puerta. En aquel momento, una repentina idea cruzó por la mente de Karrde.

—¿Dónde has puesto la espada de luz de Skywalker? —preguntó.

—En mi habitación. ¿Por qué?

—Será mejor que la escondas en algún sitio. Las espadas de luz no son fáciles de detectar, pero no vale la pena correr riesgos. Ponla con las cavidades de resonancia, en el almacén tres. La protegerán de sondas sensoras aleatorias.

—Bien. —Mara le contempló con aire pensativo—. ¿De qué iba esa discusión sobre astronaves?

—Oíste todo cuanto se dijo.

—Lo sé. Me refiero a su reacción.

Karrde hizo una mueca.

—Esperaba que no se me notara.

—Pues sí.

La joven aguardó, expectante.

Karrde se humedeció los labios.

—Pregúntamelo después. Ahora, tenemos trabajo.

Ella le examinó otro segundo. Después, sin una palabra, cabeceó y salió.

Karrde respiró hondo y se levantó. Antes que nada, debía volver al comedor para informar a sus invitados del repentino cambio de planes. Y luego, prepararse para la confrontación cara a cara con el hombre más peligroso del Imperio. Skywalker y naves de guerra sobrantes serían dos de los temas de conversación.

Iba a ser una velada de lo más interesante.

—Muy bien, Erredós —llamó Luke, cuando realizó la última conexión—. Creo que ya podemos intentarlo. Cruza los dedos.

Una serie de complicados chirridos electrónicos surgió de la otra habitación. Luke decidió que el androide debía de estar recordándole su carencia de dedos.

Dedos. Luke contempló un instante su mano derecha, flexionó los dedos y notó cosquilleos y entumecimiento. Hacía cinco años que no pensaba en la mano como en un aparato sujeto a su brazo. Ahora, de pronto, sólo podía pensar en eso.

Erredós lanzó un pitido de impaciencia.

—De acuerdo —dijo Luke.

Desvió la atención de su mano y movió el extremo del cable hacia el punto de contacto. La situación habría podido ser peor, comprendió. La mano habría podido tener tan sólo un suministro de fuerza, en cuyo caso ni siquiera habría podido utilizarla de esta forma.

—Allá vamos —dijo, y tocó el cable.

Y la puerta se abrió en silencio, sin la menor espectacularidad.

—Lo conseguimos —siseó Luke.

Se inclinó hacia adelante con cautela y miró al exterior.

El sol empezaba a hundirse detrás de los árboles y arrojaba largas sombras sobre el recinto. Desde donde estaba, Luke sólo podía ver parte del terreno, que parecía desierto. Afianzó los pies, soltó el cable y se precipitó hacia la puerta.

Interrumpido el contacto, la puerta volvió a cerrarse y casi atrapó su tobillo izquierdo, cuando cayó al suelo y rodó unos metros. Se quedó inmóvil, con el temor de que alguien hubiera oído el ruido, pero el silencio continuó. Al cabo de unos segundos, se puso en pie y corrió hacia la otra puerta del almacén.

Erredós tenía razón. No había cerradura en aquella mitad del almacén. Golpeó el disparador, echó una última mirada a su alrededor y se deslizó en el interior.

El androide lanzó unos entusiastas pitidos de bienvenida y se bamboleó con torpeza de un lado a otro, dificultado por el collar, un artilugio en forma de cepo que rodeaba sus piernas y ruedas.

—Tranquilo, Erredós —advirtió al androide, mientras se arrodillaba para examinar el collar—. Y estate quieto.

Le preocupaba que el collar estuviera enredado con el sistema de ruedas de Erredós, y necesitara herramientas especiales para sacarlo, pero el artilugio era mucho más simple; se limitaba a levantar el suficiente peso del suelo para que el androide no pudiera ejercer ninguna tracción. Luke soltó un par de agarraderas, apartó las dos mitades y Erredós quedó libre.

—Vamos —dijo al androide, dirigiéndose hacia la puerta.

Comprobó que el recinto continuaba desierto.

—La nave está por allí —susurró, y señaló hacia el edificio central—. Lo mejor será dar un rodeo por la izquierda, procurando mantenernos ocultos entre los árboles. ¿Podrás rodar sobre ese terreno? —Erredós alzó su analizador y emitió un cauteloso pitido afirmativo—. Muy bien. Vigila por si alguien sale de los edificios.

Se internaron en el bosque, y habían recorrido una cuarta parte del círculo cuando

Erredós lanzó un gorjeo de advertencia.

—Quieto —susurró Luke, y se inmovilizó junto a un enorme tronco, confiando en que las sombras les ocultaran.

Su indumentaria negra se fundiría convenientemente con la oscuridad del bosque, pero no podía decirse lo mismo de los colores blanco y azul de Erredós.

Por fortuna, los tres hombres que salieron del edificio central no miraron en su dirección, sino que se encaminaron hacia la linde del bosque.

A un paso rápido y decidido, antes de desaparecer entre los árboles, todos sacaron sus desintegradores.

Erredós gimió en voz baja.

—A mí tampoco me gusta —dijo Luke—. Esperemos que no esté relacionado con nosotros. ¿Vía libre?

El androide emitió un pitido afirmativo y se pusieron en marcha de nuevo. Luke no dejaba de escrutar entre los árboles, recordando las veladas insinuaciones de Mara acerca de grandes depredadores. Quizá era una mentira, dirigida a desalentar cualquier intento de huida. De hecho, no había observado ninguna alarma en la ventana de su prisión improvisada.

Erredós pitó de nuevo. Luke devolvió su atención al recinto, y se paró en seco.

Mara había salido del edificio central.

Se quedó en el umbral durante unos momentos que a Luke se le antojaron una eternidad, contemplando el cielo. Luke clavó la vista en ella, sin osar comprobar si Erredós se había escondido bien. Si la joven se volvía en su dirección, o si iba al almacén para ver lo que hacía su prisionero…

De repente, bajó la cara con expresión decidida. Se encaminó hacia el segundo barracón a buen paso.

Luke dejó escapar el aire que hasta aquel momento había retenido, sin darse cuenta. Seguían en peligro; bastaba con que Mara girase la cabeza noventa grados a su izquierda para que les viera; pero algo en sus gestos sugería que su atención y sus pensamientos estaban concentrados en otros asuntos.

Como si hubiera tomado una repentina decisión.

Entró en el barracón. Luke también tomó una rápida decisión. —Vamos, Erredós —murmuró—. Esto empieza a estar muy transitado. Nos adentraremos en el bosque y llegaremos a las naves desde atrás.

Por suerte, había poca distancia hasta el hangar y las naves aparcadas. Llegaron al cabo de pocos minutos, y descubrieron que el caza había desaparecido.

—No, no sé adónde lo han trasladado —masculló Luke, mirando a su alrededor —. ¿Puedes localizarlo con tus sensores?

Erredós emitió una negativa y añadió una explicación que Luke no entendió.

—Bien, da igual —tranquilizó al androide—. Tendríamos que haber aterrizado en

otra parte del planeta y encontrado algo con un hiperpropulsor en condiciones. Nos saltaremos el primer paso y cogeremos uno de éstos.

Paseó la vista a su alrededor, con la esperanza de localizar un Z-95, un caza Y o algo que conociera, pero las únicas naves que reconoció fueron una corbeta corelliana y lo que parecía un carguero de pequeño tamaño.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó a Erredós.

El androide emitió un sonido afirmativo. Su pequeño plato sensor se fijó en un par de naves largas y esbeltas, dos veces más grandes que el caza de Luke. Cazas, sin duda, que Luke jamás había pilotado.

—¿Uno de ésos? —preguntó, vacilante.

Erredós lanzó un nuevo pitido, esta vez con una nota de impaciencia.

—Muy bien. El tiempo se nos echa encima.

Se dirigieron hacia uno de los cazas. Al contrario que en los de tipo X, la entrada era una escotilla situada a un lado, lo cual debía de ser la explicación a la elección del androide, pensó Luke, mientras deslizaba a Erredós en el interior. La cabina del piloto no era más espaciosa que la de su caza, pero detrás había una zona destinada a las armas, con tres asientos. No estaban diseñados para androides, desde luego, pero Luke logró encajar a Erredós entre dos asientos y sujetarlo bien.

—Parece que está a punto —comentó, y echó un vistazo a las luces parpadeantes del tablero de control—. Ahí hay una toma. Compruébalo todo mientras me ato las correas. Con un poco de suerte, saldremos de aquí antes de que nadie se dé cuenta.

Comunicó el mensaje a Chin por radio, y dio las instrucciones en persona a Aves y a los demás que se encontraban junto al Halcón Milenario. Mientras atravesaba el recinto en dirección al almacén número tres, Mara decidió una vez más que odiaba el universo.

Ella había encontrado a Skywalker. Ella, sin ayuda. Era indiscutible. Debía ser ella, y no Karrde, quien decidiera su suerte.

«Tendría que haberle dejado allí —se dijo con amargura mientras caminaba—. Tendría que haberle dejado morir en el frío del espacio». Ya lo había pensado en su momento, pero si moría allí, solo, nunca sabría con certeza si había muerto.

Ni tendría la satisfacción de matarle con sus propias manos.

Contempló la espada de luz que aferraba en la mano. La luz del sol centelleó sobre el metal plateado cuando la sopesó. Sabía que podía hacerlo ahora. Podía entrar y aducir que había intentado atacarla. Desprovisto de la Fuerza, sería una víctima fácil, incluso para alguien como ella, que sólo había empuñado una espada de luz en muy contadas ocasiones. Sería fácil, limpio y muy rápido.

Y no le debía nada a Karrde, a pesar de lo bien que la había tratado su organización. En este aspecto, no le debía nada.

Y sin embargo…

Estaba muy cerca del cuarto almacén, aún indecisa, cuando oyó el zumbido de un retroelevador.

Escudriñó el cielo, protegiéndose los ojos con la mano libre, mientras intentaba localizar la nave que se acercaba, pero no vio nada. A medida que el zumbido aumentaba de intensidad, comprendió de repente que el ruido procedía de uno de sus vehículos. Giró en redondo y desvió la vista hacia el hangar.

Justo a tiempo de ver a uno de los dos saltadores elevarse por encima de las copas de los árboles.

Se quedó mirando la nave un par de segundos, y se preguntó qué estaba haciendo Karrde, en nombre del Imperio. ¿Enviaba una escolta a los imperiales, tal vez?

Y entonces, de súbito, comprendió.

Dio media vuelta y corrió hacia el almacén cuatro, sacando el desintegrador de paso. La cerradura de la puerta se negó, inexplicablemente, a abrirse. Lo intentó dos veces, y luego la desintegró.

Skywalker había desaparecido.

Lanzó una feroz blasfemia y salió corriendo al recinto. El saltador volaba hacia el oeste, casi oculto tras los árboles. Guardó el desintegrador y sacó el comunicador de su cinturón.

Y volvió a blasfemar. Los imperiales llegarían de un momento a otro, y cualquier mención de la presencia de Skywalker les causaría graves problemas.

Lo cual sólo le dejaba una opción.

Llegó al segundo saltador y se elevó al cabo de dos minutos. Skywalker no iba a escapar.

Dio toda la energía al propulsor y se lanzó en su persecución.

Capítulo 23

Aparecieron en las pantallas casi al mismo tiempo: el otro caza de Karrde, que había salido en su persecución, y el Destructor Estelar imperial, que orbitaba muy a lo lejos.

—Creo que tenemos problemas —dijo Luke a Erredós.

La respuesta del androide fue ahogada por el rugido del propulsor, cuando Luke le aplicó toda la potencia posible. Nunca había manejado una nave semejante. Le recordaba vagamente a los trineos rápidos que la Alianza había utilizado en Hoth, pero con el tiempo de reacción lento que implicaba una gran masa de motor y blindaje. A la larga, estaba seguro de que llegaría a dominarla.

Pero no le sobraba tiempo, precisamente.

Echó un vistazo a la pantalla de popa. El otro caza se acercaba a toda velocidad; sólo uno o dos minutos les separaban. El piloto tenía mucha más experiencia que Luke, o estaba tan obsesionado por capturar a Luke que olvidaba cualquier medida elemental de precaución.

En ambos casos, significaba Mara Jade.

El vehículo bajó demasiado, y su aleta de cola ventral rozó las copas de los árboles. Erredós lanzó un chillido de protesta.

—Lo lamento —se disculpó Luke.

Mientras elevaba el aparato, notó que su frente se bañaba de sudor. Hablando de medidas elementales de precaución… De momento, volar pegado a las copas de los árboles era su única opción. El bosque, por algún motivo desconocido, parecía ejercer un efecto distorsionador en los sensores de detección y navegación. Volar bajo obligaba a su perseguidor a imitarle, a perder contacto visual con él, que se confundía con el fondo moteado del bosque, y de paso le ocultaba en parte del Destructor Estelar.

El Destructor Estelar. Luke contempló la imagen en la pantalla del techo y notó un nudo en el estómago. Al menos, ahora sabía a qué compañía se refería Mara. Daba la impresión de que había huido justo a tiempo.

Por otra parte, su traslado al almacén quizá implicaba que Karrde no había decidido venderle a los imperiales, a fin de cuentas. Tendría que preguntárselo a Karrde algún día. Mejor si les separaba una gran distancia.

Erredós emitió una advertencia. Luke saltó en su asiento y buscó la causa del aviso.

Y volvió a saltar. Sobre su aleta de cola dorsal, a muy escasa distancia, se encontraba la otra nave.

—¡Agárrate! —gritó a Erredós, y apretó los dientes.

Su única posibilidad era aplicar un rápido giro koiograno, interrumpiendo su impulso hacia adelante y desviándose en otra dirección. Retorció la palanca de control con una mano y aplastó el acelerador con la otra.

De súbito, la cubierta de la cabina estalló al colisionar contra tres ramas, y Luke salió despedido contra las correas de seguridad cuando la nave giró locamente y perdió el control.

Lo último que oyó antes de que las tinieblas cayeran sobre él fue el chillido electrónico de Erredós.

Las tres lanzaderas aterrizaron en perfecta sincronización, mientras la escolta de cazas descendía en una formación igualmente perfecta.

—La maestría del Imperio en estos ejercicios no ha disminuido —murmuró Aves.

—Silencio —le reconvino Karrde, mientras veía las rampas de las lanzaderas bajar al suelo. La del centro debía de ser la de Thrawn, casi con toda seguridad.

Una hilera de milicianos descendió por cada una de las tres rampas, sosteniendo gallardamente los rifles desintegradores sobre el pecho. Detrás, un grupo de oficiales de rango medio surgió de la lanzadera situada más a la derecha. Les seguía un ser de una raza desconocida, bajo y nervudo, de piel gris oscuro, ojos saltones, mandíbula protuberante y aspecto de guardaespaldas. A continuación, salió el gran almirante Thrawn.

«No actúa como sería de esperar», pensó Karrde. Habría que tomar nota de cara al futuro.

Seguido por su pequeño comité de recepción, caminó hacia los imperiales, procurando hacer caso omiso de las miradas de los milicianos.

—Bienvenido a nuestro pequeño rincón de Myrkr, gran almirante Thrawn —saludó—. Soy Talon Karrde.

—Es un placer conocerle, capitán —dijo Thrawn, mientras inclinaba un poco la cabeza.

Aquellos ojos brillantes eran más impresionantes en persona que en la pantalla, decidió Karrde. Y mucho más aterradores.

—Le pido disculpas por este recibimiento tan poco oficial —continuó, indicando a su grupo con un ademán—. No solemos recibir a gente de su importancia.

Thrawn arqueó una ceja negroazulada.

—La verdad, pensaba que un hombre de su posición estaría acostumbrado a tratar con la élite, sobre todo con autoridades planetarias cuya colaboración, digamos, tal vez necesite un día.

Karrde sonrió.

—Tratamos con la élite de vez en cuando, pero no aquí. Esto es, o era, mejor dicho —añadió, y lanzó una mirada significativa hacia los milicianos—, nuestra base privada de operaciones.

—Por supuesto. Hace unos minutos se ha producido un interesante drama hacia el oeste. Hábleme de ello.

Karrde logró dibujar una mueca. Había confiado en que el efecto distorsionador de los árboles de Myrkr hubiera ocultado la persecución a los ojos de Thrawn. No había sido así, por lo visto.

—Un pequeño problema interno. Un antiguo e ingrato empleado irrumpió en uno de nuestros almacenes, robó cierta mercancía y huyó con una de nuestras naves. Uno de mis ayudantes ha salido en su persecución.

—Salió en su persecución —corrigió Thrawn, mientras sus ojos escudriñaban el rostro de Karrde—. ¿No se ha enterado de que ambos se han estrellado?

Un escalofrío recorrió la espalda dorsal de Karrde.

—No lo sabía. El componente metálico de los árboles distorsiona en gran medida nuestros sensores.

—Gozábamos de un ángulo de observación mejor. Dio la impresión de que la primera nave chocaba con los árboles, y su perseguidor quedó atrapado en el torbellino. —Contempló a Karrde con aire pensativo—. ¿Acaso el perseguidor era alguien especial?

La expresión de Karrde se endureció.

—Todos mis colaboradores son especiales —contestó, y sacó el comunicador—. Le ruego que me disculpe un momento; debo organizar una operación de rescate.

Thrawn avanzó unos pasos y tapó con dos dedos azules el comunicador.

—Permítame —dijo con suavidad—. ¿Comandante?

Uno de los milicianos se adelantó.

—¿Señor?

—Lleve una patrulla al lugar del siniestro —ordenó Thrawn, sin apartar los ojos de Karrde—. Examine los daños y traiga a los supervivientes. Y cualquier cosa que no parezca pertenecer a un deslizador normal.

—Sí, señor.

El hombre hizo un gesto. Un miliciano volvió sobre sus pasos y ascendió la rampa de la lanzadera situada a la izquierda.

—Agradezco su ayuda, almirante —dijo Karrde, con la boca seca—, pero no es necesaria.

—Al contrario, capitán —dijo con suavidad Thrawn—. Estamos en deuda por la ayuda que nos ha prestado con los ysalamiri. ¿Qué mejor forma de pagarla?

—Tiene mucha razón —murmuró Karrde.

La rampa se elevó y la lanzadera ascendió, acompañada por el zumbido de los retropropulsores. La suerte estaba echada, y no podía hacer nada por remediarlo. Sólo confió en que Mara hubiera controlado la situación.

Con otro cualquiera, no existiría la menor posibilidad. Con Mara… existía una.

—Y ahora, ¿no iba a enseñarme las instalaciones? —preguntó Thrawn.

—Sí —asintió Karrde—. Acompáñeme, por favor.

—Parece que los milicianos se van —dijo Han en voz baja, y apretó un poco más los macroprismáticos contra su frente—. Por lo menos, algunos. Entran en una de las lanzaderas.

—Déjame ver —murmuró Lando desde el otro lado del árbol.

Han le tendió los macroprismáticos con movimientos lentos y cautelosos. Era imposible saber qué equipos albergaban aquellas lanzaderas y cazas, y no confiaba en las capacidades protectoras de los árboles.

—Sí, parece que una lanzadera va a despegar —confirmó Lando.

Han se volvió a medias. Las plantas similares a hierba sobre las que se habían tendido se clavaron en su camisa.

—¿Recibís visitantes imperiales a menudo? —preguntó.

—Aquí no. —Ghent sacudió la cabeza, nervioso. Sus dientes casi castañeteaban a causa de la tensión—. Han bajado al bosque una o dos veces para capturar ysalamiri, pero nunca se han acercado a la base. Al menos, cuando yo estaba.

—¿Ysalamiri? —Lando arrugó el ceño—. ¿Qué son?

—Pequeñas serpientes peludas con patas —explicó Ghent—. No sé para qué sirven. Escuchad, ¿no podemos volver a la nave? Karrde me dijo que debía reteneros en ella, por vuestra propia seguridad.

Han no le hizo caso.

—¿Qué opinas? —preguntó a Lando.

Su amigo se encogió de hombros.

—Estará relacionado con el deslizador que despegó cuando Karrde nos hizo salir.

—Era un prisionero —dijo Ghent—. Karrde y Jade le aislaron. Tal vez logró escapar. Bien, ¿podemos regresar a…?

—¿Un prisionero? —repitió Lando, y frunció el entrecejo—. ¿Desde cuándo se dedica Karrde a vender prisioneros?

—Desde que empezó a hacer negocios con secuestradores, tal vez —gruñó Han, antes de que Ghent pudiera contestar.

—Nosotros no tratamos con secuestradores —protestó Ghent.

—Bueno, ahora estáis en tratos con uno —dijo Han, y movió la cabeza en dirección al grupo de imperiales—. ¿Ves ese tipejo gris de ahí? Es uno de los alienígenas que intentó secuestrarnos a Leia y a mí.

—¿Cómo? —Lando volvió a mirar por los macroprismáticos—. ¿Estás seguro?

—Al menos, es uno de su especie. No nos detuvimos para hacer las presentaciones. —Han miró a Ghent—. ¿Quién era el prisionero?

—No lo sé. —Ghent meneó la cabeza—. Le trajeron en el Salvaje Karrde hace unos días y le encerraron en los barracones. Creo que le trasladaron a un almacén cuando supieron que los imperiales venían.

—¿Cuál era su aspecto?

—¡No lo sé! —siseó Ghent, perdiendo la escasa serenidad que le quedaba. Merodear por los bosques y espiar a un puñado de milicianos no era la actividad propia de un experto en descifrar códigos. Nadie debía acercarse a él, ni hacer preguntas al respecto.

Lando captó la mirada de Han.

—Tal vez se trate de alguien que deseen esconder a los imperiales. ¿Tal vez un desertor que quiere pasarse a la Nueva República?

Han torció los labios.

—Lo que más me preocupa es que le hayan sacado de los barracones. Eso podría significar que las tropas van a quedarse un tiempo.

—Karrde no dijo nada por el estilo —objetó Ghent.

—Es posible que Karrde aún no lo sepa —replicó con sequedad Lando—. Confía en mí. Una vez estuvieron a punto de entregarme a los milicianos. —Devolvió los macroprismáticos a Han—. Parece que van a entrar.

Así era. Han observó el desfile de la comitiva: Karrde y el oficial imperial de piel azul en primer término, a continuación sus respectivos séquitos, y las columnas gemelas de milicianos flanqueando a la hilera.

—¿Alguien sabe quién es el tipo de los ojos rojos? —preguntó a Ghent.

—Creo que es un gran almirante, o algo similar. Tomó el mando de las operaciones imperiales hace un tiempo. No sé cómo se llama.

Han miró a Lando, y descubrió que su amigo le devolvía la misma mirada.

—¿Un gran almirante? —repitió Lando poco a poco.

—Sí. Mirad, ya se van. No hay nada más que ver. ¿Podemos ahora…?

—Regresemos al Halcón —murmuró Han.

Guardó los macroprismáticos en la bolsa de su cinturón y se arrastró a gatas. Un gran almirante. No era de extrañar que estuvieran diezmando a las naves de la Nueva República en los últimos tiempos.

—Imagino que no tendrás en el Halcón datos sobre grandes almirantes imperiales —murmuró Lando, mientras reptaba a su lado.

—No, pero sí en Coruscant.

—Fantástico —masculló Lando. El siseo de las hojas afiladas como cuchillos que iban apartando a su paso casi ahogó sus palabras—. Confiemos en vivir lo suficiente

para transmitir la noticia.

—Lo haremos —le aseguró Han, ceñudo—. Sobreviviremos lo bastante para averiguar qué clase de juego se lleva Karrde entre manos, y luego nos largaremos. Aunque tengamos que despegar sin sacar esa red de camo.

Lo más extraño de este despertar, decidió Luke, fue que no le dolía nada.

Y no era normal. A juzgar por lo que recordaba de aquellos últimos segundos (y por la visión de los árboles que se astillaban contra la cubierta de la cabina), tendría suerte de seguir con vida, y sobre todo de salir ileso. Era evidente que las correas de seguridad y los globos antichoque habían sido reforzados por algo más sofisticado, tal vez un compensador de aceleración.

Oyó a su espalda una especie de farfulleo estremecido.

—¿Estás bien, Erredós? —preguntó, poniéndose en pie con dificultades—. Aguanta, ya voy.

La toma de recuperación de información del androide se había salido como consecuencia del impacto, pero aparte de eso, y de algunas abolladuras sin importancia, no aparentaba sufrir daños de consideración.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Luke, desabrochando sus correas—. Esa nave puede volver con refuerzos.

Arrastró a Erredós hacia popa. La escotilla se abrió sin demasiadas complicaciones. Saltó al suelo y miró a su alrededor.

La segunda nave no volvería con refuerzos. Seguía en su sitio. En peor estado, si era posible, que la de Luke.

Erredós emitió un silbido de asombro desde la escotilla. Luke contempló la nave destruida. Teniendo en cuenta los dispositivos de seguridad del caza, era improbable que Mara hubiera sufrido heridas graves. Un vuelo de socorro sería inevitable, pero la muchacha aguantaría hasta entonces.

Aunque tal vez no.

—Espera aquí, Erredós —ordenó al androide—. Voy a echar un vistazo.

Aunque el exterior de la nave estaba en peor estado que la de Luke, la apariencia del interior era mejor. Se abrió paso entre los escombros hasta la puerta de la cabina.

Sólo la cabeza del piloto sobresalía del asiento, pero aquel brillante cabello rojo-dorado era lo único que necesitaba ver para saber que sus suposiciones eran correctas. Era Mara Jade quien le había perseguido.

Permaneció donde estaba un par de segundos, debatiéndose entre la prisa y la necesidad de atender a su ética. Erredós y él debían largarse de este lugar cuanto antes, sin la menor duda, pero si abandonaba a Mara, sin detenerse a examinar su estado…

Su mente le devolvió a Coruscant, a la noche en que Ben Kenobi se había

despedido definitivamente. «En otras palabras —dijo más tarde a Cetrespeó en el tejado—, un Jedi no puede involucrarse en asuntos galácticos hasta el punto de que interfieran en su preocupación por la gente». De hecho, sólo le robaría un minuto. Entró en la cabina y se dirigió hacia la muchacha.

Y se encontró frente a un par de ojos verdes, muy abiertos y conscientes. Unos ojos verdes que le miraban por encima del cañón de un diminuto desintegrador.

—Sabía que vendrías —dijo Mara, con voz hosca y satisfecha a la vez—. Retrocede.

Luke obedeció.

—¿Estás herida? —preguntó.

—No es tu problema —replicó Mara.

Saltó del asiento, sacó un maletín de debajo de la silla con la mano libre y se irguió. Luke captó otro brillo. La joven se había ceñido de nuevo al cinto su espada de luz.

—Encontrarás una caja en ese compartimiento que hay encima de la escotilla de salida —dijo Mara—. Sácala.

Luke abrió el compartimiento. Dentro, vio una caja metálica, con un rótulo desconocido, pero que tenía todo el aspecto de ser un estuche de supervivencia.

—Confío en que no tendremos que recorrer a pie todo el camino de vuelta —comentó Luke, mientras sacaba la bolsa y salía.

—Yo no —replicó la joven. Pareció vacilar un poco, antes de seguirle a tierra—. El que tú lo hagas ya es otra cuestión.

Luke la miró fijamente.

—¿Vas a terminar lo que empezaste con esto? —preguntó, señalando su nave destrozada.

Mara resopló.

—Escucha, jovencito, fuiste tú quien nos estrellaste, no yo. Mi único error fue estar demasiado pegada a tu cola cuando te lanzaste contra el árbol. Tira la bolsa y saca a ese androide.

Luke obedeció. Cuando Erredós estuvo a su lado, Mara había abierto el estuche y estaba rebuscando en su interior con una mano.

—Quédate ahí, y mantén las manos donde las pueda ver —ordenó.

Se quedó quieta y ladeó un poco la cabeza, como si escuchara. Un momento después, a lo lejos, Luke oyó el débil sonido de una nave que se aproximaba.

—Parece que nuestro viaje de vuelta está a punto de empezar —dijo Mara—. Quiero que tú y el androide…

Se interrumpió a mitad de la frase, sus ojos se desenfocaron y tensó la garganta. Luke frunció el ceño, intrigado.

De pronto, la joven cerró el estuche y lo levantó.

—¡Moveos! —exclamó, indicando que se alejaran de las naves. Cogió la caja plana y la sujetó bajo el brazo—. Escondeos entre los árboles. ¡Moveos, he dicho!

Había algo en su voz (autoridad, urgencia, o ambas cosas a la vez) que obviaba toda discusión o pregunta. Al cabo de unos segundos, Luke y Erredós se habían ocultado entre los árboles más cercanos.

—Más hacia el interior —ordenó Mara—. Vamos, moveos.

Luke pensó por un momento que tal vez se trataba de una broma macabra, que Mara sólo quería dispararle por la espalda, para afirmar después que había intentado huir, pero la joven les pisaba los talones. Oía su respiración y, de vez en cuando, notaba que el cañón del desintegrador rozaba su espalda. Se habían adentrado ya unos diez metros. Luke ayudó a Erredós a salvar una raíz particularmente gruesa.

—Basta —siseó Mara en su oído—. Esconde al androide y tírate al suelo.

Luke pasó a Erredós por encima de la rama, lo ocultó tras un árbol, se tendió al lado de Mara, y entonces comprendió.

Una lanzadera imperial planeaba lentamente sobre las naves destrozadas, como un buitre en busca de su presa.

Captó un leve movimiento con el rabillo del ojo, volvió la cabeza y se encontró con la boca del desintegrador a escasos centímetros de su cara.

—Ni un movimiento —susurró Mara, arrojándole su cálido aliento sobre la mejilla—. Ni un ruido.

Asintió y se dedicó a observar la lanzadera. Mara deslizó un brazo sobre su espalda, apretó el desintegrador contra su mandíbula y le imitó.

La lanzadera terminó de describir su círculo y descendió hacia la tierra quemada que separaba ambas naves. Antes de aterrizar, la rampa bajó y empezaron a salir milicianos.

Luke vio que se separaban y se dirigían hacia las dos naves para registrarlas. La extrañeza de la situación añadía un toque irreal a la escena. A menos de veinte metros de distancia. Mara tenía la oportunidad de entregarle a los imperiales, y sin embargo se habían escondido detrás de un árbol y procuraban respirar sin hacer ruido. ¿Había cambiado repentinamente de opinión?

¿O deseaba matarle sin testigos de ninguna clase?

En cuyo caso, comprendió Luke, su única oportunidad era rendirse a los milicianos. Una vez lejos del planeta, recobraría el control de la Fuerza. Si encontraba una manera de distraer a Mara y arrebatarle el desintegrador…

Mara debió de notar que había tensado los músculos.

—No intentes nada de lo que estás pensando —susurró en su oído, y hundió el desintegrador un poco más en su piel—. No me costaría nada aducir que me habías apresado y que conseguí apoderarme del desintegrador.

Luke tragó saliva y se resignó a esperar.

La espera no fue muy larga. Dos grupos de milicianos desaparecieron en el interior de las naves, mientras el resto rodeaba el borde del claro recién creado, escudriñando el bosque con la vista y sensores portátiles. Al cabo de unos minutos, salieron los que habían entrado en las naves, y se produjo un breve conciliábulo al pie de la rampa de la lanzadera. Tras una orden inaudible, los demás regresaron y todos se reintegraron a su nave. La rampa se cerró y la lanzadera desapareció una vez más en el cielo. Un minuto después, ni siquiera se oía el zumbido de los retropropulsores.

Luke hizo ademán de levantarse.

—Bien…

Un leve empujón del desintegrador bastó para que callara.

—Silencio —murmuró Mara—. Habrán dejado un sensor en tierra, por si alguien vuelve.

Luke frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el procedimiento habitual de los milicianos en casos como éste —gruñó Mara—. Ahora, mucho silencio. Nos levantaremos y nos alejaremos un poco más. Dile al androide que no haga ruido.

Mara ordenó que se detuvieran cuando ya no se veían las naves siniestradas, después de recorrer otros cincuenta metros.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Luke.

—Nos sentaremos.

Luke obedeció.

—Gracias por no entregarme a los milicianos.

—Ahórratelas —replicó la joven. Se sentó y dejó el desintegrador a su lado—. No te preocupes, no ha sido una decisión altruista. Las lanzaderas que se disponían a aterrizar debieron de vernos y enviar un grupo para que investigara. Karrde habrá inventado alguna historia, y no quiero precipitarme en los brazos de los imperiales hasta saber cuál es.

Apoyó la caja plana sobre su regazo y la abrió.

—Podrías llamarle —le recordó Luke.

—También puedo llamar directamente a los imperiales y ahorrarme tiempo. Sus equipos pueden captar cualquier cosa que yo emita. Ahora, cierra el pico. Tengo trabajo que hacer.

Manipuló la caja en silencio durante unos minutos. Movió los dedos sobre un diminuto teclado y contempló con el ceño fruncido algo que Luke no podía ver desde su ángulo. Levantaba la vista a intervalos irregulares, con la aparente intención de comprobar que su prisionero no intentaba nada. Luke esperó. Por fin, Mara lanzó un gruñido de satisfacción.

—Tres días —dijo en voz alta, y cerró la tapa.

—¿Tres días para qué? —preguntó Luke.

—La linde del bosque —respondió, y le miró sin pestañear—. La civilización. Bueno, Hyllyard City, que es lo más parecido en este planeta.

—¿Cuántos de nosotros vamos a ir? —preguntó Luke en voz baja.

—Ésa es la cuestión, ¿eh? —replicó Mara en tono glacial—. ¿Puedes darme alguna razón para que te lleve conmigo?

—Claro. —Luke inclinó la cabeza a un lado—. Erredós.

—No seas absurdo. —Sus ojos se desviaron hacia el androide, para luego volver a posarse en Luke—. Pase lo que pase, el androide se quedará aquí. Desmontado.

Luke se quedó boquiabierto.

—¿Desmontado?

—¿Necesitas que te lo deletree? El androide sabe demasiado. No podemos arriesgarnos a que los milicianos lo encuentren.

—¿Sabe demasiado sobre qué?

—Sobre ti, claro. Sobre ti, sobre Karrde, sobre mí… Sobre este estúpido embrollo.

Erredós gimió con suavidad.

—No dirá nada —insistió Luke.

—Después de que lo haya desmontado, no.

Luke hizo un esfuerzo para no perder los estribos. La única manera de obligarla a cambiar de opinión era utilizando la lógica, no el apasionamiento.

—Le necesitamos —dijo—. Tú misma me dijiste que el bosque era peligroso. Erredós cuenta con sensores que captan a los depredadores antes de que se acerquen lo suficiente para atacar.

—Puede que sí, y puede que no. La vegetación limita a cero el radio de acción de los sensores.

—Aun así, lo hará mejor que tú o yo. Y vigilará mientras nosotros dormimos.

Mara enarcó las cejas.

—¿Nosotros?

—Nosotros. No creo que se avenga a protegerte si yo no te acompaño.

Mara meneó la cabeza.

—Da igual —dijo, y cogió el desintegrador—. Puedo continuar sin él. Y a ti no te necesito para nada.

Luke sintió un nudo en la garganta.

—¿Estás segura de que tus sentimientos no interfieren en tu juicio?

Pensaba que su mirada no podía endurecerse más. Estaba equivocado.

—Voy a decirte algo, Skywalker —dijo Mara, en voz casi demasiado baja para que Luke la oyera—. Hace mucho tiempo que deseo matarte. Durante el primer año, soñé cada noche con tu muerte. Soñé, la planifiqué… Habré imaginado un millar de

situaciones, intentando encontrar la más adecuada. Si te apetece, puedes decir que tengo la mente obnubilada. Ya estoy acostumbrada. Es lo más parecido a un compañero permanente.

Luke se abismó en la contemplación de aquellos ojos, profundamente impresionado.

—¿Qué te hice? —susurró.

—Destruiste mi vida —respondió la joven con amargura—. Es justo que yo te destruya.

—¿Matarme te restituirá tu antigua vida?

—Tú lo sabes muy bien —dijo Mara, con voz algo temblorosa—, pero debo hacerlo. Por mí, y por…

Se interrumpió.

—¿Y Karrde? —preguntó Luke.

—¿A qué te refieres?

—Pensaba que me prefería vivo.

Mara resopló.

—Todos queremos cosas imposibles.

Por un segundo, algo brilló en sus ojos a través del odio.

Fuera lo que fuese, resultó insuficiente.

—Casi me gustaría postergarlo un poco más —dijo con calma glacial, y levantó el desintegrador—, pero no tengo tiempo que perder. —Luke contempló la boca del arma, mientras su mente buscaba frenéticamente alguna inspiración.

—Espera un momento. Dijiste que necesitabas averiguar lo que Karrde había contado a los imperiales. ¿Qué te parece si consigo proporcionarte un medio seguro de comunicarte con él?

El cañón del arma osciló.

—¿Cómo? —preguntó Mara con suspicacia.

Luke señaló su estuche de supervivencia.

—¿El comunicador de ahí tiene bastante potencia para llegar a la base? Sin ayuda de satélites o cosas por el estilo.

La suspicacia seguía reflejándose en el rostro de la muchacha.

—Hay un globo sonda incluido que puede elevar la antena por encima del bosque, pero no es direccional, lo cual significa que tanto los imperiales como cualquier persona de este hemisferio nos podrán escuchar.

—Perfecto —dijo Luke—. Puedo codificar el mensaje de forma que nadie entienda nada. Mejor dicho, es Erredós quien puede hacerlo.

Mara sonrió.

—Maravilloso, de no ser por un detalle sin importancia: si la codificación es tan buena, ¿cómo va a descifrarla Karrde?

—No será necesario. El ordenador de mi caza lo hará por él.

La sonrisa abandonó el rostro de Mara.

—Estás mintiendo —rugió—. Es imposible que un androide astromec y un ordenador de navegación establezcan un código secreto.

—¿Por qué? Erredós es el único androide que ha trabajado con ese ordenador durante más de cinco años, y a lo largo de casi tres mil horas de vuelo. A estas alturas, ya lo ha moldeado conforme a su propia personalidad. De hecho, lo sé de cierto. El equipo de mantenimiento tiene que someter los diagnósticos al análisis del androide para poder descifrarlos.

—Pensaba que el procedimiento habitual consistía en borrar y recargar las memorias de los androides cada seis meses, para evitar que eso suceda.

—Me gusta Erredós tal como es. De esta forma, el caza y él trabajan mejor compenetrados.

—¿En qué tanto por ciento?

Luke forzó su memoria. El equipo de mantenimiento le había entregado los resultados unos meses antes.

—No recuerdo la cifra exacta. Algo así como un treinta por ciento más rápido que la interacción básica astromec/caza. Tal vez un treinta y cinco por ciento.

Mara observaba fijamente a Erredós.

—Ésa es la velocidad de la interacción, en efecto —dijo a regañadientes—, pero aun así, los imperiales podrían detectarnos.

—Sería necesario un equipo especializado y cierto tiempo, y tú misma has dicho que estaríamos lejos de aquí dentro de tres días.

La joven le miró un largo momento, con los dientes apretados. Su rostro transparentó una serie de emociones encontradas. Amargura, odio, ansias de sobrevivir…, y algo más. Algo que Luke casi creyó un toque de lealtad.

—Tu nave está en el bosque —gruñó por fin—. ¿Cómo vas a entregar el mensaje a Karrde?

—Alguien inspeccionará la nave tarde o temprano. Todo lo que debemos hacer es almacenar el mensaje y dejar una especie de señal parpadeante, indicando que está en memoria. Conoces a alguien que sabrá hacerlo, ¿no?

—Cualquier idiota sabe recuperar una información almacenada. Lo más curioso de este plan es que me exige manteneros con vida un tiempo más.

Luke guardó silencio y sostuvo su mirada furiosa sin pestañear. De pronto, la batalla interna de Mara pareció concluir.

—¿Qué hacemos con el androide? Le costará una eternidad avanzar por este terreno.

—Erredós ya ha recorrido bosques en otras ocasiones. Sin embargo… —Luke miró a su alrededor y se fijó en un árbol con dos ramas bajas de la medida adecuada

—. Podría improvisar unas angarillas para transportarle, o algo por el estilo. —Hizo ademán de levantarse—. Si me prestas un minuto mi espada de luz, cortaré un par de ramas.

—Siéntate —ordenó Mara, incorporándose—. Yo lo haré.

Bueno, valía la pena probar.

—Esas dos —indicó—. Ve con cuidado. Las espadas de luz son difíciles de manejar.

—Tu preocupación por mi bienestar es conmovedora —replicó Mara con sarcasmo.

Aferró la espada de luz y se encaminó hacia el árbol, sin dejar de vigilar a Luke. Levantó el arma, la conectó…

Y con veloces mandobles cortó las ramas del árbol.

Desconectó la espada y la devolvió a su cinturón con un ágil movimiento.

—Todo tuyo —dijo, apartándose.

—Muy bien —dijo Luke mecánicamente, estupefacto, mientras se agachaba para recoger las ramas. Por la forma en que había procedido…—. Ya habías manejado una espada de luz.

Ella le contempló con frialdad.

—Ahora ya sabes que sé utilizarla, por si te asaltara la tentación de apoderarte de mi desintegrador. —Levantó la mirada hacia el cielo, que empezaba a oscurecerse—. Ponte a trabajar. Hemos de encontrar un claro para lanzar el globo sonda, y quiero hacerlo antes de que anochezca.

Capítulo 24

—Les pido disculpas por echarles de esa manera —dijo Karrde, mientras guiaba a Han hacia el edificio central—, sobre todo en mitad de la cena. Solemos ser mucho más hospitalarios.

—No hay problema —contestó Han.

Intentó examinar la expresión de su acompañante en la oscuridad. La luz del edificio que se alzaba frente a ellos arrojaba un débil resplandor sobre el rostro de Karrde; con suerte, bastaría para sus propósitos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada grave —le tranquilizó Karrde—. Unas personas con las que he hecho negocios querían bajar a echar un vistazo.

—Ah. ¿Quiere decir que ahora trabaja para el Imperio?

La expresión de Karrde se descompuso levemente. Han esperaba que negara su afirmación, pero en cambio se detuvo y miró a Lando y Ghent, que caminaban detrás de ellos.

—¿Ghent? —preguntó.

—Lo siento, señor —dijo el muchacho, afligido—. Insistieron en salir a ver qué pasaba.

—Entiendo. —Karrde miró a Han con serenidad—. No ha pasado nada, pero se expusieron a un peligro innecesario.

—Estoy acostumbrado a los peligros. Aún no ha contestado a mi pregunta.

Karrde continuó andando.

—Si no estoy interesado en trabajar para la Nueva República, todavía me interesa menos trabajar para el Imperio. Los imperiales vienen desde hace algunas semanas para capturar ysalamiri; son animales sésiles, como los que cuelgan en el árbol del gran salón. Les ofrecí mi colaboración para bajar sin peligro a los ysalamiri de sus árboles.

—¿Qué obtuvo a cambio?

—El privilegio de presenciar su trabajo, con el fin de intentar averiguar para que querían a esos animales.

—¿Y que querían?

Karrde miró de soslayo a Han.

—En este lugar, la información cuesta dinero, Solo. De hecho, para ser sincero, ignoramos qué se llevan entre manos. Estamos en ello, desde luego.

—Entiendo, pero usted conoce a su comandante en persona.

Karrde dibujó una leve sonrisa.

—Eso también es información.

Han empezaba a hartarse.

—Lo haremos a su manera. ¿Cuánto me costará el nombre del gran almirante?

—Por el momento, el nombre no está en venta. Hablaremos de ello más tarde, quizá.

—Gracias, pero creo que eso no será posible —gruñó Han—. Si no le importa, nos despediremos aquí y regresaremos a nuestra nave.

Karrde se volvió, como sorprendido.

—¿No van a terminar de cenar? Apenas habían empezado.

Han le miró directamente a los ojos.

—No me gusta estar sentado en tierra como blanco de prácticas, mientras los milicianos pululan por todas partes —replicó Han.

La expresión de Karrde se endureció.

—De momento, estar sentado en tierra es preferible a llamar la atención en el aire —dijo con frialdad—. El Destructor Estelar no ha dejado la órbita todavía. Despegar ahora sería una clara invitación a ser derribados.

—El Halcón ya ha dejado atrás en otras ocasiones a los Destructores Estelares.

Pese a todo, Karrde tenía razón. El hecho de que no les hubiera entregado a los imperiales daba a entender que podían confiar en él, al menos de momento.

Por otra parte, si se quedaban…

—Supongo que no nos perjudicará quedarnos un poquito más —admitió—. Muy bien, terminaremos la cena.

—Bien. Sólo tardaremos unos minutos en prepararlo todo de nuevo.

—¿Lo tiraron todo?

—Toda indicación de que teníamos invitados. El gran almirante es muy observador, y tampoco quería que averiguara el número de mis colaboradores que se encuentran actualmente en el recinto.

—Bien, mientras preparan las cosas, quiero regresar a la nave y comprobar un par de cosas.

Karrde entornó los ojos.

—Pero volverán.

Han le dedicó una sonrisa inocente.

—Confíe en mí.

Karrde le miró un momento más, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien. De todos modos, vayan con cuidado. Los depredadores locales no suelen acercarse tanto a nuestro recinto, pero siempre hay excepciones.

—Iremos con cuidado —prometió Han—. Vamos, Lando.

Desanduvieron el camino.

—¿Qué olvidamos en el Halcón? —preguntó Lando en voz baja cuando llegaron a los árboles.

—Nada —murmuró Han—. He pensado que ya iba siendo hora de inspeccionar los almacenes de Karrde, sobre todo aquel que servía de celda a un prisionero.

Se internaron unos cinco metros en el bosque, y después cambiaron de dirección para rodear el recinto. Cuando habían recorrido una cuarta parte de la circunferencia, descubrieron un pequeño grupo de edificios similares.

—Busca una puerta con una cerradura —sugirió Lando, mientras caminaba entre los almacenes—. Tanto permanente como temporal.

—Bien. —Han escudriñó las tinieblas—. Fíjate en ese cobertizo, el de las dos puertas.

—Tal vez. Echemos una ojeada.

La puerta izquierda tenía cerradura. O mejor dicho, la había tenido.

—La han volado —dijo Lando—. Muy extraño.

—Tal vez el prisionero tenía amigos —sugirió Han, y paseó la vista en derredor suyo. No se veía a nadie—. Entremos.

Abrieron la puerta, entraron y la cerraron antes de encender la luz. El almacén estaba lleno a medias, y la mayoría de las cajas estaban amontonadas contra la pared de la derecha. Las excepciones a esa norma…

—Alguien ha estado muy ocupado aquí —comentó Lando—. Echa un vistazo.

Lando estaba acuclillado junto a la puerta y examinaba el mecanismo de la cerradura. Al igual que la de fuera, la mitad de la placa protectora había sido volada.

—Un tiro certero.

Han frunció el ceño y se acercó.

—No fue de un solo disparo —dijo Lando, y meneó la cabeza—. La parte intermedia está casi intacta. —Empujó un poco la placa y tocó los componentes electrónicos del interior con los dedos—. Da la impresión de que nuestro misterioso prisionero manipuló el mecanismo.

—Me pregunto cómo lo abrió. —Han examinó la placa—. Voy a echar una ojeada a la puerta de fuera —dijo Lando.

Volvió a la entrada y tocó el disparador. La puerta no se abrió. —Oh, oh —murmuró, y probó de nuevo.

—Espera un momento. Ya veo el problema —dijo Lando, mientras palpaba algo escondido tras la placa—. Hay un suministro de fuerza empalmado ahí dentro.

De pronto, la puerta se abrió.

—Vuelvo en seguida —dijo Han, y salió.

La puerta derecha del cobertizo no era muy diferente de la otra, excepto en una cosa: en el centro, en un espacio que se había despejado a propósito, había un aro de

sujeción para androides abierto.

Han lo contempló, pensativo. No habían guardado el aro, ni tampoco vuelto a cerrar; era improbable que un miembro de la banda de Karrde tratara de esta forma los aparatos de la organización. Casi en el centro de las quijadas del aro se veían tres débiles huellas en el suelo. Marcas producidas, presumiblemente, por los frustrados intentos del androide por moverse o liberarse.

La puerta se abrió a su espalda. Han giró en redondo, empuñando el desintegrador.

—Por lo visto, se ha perdido —dijo con calma Karrde. Sus ojos recorrieron la habitación—. Y de paso, también ha perdido al general Calrissian.

Han bajó el desintegrador.

—Dígale a su gente que guarden los juguetes después de utilizarlos —dijo. Señaló con la cabeza el aro de sujeción abandonado—. ¿También retenía prisionero a un androide?

Karrde sonrió.

—Veo que Ghent ha vuelto a hablar cuando no debía. Me sorprende que esos expertos en ordenadores y androides no sepan mantener la boca cerrada.

—También es asombroso que los contrabandistas expertos no sepan retirarse a tiempo de un mal negocio —replicó Han—. ¿Cuáles fueron las órdenes de su gran almirante? ¿Capturar esclavos, o secuestrar personas al azar?

Los ojos de Karrde centellearon.

—Yo no me dedico a la esclavitud, Solo. Ni a la esclavitud, ni al secuestro. Nunca lo he hecho.

—¿Y qué ha sido esto? ¿Un accidente?

—Yo no le pedí que se entrometiera en mi vida —respondió Karrde—. Tampoco me hacía mucha gracia que estuviera aquí.

Han resopló.

—Está exagerando, Karrde. ¿Qué hizo, aterrizó encima de su cabeza?

—De hecho, esa descripción es casi exacta.

—Oh, vamos, un buen motivo para encerrar a alguien —se burló Han—. ¿Quién era?

—Esa información no está a la venta.

—Quizá no necesitamos comprarla —dijo Lando desde detrás. Karrde se volvió.

—Ah —dijo, cuando Lando entró en la habitación—. Aquí está. ¿Explorando la otra parte del almacén?

—Sí, no solemos perdernos por mucho rato —le aseguró Han—. ¿Qué has encontrado, Lando?

—Esto. —Lando sostuvo en alto un diminuto cilindro rojo. De cada extremo surgía un cable—. Es un microsuministro de fuerza, utilizado en instalaciones de

escasa potencia. Nuestro prisionero lo empalmó en el control del cierre de la puerta después de hacer saltar las líneas eléctricas. Así salió. —Lo acercó un poco más—. La marca del fabricante es pequeña, pero legible. ¿La reconoces?

Han forzó la vista. La escritura era alienígena, pero le resultaba vagamente familiar.

—La he visto antes, pero no recuerdo dónde.

—La viste durante la guerra —explicó Lando, sin apartar la vista de Karrde—. Es el logotipo de Sibha Habadeet.

Han contempló el pequeño cilindro, y un extraño escalofrío recorrió su espina dorsal. La Sibha Habadeet había sido una de las principales empresas que había suministrado a la Alianza microcomponentes. Y su especialidad había sido…

—¿Es un suministro de fuerza bioelectrónico?

—Exacto —dijo Lando en tono sombrío—. Como el que se pondría en, digamos, una mano artificial.

El cañón del desintegrador que empuñaba Han se alzó lentamente y apuntó al estómago de Karrde.

—Aquí hubo un androide —dijo Lando—. Las marcas en el suelo corresponden a una unidad R2. —Enarcó las cejas—. No tenga reparos en intervenir en la conversación cuando le apetezca, Karrde.

Karrde suspiró. Una mezcla de fastidio y resignación se pintó en su rostro.

—¿Qué quieren que diga, que Luke Skywalker estuvo prisionero aquí? Muy bien: dicho está.

Han apretó los dientes. Lando y él habían estado aquí, sin saber que…

—¿Dónde está? —preguntó.

—Pensaba que Ghent ya se lo habría dicho —respondió Karrde—. Escapó en uno de mis saltadores. —Torció los labios—. Acabó estrellándose.

—¿Cómo?

—Se encuentra bien —le tranquilizó Karrde—, al menos hace un par de horas. Los milicianos que fueron a investigar dijeron que las dos naves siniestradas estaban vacías. —Dio la impresión de que sus ojos se apagaban un instante—. En mi opinión, eso significa que los dos están trabajando juntos para ponerse a salvo.

—No parece muy seguro —saltó Han.

Sus ojos se apagaron un poco más.

—Mara Jade fue la persona que le persiguió. Tiene ciertas… Bien, no me andaré por las ramas. De hecho, tiene muchas ganas de matarle.

Han lanzó una mirada de sorpresa en dirección a Lando.

—¿Por qué?

Karrde meneó la cabeza.

—Lo ignoro.

Por un momento, se hizo un silencio en la habitación.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó Lando.

—Como ya he dicho, por puro accidente. No, retiro lo dicho. Para Mara no fue un accidente; nos condujo directamente a su nave averiada.

—¿Cómo?

—Tampoco lo sé. —Dirigió una dura mirada a Han—. Y antes de que lo pregunte, nosotros no tuvimos nada que ver con la avería. Había quemado ambos inductores de hiperpropulsión en un enfrentamiento con un Destructor Estelar imperial. Si no lo hubiéramos recogido, ahora estaría muerto, casi con toda certeza.

—En lugar de vagar por un bosque con alguien que le quiere en ese estado —replicó Han—. Sí, es usted un auténtico héroe.

La mirada de Karrde se endureció todavía más.

—Los imperiales quieren a Skywalker, Solo. Arden en deseos de capturarle. Si se molesta en pensar un poco, caerá en la cuenta de que no le entregué.

—Porque antes escapó.

—Escapó porque estaba en este almacén —corrigió Karrde—. Y estaba en este almacén porque no quise que los imperiales se toparan con él durante su visita no anunciada.

Hizo una pausa.

—También caerá en la cuenta de que tampoco les entregué a ustedes dos.

Han bajó el arma poco a poco. Cualquier cosa dicha ante el cañón de un desintegrador carecía de valor, por supuesto, pero el hecho de que Karrde no les hubiera traicionado a los imperiales hablaba en su favor.

Mejor dicho, aún no les había traicionado. Pero podía cambiar de opinión.

—Quiero ver el caza de Luke —dijo.

—Desde luego. Sin embargo, recomiendo no ir en su busca hasta mañana por la mañana. Lo escondimos más en el interior del bosque que su nave, y en la oscuridad sí que merodearán depredadores.

Han vaciló, y luego asintió. Si Karrde tramaba algo, ya habría borrado o alterado el ordenador del caza. Unas cuantas horas más no cambiarían en nada la situación.

—Muy bien. ¿Qué vamos a hacer con respecto a Luke?

Karrde meneó la cabeza, evitando la mirada de Han.

—Esta noche no podemos hacer nada, teniendo en cuenta que vagan vornskrs por el bosque y el gran almirante continúa orbitando allí arriba. Mañana… Tendremos que hablar y hallar alguna solución. —Dibujó una sonrisa irónica—. Entretanto, la cena ya debería estar preparada. Si tienen la bondad de seguirme…

La galería de arte holográfica, débilmente iluminada, había cambiado de nuevo. Esta vez, contenía una colección de obras en forma de llama, muy similares entre sí, que

parecían latir y cambiar de forma mientras Pellaeon avanzaba con cautela entre los pedestales. Los estudiaba mientras caminaba, y se preguntaba de dónde procederían.

—¿Les ha localizado, capitán? —preguntó Thrawn, cuando Pellaeon llegó al doble círculo.

El capitán se armó de valor.

—Temo que no, señor. Confiábamos en que, al caer la noche, conseguiríamos algunos resultados con los sensores infrarrojos, pero no pueden traspasar la bóveda de árboles.

Thrawn cabeceó.

—¿Qué sabe sobre la transmisión rítmica que captamos justo después de ponerse el sol?

—Logramos confirmar que procedía de un punto muy cercano al lugar del siniestro, pero fue demasiado breve para precisar la localización. El código era muy extraño. El departamento de desciframientos piensa que debe de ser una especie de código complementario. Siguen trabajando en ello.

—Supongo que han probado todos los códigos conocidos de los rebeldes.

—Sí, señor, tal como usted ordenó.

Thrawn cabeceó con aire pensativo.

—Parece que estamos en un punto muerto, capitán. Al menos mientras sigan en el bosque. ¿Ha calculado los puntos de emergencia probables?

—Sólo existe una elección lógica —dijo Pellaeon, y se preguntó por qué le daban tanta importancia a este incidente—. Una ciudad llamada Hyllyard City, en la linde del bosque y que casi se encuentra directamente en su camino. Es la única población habitada en casi cien kilómetros a la redonda. Es casi seguro que se dirigirán a ella, pues sólo cuentan con una mochila de supervivencia para los dos.

—Excelente. Quiero que destaque a tres pelotones de milicianos e instale un puesto de observación en ese lugar. Saldrán de la nave inmediatamente.

Pellaeon parpadeó.

—¿Milicianos, señor?

—Milicianos —repitió Thrawn, mientras desviaba la vista hacia una escultura—. Será mejor que añada media unidad motorizada y tres carros de asalto ligeros.

—Sí, señor —respondió Pellaeon con cautela.

Los milicianos escaseaban últimamente, y dilapidarlos en algo tan poco importante como una riña entre contrabandistas…

—Karrde nos ha mentido —continuó Thrawn, como si leyera los pensamientos de Pellaeon—. El pequeño drama ocurrido esta tarde no fue, desde luego, la persecución de un vulgar ladrón. Me gustaría mucho averiguar la verdad.

—Yo… Creo que no lo entiendo, señor.

—Es muy sencillo, capitán —respondió Thrawn, con el tono de voz que siempre

adoptaba para explicar lo evidente—. El piloto del vehículo perseguidor no transmitió informes durante el vuelo. Nadie de la base de Karrde se comunicó con él. Lo sabemos, porque habríamos interceptado esas transmisiones. Ningún informe sobre los progresos de la persecución; ninguna solicitud de ayuda; nada, salvo el silencio más absoluto. —Miró a Pellaeon—. ¿Alguna sugerencia, capitán?

—Fuera lo que fuese —dijo Pellaeon lentamente—, no querían que nos enteráramos. Además… —Agitó la cabeza—. No sé, señor. Las posibilidades son enormes. Al fin y al cabo, son contrabandistas.

—Es cierto. —Los ojos de Thrawn centellearon—. Pero tenga en cuenta el hecho de que Karrde rehusó nuestra invitación a unirse a la caza de Skywalker…, y el hecho de que esta tarde dio a entender que la caza había terminado. —Enarcó una ceja—. ¿Qué le sugieren estos datos, capitán?

Pellaeon se quedó boquiabierto.

—¿Quiere decir… que Skywalker pilotaba el saltador?

—Una especulación interesante, ¿no cree? Es improbable, lo admito, pero lo bastante probable para investigar a fondo.

—Sí, señor. —Pellaeon consultó su crono y efectuó un veloz cálculo—. Si permanecemos aquí más de un día o dos, tal vez debamos aplazar el ataque a Sluis Van.

—No lo aplazaremos —aseguró Thrawn—. Nuestra victoria contra los rebeldes empieza allí, y no alteraré una operación tan delicada. Ni por Skywalker, ni por quien sea. —Señaló las estatuas flamígeras que le rodeaban—. El arte sluissi indica claramente una pauta cíclica bianual, y quiero golpearles en su punto más débil. Partiremos hacia nuestra cita con el Inexorable y la prueba del escudo protector en cuanto las tropas y los vehículos hayan descendido. Tres escuadrones de milicianos serán suficientes para reducir a Skywalker, si de verdad está ahí abajo. —Sus ojos escrutaron el rostro de Pellaeon—. Y para reducir a Karrde —añadió con suavidad—, si se demuestra que es un traidor.

Los últimos fragmentos de azul oscuro habían desaparecido de las diminutas brechas que jalonaban el dosel suspendido sobre sus cabezas, dejando paso a la negrura más absoluta. Mara bajó al mínimo la luz del equipo de supervivencia, lo dejó sobre el suelo y se tendió junto al tronco de un enorme árbol. Le dolía de nuevo el tobillo derecho, que se había torcido al estrellarse su nave.

Skywalker ya se había acostado al otro lado de la luz, utilizando la túnica a modo de almohada, y su fiel androide permanecía de pie junto a él. Se preguntó si sabría lo de su tobillo, y luego desechó la idea. Había sufrido peores heridas, sin que le hubieran impedido cumplir su cometido.

—Me recuerda a Endor —dijo Skywalker en silencio, mientras Mara colocaba

sobre su regazo, al alcance de la mano, su vara luminosa y el desintegrador—. Por la noche, los bosques siempre están llenos de vida.

—Oh, ya lo creo —gruñó Mara—. Muchos animales del planeta son nocturnos. Incluidos los vornskrs.

—Qué raro —murmuró Skywalker—. Los vornskrs domésticos de Karrde parecían muy despiertos al atardecer.

Ella le miró, sorprendida de que se hubiera fijado en el detalle.

—De hecho, aun en estado salvaje, suelen echar una siestecita por la noche. Les he llamado nocturnos porque suelen cazar de noche.

Skywalker meditó sobre la información.

—En ese caso, tal vez deberíamos viajar de noche —sugirió—. De todos modos vendrán a por nosotros. Al menos, estaremos despiertos y prevenidos mientras ellos rondan.

Mara negó con la cabeza.

—Nos causarían más complicaciones. Debemos ver el terreno que se extiende ante nosotros lo máximo posible, para evitar meternos en callejones sin salida. Además, este bosque está sembrado de pequeños claros.

—En los cuales, una vara luminosa se vería muy bien desde una nave en órbita, punto. Parece que conoces muy bien este lugar.

—Para saber eso, basta que un piloto observador sobrevuele el bosque —gruñó la joven.

Sin embargo, sabía que Skywalker tenía razón. Apoyó la espalda contra el rugoso tronco. «Conoce tu territorio» era la primera regla que le habían inculcado, y lo primero que había hecho después de ingresar en la organización de Karrde. Había estudiado los mapas aéreos del bosque y el territorio circundante. Había dado largos paseos, tanto de noche como de día, para familiarizarse con el paisaje y los ruidos. Había perseguido y matado a varios vornskrs y a otros depredadores, para aprender los métodos más rápidos de acabar con ellos. Incluso había convencido a un hombre de Karrde para que sometiera diversas plantas nativas a análisis biológicos, con el fin de averiguar cuáles eran comestibles y cuáles no. Aparte del bosque, sabía algo sobre los pobladores y la política local, y había ocultado parte de sus ganancias en un lugar donde pudiera recuperarlas con facilidad.

Estaba más preparada que cualquier miembro de la organización de Karrde para sobrevivir fuera de los límites del campamento. Siendo así, ¿por qué ponía tanto empeño en regresar?

No era por el bien de Karrde, de eso estaba segura. Todo cuanto había hecho por ella (proporcionarle trabajo, darle un cargo, los sucesivos ascensos) lo había pagado de sobra con trabajo y servicio. No le debía nada, ni él a ella. La historia que hubiera inventado para explicar a Thrawn el incidente de la tarde estaba destinada a salvar su

cuello, no el de Mara. Y si se daba cuenta de que el gran almirante no se la tragaba, disponía de perfecta libertad para sacar a su grupo de Myrkr esta noche y desaparecer en uno de sus numerosos escondites, dispersos por toda la galaxia.

Sólo que no lo haría. Seguiría en su sitio, enviando a un grupo de exploración tras otro, aguardando a que Mara saliera del bosque. Aunque no lo hiciera nunca.

Aun corriendo el riesgo de agotar la paciencia de Thrawn.

Mara apretó los dientes cuando ante sus ojos pasó la desagradable imagen de Karrde acorralado contra la pared de una celda por un androide interrogador. Porque ella conocía a Thrawn; conocía la tenacidad y los límites de la paciencia del gran almirante. Esperaría y observaría, o dejaría que alguien lo hiciera por él, mientras se verificaba la historia de Karrde.

Y si ni ella ni Skywalker volvían a aparecer, llegaría a la conclusión errónea, casi con toda seguridad. En ese momento, sometería a Karrde a un interrogatorio profesional imperial, y a la larga averiguaría quién era el prisionero.

Y después ordenaría la ejecución de Karrde.

La cúpula del androide giró unos cuantos grados y emitió un insistente gorjeo.

—Creo que Erredós ha captado algo —dijo Skywalker, incorporándose.

—Nada de trucos —dijo Mara.

Cogió su vara luminosa, la apuntó hacia la sombra que ya había visto moverse, y conectó el artilugio.

Un vornskr apareció enmarcado en el círculo de luz, con las garras delanteras clavadas en la tierra. Su cola se agitaba lentamente arriba y abajo. No prestó atención a la luz, sino que continuó avanzando hacia Skywalker.

Mara dejó que diera otros dos pasos y le atravesó la cabeza.

El animal se derrumbó sobre el suelo, y su cola se agitó por última vez. Mara barrió la zona con la vara luminosa, y luego la apagó.

—Menos mal que contamos con los sensores de tu androide —dijo con sarcasmo.

—Bueno, sin él no habría sabido que nos acechaba un peligro —contestó con ironía Luke—. Gracias.

—Olvídalo —gruñó ella.

Siguió un breve silencio.

—¿Los vornskrs domésticos de Karrde pertenecen a una especie diferente, o les cortó la cola? —preguntó Skywalker.

Mara le miró en la oscuridad, impresionada. Casi nadie se habría fijado en ese detalle.

—Lo último —respondió—. Sus colas se utilizan como látigos. Son muy dolorosos, y contienen un veneno poco virulento. Al principio, Karrde no quería que su gente anduviera por ahí llena de verdugones; después descubrimos que quitarles la cola también eliminaba gran parte de su agresividad.

—Parecían muy dóciles, incluso amigables.

Sólo que no se habían mostrado cordiales con Skywalker, recordó Mara. Aquí, el vornskr había hecho caso omiso de ella, dirigiéndose sin vacilar hacia Luke. ¿Coincidencia?

—Lo son —dijo en voz alta—. En alguna ocasión ha pensado venderlos como animales guardianes, pero nunca ha explorado el mercado potencial.

—Bueno, puedes decirle que me gustaría servir como referencia —respondió con sequedad Skywalker—. Después de haber tenido a un vornskr a dos palmos de mi cara, creo que a ningún intruso le haría gracia pasar dos veces por esa experiencia.

Mara torció los labios.

—Acostúmbrate —le aconsejó—. Aún estamos muy lejos de la linde del bosque.

—Lo sé. —Skywalker volvió a tenderse—. Por suerte, eres una excelente tiradora.

Guardó silencio. Se disponía a dormir…, dando por sentado que ella haría lo mismo.

«Desengáñate», pensó con sarcasmo la joven. Sacó del bolsillo un tubo de píldoras estimulantes. Su ingesta continuada arruinaría la salud de cualquiera en poco tiempo, pero dormir a cinco metros de un enemigo la arruinaría mucho antes.

Se inmovilizó, con el tubo en la mano, y miró a Skywalker, a sus ojos cerrados, a su rostro sereno, libre de toda preocupación en apariencia. Le resultó extraño, porque si alguien tenía motivos para estar preocupado, era él. Despojado de sus poderes Jedi por un planeta infestado de ysalamiri, atrapado en un bosque de un planeta cuyo nombre y ubicación ni siquiera conocía, y rodeado de vornskrs que hacían cola por el privilegio de matarle, tendría que estar con los ojos abiertos de par en par y bombeando adrenalina sin cesar.

Quizá estaba fingiendo, con la esperanza de que ella bajara la guardia. Mara lo intentaría, en la situación inversa.

Pero quizá era algo más de lo que aparentaba. Algo más que un apellido ilustre, un cargo político y una bolsa de trucos Jedi.

Apretó la boca y recorrió con los dedos la espada de luz que colgaba de su costado. Sí, era algo más, desde luego. Independientemente de lo que hubiera ocurrido al final, aquel final terrible, confuso y mortífero, no le habían salvado sus trucos Jedi, sino otra cosa. Algo que procuraría descubrir antes de que se produjera el final de Skywalker.

Sacó una píldora del tubo y la tragó, después de tomar una firme decisión. No, los vornskrs no acabarían con Luke Skywalker. Ni tampoco los imperiales. Cuando llegara el momento, ella lo mataría con sus propias manos. Estaba en su derecho. Era su privilegio, su deber. Adoptó una posición más cómoda y se dispuso a esperar a que transcurriera la noche.

Los ruidos nocturnos del bosque se oían débilmente a lo lejos, mezclados con los sonidos de la civilización que surgían del edificio que tenía a su espalda. Karrde bebió de su copa, escudriñó la oscuridad, y se sintió más cansado que nunca.

En tan sólo un día, toda su vida había cambiado.

A su lado, Drang levantó la cabeza y la movió hacia la derecha.

—¿Compañía? —preguntó Karrde, y miró en aquella dirección.

Una silueta borrosa, apenas visible a la luz de las estrellas, avanzaba hacia él.

—¿Karrde? —llamó en voz baja la voz de Aves.

—Aquí —le orientó Karrde—. Coge una silla y reúnete conmigo.

—Ya me va bien así —dijo Aves. Se sentó en el suelo a su lado, con las piernas cruzadas—. En cualquier caso, he de volver a la Central muy pronto.

—¿El mensaje misterioso?

—Sí. ¿En qué demonios estaba pensando Mara?

—No lo sé —confesó Karrde—. En algo inteligente, supongo.

—Es posible. Sólo confío en que seamos lo bastante inteligentes para descifrarlo.

Karrde cabeceó.

—¿Solo y Calrissian ya se han acostado?

—Regresaron a su nave —dijo Aves, en tono malhumorado—. Creo que no confían en nosotros.

—Dadas las circunstancias, no puedes echarles la culpa. —Karrde rascó la cabeza de Drang—. Quizá les convenzamos de que estamos de su parte, cuando mañana por la mañana saquemos los registros del ordenador de Skywalker.

—Sí. ¿Vamos a hacerlo?

Karrde se humedeció los labios.

—No tenemos otra elección, Aves. Son nuestros invitados.

Aves resopló.

—El gran almirante se va a enfadar.

Karrde se encogió de hombros.

—Son nuestros invitados —repitió.

Notó que Aves se encogía de hombros en la oscuridad. Había comprendido. Aves comprendía los deberes y requisitos de un anfitrión. Al contrario que Mara, empeñada en negar el aterrizaje al Halcón Milenario.

Ojalá le hubiera hecho caso. Ojalá.

—Quiero que organices un grupo de exploración para mañana por la mañana —dijo a Aves—. Considerando la situación, tal vez no servirá de nada, pero hay que probarlo.

—Muy bien. ¿No nos tropezaremos con los imperiales?

Karrde hizo una mueca.

—Dudo que sigan explorando. Esa nave que salió subrepticiamente del Destructor Estelar hace una hora parecía una lanzadera de asalto camuflada. Sospecho que se instalarán en Hyllyard City y esperarán a que Mara y Skywalker caigan en sus brazos.

—Parece razonable. ¿Qué ocurriría si no les encontramos antes?

—Tendremos que rescatarlos de los milicianos. ¿Crees posible reunir una partida a tal efecto?

Aves bufó por lo bajo.

—Dicho y hecho. He hablado con varias personas desde que hiciste el anuncio, y puedo decirte que hay un buen ambiente en el campamento. Dejando aparte lo de héroe de la Rebelión y todo eso, mucha gente se cree en deuda con Skywalker porque les liberó del yugo permanente de Jabba el Hutt.

—Lo sé —dijo Karrde en tono sombrío—. Y ese entusiasmo podría causarnos problemas, porque si no podemos liberar a Skywalker de los imperiales… Bueno, no podemos permitir que le cojan vivo.

Se produjo un largo silencio.

—Entiendo —dijo por fin Aves, en voz muy baja—. Dará igual, en lo tocante a las sospechas de Thrawn.

—La sospecha es mejor que la prueba inequívoca —le recordó Karrde—. Si no podemos localizarles mientras sigan en el bosque, eso será lo mejor que logremos.

Aves meneó la cabeza.

—No me gusta.

—Ni a mí, pero hemos de estar preparados para cualquier eventualidad.

—Comprendido. —Aves siguió sentado en silencio unos momentos. Después, se levantó con un suspiro—. Será mejor que regrese, a ver si Ghent ha hecho algún progreso con el mensaje de Mara.

—Y luego, vete al sobre. Mañana va a ser un día muy agitado.

—Muy bien. Buenas noches.

Aves se marchó, y la suave mezcla de los ruidos del bosque volvió a invadir la noche. Ruidos que significaban mucho para los animales que los producían, pero nada para él.

Sonidos sin sentido…

Meneó la cabeza, agotado. ¿Qué había intentado hacer Mara con aquel mensaje tan críptico? ¿Era algo sencillo, algo que él o cualquiera de sus compañeros podían descifrar sin dificultad?

¿O se había superado por fin la dama que siempre jugaba al sabacc con las cartas apretadas contra el pecho?

A lo lejos, un vornskr emitió su peculiar cacareo/ronroneo. Drang levantó la

cabeza.

—¿Algún amigo tuyo? —preguntó Karrde, y aguzó el oído cuando otro vornskr coreó el primer grito.

En otra época, Sturm y Drang habían sido salvajes como aquellos, antes de que los domesticara.

Al igual que Mara, cuando la había aceptado en la organización. Se preguntó si algún día se amansaría.

Se preguntó si resolvería el problema, matando a Skywalker.

El cacareo/ronroneo se repitió, esta vez más cerca.

—Vamos, Drang —dijo al vornskr, y se puso en pie—. Es hora de retirarnos.

Se detuvo en la puerta para lanzar una última mirada hacia el bosque. Un estremecimiento de melancolía, y de algo muy parecido al miedo, le recorrió. Sí, el gran almirante iba a enfadarse. Iba a enfadarse mucho.

Fuera como fuese, Karrde sabía que una fase de su vida había terminado.

CAPÍTULO 25

La habitación estaba oscura y silenciosa. Los amortiguados sonidos de la noche de Rwookrrorro se colaban por la ventana de malla, junto con una fría brisa. Leia clavó la vista en las cortinas, aferró el desintegrador con una mano sudorosa y se preguntó qué la había despertado.

Permaneció tendida varios minutos. El corazón se agitaba dentro de su pecho. No ocurrió nada. Ni ruidos, ni movimientos, ni amenazas que sus limitados poderes Jedi pudieran detectar. Nada, salvo una insidiosa sensación de que ya no estaba a salvo en este lugar.

Respiró hondo, dejó escapar el aire en silencio y continuó escuchando. No era culpa de sus anfitriones, o al menos no podía culparlos de nada. Los gobernantes de la ciudad habían montado un fuerte dispositivo de seguridad los dos primeros días, proporcionándole más de una docena de guardaespaldas wookies, mientras otros voluntarios peinaban la ciudad como peludos Caminantes Imperiales, en busca del alienígena que la princesa había visto nada más llegar. Todo se había llevado a cabo con una rapidez, eficacia y perfección que Leia había visto pocas veces en la cúpula de la Alianza Rebelde.

Pero a medida que los días transcurrían, sin que nadie encontrara el menor rastro del alienígena, la vigilancia se había suavizado. Cuando empezaron a llegar informes negativos de otras ciudades de Kashyyyk, el número de investigadores se había reducido a un puñado, y la docena de guardaespaldas a tres.

Y ahora, incluso esos tres habían desaparecido, para volver a sus trabajos y vidas habituales. Sólo cuidaban de ella Chewbacca, Ralrra y Salporin.

Era una estrategia clásica. Tendida en la oscuridad, contando con la ventaja de la introspección, lo entendía. Los seres sensibles, tanto humanos como wookies, no podían mantener un estado de vigilancia continuo, cuando no había enemigos tangibles que vigilar. Había luchado contra esa tendencia en el seno de la Alianza.

Pues también debía luchar contra aquella inercia, muy a menudo mortífera, que inducía a ocupar demasiado tiempo el mismo puesto.

Se encogió de hombros cuando recuerdos del desastre que casi se había producido en el planeta helado de Hoth acudieron a su mente. Sabía que Chewbacca y ella tendrían que haber abandonado Rwookrrorro días antes. De hecho, tendrían que haber abandonado Kashyyyk. Se había convertido en un lugar demasiado cómodo, demasiado familiar. Su mente ya no captaba todo cuanto acontecía a su alrededor,

sino una parte, y llenaba los huecos con recuerdos. Era la clase de debilidad psicológica que un enemigo inteligente explotaría con facilidad, mediante el expediente de encontrar una forma de infiltrarse en su rutina normal.

Había llegado el momento de terminar con esa rutina.

Echó un vistazo al crono de la mesita de noche y efectuó un rápido cálculo. Faltaba una hora para el amanecer. Había un trineo retropropulsor aparcado fuera. Si Chewbacca y ella actuaban ahora, podrían salir al espacio en la Dama Afortunada poco después del alba. Se incorporó, saltó de la cama, dejó el desintegrador sobre la mesita de noche y cogió el comunicador.

En la oscuridad, una mano nervuda se apoderó de su muñeca.

No había tiempo de pensar, pero tampoco fue necesario durante aquel medio segundo. A pesar de que su mente se paralizó, sorprendida por lo inesperado del ataque, viejos reflejos defensivos ya se habían disparado. Se apartó de su atacante, utilizó su presa para mantener el equilibrio, giró su cadera y descargó una patada con todas sus fuerzas.

El borde de su pie golpeó algo blindado, tal vez una armadura. Movió hacia atrás la mano libre, cogió la esquina de la almohada y la arrojó contra la silueta borrosa de la cabeza del agresor.

Debajo de la almohada estaba su espada de luz.

El atacante no esperaba el mandoble. Cuando aún estaba alejando la almohada de su cara, la espada de luz iluminó la habitación. Leia apenas distinguió unos enormes ojos negros y una mandíbula protuberante, antes de que la espada incandescente lo partiera en dos.

La presa sobre su brazo desapareció de repente. Cerró la espada, saltó por encima de la cama, se puso en pie y volvió a conectar su arma, mientras paseaba la vista en derredor suyo.

Un súbito y potente golpe la alcanzó en la muñeca. La espada de luz salió despedida al otro lado de la habitación. Se apagó en pleno vuelo y sumió la habitación en la oscuridad.

Leia adoptó al instante una postura de combate, aunque sabía que era inútil. El primer alienígena había confiado en la presunta indefensión de su víctima, pero el segundo habría aprendido la lección. Aún no se había vuelto del todo hacia su atacante, cuando éste agarró su muñeca de nuevo y la retuvo contra su espalda. Otra mano se apresuró a tapar su boca, al mismo tiempo que su cuello era apretado contra el hocico del atacante. Una pierna rodeó sus rodillas, para impedir que descargara otra patada. Lo intentó, se debatió para liberar al menos una pierna, mientras al mismo tiempo intentaba lanzar su mano libre contra los ojos del agresor. Sentía su cálido aliento contra el cuello, y notó la forma de dientes afilados en la mandíbula que se aplastaba contra su piel. El cuerpo del alienígena se puso rígido de repente.

Y luego, sin previo aviso, quedó libre.

Giró en redondo para plantar cara al alienígena, mientras se esforzaba por recuperar el equilibrio, y se preguntó qué juego nuevo iba a practicar. Sus ojos escudriñaron frenéticamente la habitación apenas iluminada, intentado localizar el arma que emplearía contra ella.

Pero ningún arma la apuntaba. El alienígena estaba erguido de espaldas a la puerta, las manos vacías extendidas a los lados, como si se estuviera preparando para protegerse de una caída en el vacío.

—Mal'ary'ush —siseó, con voz suave y grave.

Leia retrocedió un paso y se preguntó si podría llegar a la ventana antes de que su atacante saltara sobre ella.

Pero no ocurrió lo que temía. La puerta se abrió detrás del alienígena. Chewbacca irrumpió en la habitación con un rugido.

El atacante no se volvió. De hecho, no hizo el menor movimiento, ni cuando el wookie saltó sobre él, con sus enormes manos prestas a retorcerle el pescuezo.

—¡No lo mates! —exclamó Leia.

Las palabras debieron de sorprender a Chewbacca casi tanto como a ella, pero los reflejos de Chewbacca no fallaron. En lugar de aferrar al alienígena por la garganta, le asestó un terrible puñetazo en la cabeza.

El golpe envió al alienígena contra una pared. Se desplomó y no volvió a moverse.

—Vamos —dijo Leia, mientras recuperaba su espada de luz. Puede que haya más.

«Ya no», rugió una voz wookie.

Leia levantó la vista y vio a Ralrra, apoyado en el umbral de la puerta.

«Ya nos hemos ocupado de los otros tres».

—¿Estás seguro? —preguntó Leia, dando un paso hacia él. Seguía apoyado en el batiente. Apoyado con demasiada fuerza, comprendió de repente.

—¡Estás herido! —exclamó. Dio la luz de la habitación y procedió a un rápido examen. No vio marcas—. ¿Desintegrador?

«Un arma aturdidora», la corrigió. «Un arma tranquilizadora, pero demasiado suave para un wookie. Sólo estoy un poco débil. Chewbacca es quien está herido».

Leia, asustada, se volvió hacia Chewbacca y, por primera vez, vio el pequeño retazo de piel chamuscada en su torso.

—¡Chewie! —jadeó, y se precipitó hacia su amigo.

Él la disuadió con un sonido de impaciencia.

«Se encuentra bien», explicó Ralrra. «Hemos de salirr de aquí, antes de que se desencadene el segundo ataque».

Un wookie lanzó un grito de alerta desde fuera.

—No habrá segundo ataque —dijo Leia a Ralrra—. Se han delatado. Dentro de

pocos minutos, mucha gente acudirá hacia esta casa.

«No», rugió Ralrra, con una extraña tristeza en la voz. «Se ha declarado un incendio a cuatro casas de aquí».

Leia le miró fijamente y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Una maniobra de diversión —murmuró—. Incendian una casa para que nadie venga a ayudarnos.

Chewbacca gruñó en tono afirmativo.

«Hemos de sacarte de aquí», repitió Ralrra, y se enderezó con dificultad.

Leia desvió la vista hacia el oscuro pasillo, invadida por un extraño temor.

—¿Dónde está Salporin? —preguntó, al recordar que la acompañaban tres wookies.

Ralrra vaciló, el tiempo suficiente para que las sospechas de Leia se convirtieran en una terrible certidumbre.

«No sobrevivió al ataque», dijo el wookie, en voz tan baja que casi no le oyó.

Leia tragó saliva.

—Lo siento —balbuceó.

Las palabras sonaron inútiles y absurdas a sus oídos.

«Nosotros también, pero no es el momento de sumirnos en la tristeza».

Leia asintió, y parpadeó para contener las lágrimas. Se volvió hacia la ventana. Había perdido muchos amigos y compañeros en combates a lo largo de los años, y sabía que Ralrra tenía razón, pero toda la lógica del universo no servía para consolarla.

No se veían alienígenas fuera, pero se hallaban al acecho; de eso estaba segura. Los grupos con los que Han y ella se habían enfrentado antes tenían más de cinco miembros, y no había motivos para suponer que éste fuera diferente. Existían muchas posibilidades de que su huida fuera objeto de una rápida emboscada.

Aún peor, amparados en el alboroto desatado con motivo del incendio, los alienígenas podían lanzar un segundo ataque con total impunidad, confiados en que la conmoción que se había adueñado de la calle ahogaría el fragor del combate.

Leia miró hacia la casa en llamas y sintió una punzada de culpabilidad por los wookies que la habitaban. Expulsó todo sentimiento de su mente. Por ahora, no podía hacer nada para remediarlo.

—Parece que los alienígenas quieren cogerme viva —dijo. Corrió la cortina y se volvió hacia sus dos protectores—. Si consiguiéramos elevar el trineo hacia el cielo, creo que no intentarían derribarnos.

«¿Confías en el trineo?», preguntó Ralrra.

Leia se calló y apretó los labios, irritada consigo misma. No, claro que no confiaba en el trineo. Lo primero que habrían hecho los alienígenas habría sido averiar cualquier vehículo susceptible de ser utilizado para escapar. Averiarlo, o

modificarlo para que volara directamente a su encuentro.

No podía quedarse donde estaba, no podía escapar por los lados, ni huir por arriba; sólo le quedaba una dirección.

—Necesitaré un poco de cuerda —dijo. Cogió sus ropas y empezó a vestirse—. Lo bastante fuerte para aguantar mi peso. Lo más larga que podáis.

Eran rápidos de reflejos. Intercambiaron una sola mirada.

«No puedes hablarr en serio», dijo Ralrra. «Para un wookie, ya sería peligroso, pero para un humano representaría el suicidio».

—Yo no opino lo mismo. —Leia meneó la cabeza y se calzó las botas—. Vi que las ramas se entrelazaban cuando sobrevolamos la ciudad. Podría trepar por ellas.

«Nunca llegarás sola a la plataforma de aterrizaje», objetó Ralrra. «Iremos contigo».

—No estás en condiciones de desplazarte por la calle y mucho menos por debajo —replicó Leia, contundente. Cogió su desintegrador, lo enfundó y avanzó hacia la puerta—. Ni tampoco Chewbacca. Apartaos, por favor.

Ralrra no se movió.

«No nos engañas, Leiaorganasolo. Crees que si nos quedamos aquí, el enemigo te seguirá y nos dejará en paz».

Leia hizo una mueca. Adiós a sus nobles propósitos de sacrificarse por sus amigos.

—Seguro que lo harán —insistió—. Es a mí a quien quieren. Y me quieren viva.

«No hay tiempo de discutir», dijo Ralrra. «Nos quedaremos contigo. Aquí, o bajo la ciudad».

Leia respiró hondo. No le gustaba, pero estaba claro que no conseguiría convencerles.

—Muy bien, tú ganas —suspiró.

El alienígena al que Chewbacca había golpeado seguía inconsciente, y dilapidó unos segundos en meditar sobre si valía la pena atarle. Las prisas ganaron la partida.

—Busquemos una cuerda y pongámonos en acción.

Además, algo le decía que, aunque fuera sola, cabía la posibilidad de que los alienígenas atacaran la casa. Y optaran por no dejar testigos de su paso.

El material plano y algo esponjoso que formaba el «suelo» de Rwookrrorro tenía menos de un metro de espesor. La espada de luz de Leia se abrió paso a través de él y del piso de la casa con facilidad, practicando un tosco cuadrado entre las ramas entrelazadas que bastó para desaparecer en la oscuridad de abajo.

«Yo iré primero», dijo Ralrra.

Se introdujo por el hueco antes de que nadie pudiera protestar. Aún se movía con cierta lentitud, pero al menos parecía menos aturdido.

Leia levantó la vista cuando Chewbacca se acercó a ella y deslizó el tahalí de Ralrra alrededor de sus hombros.

—Tu última oportunidad de cambiar de opinión —le advirtió Leia.

La respuesta de Chewie fue breve y concisa. Cuando Ralrra les avisó de que no había peligro a la vista, ya estaban preparados.

Chewbacca se deslizó por el hueco, apretando a Leia contra su torso.

Leia sospechaba que la experiencia sería desagradable. No había comprendido que iba a ser aterradora. Los wookies no se arrastraban sobre la superficie de las plantas entrelazadas, como ella había imaginado, sino que, utilizando las garras que había visto el primer día, se colgaban debajo de las ramas con las cuatro extremidades para viajar.

Y entonces, viajaban.

Con la cara apretada contra el velludo pecho de Chewbacca, Leia apretó los dientes con fuerza, en parte para evitar que castañetearan, pero sobre todo para reprimir los gritos de terror. Era como la acrofobia que había sentido en el vehículo volador, multiplicada por mil. Ni tan sólo una enredadera gruesa la separaba del vacío, sino unas garras de wookie y la delgada cuerda que la unía con otras garras de wookie. Quiso decir algo, suplicar que se detuvieran y ataran el extremo de la cuerda a algo sólido, pero tuvo miedo de que el sonido perturbara la concentración de Chewbacca. Su respiración sonaba como el rugido de una cascada en sus oídos, y notó la humedad cálida de la sangre a través de la delgada tela de la túnica. ¿Sería muy grave la herida? Acurrucada contra él, escuchando los latidos de su corazón, tuvo miedo de preguntar.

De pronto, se detuvo.

Leia abrió los ojos, inconsciente hasta aquel momento de su cercanía.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz temblorosa.

«El enemigo nos ha localizado», gruñó en voz baja Ralrra, a su lado. Leia hizo de tripas corazón y movió la cabeza todo cuanto pudo, escudriñando la luz grisácea que anunciaba el amanecer. Distinguió una mancha más oscura, inmóvil, que se recortaba contra el cielo. Una especie de vehículo aéreo, lejos del alcance de sus ballestas.

—Supongo que no será una nave de rescate wookie —tanteó esperanzada.

Chewbacca gruñó la respuesta obvia: la nave estaba totalmente a oscuras.

«Pero no se aproxima», señaló Ralrra.

—Me quieren viva —dijo Leia, más para tranquilizarse que para recordárselo—. No desean asustarnos.

Miró a su alrededor, buscando inspiración en el vacío que bostezaba bajo sus pies y en las ramas entrelazadas que se extendían sobre sus cabezas.

Y la encontró.

—Necesito el resto de la cuerda —dijo a Ralrra, sin apartar la vista del vehículo

aéreo—. Toda.

Reunió fuerzas, se ladeó un poco, cogió el rollo de cuerda que Ralrra le tendió y ató un extremo a una de las ramas más pequeñas. Chewbacca gruñó una objeción.

—No voy a atarnos —le aseguró—, así que no te caigas. Tengo otra idea mejor. Vamos allá.

Prosiguieron la marcha, quizá un poco más de prisa que antes, y mientras se balanceaba apretada contra el dorso de Chewbacca, Leia se dio cuenta con cierta sorpresa de que, si bien tenía miedo, ya no estaba aterrorizada. Quizá porque ya no iba de paquete, decidió, poniendo totalmente su destino en manos de los wookies, de los alienígenas de piel gris o de las fuerzas de la gravedad. Ahora, controlaba en parte lo que ocurría.

Siguieron adelante, y Leia fue soltando cuerda mientras se desplazaban. El vehículo aéreo continuó persiguiéndoles, aún sin encender las luces, a una distancia prudencial. La princesa no lo perdía de vista, sabiendo que el cálculo del tiempo y la distancia iban a ser cruciales. Sólo unos cuantos metros más…

Quedaban unos tres metros de cuerda en el rollo. Hizo un nudo fuerte a toda prisa y volvió la cabeza hacia sus perseguidores.

—Prepárate —avisó a Chewbacca—. Ahora…, ¡párate!

Chewbacca obedeció. Leia cruzó los dedos mentalmente, encendió su espada de luz detrás de la espalda del wookie, y la dejó caer. Cayó con el fulgor de un rayo, balanceándose al extremo de la cuerda y dibujando un arco pendular. Llegó al fondo y ascendió en dirección opuesta.

Alcanzó al vehículo aéreo en su parte inferior.

Se produjo un destello espectacular cuando la espada de luz atravesó el generador de retropropulsión. Un instante después, el vehículo se desplomó como una piedra, partido en dos mitades envueltas en llamas. Desapareció en la niebla del suelo y, durante un largo momento, se distinguieron los dos fuegos, hasta que se transformaron en un solo punto de luz, que acabó por desvanecerse. La espada de luz siguió oscilando en la oscuridad.

Leia respiró hondo, estremecida.

—Volvamos a recuperar la espada de luz —le dijo a Chewbacca—. Después, creo que podremos regresar. No quedará ni uno de ellos.

«¿Y luego iremos directamente a tu nave?», preguntó Ralrra, mientras regresaban hacia la rama donde la princesa había atado la cuerda.

Leia vaciló, y la imagen del alienígena que se había quedado en su habitación acudió a su mente. De pie frente a ella, su rostro y su lenguaje corporal expresaban una emoción indescifrable, tan estupefacto, extasiado o asustado que ni siquiera se dio cuenta de que Chewbacca entraba…

—Volveremos a la nave, sí —contestó Ralrra—, pero no directamente.

El alienígena estaba sentado inmóvil en una silla de la diminuta sala de interrogatorios policial. Un pequeño vendaje en un lado de su cabeza era la única señal externa del golpe propinado por Chewbacca. Tenía las manos apoyadas en el regazo, con los dedos entrelazados. Despojado de todas sus ropas y accesorios, le habían dado una túnica suelta wookie para que se cubriera. En otra persona, el efecto de la enorme prenda hubiera sido cómico, pero no en él. Ni la túnica ni su inmovilidad podían disimular el aura de mortífera competencia que le rodeaba como una segunda piel. Era, y siempre lo sería, miembro de un peligroso y tenaz grupo de máquinas de matar muy bien entrenadas.

Y había solicitado ver a Leia. En persona.

Chewbacca se irguió sobre ella y gruñó una última objeción.

—A mí tampoco me gusta —admitió Leia, mientras observaba la pantalla y trataba de reunir valor—, pero en la casa me soltó, antes de que tú entraras. Quiero saber, necesito saber, por qué.

Por un momento, su conversación con Luke la víspera de la batalla de Endor acudió a su mente. Su serena convicción, pese a todos los temores de su hermana, de que enfrentarse a Darth Vader era algo que debía hacer. Esa decisión casi le había matado, proporcionándoles a la postre la victoria.

Pero Luke había intuido una pizca de bondad en el fondo de Vader. ¿Intuía algo similar en este asesino alienígena, o sólo la impulsaba una morbosa curiosidad?

¿O tal vez compasión?

—Puedes mirar y escuchar desde aquí —dijo a Chewbacca.

Le tendió el desintegrador y avanzó hacia la puerta. Dejó la espada de luz en el cinto, aunque no sabía de qué le iba a servir en un espacio tan reducido.

—No entres a menos que me veas en apuros.

Respiró hondo y abrió la puerta.

El alienígena levantó la cabeza, y Leia tuvo la impresión de que se erguía más en su asiento cuando ella entró. La puerta se cerró a su espalda, y se miraron durante un largo momento.

—Soy Leia Organa Solo —dijo por fin—. ¿Querías hablar conmigo?

Él la miró un momento más. Después, poco a poco, se levantó y extendió una mano.

—Tu mano —dijo, con voz grave, de extraño acento—. ¿Me la das?

Leia avanzó un paso y le ofreció la mano, consciente de que estaba cometiendo un acto irrevocable de confianza. Si el alienígena quería, podía atraerla hacia él y partirle el cuello antes de que nadie pudiera impedirlo.

No la atrajo hacia él. Se inclinó hacia adelante, sostuvo su mano con suavidad, la levantó hacia su hocico y la apretó contra sus dos amplias fosas nasales, semiocultas

bajo mechones de pelo.

Y la olió.

La olió una y otra vez, con largas y profundas inhalaciones. Leia examinó sus fosas nasales, reparó por primera vez en su tamaño y en la flexibilidad de los pliegues de piel que las rodeaban. Como las de un animal rastreador, comprendió. Un recuerdo acudió a su mente: aquellas mismas fosas nasales apretadas contra su cuello, cuando la había atacado en la casa.

Y justo después, la había soltado.

El alienígena se irguió, lentamente, casi con delicadeza.

—Entonces, es cierto —graznó.

Soltó la mano de Leia y dejó caer la suya a un lado. Aquellos enormes ojos la escrutaron, henchidos de una emoción cuya naturaleza captaban vagamente los poderes Jedi de la princesa, pero sin identificarla.

—No me había equivocado.

De pronto, cayó de rodillas.

—Solicito perdón por mis actos, Leia Organa Solo —dijo. Apoyó la cabeza en el suelo, las manos extendidas a los lados, como cuando la había atacado en la casa—. Nuestras órdenes no te identificaban; sólo nos dieron tu nombre.

—Entiendo —mintió Leia—, pero ¿ya sabes quién soy?

El rostro del alienígena descendió un par de centímetros más hacia el suelo.

—Tú eres la Mal'ary'ush. La hija y heredera de lord Darth Vader. Nuestro amo.

Leia le miró boquiabierta, luchando por recuperar su equilibrio mental. Los acontecimientos se estaban precipitando demasiado.

—¿Vuestro amo? —preguntó.

—El que vino a nosotros cuando estábamos desesperados —dijo el alienígena, con voz casi reverente—. El que alivió nuestra desesperación y nos dio esperanza.

—Entiendo.

La situación se le antojaba irreal, pero un hecho era incontrovertible: el alienígena postrado frente a ella la trataba como a una reina.

Y ella sabía comportarse como tal.

—Puedes levantarte —dijo, dotando a su voz, postura y ademanes del ceremonial propio de la corte alderaaniana, casi olvidado—. ¿Cómo te llamas?

—Nuestro señor me llama Khabarakh —respondió el alienígena, poniéndose de pie—. En el idioma de los noghri…

Emitió un largo y complejo sonido de cuerdas vocales que Leia no podía reproducir.

—Te llamaré Khabarakh. ¿Perteneces al pueblo de los noghri?

—Sí. —La primera señal de incertidumbre cruzó por los ojos oscuros del alienígena—. Y tú eres la Mal'ary'ush —añadió, casi como si lo preguntara.

—Mi padre tenía muchos secretos. Es obvio que tú eras uno de ellos. Has dicho que os dio esperanza. Cuéntame cómo.

—Acudió a nosotros. Después de una terrible batalla. Después de la destrucción.

—¿Qué batalla?

Los ojos de Khabarakh parecieron sumirse en los recuerdos.

—Dos grandes naves estelares se enfrentaron sobre nuestro planeta —dijo con voz grave—. Quizá eran más de dos; nunca lo averiguaremos. Combatieron todo el día y casi toda la noche…, y cuando la batalla terminó, nuestra tierra quedó devastada.

Leia se encogió y experimentó una corriente de simpatía hacia el ser. De simpatía y culpabilidad.

—Nunca perjudicamos a fuerzas o planetas no pertenecientes al Imperio a propósito —dijo en voz baja—. Tuvo que ser un accidente.

Los ojos oscuros se clavaron en ella.

—Lord Vader no opinó lo mismo. Creyó que fue un acto intencionado, para llenar de miedo y terror las almas de los enemigos del emperador.

—Lord Vader se equivocó —replicó Leia, y sostuvo su mirada con firmeza—. Nuestra batalla fue con el emperador, no con sus siervos sojuzgados.

Khabarakh se enderezó.

—No éramos siervos del emperador —graznó—. Éramos un pueblo sencillo, satisfecho de vivir al margen de los conflictos ajenos.

—Ahora servís al Imperio —señaló Leia.

—A cambio de la ayuda del emperador —contestó Khabarakh, con una nota de orgullo asomando en su tono deferente—. Sólo él acudió en nuestra ayuda, cuando la necesitábamos con tanta desesperación. En recuerdo suyo, servimos a su heredero designado: el hombre al que lord Vader nos confió hace mucho tiempo.

—Me cuesta creer que el emperador se preocupara por vosotros —replicó Leia—. Él no era así. Lo único que le interesaba era obtener vuestros servicios contra nosotros.

—Sólo él acudió en nuestra ayuda —repitió Khabarakh.

—Porque nosotros desconocíamos vuestras desdichas.

—Tal vez.

Leia enarcó las cejas.

—Dame una oportunidad de demostrarlo. Dime dónde está tu planeta.

Khabarakh retrocedió.

—Eso es imposible. Irías en su busca para completar la destrucción…

—Khabarakh —le interrumpió Leia—. ¿Quién soy?

Los pliegues que rodeaban las fosas nasales del alienígena se alisaron.

—Tú eres lady Vader, la Mal'ary'ush.

—¿Alguna vez te mintió lord Vader?

—Tú dices que sí.

—He dicho que se equivocó —le recordó Leia.

El sudor cubrió su cuello cuando comprendió que caminaba por la cuerda floja. El nuevo trato que le dispensaba Khabarakh se sustentaba tan sólo en la reverencia que sentía por Darth Vader. Tenía que atacar las palabras de Vader sin destruir aquel respeto.

—Hasta lord Vader podía ser engañado…, y el emperador era un maestro en ese arte.

—Lord Vader servía al emperador —insistió Khabarakh—. El emperador no le habría mentido.

Leia apretó los dientes. Qué tozudez.

—¿Tu nuevo amo es igual de sincero contigo?

Khabarakh vaciló.

—No lo sé.

—Sí, lo sabes. Tú mismo acabas de decir que no te reveló a quién debías capturar.

Un extraño gemido vibró en la garganta de Khabarakh.

—Sólo soy un soldado, mi señora. Estos temas sobrepasan mi autoridad y capacidad. Mi deber es obedecer órdenes. Todas las órdenes.

Leia frunció el ceño. La forma en que lo había dicho… Y de repente, supo lo que era. Para un comando capturado enfrentado a un interrogatorio, sólo había una orden más que cumplir.

—Sin embargo, ahora sabes algo que tu pueblo ignora —se apresuró a decir—. Debes vivir para transmitirle esta información.

Khabarakh había levantado las palmas; como si se preparara para dar una palmada. Se inmovilizó y la miró.

—Lord Vader sabía leer en las almas de los noghri —dijo en voz baja—. En verdad tú eres la Mal'ary'ush.

—Tu pueblo te necesita, Khabarakh. Al igual que yo. Tu muerte sólo serviría para perjudicar a aquellos que intentas ayudar.

El alienígena bajó las manos lentamente.

—¿Por qué necesitas mi ayuda?

—Porque si he de hacer algo por tu pueblo, necesito tu ayuda. Debes revelarme la ubicación de tu planeta.

—No puedo. Podría desencadenar la destrucción definitiva de mi mundo, y de mí, si se averiguara que yo te he proporcionado esa información.

Leia se humedeció los labios.

—En ese caso, llévame allí.

—¡No puedo!

—¿Por qué?
—No… puedo.
Leia le dirigió su mirada más majestuosa.
—Soy la hija, la Mal'ary'ush, de lord Darth Vader —dijo con firmeza—. Tú mismo has admitido que era la esperanza de tu planeta. ¿Ha mejorado la situación desde que os traspasó a tu nuevo líder?
El alienígena vaciló.
—No. Nos ha dicho que ni él ni nadie pueden hacer gran cosa.
—Preferiría juzgarlo por mí misma. ¿O es que tu pueblo considera que un solo humano representa una gran amenaza?
—¿Irías sola a un planeta que se ha empeñado en tu captura?
Leia tragó saliva y un escalofrío recorrió su espina dorsal. No había querido decir eso, pero tampoco sabía muy bien por qué había querido hablar con Khabarakh. Sólo esperaba que la Fuerza estuviera guiando su intención.
—Confío en el honor de tu pueblo —dijo en voz baja—. Confío en que me escuche.
Se volvió hacia la puerta.
—Piensa en mi oferta —dijo—. Discútela con aquellos en quienes confías. Después, si la aceptas, reúnete conmigo dentro de un mes en la órbita de Endor.
—¿Vendrás sola? —preguntó Khabarakh, todavía incrédulo.
Leia clavó sus ojos sin pestañear en aquel rostro de pesadilla.
—Iré sola. ¿Y tú?
El alienígena sostuvo su mirada.
—Si voy, iré solo.
Leia le miró un segundo más, y luego asintió.
—Te espero. Hasta la vista.
—Hasta la vista…, lady Vader.
Aún seguía mirándola cuando la puerta se abrió para dejar paso a la princesa.

La diminuta nave se elevó entre las nubes y no tardó en desaparecer de la pantalla del control aéreo de Rwookrrorro. Chewbacca lanzó un gruñido de irritación.
—No puedo decir que me complazca —confesó ella—, pero no podemos esquivarles eternamente. Si existe una posibilidad de liberarles del control imperial…
Meneó la cabeza.
Chewbacca volvió a gruñir.
—Lo sé —dijo Leia con suavidad, percibiendo el dolor que atenazaba el corazón del wookie—. Yo no conocía tanto a Salporin como tú, pero también era mi amigo.
El wookie se alejó de las pantallas y caminó hacia el extremo opuesto de la sala. Leia deseó poder ayudarle, pero no había forma. Atrapado entre exigencias de honor

conflictivas, debería resolver este problema en la intimidad de su mente.

Alguien se removió detrás de ella.

«Ha llegado el momento», dijo Ralrra. «El período de rememoración ha empezado. Hemos de reunirnos con los demás».

Chewbacca gruñó en señal de aceptación y se acercó a él. Leia miró a Ralrra.

«Este período es sólo para los wookies. Más tarde, se te permitirá reunirte con nosotros».

—Entiendo —contestó Leia—. Si me necesitáis, estaré en la plataforma de aterrizaje. Voy a preparar la Dama afortunada para cuando partamos.

«Si consideras que marcharr de aquí no es peligroso», dijo Ralrra, como dudándolo.

—No lo es.

Y aunque lo fuera, añadió en silencio para sí, no tenía otra opción. Había averiguado el nombre de una especie, los noghri, y era vital que regresara a Coruscant para investigar los archivos.

«Muy bien. El período de luto se iniciará dentro de dos horas».

Leia asintió y reprimió las lágrimas.

—Allí estaré —prometió.

Y se preguntó si alguna vez terminaría esta guerra.

Capítulo 26

La masa de enredaderas se retorcía alrededor y entre media docena de árboles, como la tela de una gigantesca araña que hubiera enloquecido. Mara acarició la espada de luz de Skywalker y examinó el laberinto, pensando en la manera más rápida de abrirse paso.

Vio por el rabillo del ojo que Skywalker se impacientaba.

—No te pongas nervioso —dijo—. Sólo tardaré un momento.

—En este caso, las sutilezas sobran. La espada de luz tiene suficiente energía.

—Lo que me preocupa es el bosque —replicó la joven—. ¿Sabes desde qué distancia se puede oír el zumbido de una espada de luz, en un bosque como éste?

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco. Prefiero no arriesgarme.

Cogió el desintegrador con la mano izquierda, conectó la espada de luz con la derecha y efectuó tres rápidos cortes. El laberinto de enredaderas cayó al suelo cuando apagó el arma.

—No ha sido muy difícil, ¿verdad?

Se volvió hacia Skywalker y se colgó la espada de luz del cinto. Hizo ademán de avanzar.

El chillido de advertencia del androide sonó una fracción antes que el repentino susurro de las hojas. Mara giró en redondo y empuñó el desintegrador en la mano derecha, justo cuando el vornskr saltaba sobre Skywalker desde una rama situada a tres árboles de distancia.

A pesar de los largos días de viaje, los reflejos de Skywalker todavía funcionaban. Soltó las asas de la narria y se tiró al suelo, adelantándose al salto del animal. Cuatro juegos de garras y una cola similar a un látigo pasaron sobre su cabeza. Mara esperó a que el vornskr aterrizara y se volviera hacia su presa para disparar.

Skywalker se puso de pie con cautela y paseó la vista a su alrededor.

—Ojalá cambiaras de idea y me devolvieras la espada de luz —comentó, mientras se agachaba para coger las asas de la narria—. Debes de estar cansada de matar vornskr para salvarme.

—¿Tienes miedo de que falle? —se burló la joven, y movió al depredador con el pie. Estaba muerto.

—Eres una excelente tiradora —admitió Skywalker, arrastrando la narria hacia el boquete que Mara había practicado en la maraña de enredaderas—, pero has pasado

dos noches sin dormir. No podrás resistir mucho tiempo.

—Preocúpate de ti. Moveos, hemos de encontrar un claro para lanzar el globo sonda.

Skywalker reanudó la marcha. El androide, atado a la narria que arrastraba, emitió leves pitidos. Mara caminaba detrás, vigilando que la narria no dejara un rastro demasiado evidente. Contempló con irritación la nuca de Skywalker.

Lo más irritante era que su prisionero tenía razón. Al pasarse el arma de la mano izquierda a la derecha, un ejercicio que había practicado miles de veces, había estado a punto de no disparar a tiempo. La aceleración de su corazón era constante, y ni siquiera se calmaba cuando descansaba. Y mientras caminaban, su mente divagaba durante largos períodos, en lugar de concentrarse en la tarea inmediata.

En una ocasión, había pasado seis noches sin dormir. Ahora, al cabo de sólo dos, estaba empezando a desmoronarse.

Apretó los dientes y frunció el ceño un poco más. Si Skywalker pensaba que iba a derrumbarse, se llevaría un chasco. Aunque sólo fuera por orgullo profesional, iba a llegar hasta el final.

Skywalker tropezó en un tramo de terreno irregular. El asa derecha de la narria resbaló de su mano y casi tiró al androide, que emitió un chillido de protesta.

—¿Quién está cansado? —gruñó Mara, mientras su prisionero cogía el asa de nuevo—. Van tres veces en una hora.

—Es mi mano —replicó con frialdad Skywalker—. La he tenido entumecida toda la tarde.

—Claro. —Frente a ellos, un retazo de cielo azul se divisó entre las ramas de los árboles—. Allí está nuestro claro —dijo Mara—. Pon al androide en medio.

Skywalker obedeció; después, se sentó, apoyando la espalda en uno de los árboles que limitaban el claro. Mara hinchó el pequeño globo sonda y lo lanzó al aire, conectando el cable de la antena al androide.

—Todo dispuesto —anunció, y miró a Skywalker.

Estaba completamente dormido.

Mara lanzó un bufido de desdén. Menudo Jedi.

—Adelante —ordenó al androide, y se sentó con cuidado en el suelo. Daba la impresión de que su tobillo se había curado, pero era mejor no tentar su suerte.

El androide emitió un pitido interrogativo y giró su cúpula hacia Skywalker.

—He dicho que adelante —repitió Mara, irritada.

El androide pitó con resignación. El indicador de impulsos del comunicador parpadeó una vez, cuando el androide solicitó el mensaje al ordenador del lejano caza, y volvió a parpadear cuando el mensaje se recibió.

De pronto, el androide lanzó un chillido nervioso.

—¿Qué? —preguntó Mara, mientras desenfundaba el desintegrador e

inspeccionaba la zona. No vio nada anormal—. ¿Ha llegado el mensaje?

El androide emitió un pitido afirmativo y giró la cúpula hacia Skywalker.

—Bien, reprodúcelo —gruñó Mara—. Si hay algo que necesite saber, se lo repites después.

Siempre que, se abstuvo de añadir, el mensaje no insinuara que debía salir sola del bosque. En tal caso…

El androide se inclinó un poco y una imagen holográfica apareció sobre las hojas.

Pero no era la imagen de Karrde, como Mara había esperado, sino la de un androide protocolario de piel dorada.

—Buenos días, maestro Luke —dijo, con voz notablemente remilgada—. Le envío saludos del capitán Karrde, y a usted también, señora Mara —añadió, casi como si se le hubiera ocurrido en aquel instante—. Tanto él como el capitán Solo se han alegrado mucho al saber que los dos habían salido ilesos del accidente.

¿El capitán Solo? Mara contempló el holograma, estupefacta. ¿Qué demonios estaba haciendo Karrde? ¿Había revelado a Solo y a Calrissian lo de Skywalker?

—Confío en que serás capaz de descifrar este mensaje, Erredós —prosiguió el androide protocolario—. El capitán Karrde sugirió que lo hiciera aún más embrollado. Según él, milicianos imperiales os esperan en Hyllyard City.

Mara apretó los dientes y miró a su dormido prisionero. De modo que no habían logrado engañar a Thrawn. Sabía que Skywalker estaba aquí, y les había tendido una trampa a ambos.

Dominó el pánico que atenazaba su garganta con un violento esfuerzo. No, Thrawn no lo sabía; al menos, no estaba seguro. Sólo sospechaba. Si hubiera tenido la certeza, no habría quedado nadie con vida en el campamento para enviar este mensaje.

—La historia que el capitán Karrde contó a los imperiales fue que un antiguo empleado había robado una mercancía valiosa e intentaba escapar, siendo perseguido por uno de sus colaboradores actuales, llamado Jade. Sugiere que, como no especificó que Jade era una mujer, la señora Mara y usted intercambien papeles cuando salgan del bosque.

—Fantástico —masculló Mara. Si Karrde pensaba que iba a entregarle alegremente el desintegrador a Skywalker, para que lo apuntara a su espalda, iba listo.

—En cualquier caso —continuó el androide—, dice que el capitán Solo y él están preparando un plan para localizarles antes que los milicianos. Si no, harán cuanto esté en su mano por rescatarles. Temo que no puedo decirles más, de momento. El capitán Karrde ha puesto al mensaje un límite de un minuto en tiempo real, para evitar que localicen el punto de transmisión. Les desea buena suerte. Cuida bien al maestro Luke, Erredós…, y de ti, claro.

La imagen se desvaneció y el proyector del androide se apagó. Mara cerró el

comunicador y empezó a bajar el globo.

—Es una buena idea —murmuró Luke.

Mara desvió la vista hacia él. Aún tenía los ojos cerrados.

—Estaba segura de que fingías —mintió.

—No fingía —la corrigió Luke—. Estoy medio dormido. De todos modos, es una buena idea.

Mara resopló.

—Olvídalo. Caminaremos un par de kilómetros hacia el norte, para dar un rodeo y llegar a Hyllyard por la llanura.

Consultó su crono y examinó el cielo. Habían aparecido nubes oscuras durante los últimos minutos, que cubrían el cielo azul. No eran nubes de lluvia, pero acortarían la duración del día.

—Podríamos dejarlo para mañana —dijo, poniéndose en pie—. Querrás… Oh, da igual.

Si su respiración no la engañaba, había vuelto a dormirse.

Lo cual daba a entender que debería encargarse ella sola de montar el campamento. Maravilloso.

—Quédate quieto —advirtió al androide. Se volvió hacia la mochila de supervivencia…

El chillido electrónico del androide la impulsó a volverse en redondo. Lanzó su mano hacia el desintegrador, buscó con los ojos el peligro…

Y un peso tremendo cayó sobre su espalda, derribándola.

Su último pensamiento, antes de que las tinieblas la envolvieran, fue desear con todas sus fuerzas haber matado a Skywalker cuando tuvo la oportunidad.

El grito de alerta de Erredós despertó a Luke. Abrió los ojos, justo cuando una mancha borrosa de músculos y garras se precipitaba sobre Mara.

Se puso en pie de un salto, completamente despejado. El vornskr se erguía sobre Mara, las garras delanteras plantadas sobre su espalda, la cabeza ladeada como dispuesto a hundir los colmillos en su cuello. Mara yacía inmóvil, con la cara vuelta hacia Skywalker, muerta o inconsciente. Erredós, demasiado alejado para llegar junto a ella a tiempo, avanzaba en aquella dirección a toda velocidad de sus ruedas, con su pequeño soldador eléctrico extendido, presto al combate.

Luke tomó aliento y chilló.

No fue un grito normal, sino un aullido estremecedor, resonante e inhumano, que pareció llenar el claro y despertar ecos en las colinas lejanas. Era el grito de un dragón krayt, capaz de helar la sangre en las venas, el mismo que Ben Kenobi había empleado para mantener alejado al pueblo de arena durante los años que había pasado en Tatooine.

El vornskr no se asustó, pero experimentó cierto sobresalto y olvidó por un instante a su presa. Desplazó parte de su peso de la espalda de Mara, se agazapó y miró en dirección al ruido.

Luke sostuvo durante largos segundos la mirada del animal, temeroso de que un solo movimiento rompiera el hechizo. Si conseguía distraerle el tiempo suficiente para que Erredós le atacara con el soldador…

Y entonces, Mara se agitó. Luke volvió a chillar. En respuesta, el vornskr se removió.

Mara se dio la vuelta y, con un grito de guerra gutural, aferró la garganta del animal con ambas manos.

Era la única oportunidad que Luke iba a tener, y por poco tiempo, teniendo en cuenta que el vornskr se enfrentaba a un humano herido. Se precipitó hacia el flanco del depredador.

No llegó. Mientras se preparaba para el impacto, la cola del vornskr le alcanzó en el hombro y la cara, como surgida de la nada, derribándole.

Se levantó al instante, apenas consciente del fuego que abrasaba su frente y su mejilla. El vornskr siseó cuando vio que le atacaba de nuevo, y agitó sus garras afiladas para disuadirle. Erredós llegó en aquel momento y lanzó una chispa contra la pata delantera izquierda del animal; éste, casi con indiferencia, lanzó un zarpazo contra el soldador, que salió disparado por los aires. Al mismo tiempo, la cola azotó el aire y el impacto dejó a Erredós erguido sobre un único juego de ruedas. La cola siguió girando, acercándose cada vez más al androide para derribarlo.

Luke apretó los dientes, mientras su mente buscaba furiosamente una solución. Sus esfuerzos sólo conseguían distraer al animal, pero en cuanto se cansara, Mara moriría. El vornskr rasgaría sus brazos con las garras o se limitaría a soltarse de su presa mediante la fuerza bruta. Erredós, después de perder el soldador, no podía luchar, y el vornskr le mantenía a distancia con la cola…

La cola.

—¡Erredós! —gritó Luke—. La próxima vez que la cola te alcance, intenta cogerla.

Erredós asintió, tembloroso, y extendió su grueso brazo para agarrar. Luke miró por el rabillo del ojo, mientras intentaba mantener ocupadas la cabeza y las patas delanteras del animal. La cola azotó el aire de nuevo y, con un gorjeo triunfal, Erredós se apoderó de ella.

Un gorjeo que se transformó al instante en un chirrido. El vornskr liberó su cola sin el menor esfuerzo, arrancando de paso casi todo el brazo que la sujetaba.

Aquellos dos segundos bastaron para los propósitos de Luke. Rodeó el cuerpo de Erredós, se zambulló bajo la cola atrapada, lanzó su brazo hacia el costado de Mara y recuperó su espada de luz.

La cola saltó hacia él cuando se puso en pie, pero ya estaba fuera de su alcance. Encendió la espada de luz y rozó el hocico del depredador.

El animal chilló, de cólera o dolor, y retrocedió de aquel extraño ser que le había herido. Luke siguió lanzando mandobles, con la intención de alejarlo de Mara y asestar un golpe mortal.

De repente, con un solo movimiento, el vornskr saltó hacia atrás y plantó las patas sobre el suelo. Después, se abalanzó sobre Luke. Éste, también de un solo movimiento, lo partió en dos.

—Ya era hora —gruñó una voz ronca desde el suelo. Bajó la vista y observó que Mara se sacaba de encima el cadáver del animal y se incorporaba sobre un codo—. ¿A qué estabais jugando?

—Pensé que no te gustaría perder las manos si fallaba el golpe —dijo Luke, con la respiración agitada. Retrocedió un paso y le ofreció una mano.

La joven rechazó su ayuda. Se apoyó sobre las manos y las rodillas para alzarse y se volvió hacia él.

Con el desintegrador en la mano.

—Tira la espada de luz y retrocede —jadeó, moviendo el arma para subrayar sus palabras.

Luke suspiró y meneó la cabeza.

—No te creo.

Cerró la espada y la tiró al suelo. La adrenalina se estaba retirando de su sistema, y notó el terrible dolor de su cara y hombro.

—¿No te has dado cuenta de que Erredós y yo acabamos de salvarte la vida?

—Sí. Gracias. —Sin dejar de apuntarle con el desintegrador, Mara cogió la espada—. Supongo que es mi recompensa por no haberte liquidado hace dos días. Siéntate allí.

Luke miró a Erredós, que gemía en silencio para sí.

—¿Te importa si antes me ocupo de Erredós?

Mara desvió la vista hacia el androide y apretó los labios.

—Claro, adelante.

Se apartó de ellos, recogió la mochila de supervivencia y se arrastró hacia un árbol situado en el borde del claro.

Erredós no estaba tan grave como Luke había temido. Tanto el soldador como el brazo se habían roto limpiamente, sin que piezas o cables se hubieran enredado con algo. Luke selló los dos compartimentos, mientras consolaba en voz baja al androide.

—¿Y bien? —preguntó Mara. Apoyó la espalda en el árbol y se aplicó salvia en las marcas de garras que surcaban sus brazos.

—Está bien —dijo Luke, mientras regresaba a su árbol y se sentaba—. Ha sufrido peores destrozos.

—Me alegra saberlo. —Examinó a Luke—. Te ha enganchado bien, ¿eh?

Luke tocó con cautela su frente y su mejilla.

—Me recuperaré.

Mara lanzó una risita burlona.

—Pues claro —replicó con sarcasmo, mientras continuaba curando sus heridas—. Había olvidado que eres un héroe.

Luke la contempló durante un largo instante, tratando de comprender las complejidades y contradicciones de aquella extraña mujer. Pese a la distancia de tres metros que les separaba, veía que su mano temblaba, reacción retardada, o fatiga muscular. Miedo, casi con toda seguridad. Había escapado por centímetros de una muerte espantosa, y tendría que ser idiota para no saberlo.

Sin embargo, fueran cuales fueran sus sentimientos, estaba decidida a que no traspasaran la superficie pétrea que había construido a su alrededor. Como si tuviera miedo de revelar alguna debilidad…

De pronto, como si intuyera su mirada, Mara levantó los ojos.

—Ya te he dado las gracias —gruñó—. ¿Qué quieres, una medalla?

Luke meneó la cabeza.

—Sólo quiero saber qué te pasó.

Por un momento, sus ojos verdes relampaguearon de odio. Pero sólo un momento. El ataque del vornskr, tras dos días de duro viaje sin dormir, había erosionado su fortaleza. La ira desapareció de sus ojos, y sólo quedó frialdad.

—Tú —respondió, con voz más cansada que amargada—. Surgiste de una granja destartalada de sexta categoría, de un planeta de décima división, y destruiste mi vida.

—¿Cómo?

El desprecio se reflejó en su rostro.

—No tienes ni la menor idea de quién soy, ¿eh?

Luke negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que me acordaría de ti si nos hubiéramos encontrado.

—Oh, claro —se burló ella—. El gran Jedi omnisciente. Lo ve todo, lo oye todo, lo sabe todo, lo entiende todo. No nos encontramos nunca, pero estaba allí, si te hubieras tomado la molestia de fijarte en mí. Yo bailaba en el palacio de Jabba el Hutt el día que viniste a por Solo.

De modo que era eso. Había trabajado para Jabba el Hutt; y cuando él había matado a Jabba, había arruinado su vida.

Luke frunció el ceño. No. Su figura esbelta, su gracia y agilidad, eran propias de una bailarina, pero su destreza como piloto, su puntería y su inexplicable maestría en el manejo de las espadas de luz, no correspondían a aquella actividad.

Mara aguardaba, desafiándole con su mirada a descubrir la verdad.

—No eras una simple bailarina. Era una tapadera.

La joven torció los labios.

—Muy bien. Tu cacareada perspicacia Jedi, sin duda. Sigue, lo estás haciendo muy bien. ¿Qué estaba haciendo, en realidad?

Luke vaciló. Había toda clase de posibilidades: cazadora de recompensas, contrabandista, guardaespaldas camuflada de Jabba, espía de alguna organización criminal rival…

No. Su técnica con la espada de luz… De repente, las piezas del rompecabezas encajaron.

—Me estabas esperando. Vader sabía que intentaría rescatar a Han, y te envió para capturarme.

—¿Vader? —Casi escupió el nombre—. No me hagas reír. Vader era un idiota, en los límites de la traición. Mi amo me envió a Jabba para matarte, no para capturarte.

Un escalofrío recorrió la espalda de Luke. Era imposible, pero mientras miraba aquel rostro torturado, supo con absoluta certeza lo que era.

—Tu amo era el emperador —dijo en voz baja.

—Sí —respondió Mara, siseando como una serpiente—. Y tú le destruiste.

Luke tragó saliva. Sólo se oían los latidos de su corazón. Él no había matado al emperador, sino Darth Vader, pero Mara no parecía propensa a preocuparse por tales sutilezas.

—Te equivocas. Intentó reclutarme.

—Sólo porque yo fracasé —gruñó la joven, con los músculos de la garganta tensos—. Y sólo cuando Vader te llevó a su presencia. Sabía muy bien que Vader te había ofrecido su ayuda para derrocarle.

Luke flexionó los dedos entumecidos de su mano artificial.

—Sí, Vader sugirió esa alianza durante su duelo en Ciudad Nube. No creo que lo dijera en serio —murmuró.

—El emperador sí. Lo sabía, sin la menor duda.

Un dolor lejano anegó sus ojos.

—Yo era su mano derecha, Skywalker —dijo con voz soñadora—. Así me conocían en su corte privada: la Mano del emperador. Le serví a lo largo y ancho de la galaxia, realizando cometidos que ni la flota imperial ni los milicianos podían llevar a cabo. Era mi único y gran talento. Podía oír su llamada en cualquier lugar del Imperio, y comunicarme con él de la misma forma. Descubrí traidores, derroté a sus enemigos, le ayudé a controlar las negligentes burocracias que necesitaba. Tenía prestigio, poder y respeto.

Sus ojos volvieron del pasado lentamente.

—Y tú me lo robaste todo. Sólo por eso, mereces morir.

—¿Qué pasó? —se obligó a preguntar Luke.

Mara torció los labios.

—Jabba no me dejó ir con el pelotón de ejecución. Así de sencillo. Supliqué, le halagué, regateé, pero no pude persuadirle de que cambiara de opinión.

—No —dijo Luke—. Jabba era muy resistente a los aspectos de la Fuerza que controlan la mente.

Pero si ella había estado en el velero…

Luke se estremeció y recreó en su mente aquella terrorífica visión que había tenido en la cueva oscura de Dagobah. La misteriosa mujer que se silueteaba sobre el puente superior del velero, que se reía de él mientras alzaba su espada de luz capturada.

La primera vez, años atrás, la cueva le había mostrado una visión de un posible futuro. Ahora sabía que, esta vez, le había mostrado un posible pasado.

—Habrías triunfado —dijo en voz baja.

Mara le dirigió una penetrante mirada.

—No estoy pidiendo simpatía ni comprensión. Querías saber. Bien; ya lo sabes.

Luke permitió que cuidara de sus heridas en silencio.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó—. ¿Por qué no colaboras con el Imperio?

—¿Qué Imperio? Está agonizando, y tú lo sabes tan bien como yo.

—Pero entretanto…

Ella le interrumpió con una mirada fulminante.

—¿A quién acudiría? —preguntó—. Nadie me conoce, y mucho menos como la Mano del emperador. Yo era su sombra, que trabajaba al margen de las cadenas de mando y protocolo normales. No se guardaban informes de mis actividades. Aquellas pocas personas a las que era presentada oficialmente, pensaban que era algo insignificante, un elemento móvil de decoración muy poco importante que se paseaba por palacio para divertir al emperador.

Sus ojos se abismaron de nuevo en la lejanía.

—Después de Endor, no podía ir a ningún sitio —dijo con amargura—. No tenía contactos, ni recursos. Ni siquiera poseía una identidad real. Estaba sola.

—Y te asociaste con Karrde.

—Al cabo del tiempo. Antes, pasé cuatro años y medio chapoteando en las cloacas de la galaxia, haciendo lo que podía. —Sus ojos se clavaron en él, y recuperaron aquel brillo de odio—. Trabajé muy duro para llegar a donde estoy ahora, Skywalker. No permitiré que arruines mi vida. Esta vez no.

—No quiero arruinar nada —replicó Luke—. Sólo deseo regresar a la Nueva República.

—Y yo quiero que regrese el antiguo Imperio —contraatacó Mara—. No siempre conseguimos lo que deseamos, ¿verdad?

Luke meneó la cabeza.

—No.

Ella le contempló durante un momento. Después, de repente, le tiró un tubo lleno de salvia.

—Toma. Cúrate ese verdugón. Y duerme un poco. Mañana será un día muy movido.

Capítulo 27

El destartalado carguero de clase A se alejó del Quimera por el lado de estribor. Era una gigantesca caja a la que iba sujeto un hiperpropulsor; su casco descolorido brillaba a la luz de los reflectores del Destructor Estelar. Thrawn, sentado en su puesto de mando, examinó los datos de los sensores y cabeceó.

—Parece adecuado, capitán —dijo a Pellaeon—. Como debía ser. Puede proceder con la prueba cuando todo esté preparado.

—Se retrasará unos minutos más, señor —dijo Pellaeon, mientras estudiaba los datos que aparecían en su consola—. Ajustar el escudo protector aún está planteando problemas a los técnicos.

Contuvo el aliento, algo asustado de su explosión verbal. El escudo protector sin probar y el carguero modificado en el que se había montado habían costado una enorme cantidad de dinero, un dinero que el Imperio no podía permitirse dilapidar. Teniendo en cuenta la inminente operación en Sluis Van…

El gran almirante se limitó a cabecear.

—Hay tiempo —dijo con calma—. ¿Alguna noticia de Myrkr?

—El último informe llegó hace dos horas. Negativo también.

Thrawn volvió a cabecear.

—¿Y el último cómputo de Sluis Van?

—Ummm… —Pellaeon comprobó la información—. Ciento doce naves de guerra en total. Sesenta y cinco se utilizan como cargueros, y las demás en misiones de escolta.

—Sesenta y cinco —repitió Thrawn, con obvia satisfacción—. Excelente. Significa que sólo tendremos que escoger.

Pellaeon se agitó, incómodo.

—Sí, señor.

Thrawn dejó de contemplar al carguero y miró a Pellaeon.

—¿Está preocupado, capitán?

Pellaeon cabeceó en dirección a la nave.

—No me gusta enviarles a territorio enemigo sin ningún tipo de aparato para comunicarse.

—No tenemos muchas opciones a ese respecto —le recordó con sequedad Thrawn—. Así funciona un escudo protector: nada sale, nada entra. —Arqueó una ceja—. Suponiendo que funcione, claro —añadió.

—Sí, señor, pero…

—Pero ¿qué, capitán?

Pellaeon reunió fuerzas de flaqueza y se lanzó.

—Tengo la impresión, almirante, de que es el tipo de operación en la que deberíamos utilizar a C'baoth.

La mirada de Thrawn se endureció levemente.

—¿C'baoth?

—Sí, señor. Nos podría comunicar con…

—No necesitamos comunicarnos —le interrumpió Thrawn—. Un cuidadoso cálculo de tiempo será suficiente para nuestros propósitos.

—No estoy de acuerdo, almirante. En circunstancias normales, un cálculo cuidadoso del tiempo les colocaría en su sitio, sí, pero no hay forma de anticipar cuánto tardarán en recibir luz verde del control de Sluis.

—Al contrario —replicó con frialdad Thrawn—. He estudiado a los sluissi con gran atención. Puedo prever exactamente cuánto tardarán en dar luz verde al carguero.

Pellaeon apretó los dientes.

—Si todos los controladores fueran sluissi, tal vez, pero es de suponer que la Rebelión, aparte de material también les habrá ayudado con personal propio.

—No tiene importancia. Los sluissi estarán al mando. Su sentido del tiempo determinará los acontecimientos.

Pellaeon suspiró y aceptó la derrota.

—Sí, señor —murmuró.

Thrawn le miró.

—No es una cuestión de petulancia, capitán, o de demostrar que la flota imperial puede funcionar sin él. La simple realidad es que no podemos permitirnos el lujo de utilizar a C'baoth demasiado o demasiado a menudo.

—Porque todos empezaríamos a depender de él —gruñó Pellaeon—, como si todos fuéramos borgs implantados en un ordenador de combate.

Thrawn sonrió.

—Eso todavía le molesta, ¿verdad? No importa. Es parte de ello, pero una parte muy pequeña. Lo que me preocupa más es impedir al maestro C'baoth que se aficione demasiado a ese tipo de poder.

Pellaeon frunció el ceño.

—Dijo que no quería el poder.

—Pues miente —replicó con frialdad Thrawn—. Todos los hombres desean el poder. Y cuanto más tienen, más lo desean.

Pellaeon reflexionó sobre aquellas palabras.

—Pero si representa una amenaza contra nosotros…

Se interrumpió, consciente de los oficiales y hombres que trabajaban a su alrededor.

El gran almirante hizo caso omiso.

—¿Por qué no acabar con él? —terminó la pregunta—. Es muy sencillo. Porque pronto podremos colmar su ansia de poder, y después no representará más amenaza que cualquier otra herramienta.

—¿Leia Organa Solo y sus gemelos?

—Exacto —cabeceó Thrawn, con ojos brillantes—. En cuanto C'baoth los tenga en sus manos, estas pequeñas excursiones con la flota no serán para él otra cosa que distracciones que le apartarán de su auténtico trabajo.

Pellaeon apartó la vista de aquella mirada intensa. La teoría parecía buena, pero la práctica…

—Dando por sentado que los noghri puedan localizarla.

—Lo harán —afirmó Thrawn—. A ella y a sus guardianes se les acabarán los trucos, mucho antes de que a nosotros se nos acaben los noghri.

La pantalla de Pellaeon se iluminó.

—Están preparados, señor —anunció.

Thrawn se volvió hacia el carguero.

—Cuando quiera, capitán.

Pellaeon respiró hondo y accionó el interruptor de comunicación.

—Escudo protector activado.

Miraron por la portilla. El destartalado carguero…

Siguió exactamente como estaba.

Thrawn contempló al carguero, desvió la vista hacia sus pantallas, volvió a mirar al carguero, y luego dirigió una sonrisa de satisfacción a Pellaeon.

—Excelente, capitán. Justo lo que quería. Le felicito a usted y a sus técnicos.

—Gracias, señor —dijo Pellaeon, y relajó sus músculos. No se había dado cuenta de lo tensos que estaban—. ¿Luz verde, por lo tanto?

La sonrisa del gran almirante no se desvaneció, pero su expresión se endureció.

—Luz verde, capitán. Alerte a las fuerzas de choque. Prepárese para dirigirnos hacia el punto de cita.

—Los arsenales de Sluis Van son nuestros.

Wedge Antilles levantó la vista del cuaderno de datos con incredulidad.

—Debe de estar bromeando —dijo al mensajero—. ¿Misión de escolta?

El otro le dirigió una mirada de inocencia.

—¿A qué viene eso? —preguntó—. Ustedes, los tíos de los cazas X, se dedican a escoltar.

—Escoltamos gente —replicó Wedge—. No vigilamos naves de carga.

La mirada inocente del mensajero dio paso a una de fastidio poco disimulado. Wedge tuvo la repentina impresión de que, últimamente, se habría visto enzarzado en discusiones similares.

—Escuche, comandante, no me eche la culpa a mí —gruñó—. Se trata de escoltar una fragata. ¿Qué más da si la fragata lleva a bordo gente o un reactor averiado?

Wedge contempló de nuevo el cuaderno de datos. Era una cuestión de orgullo profesional, y en ello radicaba la diferencia.

—Sluis Van es un desvío demasiado largo para los cazas X —dijo.

—Sí, bueno, las órdenes dicen que ustedes permanecerán a bordo de la fragata hasta que lleguen al sistema —dijo el mensajero—. Le escoltarán desde allí.

Wedge leyó el resto de las órdenes. Deberían quedarse en el arsenal y esperar que el resto del convoy se agrupara, antes de transportar la carga hacia Bpfassh.

—Esto nos va a tener alejados de Coruscant demasiado tiempo —arguyó.

—Yo de usted lo vería como algo positivo, comandante —dijo el mensajero, bajando la voz—. Algo se está cociendo. Creo que el consejero Fey’lya y su gente están a punto de tomar medidas.

Un escalofrío recorrió a Wedge.

—¿No se referirá… a un golpe de estado?

El mensajero dio un brinco, como si se hubiera quemado.

—Oh, no, por supuesto que no. ¿Sospecha que Fey’lya…?

Se interrumpió, con una mirada astuta.

—Ah, ya lo entiendo. Usted es uno de los fieles a Ackbar, ¿eh? Enfréntese a los hechos, comandante. Ackbar ha perdido toda influencia sobre los soldados de la Alianza. Fey’lya es la única persona del Consejo que se preocupa por nuestro bienestar. —Indicó el cuaderno de datos—. Caso cerrado. Toda esa basura ha salido del despacho de Ackbar.

—Sí, bueno, todavía hay un Imperio ahí fuera —murmuró Wedge, consciente de que el ataque verbal desencadenado por el mensajero contra Ackbar le había conducido al extremo opuesto de su propia argumentación. Se preguntó si el otro lo habría hecho a propósito, o si era uno más de los militares que apoyaban a Fey’lya.

Bien pensado, unas vacaciones lejos de Coruscant no era una mala idea, al fin y al cabo. Al menos, le alejaría de todas esas maquinaciones políticas.

—¿Cuándo partimos?

—En cuanto reúna a su gente y suban a bordo. Ya están cargando sus cazas.

—Bien.

Wedge salió de la oficina y se alejó por el pasillo. Sí, una discreta huida a Sluis Van y Bpfassh sería lo más adecuado en este momento. Le daría un respiro para meditar sobre lo que estaba pasando en esta Nueva República por la que había corrido tantos riesgos.

Y si se topaban con los imperiales en el camino… Bien, era una amenaza contra la que sabía combatir, al menos.

Capítulo 28

Fue poco antes de mediodía cuando percibieron los débiles sonidos que les llegaban de vez en cuando. Tardaron más de una hora en acercarse lo bastante para que Luke pudiera identificarlos.

Bicicletas de gran velocidad.

—¿Estás seguro de que es un modelo militar? —murmuró Mara, cuando el zumbido se elevó y decayó dos veces, antes de desvanecerse en la distancia.

—Estoy seguro —dijo Luke, sombrío—. Casi me estrellé contra un árbol de Endor con una de ellas.

Mara calló, y Luke se preguntó si habría sido una buena idea mencionar Endor, pero una ojeada al rostro de Mara disipó sus temores. No pensaba, sino que escuchaba.

—Parece que también se dirigen hacia el sur —comentó, al cabo de un minuto—. Hacia el norte no oigo nada.

Luke aguzó el oído.

—Yo tampoco. Me pregunto… Erredós, ¿puedes crear un mapa auditivo?

Sonó el pitido afirmativo. Un momento después, el proyector holográfico del androide se conectó y apareció un mapa en dos colores, suspendido a pocos centímetros sobre las hojas.

—Yo tenía razón —señaló Mara—. Algunas unidades delante de nosotros, y el resto camino al sur. Nada hacia el norte.

—Lo cual significa que nos hemos desviado hacia el norte.

Mara frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, debían de saber que nos dirigíamos a Hyllyard City. Van a centrar su búsqueda en la ruta más directa.

Mara sonrió.

—Qué maravillosa ingenuidad Jedi. No habrás pensado que, porque no les oigamos, no estarán allí.

Luke contempló el mapa holográfico.

—Bien, es posible que hayan apostado una fuerza, pero ¿de qué les serviría?

—Oh, vamos, Skywalker. Es el truco más gastado del manual. Si la presa considera imposible romper el cerco, se oculta y aguarda su oportunidad. Si no quieres que actúe así, finges dejar un hueco. —Se agachó y recorrió con un dedo la

sección «silenciosa» del mapa—. En este caso, obtienen un premio adicional: si nos desviamos hacia el norte para esquivar las bicicletas, demostraremos que queremos ocultarles algo.

Luke hizo una mueca.

—Tampoco necesitan ninguna prueba.

Mara se encogió de hombros.

—Algunos oficiales tienen una mente más legal que otros. La cuestión es ¿qué hacemos ahora?

Luke examinó el mapa. Según Mara, se encontraban a cuatro o cinco kilómetros del límite del bosque: dos horas, más o menos. Si los imperiales habían dispuesto toda esa organización delante de ellos…

—Es probable que intenten rodearnos —dijo lentamente—. Trasladarán unidades al norte y al sur, y detrás de nosotros.

—Si no lo han hecho ya. No tendríamos por qué haberles oído. Ignoran a qué velocidad avanzamos, de modo que habrán formado un gran círculo. Es probable que hayan desplegado un amplio círculo de carros de asalto o naves de exploración, más un grupo de bicicletas que vigilen cada punto focal. La telaraña empleada habitualmente por los milicianos.

Luke se humedeció los labios. Lo que los imperiales ignoraban era que una de las presas sabía con exactitud lo que estaban tramando.

—¿Cómo rompemos el cerco? —preguntó.

Mara siseó entre dientes.

—Imposible, sin más equipo y recursos.

Volvieron a oír el breve zumbido lejano.

—En ese caso —dijo Luke—, podríamos dirigirnos directamente hacia ellos, y llamarles antes de que nos vean.

Mara resopló.

—¿Como si fuéramos turistas de excursión?

—¿Se te ocurre una idea mejor?

La joven le miró con aire pensativo.

—No —admitió por fin—. Supongo que también querrás realizar ese cambio de papeles que Karrde sugirió.

Luke se encogió de hombros.

—No podremos abrirnos paso a tiros —le recordó—. Y si tienes razón respecto a ese movimiento de pinza, tampoco podremos burlar el cerco. Sólo nos queda la posibilidad de echarnos un farol, y cuanto más descarado, mejor.

Mara torció los labios.

—Supongo que sí.

Vaciló un instante, quitó la cápsula de energía del desintegrador y se lo entregó,

junto con la funda.

Luke los cogió y sopesó el desintegrador.

—Quizá comprueben si está cargado —señaló—. Yo lo haría.

—Escucha, Skywalker, si crees que voy a darte un arma cargada…

—Y si un vornskr nos encuentra antes que los imperiales, no conseguirás cargarlo a tiempo.

—Quizá me dé igual.

Luke asintió.

—Y quizá no.

Ella le dirigió una mirada furiosa, pero carente de convicción. Apretó los dientes y le entregó la cápsula de energía.

—Gracias —dijo Luke. Recargó el arma y la ciñó a su antebrazo izquierdo—. ¿Ya, Erredós?

El androide comprendió. Una sección trapezoidal situada en la parte superior de su cúpula, indistinguible de las demás, se abrió y reveló un largo y profundo compartimiento de almacenamiento. Luke se volvió hacia Mara y extendió la mano.

La joven miró su mano abierta, y después el compartimiento.

—De modo que así lo hiciste —dijo con amargura, mientras se desabrochaba la espada de luz y se la entregaba—. Siempre me intrigó cómo habías metido esa cosa de contrabando en el palacio de Jabba.

Luke introdujo la espada, y Erredós cerró la puerta.

—Te la pediré si la necesito —dijo al androide.

—No pienses que te servirá de mucho —le advirtió Mara—. Se supone que el efecto de los ysalamiri se extiende hasta varios kilómetros más allá del bosque. No intuirás ningún ataque cerca de Hyllyard City.

—Entiendo —asintió Luke—. Podemos marcharnos.

—Aún no —dijo Mara—. Queda el problema de tu cara.

Luke arqueó una ceja.

—Creo que Erredós no tiene ningún sitio donde esconderla.

—Muy gracioso, pero había pensado en otra cosa.

Mara miró a su alrededor y se encaminó hacia unos matorrales de aspecto extraño que se encontraban a unos metros de distancia. Se cubrió la mano con el extremo de la manga y arrancó con precaución varias hojas.

—Súbete la manga y extiende el brazo —ordenó.

Luke obedeció, y ella rozó su antebrazo con el extremo de una hoja.

—Vamos a ver si funciona.

—¿Qué se supone…? ¡Aaaj!

Luke lanzó un grito cuando un dolor lacerante recorrió su antebrazo.

—Perfecto —dijo Mara con sombría satisfacción—. Eres alérgico a las hojas. Oh,

tranquilo; el dolor desaparecerá en unos cuantos segundos.

—Gracias —masculló Luke. El dolor empezaba a desvanecerse—. Bien. Ahora, ¿qué hacemos con este…, ¡mmm!, maldito picor?

—Durará un poco más —dijo Mara, indicando su antebrazo—, pero da igual. ¿Qué opinas?

Luke apretó los dientes. El picor era una tortura, pero ella tenía razón. La piel que había entrado en contacto con la hoja se veía oscura e hinchada, cubierta de diminutas pústulas.

—Muy desagradable —comentó.

—Ya lo creo —admitió la joven—. ¿Quieres hacerlo tú, o prefieres que me ocupe yo?

Luke apretó los dientes. No iba a ser agradable.

—Yo lo haré.

Fue muy desagradable, pero cuando terminó de frotarse el mentón con las hojas, el dolor del antebrazo ya había pasado.

—Espero no habérmelo aplicado muy cerca de los ojos —comentó, antes de tirar las hojas, y reprimiendo el deseo de rascarse la cara con todos los dedos de ambas manos—. Me encantaría poder ver el resto de la tarde.

—Creo que te pondrás bien —le aseguró Mara, mientras examinaba el resultado —. El resto de tu cara está horrorosa, desde luego. Si tienen fotos, no te parecerás en nada.

—Me alegra saberlo.

Luke respiró hondo y realizó ejercicios Jedi para suprimir el dolor. Sin la Fuerza no eran tan eficaces, pero ayudaron en algo.

—¿Hasta cuándo tendré este aspecto?

—La hinchazón empezará a bajar dentro de unas horas. No desaparecerá por completo hasta mañana.

—Estupendo. ¿Preparados, pues?

—Más que nunca. —Mara dio la espalda a Erredós, cogió las asas de la narria y empezó a caminar—. Adelante.

Anduvieron a buen ritmo, pese al tobillo de Mara y los picores de Luke, que empezaron a calmarse al cabo de media hora. Sólo quedó el entumecimiento de la hinchazón.

El tobillo de Mara era otra historia, y como Luke caminaba detrás de ella y del androide, se fijó en sus dificultades. El peso añadido de la narria y de Erredós no le hacía ningún favor, y en dos ocasiones estuvo tentado de sugerir que volvieran a cambiar de papeles, pero reprimió el impulso. Era su única oportunidad de salir bien librados, y ambos lo sabían.

Además, Mara era demasiado orgullosa para acceder.

Habían recorrido otro kilómetro, cuando de repente se encontraron con dos ciclistas.

Los patrulleros iban cubiertos con relucientes armaduras blancas. Se precipitaron hacia ellos y frenaron casi antes de que los oídos de Luke captaran el ruido de sus vehículos. Lo cual significaba que ya sabían dónde se encontraba su objetivo.

Y también significaba que todo el grupo les habría localizado dos minutos antes, como mínimo. Menos mal que no había vuelto a intercambiar papeles con Mara, pensó Luke.

—¡Alto! —gritó innecesariamente un explorador, con ambos cañones desintegradores giratorios preparados—. Identifíquense, en nombre del Imperio.

Había llegado el momento de actuar.

—Caray, cuánto me alegro de encontrarles —respondió Luke, en el máximo tono de alivio que sus mejillas hinchadas le permitieron. No llevarán un medio de transporte más cómodo, ¿verdad? Tengo los pies hechos polvo.

El hombre vaciló una fracción de segundo.

—Identifíquense —repitió.

—Me llamo Jade —dijo Luke. Señaló a Mara—. Es un regalo para Talon Karrde. ¿No ha enviado ningún transporte?

Se produjo una breve pausa. Los exploradores conferenciaron entre sí, decidió Luke, o bien pidieron instrucciones a su base. El hecho de que el prisionero fuera una mujer les había desconcertado. El que fuera suficiente ya era otra cuestión.

—Venga con nosotros —ordenó el explorador—. Nuestro oficial quiere hablar con ustedes. Tú, mujer, baja al androide y apártate de él.

—Por mí, encantado —dijo Luke, cuando el segundo explorador situó la bicicleta frente a la narria de Erredós—. Quiero que los dos sean testigos, por si acaso, de que la mujer estaba en perfectas condiciones cuando aparecieron. Karrde suele aprovechar cualquier excusa para no pagar lo convenido, pero esta vez lo hará.

—¿Es usted cazador de recompensas? —preguntó el explorador, con claro desdén en su voz.

—Exacto —contestó Luke, en un tono de dignidad profesional para contrarrestar el desdén del explorador.

Le daba igual y, de hecho, contaba con ello. Cuanto más distorsionada fuera la imagen que los imperiales se hicieran de él, más tardarían en comprender el engaño.

En el fondo de su mente, pese a todo, se preguntó si estos trucos eran dignos de un Jedi.

El segundo explorador había desmontado y sujetado las asas de la narria de Erredós a la parte trasera de su bicicleta. Volvió a montar y se alejó sin forzar demasiado la marcha.

—Seguidle —ordenó el primero, quedándose en la retaguardia—. Antes, tira el

desintegrador al suelo, Jade.

Luke obedeció y se puso a caminar. El explorador sólo se demoró el tiempo necesario para recoger el arma.

Tardaron una hora en llegar a la linde del bosque. Las dos bicicletas no se apartaron de ellos en todo el rato, pero a medida que avanzaban, el grupo iba creciendo. Más bicicletas surgieron de ambos lados, y se dispusieron en formación cerrada, flanqueando a Luke y Mara, o bien se unieron a los guardias de atrás y delante. Cuando se aproximaron al límite del bosque, aparecieron milicianos armados hasta los dientes, con los rifles desintegradores preparados, y rodearon a los prisioneros. En ese momento, los exploradores se alejaron un poco, formando una especie de pantalla móvil.

Cuando salieron por fin del bosque, su escolta se componía de unos diez exploradores en bicicleta y veinte milicianos. Era un despliegue impresionante de poderío militar y, más que la búsqueda propiamente dicha, reveló a Luke la seriedad con que el misterioso hombre que mandaba el Imperio trataba el incidente. Aun en la cumbre de su poder, los imperiales no destacaban milicianos a la ligera.

Tres personas más les estaban esperando en la franja de tierra que separaba el bosque de los primeros edificios de Hyllyard City: dos milicianos más y un hombre de rostro severo que llevaba galones de mayor en su uniforme imperial marrón.

—Ya era hora —masculló, cuando empujaron a Luke y a Mara hacia él—. ¿Quiénes son?

—El hombre dice que se llama Jade —informó un miliciano, con aquella voz algo filtrada que parecía común a todos—. Un cazador de recompensas; trabaja para Karrde. Dice que la mujer es su prisionera.

—Era su prisionera —corrigió el mayor, mirando a Mara—. ¿Cómo te llamas, ladrona?

—Senni Kiffu —dijo Mara, con voz áspera—. Y no soy una ladrona. Talon Karrde me debe… Me debe una gran cantidad. Sólo cogí lo que era mío.

El mayor miró a Luke, y éste se encogió de hombros.

—Los demás negocios de Karrde no son asunto mío. Me dijo que la trajera de vuelta. Aquí está.

—Y el producto de su robo también, por lo que veo. —Miró a Erredós, aún atado a la narria que arrastraba la bicicleta—. Saca al androide de tu bicicleta —ordenó—. El terreno es bastante llano, y quiero que te unas al perímetro de vigilancia. Ponlo con los prisioneros, y espósales. Aquí no tropezarán con ramas de árbol.

—Espere un momento —protestó Luke, cuando uno de los milicianos avanzó en su dirección—. ¿A mí también?

El mayor enarcó las cejas.

—¿Algún problema, cazador de recompensas? —preguntó con voz desafiante.

—Pues sí —replicó Luke—. La prisionera es ella, no yo.

—De momento, los dos sois prisioneros, de modo que cierra el pico. —Examinó la cara de Luke con el ceño fruncido—. ¿Se puede saber qué te ha pasado, en nombre del Imperio?

No iban a engañarles con aquel truco, por lo visto.

—Me caí en unos matorrales mientras la perseguía —gruñó, mientras el miliciano le esposaba con rudeza—. Durante un rato sufrí unos picores insoportables.

El mayor sonrió.

—Qué mala suerte —dijo con sequedad—. Por suerte, tenemos un médico excelente en el cuartel general. Te curará esa hinchazón en un abrir y cerrar de ojos. —Sostuvo la mirada de Luke un momento más, y luego desvió su atención hacia el jefe de los milicianos—. Supongo que le habrás desarmado.

El miliciano efectuó un ademán, y el primer explorador entregó el desintegrador de Mara al mayor.

—Un arma muy interesante —murmuró el mayor, dándole vueltas en las manos antes de deslizarla en su cinturón. Se oyó un suave zumbido sobre sus cabezas. Luke vio que un vehículo aéreo flotaba sobre ellos. Un carro de asalto, tal como Mara había predicho. El mayor levantó la vista—. Muy bien, comandante. Vámonos.

En muchos aspectos, Hyllyard City se parecía a Mos Eisley, pensó Luke. Casas pequeñas y edificios comerciales muy apretados, con calles relativamente estrechas. La tropa recorrió el perímetro, en dirección a una de las avenidas más amplias que parecían irradiar del centro de la ciudad. Mientras pasaban frente a los edificios, Luke distinguió atisbos de una zona abierta, a varias manzanas de distancia. La plaza de la ciudad, o una zona de aterrizaje.

La vanguardia había llegado a la calle elegida cuando, con una sincronización perfecta, los milicianos cambiaron de formación. Los del círculo interior se acercaron más a Luke y a Mara, mientras los del exterior se alejaban. El grupo se detuvo e indicó por gestos a los prisioneros que hicieran lo mismo. Un momento después, el motivo de aquella súbita maniobra asomó por la esquina: cuatro hombres de aspecto sucio que caminaban con paso vigoroso hacia los recién llegados, rodeando a un quinto hombre con las manos encadenadas.

Apenas habían aparecido cuando fueron interceptados por cuatro milicianos. Se enzarzaron a continuación en una breve e inaudible conversación, que concluyó cuando los desconocidos entregaron sus desintegradores a los milicianos con obvia desgana. Escoltados por los imperiales, se encaminaron hacia el grupo principal. Entonces, Luke consiguió identificar al prisionero.

Era Han Solo.

Los milicianos se apartaron para dejar entrar a los cinco.

—¿Qué queréis? —preguntó el mayor, cuando se detuvieron frente a él.

—Me llamo Chin —dijo uno—. Capturamos a este individuo cuando merodeaba por el bosque. Tal vez iba en busca de vuestros prisioneros. Imaginamos que le gustaría hablar con él, ¿eh?

—Su generosidad me conmueve —dijo el mayor con sarcasmo, y examinó a Han de pies a cabeza—. ¿Llegaron a esa conclusión sin ayuda?

Chin se encrespó.

—El que no viva en una gran ciudad no significa que sea un estúpido —replicó —. ¿Cree que ignoramos el significado de que los imperiales destaquen una guarnición temporal?

El mayor le dirigió una larga y fría mirada.

—Rece para que la guarnición sólo sea temporal. —Miró al miliciano erguido a su lado y movió la cabeza en dirección a Han—. Comprueba que no lleve armas.

—Ya hemos… —empezó Chin. El mayor le fulminó con la mirada, y el hombre calló.

El registro sólo duró un minuto, y fue infructuoso.

—Ponlo con los demás —ordenó el mayor—. Muy bien, Chin, tú y tus amigos podéis iros. Si descubrimos que nos es de algún valor, ya recibiréis una recompensa.

—Su generosidad me conmueve —respondió Chin, con una expresión burlona—. ¿Podemos recuperar nuestras armas?

La expresión del mayor se endureció.

—Venid a recogerlas más tarde a nuestro cuartel general. El hotel Hyllyard, justo al otro lado de la plaza. Estoy seguro de que un ciudadano sofisticado como tú ya sabrá dónde está.

Por un momento, dio la impresión de que Chin iba a iniciar una discusión al respecto, pero una mirada a los milicianos que le rodeaban sirvió para que cambiara de opinión. Se volvió sin decir palabra y regresó a la ciudad, acompañado de sus tres compinches.

—Moveos —ordenó el mayor, y el grupo se puso en marcha.

—Bien —murmuró Han, poniéndose al lado de Luke—. Juntos de nuevo, ¿eh?

—No me lo habría perdido por nada del mundo —respondió Luke—. Parece que tus amigos tienen mucha prisa por irse.

—No querrán perderse la fiesta que han montado para celebrar mi captura.

Luke le miró de reojo.

—Es una pena que no nos hayan invitado.

—Una auténtica pena —admitió Han, impasible—. De todos modos, nunca se sabe.

Se internaron en la avenida, en dirección al centro de la ciudad. Luke vio algo gris y redondo por encima de la cabeza de los milicianos. Estiró el cuello y comprobó que

el edificio era, en realidad, una arcada, que se alzaba del suelo cerca del extremo opuesto de la plaza que había divisado antes.

Una arcada impresionante, sobre todo en una ciudad tan alejada del centro de la galaxia. La parte superior se componía de diferentes tipos de piedra encajada, y el remate se proyectaba hacia fuera como una cruz a medio camino entre un paraguas y la sección de una seta cortada. La parte inferior se curvaba hacia dentro y hacia abajo, hasta concluir en un par de columnas de sostén a cada lado. El arco se elevaba sus buenos diez metros sobre el suelo, y la distancia entre las columnas sería de unos cinco metros. Frente al monumento se extendía la plaza del pueblo, unos quince metros de terreno vacío.

El lugar perfecto para una emboscada.

Luke sintió un nudo en el estómago. El lugar perfecto para una emboscada, sólo que si era evidente para él, también debía de serlo para los milicianos.

Como así fue. La vanguardia del grupo ya había llegado a la plaza, y a medida que los milicianos salían de los confines de la estrecha avenida, levantaban un poco más sus rifles desintegradores y se apartaban de sus compañeros. No cabía duda de que esperaban una emboscada. Y la esperaban en este preciso lugar.

Luke apretó los dientes y clavó la vista en la arcada.

—¿Está ahí Cetrespeó? —preguntó a Han.

Notó que Han fruncía el ceño, pero el otro no perdió tiempo en preguntas innecesarias.

—Sí, está con Lando.

Luke cabeceó y miró a su derecha. Detrás, Erredós rodaba por la calle llena de baches, esforzándose por mantener el equilibrio. Luke dio un paso en aquella dirección.

Y Erredós tropezó con el pie extendido de Luke, lanzó un chillido y cayó al suelo como un saco.

Luke se agachó a su lado en seguida y se tendió sobre él, mientras intentaba levantar al androide con sus manos esposadas. Notó que algunos milicianos se acercaban para ayudarles, pero tuvo tiempo de aprovechar el escaso segundo en que nadie estuvo lo bastante cerca para oírle.

—Erredós, llama a Cetrespeó —susurró en el receptor auditivo del androide—. Dile que no ataquen hasta que hayamos llegado a la arcada.

El androide obedeció al instante. Su fuerte gorjeo casi ensordeció a Luke, agachado a su lado. La cabeza de Luke aún retumbaba cuando manos rudas le agarraron por debajo de los brazos y le pusieron de pie. Recuperó el equilibrio…

Y descubrió que el mayor se había plantado frente a él, con una expresión suspicaz en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Se ha caído —respondió Luke—. Creo que tropezó…

—Me refiero a esa transmisión —le interrumpió con brusquedad el mayor—. ¿Qué ha dicho?

—Me estaba apostrofando por tropezar con él, probablemente —explicó Luke—. ¿Cómo puedo saber lo que ha dicho?

El mayor le miró fijamente durante un largo momento.

—Continúen avanzando, comandante —ordenó por fin al miliciano que se erguía a su lado—. Que todo el mundo esté alerta.

Se alejó, y el grupo se puso en marcha de nuevo.

—Confío en que sepas lo que estás haciendo —murmuró Han desde atrás.

Luke respiró hondo y clavó la vista en la arcada que se alzaba delante de ellos.

—Y yo también —respondió.

Dentro de muy pocos minutos, ambos lo averiguarían.

Capítulo 29

—¡Caray! —jadeó Cetrespeó—. General Calrissian, he de…

—Silencio, Cetrespeó —ordenó Lando, y miró por un rincón de la ventana a la pequeña multitud que atravesaba la plaza—. ¿Has presenciado lo ocurrido, Aves?

Aves, acuclillado bajo la ventana, meneó la cabeza.

—Parece que Skywalker y su androide han caído al suelo. No estoy seguro; había demasiados milicianos por en medio.

—General Calrissian…

—Silencio, Cetrespeó.

Lando vio que dos milicianos ponían en pie a Luke, y luego enderezaban a Erredós.

—Parece que están bien.

—Sí. —Aves cogió el pequeño transmisor que había en el suelo—. Allá vamos. Esperemos que todo el mundo esté preparado.

—Y que Chin y los demás no lleven los desintegradores —masculló Lando.

Aves resopló.

—No los tienen. No te preocupes, los milicianos siempre están confiscando las armas de los demás.

Lando cabeceó y aferró el desintegrador, deseando terminar cuanto antes. Los imperiales, después de dispersarse, avanzaban de nuevo. En cuanto hubieran entrado en la plaza, lejos de cualquier refugio posible…

—General Calrissian, debo hablar con usted —insistió Cetrespeó—. Tengo un mensaje del maestro Luke.

Lando parpadeó.

—¿De Luke?

En aquel momento, recordó el gemido electrónico de Erredós justo después de caer.

—¿Pudo ser…? ¿Qué ha dicho?

—El maestro Luke quiere que aplace el ataque —dijo Cetrespeó, contento de que alguien le prestara por fin atención—. Dice que no empiecen a disparar antes de que los milicianos lleguen al arco.

Aves giró en redondo.

—¿Cómo? Es una locura. Nos superan en tres a uno. Si les damos la menor

oportunidad de ponerse a cubierto, nos harán trizas.

Lando miró por la ventana y apretó los dientes. Aves tenía razón; era lo suficientemente versado en tácticas de lucha para saberlo, pero por otra parte…

—Se han dispersado bastante —anunció—. A cubierto o no, será difícil derribarles, sobre todo protegidos por esas bicicletas de alta velocidad.

Aves sacudió la cabeza.

—Es una locura —repitió—. No voy a arriesgar la vida de mi gente de esa manera.

—Luke sabe lo que hace —insistió Lando—. Es un Jedi.

—Ahora no —bufó Aves—. ¿No te explicó Karrde lo de los ysalamiri?

—Tanto si tiene poderes Jedi como si no, aún es un Jedi —se empecinó Lando. De pronto se dio cuenta de que apuntaba a Aves con su desintegrador, pero no había problema, porque Aves también le apuntaba a él—. De todos modos, corre más peligro que cualquiera de vosotros. Siempre podéis abortar el ataque y huir.

—Oh, claro —resopló Aves, mientras miraba por la ventana. Los imperiales se estaban acercando al centro de la plaza. Los milicianos avanzaban con cautela, las armas preparadas—. Sólo que si dejamos vivo a uno solo de ellos, cercarán la ciudad. ¿Y qué me dices de ese carro de asalto?

—¿Qué pasa? —preguntó Lando—. Aún no sé cómo piensas derribarlo.

—Bien, lo que sí tenemos claro es que no lo queremos en el suelo, y eso es lo que ocurrirá si los milicianos llegan al arco. El carro se pondrá delante, entre ellos y nosotros. El vehículo y el arco les proporcionarán toda la protección que necesitan para tomar posiciones e irnos cazando de uno en uno. —Meneó la cabeza y agarró el transmisor—. Además, es demasiado tarde para avisar a los demás de que hay cambios.

—No has de avisar a nadie —dijo Lando. Notó que gruesas gotas de sudor resbalaban por su cuello. Luke contaba con él—. Nadie hará nada hasta que detones los explosivos camuflados.

Aves volvió a menear la cabeza.

—Es demasiado arriesgado.

Se volvió hacia la ventana y levantó el transmisor.

Lando comprendió que había llegado el momento de decidir en qué confiaba. En tácticas y en la lógica abstracta, o en la gente. Bajó el desintegrador y lo apoyó con suavidad contra el cuello de Aves. —Esperaremos —dijo en voz baja.

Aves no se movió, pero algo en su forma de acuclillarse recordó a Lando a un depredador.

—No olvidaré esto, Calrissian —dijo, con voz gélida.

—No me gustaría que lo hicieras —respondió Lando.

Contempló las evoluciones de los milicianos, y confió en que Luke supiera de

verdad lo que hacía.

La vanguardia ya había dejado atrás la arcada, y el mayor se encontraba a pocos pasos de ella, cuando cuatro milicianos se desintegraron de repente.

De forma muy espectacular. Los relámpagos blancoamarillentos simultáneos iluminaron el paisaje con una intensidad casi dolorosa; el estruendo de la detonación múltiple casi aturdió a Luke.

El ruido aún resonaba en sus oídos, cuando los desintegradores abrieron fuego desde atrás.

Los milicianos estaban muy bien preparados, no cabía duda. Luke no detectó el menor pánico, ningún asombro o indecisión. Adoptaron posición de combate casi antes de que empezara el tiroteo. Los que estaban junto a la arcada se refugiaron tras las columnas de piedra para responder al ataque, y el resto se apresuró a imitarles. El zumbido de las bicicletas de alta velocidad dominó al sonido de los desintegradores; distinguió sobre sus cabezas el carro de asalto, que giraba en redondo para hacer frente a los atacantes invisibles.

Y entonces, una mano acorazada le cogió por cada sobaco, y fue llevado en volandas hacia la arcada. Unos segundos después, fue arrojado sin la menor ceremonia en el angosto hueco que separaba las dos columnas de la parte norte del arco. Mara ya estaba acuclillada en aquel punto; un segundo más tarde, dos milicianos empujaron a Han hacia ellos. Cuatro imperiales se colocaron sobre sus cuerpos caídos, utilizando las columnas como protección para responder al fuego de los atacantes. Luke se arrodilló e inclinó el cuerpo hacia adelante para echar un vistazo.

Erredós, alejado de la zona de fuego, con aspecto inofensivo entre las mortales estelas horizontales de los disparos, rodó hacia ellos a toda la velocidad que le permitían sus ruedas.

—Creo que tenemos problemas —masculló Han en su oído—, por no mencionar a Lando y a los demás.

—Aún no ha terminado —replicó Luke—. No te alejes. ¿Eres bueno en provocar distracciones?

—Terrorífico —contestó Han.

Ante la sorpresa de Luke, sacó las manos de detrás de la espalda. La cadena y las esposas colgaban de su muñeca izquierda.

—Estas esposas no valen nada —gruñó. Extrajo una tira metálica del interior de una esposa y manipuló las de Luke—. Confío en que este trasto… Ya. —La presión que torturaba las muñecas de Luke desapareció de repente; las esposas cayeron al suelo—. ¿Preparado para la distracción? —preguntó Han, mientras aferraba el extremo de su cadena con la mano libre.

—Espera un momento —dijo Luke, mientras levantaba la vista. La mayoría de las bicicletas se habían refugiado bajo el arco, como gigantescas aves que huyeran de la tormenta. Sus cañones láser ametrallaron las casas circundantes. Bajo la línea de fuego, el carro había girado paralelamente al arco y descendía. En cuanto aterrizara…

Una mano aferró el brazo de Luke, y unas uñas se hundieron en su piel.

—¡Lo que vayas a hacer, hazlo cuanto antes! —siseó Mara—. Si el carro desciende, no conseguirás que abandonen su refugio.

—Lo sé —asintió Luke—. Cuento con ello.

El carro descendió con suavidad frente al arco, bloqueando el último vector de fuego de los atacantes. Aves, acurrucado bajo la ventana, profirió una blasfemia.

—Bien, ahí tienes a tu Jedi —masculló—. ¿Tienes alguna otra idea genial, Calrissian?

Lando tragó saliva.

—Hemos de darle…

No terminó la frase. Un rayo que procedía del arco chocó contra el marco de la ventana, y Lando notó un terrible dolor en el brazo. Retrocedió dando tumbos, justo cuando un segundo rayo volaba toda la sección del marco, derramando sobre su pecho y brazos una lluvia de astillas y fragmentos de mampostería.

Cayó al suelo, y el golpe le hizo ver las estrellas. Parpadeó, apretó los dientes para reprimir un grito de dolor, levantó la vista…

Y vio que Aves se cernía sobre él.

Lando le miró sin pestañear. «No olvidaré esto», había dicho, tres minutos antes. A juzgar por su expresión, no iba a necesitar recordarlo por más tiempo.

—Se saldrá con la suya —susurró Lando, luchando contra el dolor—. Ya lo verás.

Comprendió que Aves no le escuchaba y, en el fondo, no le culpó. Lando Calrissian, jugador profesional, había jugado por última vez. Y había perdido.

Y la deuda de la partida, la última de una larga serie, tendría que pagarla.

El carro quedó flotando frente al arco. Luke se puso en pie, debajo del vehículo. Había llegado el momento.

—Muy bien, Han —murmuró—. Adelante.

Han asintió y se levantó de un brinco, irguiéndose en medio de los cuatro milicianos que les vigilaban. Lanzó un grito y descargó los grilletes sobre el rostro del guardia más próximo, y después rodeó el cuello del siguiente con la cadena, tirando hacia atrás. Los otros dos reaccionaron al instante y saltaron sobre él.

Luke quedó unos segundos libre.

Se levantó y asomó la cabeza por detrás de la columna. Erredós aún se encontraba

en tierra de nadie, y corría para guarecerse, antes de que le alcanzara un rayo perdido. Gimió cuando vio a Luke. —¡Ahora, Erredós! —chilló Luke.

Extendió la mano y desvió la vista hacia el extremo sur de la arcada. Los milicianos se habían atrincherado sólidamente entre las columnas de piedra y el carro de combate. Si esto no funcionaba, Han tendría razón: Lando y los demás estaban perdidos. Apretó los dientes, confió con toda su alma en que el contraataque llegara a tiempo y se volvió hacia Erredós.

Justo cuando, con un centelleo de metal plateado y perfecta precisión, la espada de luz cayó en su mano extendida.

Los guardias habían repelido el enloquecido ataque de Han y se estaban poniendo en pie, mientras Han peleaba de rodillas, rodeado por todas partes. Luke derribó a todos de un solo mandoble. La espada de luz atravesó las relucientes armaduras de los milicianos como si fueran de mantequilla.

—Poneos detrás de mí —gritó a Han y a Mara.

Retrocedió hacia el hueco abierto entre las dos columnas de la parte norte y concentró su atención en la masa de imperiales que se hallaban, tanto de pie como acuclillados, entre las columnas del sur y él. Se dieron cuenta de que una inesperada amenaza caía sobre ellos desde el flanco, y algunos se volvieron para apuntarle con sus desintegradores.

Si la Fuerza hubiera guiado su mano, podría haber detenido sus disparos con la espada de luz sin la menor dificultad, pero Mara estaba en lo cierto: el efecto de los ysalamiri se extendía más allá del bosque, y la Fuerza continuaba neutralizada.

En cualquier caso, su intención no era enfrentarse a los milicianos. Dio la espalda a los desintegradores que le apuntaban y movió la espada de luz de un lado a otro.

Partió limpiamente en dos una de las dos columnas.

Se oyó un terrible crujido cuando la tensión liberada hizo temblar la estructura. Otro mandoble segó la segunda columna.

Y el fragor de la batalla quedó ahogado por el espantoso rechinar de la piedra al arañar la piedra, cuando las dos columnas partidas se vinieron abajo.

Luke giró en redondo y observó que Han y Mara se apartaban de debajo del arco para reunirse con él. Las máscaras de los milicianos ocultaban su expresión, pero la mirada horrorizada que apareció en el rostro del mayor fue suficiente. La masa de arco que se elevaba sobre sus cabezas crujió ominosamente. Luke apretó los dientes, conectó la espada de luz y la arrojó por el hueco hacia las otras columnas. Partió una de ellas y rozó la otra.

La estructura se vino abajo con un estrépito ensordecedor.

Luke saltó a tiempo. Los milicianos, acuclillados en el centro, no.

Capítulo 30

Karrde rodeó la masa de piedra hasta el lugar por donde asomaba el morro arrugado del carro de asalto, estupefacto e incrédulo.

—Un hombre —murmuró.

—Bueno, algunos colaboramos —le recordó Aves, pero el respeto oculto tras sus palabras neutralizó el aparente sarcasmo.

—Y sin la Fuerza —añadió Karrde.

Notó que Aves se encogía de hombros, molesto.

—Eso dijo Mara, aunque supongo que Skywalker debió de mentirle al respecto.

—No lo creo.

Karrde captó por el rabillo del ojo un movimiento en el límite de la plaza. Vio que Solo y Skywalker ayudaban a un tembloroso Lando Calrissian a subir a uno de los vehículos aéreos aparcados alrededor del perímetro.

—¿Le han herido? —preguntó.

—Casi recibe un golpe de mi parte, por añadidura —gruñó Aves—. Pensé que nos iba a traicionar. Quería asegurarme de que no saliera bien librado.

—Me alegro de que no lo hicieras.

Karrde levantó la vista y escudriñó el cielo. Se preguntó cuánto tardarían en responder los imperiales a lo que acababa de suceder.

Aves también levantó la vista.

—Aún podríamos derribar a los otros dos carros antes de que puedan informar —sugirió—. Creo que en el cuartel general aún no habrán recibido ninguna comunicación.

Karrde meneó la cabeza, y una oleada de tristeza le invadió, a pesar de la gravedad de la situación. Hasta ahora, no se había dado cuenta de hasta qué punto amaba ese lugar; su base, el bosque, el planeta Myrkr en sí.

—No —contestó—. Es imposible encubrir nuestra parte de responsabilidad en lo que ha pasado aquí. A un hombre como Thrawn, es imposible.

—Tienes razón —murmuró Aves, comprendiendo las implicaciones—. ¿Quieres que vuelva y empiece la evacuación?

—Sí, y llévate contigo a Mara. Asegúrate de mantenerla ocupada lejos del Halcón Milenario y del caza de Skywalker.

Notó que los ojos de Aves se clavaban en él, pero el hombre no preguntó nada.

—Muy bien. Hasta luego.

Se marchó a toda prisa. El vehículo aéreo que transportaba a Calrissian despegó en dirección al lugar donde el Halcón estaba preparado para volar. Solo y Skywalker se encaminaron a un segundo vehículo. Karrde avanzó a su encuentro, tras vacilar un segundo.

Llegaron al vehículo al mismo tiempo, y por un momento se miraron entre sí.

—Karrde —dijo Solo por fin—. Le debo una.

Karrde cabeceó.

—¿Todavía piensa lograr el desembargo del Etéreo?

—Dije que lo haría. ¿Dónde quiere que lo entregue?

—Déjelo en Abregado. Alguien lo recogerá. —Se volvió hacia Skywalker—. Un truco muy interesante —comentó, cabeceando en dirección a la masa de escombros —. Muy poco ortodoxo, por decirlo de alguna manera.

Skywalker se encogió de hombros.

—Funcionó.

—Ya lo creo —admitió Karrde—. Y de paso salvó la vida de varios de mis hombres.

Skywalker le miró sin pestañear.

—¿Significa eso que ya ha tomado su decisión?

Karrde le dedicó una leve sonrisa.

—Creo que tampoco me quedan muchas alternativas. —Miró a Solo—. Supongo que se marcharán de inmediato.

—En cuanto el caza de Luke esté preparado para remolcarlo. Lando evoluciona bien, pero necesita más cuidados médicos especializados de los que puede proporcionarle el Halcón.

—Podría haber sido peor —dijo Karrde.

Solo le dirigió una mirada significativa.

—Mucho peor —rectificó, con voz seria.

—Como todo lo demás —le recordó Karrde, algo irritado. Al fin y al cabo, no le habría costado nada entregarles a los tres a los imperiales.

Y Solo cayó en la cuenta.

—Sí —admitió—. Bien… Hasta la vista.

Karrde les vio entrar en el vehículo.

—Otra cosa —dijo, mientras se abrochaban las correas de seguridad—. Tendremos que marcharnos de aquí antes de que los imperiales averigüen lo ocurrido. Eso significa que, si queremos proceder con la máxima rapidez, hemos de dotar a las naves de la mayor capacidad de elevación posible. ¿No habrá por los alrededores algún carguero de sobra, o naves militares, que nos puedan dar?

Solo le dirigió una extraña mirada.

—Carecemos de suficiente capacidad de carga para los negocios normales de la

Nueva República. Creo que ya se lo había comentado.

—Bueno, pues un préstamo —insistió Karrde—. Con un Crucero Estelar desmantelado de Mon Calamari nos sería suficiente.

—Estoy seguro —replicó Han con algo más que sarcasmo—. Veré qué puedo hacer.

La cubierta del vehículo se cerró sobre sus cabezas. Karrde dio un paso atrás, y el vehículo subió hacia el cielo y viró hacia el bosque. Karrde lo vio alejarse, preguntándose si ya era demasiado tarde para la última sugerencia. Tal vez no. Solo era un tipo que consideraba sagradas las deudas de honor, algo que se habría contagiado, en el curso del tiempo, de su amigo wookie. Si encontraba un Crucero Estelar de sobra, lo enviaría.

Y una vez en Myrkr, sería fácil robarlo a los enviados de Solo. Quizá un regalo semejante ayudaría a mitigar la inevitable irritación del almirante Thrawn por lo sucedido.

Aunque tal vez no.

Karrde contempló de nuevo las ruinas del arco derrumbado, y un escalofrío recorrió su espalda. No, una nave de guerra no serviría de nada. En este caso, no. Thrawn había sufrido una pérdida demasiado grande para considerarla un simple revés ocasional. Volvería…, y sediento de sangre.

Karrde, tal vez por primera vez en su vida, experimentó la desagradable sensación de un auténtico temor.

A lo lejos, el vehículo aéreo desapareció sobre el bosque. Karrde se volvió y dedicó una última y nostálgica mirada a Hyllyard City. De una forma u otra, sabía que no volvería a verla jamás.

Luke acomodó a Lando en una litera del Halcón, mientras Han y dos hombres de Karrde salían al exterior para sujetar un cable al caza. El botiquín del Halcón era muy rudimentario, pero bastaba para limpiar y vendar una quemadura de desintegrador. Para realizar una cura completa deberían esperar hasta llegar a un depósito de bacta, pero por el momento no hacía falta nada más. Dejó a Erredós y Cetrespeó para que le cuidaran (pese a sus protestas de que no necesitaba que nadie le cuidara y, además, de que estaba hasta la coronilla de Cetrespeó), y volvió a la cabina, justo cuando la nave despegaba.

—¿Algún problema con el cable de remolque? —preguntó, mientras se deslizaba en el asiento del copiloto.

—Hasta el momento, no —contestó Han. Se inclinó hacia adelante y miró a su alrededor—. En cualquier caso, el peso extra no nos va a estorbar. No habrá problemas.

—Bien. ¿Esperas compañía?

—Nunca se sabe.

Han dirigió al cielo una última mirada, antes de acomodarse en su asiento y disparar los retropropulsores.

—Karrde dijo que aún quedaban un par de carros y algunas bicicletas sin localizar. Una de ellas pensó que una carrera suicida era mejor que volver y presentar el informe al gran almirante Thrawn.

Luke le miró fijamente.

—¿Gran almirante? —preguntó.

Han torció los labios.

—Sí. Por lo visto, es el que ahora se encarga de dirigir el espectáculo para el Imperio.

Un escalofrío recorrió la espalda de Luke.

—Creí que habíamos dado buena cuenta de todos los grandes almirantes.

—Yo también. Nos dejamos uno.

De repente, antes de que Han terminara de pronunciar la última palabra, Luke se sintió invadido por una oleada de energía y conciencia, como si acabara de despertar de un sueño profundo, salido a la luz tras estar en una habitación a oscuras, o comprendido de repente el universo.

La Fuerza le acompañaba de nuevo.

Respiró hondo y examinó el altímetro. Algo por encima de los doce kilómetros. Karrde tenía razón. Los ysalamiri se reforzaban mutuamente.

—Supongo que no sabrás el nombre —murmuró.

—Karrde no me lo dijo. —Han miró con curiosidad a Luke—. Quizá podamos negociar con ese Crucero Estelar que desea. ¿Te encuentras bien?

—Sí… Es como…, como ver de nuevo después de haber perdido la vista.

Han resopló.

—Sí, sé a qué te refieres —dijo con ironía.

—Eso suponía. Aún no he tenido oportunidad de decírtelo…, pero gracias por acudir en mi rescate.

Han desechó la frase con un ademán.

—De nada. Y yo tampoco te lo pude decir antes —miró a Luke de nuevo—, pero tienes un aspecto deplorable.

—Mi maravilloso disfraz —suspiró Luke, y tocó su cara con cuidado—. Mara me aseguró que se bajaría dentro de unas horas.

—Sí, Mara. Daba la impresión de que os lo estabais pasando muy bien.

Luke hizo una mueca.

—Ni lo sueñes. Cuestión de tener un enemigo común, y punto. Primero el bosque, después los imperiales.

Intuyó que Han buscaba la manera de formularle la siguiente pregunta, y decidió

ahorrarle el trabajo.

—Quiere matarme —dijo.

—¿Tienes idea de por qué?

Luke abrió la boca y, ante su sorpresa, la cerró de nuevo. No había motivos para ocultar a Han lo que sabía sobre el pasado de Mara, ninguno que le viniera a la cabeza, pero experimentó cierta reticencia a revelarlo.

—Es algo personal —dijo por fin.

Han le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Algo personal? ¿Cómo puede ser personal el ansia de matar?

—No es ansia de matar —insistió Luke—. Es algo…, bueno, personal.

Han le observó un momento más, y después se concentró en pilotar el vehículo.

—Oh —fue su único comentario.

El Halcón se alejaba de la atmósfera y se dirigía hacia el espacio. Desde esa altitud, decidió Luke, el bosque parecía muy agradable.

—Aún no sé cómo se llama el planeta —comentó.

—Se llama Myrkr —dijo Han—. Y lo descubrí esta mañana. Creo que Karrde ya había decidido abandonarlo, incluso antes de la batalla. Lo rodeaba un sistema de seguridad impresionante, cuando Lando y yo llegamos.

Pocos minutos después, una luz destelló en el tablero de control: el Halcón se había alejado lo suficiente de la gravedad de Myrkr para poner en marcha los hiperpropulsores.

—Estupendo —cabeceó Han—. El curso ya está programado; salgamos de aquí.

Tiró de las palancas centrales y entraron en el hiperespacio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Luke, cuando las estelas de estrellas dieron paso al típico cielo moteado—. ¿A Coruscant?

—Primero, nos desviaremos un poco. Quiero pasar por el arsenal de Sluis Van, para que reparen a Lando y tu caza.

Luke le miró de reojo.

—¿Y para encontrar el Crucero Estelar que le prestarás a Karrde, tal vez?

—Tal vez —dijo Han, un poco a la defensiva—. En este momento, Ackbar ya se ha encargado de que varias naves de guerra desmanteladas transporten cargamentos al sector de Sluis. Nada nos impide tomar prestada una durante un par de días, ¿verdad?

—Es probable —admitió Luke con un suspiro. Era fantástico estar sentado sin hacer nada—. Supongo que Coruscant podrá pasar sin nosotros unos cuantos días más.

—Eso espero —dijo Han, con voz sombría—, pero algo está a punto de pasar. Si es que no ha pasado ya.

Tenía negros presentimientos.

—En ese caso, quizá deberíamos olvidarnos de Sluis Van —sugirió Luke, asaltado por un escalofrío—. Lando está herido, pero no corre ningún peligro.

Han meneó la cabeza.

—No, quiero que cuiden bien de él…, y tú, amiguito, también necesitas un poco de descanso —añadió—. Sólo quería que supieras que, cuando lleguemos a Coruscant, nos espera una buena, de modo que disfruta de Sluis Van mientras puedas. Será la última oportunidad que tengas de descansar y no preocuparte de nada durante mucho tiempo.

En la negrura del espacio, a menos de un año luz de distancia de Sluis Van, las fuerzas de choque se agruparon para la batalla.

—El Justiciero acaba de integrarse, capitán —dijo el oficial de comunicaciones a Pellaeon—. Confirma que está dispuesto para el combate y solicita órdenes.

—Informe al capitán Brandei de que no se han producido cambios —contestó Pellaeon, de pie ante la portilla de estribor.

Contempló las sombras borrosas agrupadas alrededor del Quimera. Sólo se podían identificar las más cercanas por sus luces. Era una fuerza de choque impresionante, comparable a las de los viejos tiempos: cinco Destructores Estelares imperiales, doce cruceros de clase Strike, veintidós cruceros ligeros de clase Carrack y treinta escuadrones de cazas TIE, dispuestos en sus hangares.

Y en medio de aquel terrorífico despliegue de fuerza, como si alguien hubiera querido gastar una broma, se encontraba el viejo y destartalado carguero de clase A.

La clave de toda la operación.

—¿Situación, capitán? —sonó la voz de Thrawn detrás de él.

Pellaeon se volvió hacia el gran almirante.

—Todas las naves en sus puestos, señor. El escudo protector del carguero ha sido verificado y preparado; los cazas TIE están a punto. Creo que todo está bajo control.

Thrawn cabeceó. Sus ojos brillantes examinaron la extensión de luces que les rodeaban.

—Excelente —murmuró—. ¿Alguna noticia de Myrkr?

La pregunta cogió desprevenido a Pellaeon. Hacía días que no pensaba en Myrkr.

—No lo sé, almirante —confesó, desviando la vista hacia el oficial de comunicaciones—. Teniente, ¿cuál es el último informe de las fuerzas destacadas en Myrkr?

El otro ya lo estaba comprobando.

—Fue un informe de rutina, señor, transmitido hace… catorce horas y diez minutos.

Thrawn se volvió hacia el hombre.

—¿Catorce horas? —repitió, en voz muy baja y ominosa—. Di órdenes

específicas de que informaran cada doce horas.

—Sí, almirante —dijo el oficial, algo nervioso—. Tengo la orden incluida en el menú. Habrán…

Se interrumpió y dirigió una mirada de impotencia a Pellaeon.

«Se habrán olvidado de transmitir la información», fue la primera y esperanzada reacción de Pellaeon, pero se desvaneció en seguida. Los milicianos no se olvidaban de esas cosas. Nunca.

—Quizá tengan problemas con su transmisor —sugirió, vacilante. Thrawn guardó silencio durante varios segundos.

—No —dijo por fin—. Han sido capturados. Era verdad que Skywalker se encontraba en el planeta.

Pellaeon titubeó y meneó la cabeza.

—No puedo creerlo, señor. Skywalker no pudo capturarlos a todos, porque los ysalamiri bloqueaban sus poderes Jedi.

Thrawn volvió sus ojos centelleantes hacia el capitán.

—Estoy de acuerdo —concedió—. Es evidente que alguien le ayudó.

Pellaeon se obligó a sostener aquella mirada.

—¿Karrde?

—¿Y quién, si no? —replicó Thrawn—. Pese a sus declaraciones de neutralidad.

Pellaeon lanzó un vistazo al tablero de control.

—Quizá deberíamos enviar a alguien para investigar. Podríamos desprendernos del Crucero Strike, incluso del Halcón de la Tormenta.

Thrawn respiró hondo y dejó escapar lentamente el aire.

—No —dijo, con voz firme y controlada de nuevo—. La operación Sluis Van es nuestra principal preocupación en este momento, y hay batallas que se han perdido por culpa de la presencia o ausencia de una sola nave. Nos encargaremos más adelante de Karrde y de su traición.

Se volvió hacia el oficial de comunicaciones.

—Llame al carguero y diga que activen el escudo protector —ordenó.

—Sí, señor.

Thrawn miró por la portilla de nuevo. El carguero, bañado por las luces del Quimera, tenía un aspecto de lo más inofensivo.

—Escudo protector conectado, almirante —informó el oficial de comunicaciones.

Thrawn cabeceó.

—Ordene que procedan.

—Sí, señor.

El carguero, a una velocidad bastante lenta, se alejó del Quimera, viró hacia el lejano sol del sistema Sluis Van y, con un destello, pasó a la velocidad de la luz.

—Anotar tiempo —ordenó Thrawn.

—Tiempo anotado —informó un oficial de puente.

Thrawn miró a Pellaeon.

—¿Está mi nave insignia preparada, capitán? —recitó la pregunta oficial.

Pellaeon recitó la respuesta oficial.

—El Quimera está a sus órdenes, almirante.

—Bien. Seguiremos al carguero dentro de seis horas y veinte minutos, exactamente. Quiero una comprobación final de todas las naves, y quiero que les recuerde por última vez que nuestra tarea consiste en destruir las defensas del sistema. No se cometerán heroicidades ni imprudencias. Subraye ese detalle, capitán. Hemos venido a apoderarnos de naves, no a perderlas.

—Sí, señor.

Pellaeon se encaminó hacia su puesto de mando.

—Capitán…

—¿Sí, almirante?

Una tensa sonrisa apareció en el rostro de Thrawn.

—Recuérdeles también —añadió con suavidad— que nuestra victoria definitiva sobre la Rebelión empieza aquí.

CAPÍTULO 31

El capitán Afyon, de la fragata de escolta Larkhess, meneó la cabeza con poco disimulado desprecio y fulminó con la mirada a Wedge desde su asiento de piloto.

—Ustedes y sus condenados cazas X —gruñó—. La han cagado, ¿sabe?

Wedge se encogió de hombros y procuró con todas sus fuerzas no ofenderse. No fue fácil, pero había perdido mucha práctica durante los últimos días. Afyon había salido de Coruscant con un resentimiento brutal, y no había parado de alimentarlo desde entonces.

No era difícil saber por qué, si se tomaba la molestia de contemplar por la portilla la confusa masa de naves que abarrotaban la zona del muelle orbital de Sluis Van.

—Sí, bueno, nosotros también estamos atrapados aquí —recordó al capitán.

El otro resopló.

—Sí. Qué enorme sacrificio. Se tumban a la bartola en mi nave durante un par de días, como vagos rematados, después se largan dos horas mientras yo intento esquivar cargueros y meter este trasto en una zona de atraque destinada a recogedores de basura, y luego vuelven a holgazanear de nuevo. Yo diría que no es la forma más digna de ganarse su paga.

Wedge se mordió la lengua y agitó su taza de té con cierta brusquedad. Se consideraba de mal gusto replicar a oficiales de mayor antigüedad, aunque su mejor momento hubiera pasado ya. Por primera vez desde que le habían conferido el mando del escuadrón Pícaro, lamentó haber desdeñado los otros ascensos que le habían ofrecido. Una jerarquía más elevada le habría dado derecho a protestar un poco.

Levantó la taza de té para beber y contempló por la portilla la escena que se desarrollaba a su alrededor. No, se corrigió; no lamentaba haberse quedado con su caza. De lo contrario, tal vez se encontraría ahora en el mismo aprieto que Afyon, intentar dirigir con tan sólo quince hombres una nave con capacidad para novecientos veinte tripulantes, y transportar cargamento en una nave destinada a la guerra.

Y tener que soportar a pilotos jactanciosos de cazas X, que se sentaban en el puente a beber té y proclamaban, con perfecta justificación, que estaban haciendo exactamente lo que se les había ordenado.

Ocultó una sonrisa detrás de la taza. Sí, él también estaría hecho una furia, de ocupar el lugar de Afyon. Quizá debería permitirle que se desahogara y liberara el exceso de nerviosismo acumulado. En algún momento, incluso dentro de la hora

siguiente, si la última estimación de control de Sluis era cierta, cuando el Larkhess pudiera por fin salir de aquí y dirigirse a Bpfassh. Sería estupendo, cuando llegara ese momento, que Afyon se hubiera calmado lo bastante para ocuparse de la nave.

Wedge tomó otro sorbo de té y miró por la portilla. Un par de naves de pasajeros remozadas partían hacia la libertad, acompañadas de cuatro corbetas corellianas. A lo lejos, gracias a la débil luz de las boyas que señalizaban las pistas espaciales, se veía algo parecido a uno de los transportes ovales que solía escoltar durante la guerra, seguido por un par de cazas B.

Y a un lado, paralelo a su vector de salida, se aproximaba un carguero de tipo A.

Sin la menor escolta.

Wedge lo siguió con la mirada, pero su sonrisa se desvaneció cuando sus viejos instintos de combate se despertaron. Giró en redondo en su asiento y tecleó en la consola, poniendo en marcha un sensor analizador.

Parecía inofensivo. Un antiguo bombardero, una copia del diseño corelliano original Acción IV, con el tipo de casco resultante de una vida de trabajo honrada, o bien de una breve carrera de pirata, espectacularmente fallida. Su bodega de carga estaba vacía por completo, y no había emplazamientos de armas que los sensores del Larkhess detectaran.

Un carguero completamente vacío. ¿Cuánto tiempo hacía que no se topaba con un carguero vacío?, se preguntó con inquietud.

—¿Problemas?

Wedge miró al capitán con cierta sorpresa. La ira frustrada del hombre había dado paso a un estado de ánimo sereno, alerta, dispuesto para la batalla. Tal vez Afyon no estaba tan acabado, después de todo, pensó Wedge.

—Ese carguero que llega —dijo al capitán, mientras dejaba la taza sobre el borde de la consola y buscaba un canal de comunicación—. Hay algo extraño en él.

El capitán miró por la portilla, y luego los datos del sensor recibidos por Wedge.

—Yo no veo nada —dijo.

—Yo tampoco —tuvo que admitir Wedge—, pero hay algo que… Maldita sea.

—¿Qué pasa?

—Control no me deja entrar. Dicen que ya hay demasiado tráfico en los circuitos.

—Permítame.

Afyon se volvió hacia su consola. El carguero había cambiado de curso, la clásica maniobra lenta y cautelosa que indicaba ir cargado hasta los topes. Pero seguía sin registrarse nada en la bodega de carga…

—Ya está —dijo Afyon, y miró a Wedge con sombría satisfacción—. Me he introducido en su ordenador. Un pequeño truco que no se aprende holgazaneando en un caza X. Veamos… Carguero Nartissteu, de Nellac Kram. Fue asaltado por los piratas, su principal propulsor resultó averiado en la batalla, y tuvieron que arrojar su

carga para alejarse. Confían en realizar algunas operaciones. Control les ha dicho que se pongan a la cola.

—Pensaba que esas naves de socorro ocupaban, más o menos, todo el sitio —murmuró Wedge.

—En teoría. En la práctica… Bien, es fácil convencer a los sluissi de que se salten esa regla. Basta con saber cómo formular la solicitud.

Wedge asintió, a regañadientes. Todo parecía razonable, supuso, y una nave averiada y vacía podía ocupar el lugar de una intacta y llena. Y el carguero estaba vacío; así lo indicaban los sensores del Larkhess. Pero su presentimiento no cedía.

De repente, extrajo el comunicador de su cinturón.

—Escuadrón Pícaro, aquí Jefe Pícaro —dijo—. Todo el mundo a sus naves.

Tras recibir la confirmación, levantó la vista. Afyon le miraba fijamente.

—¿Aún sospecha algo turbio? —preguntó.

Wedge hizo una mueca y dirigió una última mirada al carguero.

—Tal vez no, pero estar preparados no nos perjudicará. Además, no puedo permitir que mis pilotos se pasen el día ganduleando y bebiendo té.

Salió del puente a paso rápido.

Los otros once miembros del escuadrón Pícaro ya estaban en sus cazas cuando llegó al muelle de atraque del Larkhess. Tres minutos después, despegaron.

Wedge comprobó que el carguero no había avanzado mucho, cuando pasaron sobre el casco del Larkhess y adoptaron formación de patrulla. Sin embargo, se había desplazado de lado a una considerable distancia, lejos del Larkhess y en dirección a un par de Cruceros Estelares calamari que orbitaban a unos kilómetros del carguero.

—Desplegaos —ordenó Wedge a sus pilotos—. Pasaremos cerca y echaremos una ojeada, como quien no quiere la cosa.

Los demás asintieron. Wedge contempló su pantalla de navegación, realizó un pequeño ajuste en la velocidad, levantó la vista de nuevo…

Y entonces se desencadenó el infierno.

El carguero estalló. De improviso, sin el menor aviso de los sensores, sin la menor indicación de la observación visual previa. Se partió en mil pedazos.

Wedge lanzó la mano instintivamente hacia el control de comunicaciones.

—¡Emergencia! —ladró—. Explosión de una nave cerca del muelle orbital V-475. Envíen equipo de rescate.

Por un instante, mientras fragmentos de la bodega de carga salían despedidos, vio su interior vacío…, y al mismo tiempo, sus ojos y su cerebro registraron el peculiar hecho de que podía ver el interior de la bodega de carga que se desintegraba, pero no más allá…

De pronto, la bodega ya no estuvo vacía.

Un piloto lanzó una exclamación ahogada. Había una masa compacta que llenaba

por completo aquel espacio en donde los sensores del Larkhess no habían leído nada. Una masa que se estaba proyectando hacia fuera, como un avispero, detrás de los fragmentos de la bodega.

Una masa que, al cabo de escasos segundos, se resolvió en una oleada de bombarderos TIE.

—¡Alto! —gritó Wedge a su escuadrón, imprimiendo a su caza una curva cerrada para alejarse del mortífero enjambre—. Media vuelta y formad de nuevo. Posición de ataque.

Mientras daban la vuelta supo, con una sensación de desastre inminente, que el capitán Afyon se había equivocado. Hoy, el escuadrón Pícaro iba a ganarse la paga.

La batalla por Sluis Van había empezado.

Habían sobrepasado la red defensiva exterior del sistema y los agobios burocráticos del control, cuando llegó la llamada de emergencia.

—¡Luke! —gritó Han—. Una nave ha estallado. Voy a verificarlo.

Examinó el mapa de los muelles orbitales para localizar el V-475 y giró un poco la nave para situarse en el vector deseado.

Y saltó en su asiento cuando un rayo láser alcanzó al Halcón por detrás.

Lanzó la nave hacia adelante antes de que un segundo rayo pasara rozando la cabina. Oyó los gritos de Luke por encima del rugido de los motores, y cuando el tercer rayo pasó de largo, tuvo por fin la oportunidad de echar un vistazo a los sensores de popa y averiguar qué ocurría.

Casi deseó no haberlo hecho. Justo detrás de ellos, con las baterías disparando contra una estación de batalla periférica de Sluis Van, había un Destructor Estelar.

Profirió una blasfemia y forzó un poco más los motores. Luke se dejó caer en el asiento del copiloto.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Hemos caído en medio de un ataque imperial —gruñó Han, los ojos clavados en las lecturas—. Tenemos un Destructor Estelar detrás de nosotros, y otro a estribor. Parece que les acompañan otras naves.

—Han acorralado al sistema —dijo Luke, con voz fría y serena, tan distinto, pensó Han, de aquel crío aterrado que había rescatado en Tatooine del fuego del Destructor Estelar, tantos años atrás—. Calculo cinco Destructores Estelares y otras veinte naves de menor tamaño.

Han rezongó.

—Al menos, ya sabemos por qué atacaron Bpfassh y los otros planetas. Querían que muchas naves se concentraran aquí, para lanzar un ataque que valiera la pena.

Apenas habían salido las palabras de su boca, cuando el canal de comunicaciones de emergencia cobró vida de nuevo.

—¡Emergencia! Cazas TIE imperiales en la zona de los muelles orbitales. ¡Todas las naves a sus estaciones de combate!

Luke se sobresaltó.

—Parecía Wedge —dijo, y localizó la transmisión—. ¿Eres tú, Wedge?

—¿Luke? —contestó el otro—. Tenemos problemas: cuarenta cazas TIE, como mínimo, y unos cincuenta aparatos en forma de cono truncado que no había visto en mi vida…

Se interrumpió cuando se oyó un chirrido del timón por el altavoz.

—Confío en que hayáis traído un par de escuadrillas de cazas —dijo—. Las vamos a pasar canutas.

Luke miró a Han.

—Temo que sólo somos Han, yo y el Halcón, pero ya vamos.

—Daos prisa.

Luke cortó la comunicación.

—¿Hay alguna manera de que suba a mi caza? —preguntó.

—No hay tiempo. —Han meneó la cabeza—. Tendremos que dejarlo aquí y seguir sin él.

Luke asintió y saltó del asiento.

—Voy a comprobar que Lando y los androides estén bien sujetos, y luego iré a la cañonera.

—Ve a la de arriba de todo —gritó Han.

Los escudos protectores superiores recibían más energía en este momento, y Luke estaría mejor protegido.

Si era posible protegerse de cuarenta cazas TIE y cincuenta conos truncados voladores.

Frunció el ceño, cuando una extraña idea cruzó por su mente. Pero no. No podían ser los topos robados a Lando. Ni siquiera un gran almirante estaría lo bastante loco para utilizar algo como aquello en una batalla.

Proporcionó más energía a las pantallas delanteras, respiró hondo y continuó adelante.

—Que todas las naves inicien el ataque —ordenó Pellaeon.

Recibió la confirmación y se volvió hacia Thrawn.

—Todas las naves han empezado el combate, señor —anunció.

Pero el gran almirante no dio señales de oírle. Se hallaba en pie ante la portilla, contemplando las naves de la Nueva República que se disponían a atacarles, las manos enlazadas a la espalda.

—¿Almirante? —preguntó Pellaeon con cautela.

—Eran ellos, capitán —dijo Thrawn, con voz inexpresiva—. Esa nave justo

enfrente. Era el Halcón Milenario. Y remolcaba a un caza X.

Pellaeon forzó la vista. La estela de un motor era apenas visible entre los rayos láser que surcaban el campo de batalla, y además se encontraba lejos de la zona de combate, cada vez más. En cuanto al diseño del vehículo, y a su identidad…

—Sí, señor —dijo en tono neutro—. Jefe Capa informa de un inicio triunfal. La sección de comandos del carguero se aleja hacia la periferia. Vehículos de escolta y un escuadrón de cazas X oponen cierta resistencia, pero hasta el momento la respuesta general ha sido débil y dispersa.

Thrawn respiró hondo y se volvió.

—La situación cambiará —dijo a Pellaeon, controlado de nuevo—. Recuérdele que no tiente en exceso a su suerte, ni dilapide demasiado tiempo en elegir sus blancos. Y también, que los topos de los milicianos han de concentrarse en los Cruceros Estelares calamari. Son los que llevarán más defensores a bordo. —Los ojos rojos centellearon—. Infórmele de que el Halcón Milenario se aproxima.

—Sí, señor —contestó Pellaeon. Miró por la portilla hacia la nave que se alejaba. ¿Remolcaba a un caza?—. ¿No pensará…? ¿Skywalker?

La expresión de Thrawn se endureció.

—Pronto lo sabremos —dijo en voz baja—. Si es así, Talon Karrde tendrá que responder a muchas preguntas. Muchísimas.

—Atención, Pícaro Cinco —advirtió Wedge, cuando un rayo láser procedente de atrás lamió el ala de un caza—. Nos pisan los talones.

—Ya me he dado cuenta. ¿Preparado?

—Cuando quieras —confirmó Wedge, mientras un segundo rayo pasaba de largo.

Delante, un Crucero Estelar calamari se alejaba de la zona de combate. Una perfecta tapadera para este tipo de maniobra. Pícaro Cinco y él se zambulleron al mismo tiempo bajo la nave.

—¡Ahora!

Se desvió hacia la derecha. Pícaro Cinco lo hizo hacia la izquierda. El caza TIE perseguidor vaciló entre sus diversos blancos una fracción de segundo, y cuando giró para seguir a Wedge, Pícaro Cinco lo pulverizó.

—Buen disparo —dijo Wedge, mientras inspeccionaba la zona. Daba la impresión de que había cazas TIE por todas partes, pero de momento, ninguno se encontraba lo bastante cerca para causar problemas.

Cinco también se había dado cuenta.

—Parece que estamos fuera de peligro, Jefe Pícaro —dijo.

—Eso es fácil de arreglar —replicó Wedge.

Aún se encontraba debajo del Crucero Estelar que utilizaban como protección. Ascendió, lo rodeó y regresó hacia el escenario de la batalla.

Volaba junto al Crucero Estelar, cuando reparó en el pequeño aparato en forma de cono pegado al casco de la nave.

Cuando pasó, estiró el cuello para verlo mejor. Era uno de los diminutos vehículos que acompañaban a los cazas TIE, apretado contra el Crucero Estelar como si estuviera soldado.

Se desarrollaba una batalla en las cercanías, una batalla en que sus hombres estaban combatiendo y, tal vez, muriendo, pero algo le decía que esto era importante.

—Espera un momento —dijo a Cinco—. Voy a echar un vistazo.

El impulso le había conducido hasta la proa del Crucero Estelar. Describió una curva por delante de la nave…

Y de repente, un rayo láser incendió la cubierta de la cabina, y el caza se agitó como un animal asustado.

El Crucero Estelar le había disparado.

Oyó que Cinco gritaba algo.

—Quédate atrás —replicó Wedge, notando un brusco descenso de energía. Echó un rápido vistazo a sus pantallas—. Me ha dado, pero no es grave.

—¡Te han disparado!

—Sí, lo sé.

Con el escaso control que le quedaba, Wedge intentó realizar una maniobra evasiva. Por suerte, los sistemas empezaron a recuperarse cuando su unidad R2 se encargó de volver a programar la ruta. De propina, el Crucero Estelar no parecía inclinado a seguir disparando.

Pero ¿por qué había disparado?

A menos que…

Su R2 estaba demasiado ocupado en la reprogramación del curso para preocuparse por otras cosas.

—Pícaro Cinco, necesito un análisis rápido —pidió—. ¿Dónde está el resto de esos conos?

—Espera, voy a mirarlo —contestó el otro—. La pantalla muestra… No localizo más que a quince. El más próximo está a diez kilómetros de distancia.

Wedge sintió un nudo en el estómago. Quince, de los cincuenta que había visto en aquel carguero con los cazas TIE. ¿Dónde estaban los demás?

—Vamos a echar una ojeada —dijo, y adoptó un vector de interceptación.

Vio que el cono se dirigía hacia otra fragata de escolta como el Larkhess, mientras cuatro cazas TIE procedían a ayudarle. Tampoco hacía falta mucha ayuda. Si la fragata contaba con tan pocos hombres como el Larkhess, tenía muy pocas posibilidades de repeler el ataque.

—Vamos a ver si podemos derribarlos antes de que nos localicen —dijo a Cinco, mientras acortaban distancias.

De pronto, los cuatro TIE se desplegaron. De sorpresas, nada.

—Encárgate de los dos de la derecha, Pícaro Cinco. Yo me ocuparé de los otros.

—De acuerdo.

Wedge esperó hasta el último segundo antes de disparar sobre su primer objetivo, efectuando un giro para evitar estrellarse contra el otro, que pasó por debajo. El caza se estremeció cuando recibió otro impacto. Observó que el enemigo se aprestaba a perseguirle.

Y entonces, algo pasó por delante de su aparato, vomitando rayos láser, mientras realizaba una demencial variación de lo que sería una maniobra evasiva ejecutada por un borracho. El caza TIE recibió un impacto directo y estalló en una espectacular bola de gas inflamado. Wedge terminó de dar la vuelta, justo cuando el segundo blanco de Pícaro Cinco le imitaba.

—Vía libre, Wedge —dijo una voz conocida en su oído—. ¿Algún daño?

—Estoy bien, Luke —le tranquilizó Wedge—. Gracias.

—Allí está —interrumpió la voz de Han—. Cerca de la fragata. Es uno de los topos de Lando, no cabe duda.

—Ya lo veo —respondió Luke—. ¿Qué hace aquí?

—Vi a uno pegado al Crucero Estelar de allí atrás —dijo Wedge, mientras retrocedía hacia la fragata—. Parece que éste intenta hacer lo mismo. No sé por qué.

—Haga lo que haga hay que detenerlo —dijo Han.

—Muy bien.

Wedge comprendió que la carrera iba a ser muy reñida, pero que el topo iba a ganarla. Ya había girado su base hacia la fragata, y empezaba a apretarse contra el casco.

Y justo antes de que el hueco se cerrara por completo, distinguió una luz muy brillante.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Luke.

—No lo sé —dijo Wedge, todavía deslumbrado—. Parecía demasiado brillante para ser un rayo láser.

—Ha sido un chorro de plasma —gruñó Han, cuando el Halcón pasó a su lado—. Justo sobre la escotilla de emergencia del puente. Para eso querían los topos. Los utilizan para perforar los cascos.

Se interrumpió y lanzó una blasfemia.

—Luke, hay que retroceder. No han venido a destruir la flota; han venido para robarla.

Luke contempló durante un largo momento la fragata, y después, las piezas del rompecabezas se ajustaron. Los topos, las naves poco defendidas y poco tripuladas que la Nueva República se había visto obligada a transformar en cargueros, la flota

imperial, que parecía muy poco inclinada a abrirse paso entre los sistemas defensivos…

Y un Crucero Estelar de la Nueva República, con un topo plantado en su costado, que acababa de disparar contra un caza X.

Sólo tardó un momento en escudriñar el cielo. Naves de guerra, que avanzaban con engañosa lentitud entre la refriega, empezaban a acercarse.

—Hemos de detenerles —dijo a los demás.

—Gran idea —repuso Han—. ¿Cómo?

—¿Hay alguna posibilidad de subir a bordo? —preguntó—. Lando dijo que los topos eran naves con capacidad para dos hombres. Los imperiales no habrán podido amontonar más de cuatro o cinco milicianos en cada una.

—A juzgar por la forma en que se mueven esas naves de guerra, cuatro milicianos serán más que suficientes —indicó Wedge.

—Sí, pero podría derribarles —dijo Luke.

—¿A los cincuenta? —replicó Han—. Además, tendrás que abrir una escotilla al vacío, y todos los tabiques de presión de la nave se cerrarán. Tardarás una eternidad en llegar al puente.

Luke apretó los dientes; Han tenía razón.

—Entonces, tendremos que incapacitarlos. Averiar sus motores, los sistemas de control, lo que sea. Si salen del perímetro y se acercan a aquellos Destructores Estelares, nunca volveremos a verlos.

—Ya lo creo que volveremos a verlos —gruñó Han—. Apuntando directamente a nosotros. Tienes razón, incapacitar a cuantos podamos es nuestra única posibilidad. De todas formas, no podremos detener a los cincuenta.

—No es necesario detener a los cincuenta, al menos de momento —indicó Wedge —. Aún quedan doce topos sin pegarse a las naves.

—Bien. Primero, los despegaremos —dijo Han—. ¿Ya tienes los vectores?

—El ordenador está en ello.

—Muy bien. Allá vamos. —El Halcón giró en redondo y se desvió en otra dirección—. Luke, ponte al comunicador y cuenta al control de Sluis lo que está ocurriendo. Que no salga ninguna nave de la zona de los muelles orbitales.

—De acuerdo.

Luke conectó los canales del comunicador y, en ese momento, captó un leve cambio de humor en la cabina del Halcón.

—¿Estás bien, Han?

—¿Um? Claro. ¿Por qué?

—No lo sé. He notado un cambio en ti.

—Me rondaba una idea por la cabeza, pero la he perdido. Anda, haz esa llamada. Quiero que estés de vuelta en el redil cuando lleguemos.

La llamada al control de Sluis terminó mucho antes de que alcanzaran al topo elegido.

—Nos dan las gracias por la información —comunicó Luke a los demás—, pero dicen que en este momento no pueden enviarnos ninguna ayuda.

—No me extraña —admitió Han—. De acuerdo, veo a dos cazas TIE que lo escoltan. Wedge, tú y Pícaro Cinco os encargaréis de ellos, mientras Luke y yo volamos el topo.

—Muy bien —confirmó Wedge.

Los dos cazas dejaron atrás al Halcón y se desviaron en direcciones opuestas cuando los TIE rompieron la formación y se prepararon para hacer frente al ataque.

—Luke, intenta inutilizarlo en lugar de desintegrarlo —sugirió Han—. Me gustaría saber cuánta gente hay dentro.

—De acuerdo.

Luke tenía el topo a la vista. Ajustó el nivel de energía y disparó. El cono truncado destelló cuando el núcleo metálico del proyectil se convirtió en gas llameante. El resto de la nave parecía intacta, y Luke se disponía a disparar un segundo proyectil cuando la escotilla de la parte superior se abrió de repente.

Y surgió una silueta monstruosa, parecida a un robot.

—¿Qué…?

—Es un miliciano —explicó Han—. Un miliciano con un traje blindado para moverse en gravedad cero. Espera.

Giró en redondo el Halcón, lejos del miliciano, pero no antes de que surgiera un destello de una protuberancia situada sobre la mochila del enemigo. La parte del casco que rodeaba a Luke sufrió una tremenda conmoción. Han imprimió otro giro a la nave, bloqueando la visión de Luke, cuando notaron otra sacudida.

Empezaron a alejarse, pero con agonizante lentitud. Luke tragó saliva, y se preguntó qué daños habrían sufrido.

—Han, Luke, ¿estáis bien? —llamó la voz de Wedge, en tono angustiado.

—Sí, por ahora —contestó Han—. ¿Tenéis a los cazas TIE?

—Sí, pero creo que el topo sigue debajo.

—Bien, pues desintégralo. Nada de miramientos; vuélalo en pedazos, pero vigila a ese miliciano. Utiliza minitorpedos de protones, o algo por el estilo. Estoy intentando apartarlo de la nave, pero no sé si morderá el anzuelo.

—No —dijo Wedge, malhumorado—. Sigue encima del topo. Se dirigen hacia una nave de pasajeros; da la impresión de que van a alcanzarla.

Han blasfemó.

—Aún deben de quedar varios milicianos. Muy bien, tendrá que ser por las malas. Cógete fuerte, Luke: vamos a precipitarnos sobre él.

—¿Qué?

El rugido de los motores ahogó las palabras de Luke, cuando el Halcón se lanzó hacia adelante y luego ejecutó un brusco viraje. El topo y el miliciano aparecieron ante los ojos de Luke.

Wedge se había equivocado. El miliciano no se encontraba junto al topo, sino que se alejaba a toda prisa del vehículo. Las protuberancias gemelas que adornaban su mochila volvieron a escupir fuego, y los impactos de los torpedos de protones resonaron unos segundos en el casco del Halcón.

—Prepárate —gritó Han.

Luke reunió fuerzas, intentando no pensar en lo que ocurriría si un torpedo alcanzaba su cubierta; tampoco se preguntó si Han lograría deshacerse del miliciano sin estrellarse contra la nave de pasajeros que había detrás. Indiferente a los torpedos, el Halcón continuó acelerando.

Y sin previo aviso, Han efectuó un picado, colocándose por debajo de la línea de fuego del miliciano.

—¡Adelante, Wedge!

El caza de Wedge se elevó a toda velocidad, y sus cañones láser vomitaron fuego.

Y el topo estalló en mil pedazos.

—Buen disparo —dijo Han, con una nota de satisfacción en su voz, mientras pasaba por debajo de la nave de pasajeros, casi perdiendo la principal placa sensora del Halcón en la maniobra. Adiós, campeón. Que disfrutes de la batalla.

Luke comprendió por fin.

—Estaba escuchando nuestro canal —dijo—. Sólo querías obligarle a que se alejara del topo.

—Bingo. Imaginé que había interferido nuestras comunicaciones. Es una vieja costumbre de los imperiales.

Se interrumpió con brusquedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke.

—No sé. Hay algo que me sigue intrigando, pero no sé bien qué es. Da igual. Nuestro aguerrido miliciano no nos dará más problemas. Vamos a cargarnos algunos topos más.

Menos mal, pensó Pellaeon, que sólo habían venido para maniatar al enemigo. Los sluissi y sus aliados de la Nueva República estaban oponiendo una resistencia terrible.

En una pantalla, una sección del esquema de escudos protectores pasó a rojo.

—Eleven de nuevo ese escudo de estribor —ordenó, mientras echaba un vistazo al cielo en esa dirección. Vio media docena de naves de guerra, que disparaban como posesas, con una estación de batalla detrás de ellas. Si sus sensores captaban que los escudos de estribor empezaban a funcionar…

—Turboláseres de estribor, concentren todo el fuego sobre la fragata de asalto situada en treinta y dos punto cuarenta —dijo Thrawn con calma—. Concéntrense únicamente en el lado de estribor.

Los cañones del Quimera respondieron con una descarga cerrada de rayos láser. La fragata de asalto intentó alejarse, pero mientras daba la vuelta, todo su lado de estribor pareció convertirse en metal vaporizado. Las armas de aquella sección, que no habían cesado de disparar, enmudecieron de repente.

—Excelente —dijo Thrawn—. Haces de arrastre de estribor, acerquen esa fragata. Procuren mantenerla entre los escudos averiados y el enemigo. No se olviden de que el lado de estribor ha de estar de cara a nosotros. Es posible que en la parte de babor todavía haya armas en buen estado y tripulantes que la utilicen.

La fragata de asalto, bien a su pesar, fue arrastrada hacia el Quimera. Pellaeon devolvió su atención a la batalla. Estaba seguro de que los encargados del haz de arrastre realizarían un trabajo impecable; de un tiempo a esta parte, habían demostrado un considerable aumento de eficacia y competencia.

—Escuadrón Cuatro TIE, sigan a ese grupo de cazas B —ordenó—. Cañones de iones de babor, mantengan la presión sobre centro de mando. —Miró a Thrawn—. ¿Alguna orden específica, almirante?

Thrawn sacudió la cabeza.

—No, la batalla parece progresar tal como se había planeado. —Clavó sus ojos brillantes en Pellaeon—. ¿Alguna noticia de Jefe Capa?

Pellaeon examinó la pantalla.

—Los cazas TIE siguen combatiendo contra las diversas naves de escolta. Cuarenta y tres topos se han acoplado con éxito a las naves elegidas. Treinta y nueve de ellos se dirigen hacia la periferia. Cuatro han encontrado resistencia interna, aunque auguran una rápida victoria.

—¿Y los otros ocho?

—Han sido destruidos, incluyendo dos de los que llevaban milicianos a bordo. Un miliciano no responde a las llamadas del comunicador; es de suponer que habrá muerto con su aparato; el otro aún continúa en activo. Jefe Capa le ha ordenado que se una al ataque contra las naves de escolta.

—Contraorden —dijo Thrawn—. Soy muy consciente de que los milicianos poseen una infinita confianza en sí mismos, pero los trajes de los milicianos no fueron ideados para luchar en el espacio. Que Jefe Capa envíe un caza TIE a buscarlo. Comuníquele que su escuadrilla empezará a retroceder hacia la periferia.

Pellaeon frunció el ceño.

—¿Quiere decir ahora, señor?

—Ahora, desde luego. —Thrawn cabeceó en dirección a la portilla—. La primera de nuestras naves nuevas llegará dentro de quince minutos. En cuanto lo hayan hecho

todas, la fuerza de choque se retirará.

—Pero…

—Las fuerzas rebeldes situadas dentro del perímetro ya no nos interesan, capitán —dijo Thrawn, con serena satisfacción—. Las naves capturadas se dirigen hacia su destino. Los rebeldes no pueden hacer nada para detenerlas, con o sin protección de los cazas TIE.

Han acercó lo máximo posible el Halcón a los motores de la fragata.

—¿Ves algo? —preguntó, cuando salieron por el otro lado.

—No. Hay demasiado blindaje sobre las tuberías de refrigeración.

Han echó un vistazo al curso de la fragata y reprimió los deseos de blasfemar. Ya estaban inquietantemente cerca del perímetro de la batalla, y cada vez se aproximaban más.

—Esto no sirve de nada. Tiene que haber otra forma de apoderarse de un acorazado.

—Para eso están los demás acorazados —indicó Wedge—, pero tienes razón: esto no funciona.

Han se humedeció los labios.

—¿Sigues conectado con nosotros, Erredós? —preguntó.

Oyeron a lo lejos el pitido del androide.

—Repasa otra vez tus esquemas —ordenó Han—. A ver si encuentras otro punto débil.

Erredós emitió un pitido afirmativo, pero bastante pesimista.

—No va a encontrar nada mejor, Han —dijo Luke, confirmando las sospechas no verbalizadas de Han—. Creo que no nos queda otra elección. Tendré que subir a la parte superior y utilizar mi espada de luz.

—Eso es una locura, y tú lo sabes —gruñó Han—. Sin un traje de presión adecuado, y si se derrama sobre ti el líquido refrigerante…

—¿Por qué no utilizáis a uno de los androides? —sugirió de pronto Wedge.

—Ninguno de los dos puede hacerlo —dijo Luke—. Erredós carece de capacidades manipulativas, y no confiaría en Cetrespeó armado, sobre todo teniendo en cuenta las maniobras de alta aceleración que estamos realizando.

—Lo que necesitamos es un brazo manipulador accionado por control remoto —intervino Han—. Algo que Luke pudiera usar dentro mientras…

Se interrumpió. Una súbita inspiración le reveló lo que tanto le había perturbado desde que irrumpieron en esta loca batalla.

—Lando —llamó por el intercomunicador—. ¡Lando! Ven aquí.

—Le hemos atado —recordó Luke.

—Bueno, pues ve a desatarle y tráele aquí —replicó Han—. Ahora.

Luke no perdió el tiempo en hacer preguntas.

—Muy bien —contestó.

—¿Qué pasa? —preguntó Wedge.

Han apretó los dientes.

—Estábamos en Nkllon cuando los imperiales robaron esos topos a Lando —explicó—. Tuvimos que reprogramar nuestras comunicaciones porque las habían intervenido.

—Muy bien. ¿Y qué?

—¿Por qué las habían intervenido? —preguntó Han—. ¿Para evitar que pidiéramos ayuda? ¿A quién? Te habrás fijado en que ahora no las han intervenido.

—Me rindo —dijo Wedge, en tono de fastidio—. ¿Por qué?

—Porque lo necesitaban. Porque…

—Porque casi todos los topos de Nkllon funcionaban por control remoto de radio —dijo una voz fatigada desde atrás.

Han se volvió en redondo y vio que Lando entraba con paso lento en la cabina, pero decidido. Luke iba detrás y le sostenía por el codo.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Han.

—Todo lo que importa —dijo Lando, y se dejó caer en la silla del copiloto—. Me daría de patadas por no haberlo comprendido antes.

—Y yo también. ¿Recuerdas algún código de orden?

—La mayoría. ¿Qué te hace falta?

—No tenemos tiempo para extravagancias. —Han señaló la fragata, que ahora se encontraba debajo del Halcón—. Los topos continúan sujetos a las naves. Ponlos en marcha.

Lando le miró, sorprendido.

—¿Que los ponga en marcha?

—Ya lo has oído —confirmó Han—. Todos estarán cerca de un puente o un ala de control. Si consiguen penetrar a través de suficientes equipos y cables, todas las naves estallarán.

Lando exhaló un ruidoso suspiro y ladeó la cabeza, en un gesto familiar de reticente aceptación.

—Tú mandas —dijo, y sus dedos volaron sobre el teclado del comunicador—. Sólo espero que sepas lo que estás haciendo. ¿Preparado?

Han se armó de valor.

—Hazlo.

Lando tecleó la última parte del código, y la fragata sufrió una sacudida.

Al principio, no fue muy fuerte, pero a medida que transcurrían los segundos, resultó evidente que algo estaba ocurriendo. Los motores principales parpadearon varias veces y luego se apagaron, entre breves chisporroteos de los auxiliares. Su ruta

hacia el perímetro de la batalla experimentó diversas modificaciones, como si volara al azar, hasta casi detenerse.

Y de pronto, la parte del casco opuesta a donde estaba el topo estalló en llamas.

—¡La ha atravesado de parte a parte! —exclamó Lando.

El tono vacilaba entre el orgullo y la sorpresa ante sus habilidades. Un caza TIE, tal vez en respuesta a una llamada de socorro enviada por los milicianos que se encontraban en el interior del topo, se zambulló en el chorro de plasma supercaliente antes de que pudiera esquivarlo. Salió por el otro lado, con las placas solares en llamas, y estalló.

—Funciona —gritó Wedge, asombrado—. Mira: funciona.

Han desvió la vista de la fragata. A su alrededor, en toda la zona de los muelles orbitales, las naves que se dirigían hacia las profundidades del espacio se estremecían como animales metálicos agónicos.

De sus costados brotaban gigantescas lenguas de fuego.

Thrawn permaneció sentado en silencio un largo minuto, contemplando los datos que le proporcionaba el tablero de control, como ajeno a la batalla que se desarrollaba a su alrededor. Pellaeon contenía el aliento, esperando la inevitable explosión de orgullo herido ante la inesperada derrota. Se preguntó qué forma adoptaría aquella explosión.

De pronto el gran almirante apartó los ojos de la portilla.

—¿Ha ordenado a los cazas TIE supervivientes que regresen a nuestras naves, capitán? —preguntó con calma.

—Sí, señor —contestó Pellaeon, todavía a la espera.

Thrawn cabeceó.

—En ese caso, ordene a la fuerza de choque que empiece la retirada.

—¿La… retirada? —preguntó Pellaeon con cautela. No era la clase de orden que esperaba.

Thrawn le dirigió una leve sonrisa.

—¿Acaso esperaba que ordenara un ataque a discreción? ¿Que intentara encubrir nuestra derrota con un alarde de heroísmo falso e inútil?

—Por supuesto que no —protestó.

Pero sabía que Thrawn no ignoraba la verdad. La sonrisa del almirante persistió, pero adquirió de súbito una escalofriante frialdad.

—No hemos sido derrotados, capitán —dijo en voz baja—. Sólo hemos disminuido la velocidad un poco. Tenemos Wayland, y los tesoros guardados en el almacén del emperador. Sluis Van era un mero preliminar de la campaña, no la campaña en sí. Mientras el monte Tantiss siga en nuestro poder, nuestra victoria está asegurada.

Miró por la portilla con expresión pensativa.

—Hemos perdido esta presa en particular, capitán, pero nada más. No dilapidaré naves y hombres, intentando cambiar lo que no se puede cambiar. Surgirán muchas oportunidades de obtener las naves que necesitamos. Cumpla las órdenes.

—Sí, almirante.

Pellaeon se volvió hacia el tablero de control, con un inmenso alivio. De modo que, a fin de cuentas, no habría explosión… Comprendió, con una punzada de culpabilidad, que debería haberlo sabido desde el principio. Thrawn no era un simple soldado, como tantos a los que había servido Pellaeon, sino un auténtico guerrero, con la vista puesta en el objetivo final, y no en su gloria personal.

Dirigió una última mirada hacia la portilla y lanzó la orden de retirada. Se preguntó, una vez más, cómo habría terminado la batalla de Endor si Thrawn hubiera estado al mando.

Capítulo 32

La batalla se dio oficialmente por terminada cuando la flota imperial se retiró. Una vez se marcharon los Destructores Estelares, no hubo dudas sobre el resultado.

Los milicianos constituyeron la parte más sencilla. La mayoría ya habían muerto, cuando Lando activó los topos, rompiendo los cierres de aire de sus naves robadas y lanzándoles al vacío. Los demás fueron capturados sin demasiadas dificultades. En cuanto a los ocho restantes, cuyos trajes blindados les permitieron seguir luchando después de que sus naves fueran puestas fuera de combate, la conclusión fue muy diferente. Hicieron caso omiso de las ofertas de rendición y se desplegaron entre los arsenales, con la intención de provocar los mayores daños posibles antes de lo inevitable. Seis fueron derribados y destruidos; los otros dos acabaron autodestruyéndose, y uno consiguió averiar una corbeta de paso.

Dejó a su espalda un arsenal y un muelle orbital conmocionados, además de un gran número de naves importantes gravemente dañadas.

—No es lo que yo llamaría una victoria resonante —gruñó el capitán Afyon, inspeccionando lo que quedaba del puente del Larkhess a través de la portilla de una mampara presurizada, mientras se ajustaba con gran cautela un vendaje aplicado a su frente—. Costará un mes de trabajo volver a conectar todos los circuitos de control.

—¿Habría preferido que los imperiales se hubieran llevado todo el lote? —preguntó Han desde atrás, intentando olvidar sus confusos sentimientos acerca de lo sucedido. Sí, había funcionado, pero ¿a qué precio?

—En absoluto —replicó con calma Afyon—. Cumplieron con su deber, y lo diría igualmente aunque mi cuello no hubiera estado en peligro. Digo lo que dirán otros: que destruir esas naves para salvarlas no ha sido la solución óptima.

Han lanzó una mirada a Luke.

—Habla como el consejero Fey'lya —acusó a Afyon.

El hombre asintió.

—Exacto.

—Bueno, Fey'lya sólo tiene una voz, por fortuna —comentó Luke.

—Sí, pero muy potente —replicó Han con sorna.

—Y a la que mucha gente prestará atención —añadió Wedge—, incluyendo militares importantes.

—Encontrará una forma de utilizar este incidente para sus fines políticos —gruñó Afyon—. Ya lo verán.

La réplica de Han fue interrumpida por un chirrido procedente del intercomunicador de la pared. Afyon bajó el interruptor.

—Al habla Afyon —dijo.

—Control de comunicaciones de Sluis —dijo una voz—. Hay una llamada de Coruscant para el capitán Solo. ¿Está ahí?

—Aquí mismo —contestó Han, y se acercó al altavoz—. Adelante.

Se produjo una breve pausa, y después se oyó una voz conocida, a la que echaba mucho de menos.

—¿Han? Soy Leia.

—¡Leia! —dijo Han, sin poder reprimir una sonrisa de alegría, y muy parecida a la de un idiota, supuso—. Espera un momento —se apresuró a añadir—. ¿Qué demonios haces en Coruscant?

—Creo que me he ocupado de nuestros otros problemas —dijo, con voz tensa y algo entrecortada—. Al menos, de momento.

Han dirigió una mirada de preocupación a Luke.

—¿Crees…?

—Escucha, eso no es importante ahora —insistió la princesa—. Lo único importante es que vuelvas aquí cuanto antes.

Han notó un nudo en el estómago. Para que Leia estuviera tan perturbada…

—¿Qué ocurre?

Oyó que la mujer respiraba hondo.

—El almirante Ackbar ha sido detenido y apartado del mando. Acusado de traición.

Un pesado silencio se abatió sobre la habitación. Han miró, sucesivamente, a Luke, Afyon y Wedge. Al parecer, no había nada que decir.

—Llegaré lo antes posible. Luke está conmigo. ¿Quieres que me acompañe?

—Sí, si no le representa ningún problema. Ackbar va a necesitar a todos sus amigos.

—Muy bien. Llámame al Halcón si surgen novedades. Nos vamos ahora mismo.

—Hasta la vista. Te quiero, Han.

—Y yo a ti.

Cortó la conexión y se volvió hacia los demás.

—Bien —dijo, a nadie en particular—. La suerte está echada. ¿Vienes, Luke?

Luke miró a Wedge.

—¿Tus hombres han podido reparar mi caza?

—Aún no. —Wedge meneó la cabeza—. Está en el primer lugar de la lista de prioridades. Lo tendremos listo para volar dentro de dos horas, aunque tenga que sacar los inductores de mi nave para lograrlo.

Luke asintió y miró a Han.

—Volaré a Coruscant en mi caza. Te acompañaré al Halcón y me llevaré a Erredós.

—De acuerdo. Vámonos.

—Buena suerte —se despidió Afyon.

Y efectivamente, pensó Han mientras avanzaban por el pasillo hacia la escotilla donde el Halcón estaba acoplado: la suerte estaba echada. Si Fey’lya y sus partidarios presionaban demasiado, y conociendo a Fey’lya era de suponer que lo haría…

—Estamos al borde de una guerra civil —murmuró Luke.

—Sí, bueno, pero no vamos a permitirlo —contestó Han, con una confianza que no sentía—. No hemos declarado y ganado una guerra para que un bothan superambicioso lo eche todo por tierra.

—¿Cómo vas a detenerle?

Han hizo una mueca.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Continuará…



TIMOTHY ZAHN (1 de septiembre de 1951 -), licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Estatal de Michigan, obtuvo un máster por la de Illinois, es un escritor estadounidense de novelas e historias cortas de ciencia ficción.

Escritor muy prolífico de novelas de ciencia ficción, es fundamentalmente conocido por la trilogía de La Nueva República de la serie de La Guerra de las Galaxias. Dentro de esta amplísima serie, su obra es de las más consideradas por los lectores, y en ellas no faltan los ingredientes clásicos de toda la saga.

Ganador del premio Hugo a la mejor 'Novella' por *Cascade Point*. Nominado al premio Hugo en el año 1983 por la 'Novelette' *Pawn's Gambit* y nominado de nuevo al premio Hugo en el año 1985 por la 'Novelette' *Return to the Fold*.